

EL BÉBÉ SORPRESA DEL REY DE LA MAFIA



MAFIA'S SCORNE VOWS
ALEXIS LEE

El bebé sorpresa del Rey de la Mafia

Un romance oscuro de la mafia con matrimonio forzado, bebé secreto y
amor prohibido

(Los Votos Despreciados de la Mafia)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)

Capítulo 1

Leo

—¡Eh, atrápalo!

Temiendo que sea una broma para el novio, alzo el brazo y agarro el objeto que vuela hacia él. Como su padrino, no puedo permitir que ocurra algo una hora antes de la boda.

Es una caja cuadrada. De tamaño Magnum, pero aun así.

—¿Condomes? ¿En serio?

—Nada de hacer bebés en la noche de bodas —responde Stephano.

—El bebé nacería nueve meses después —replico.

—Cuarenta semanas, gente. Un embarazo a término dura cuarenta semanas —aclara Angelo, un médico.

—¿Y si es prematuro? Entonces sí que está jodido.

—Mi hijo nació a las treinta y dos semanas. Pensé que el padre de Milly vendría a por mí con una escopeta, creyendo que la había dejado embarazada antes de nuestra boda —comenta Michael.

Mattia, el novio, se aleja del espejo. —No hay que preocuparse por un padre con el gatillo fácil. Hana es huérfana.

La botella de vodka que circula por la habitación donde se prepara el lado del novio llega hasta él. La rechaza, al igual que yo.

Stephano da un largo trago.

—Maldita sea. Esos chicos de la Bratva siempre tienen el mejor vodka.

Hago una mueca, recordando nuestro viaje a Brighton Beach ayer. Little Odessa tiene los

mejores clubes de striptease, dirigidos por la Bratva. Aunque no puedo decir que seamos socios, nuestras familias —los Pellegrini y los Bonucci— están en buenos términos con la mafia rusa. No nos metemos en sus asuntos; ellos no se meten en los nuestros.

—Maldito suertudo —balbucea alguien. Gio, por supuesto. Ha estado borracho desde ayer por la mañana—. Hana está buenísima.

—Cierra la boca. —No hay enojo en sus palabras. Mattia sabe que es en broma.

—¿Y sabes quién más está buenísima? Bianca. Tío, la vi antes y es una bomba...

—¡Cierra el pico o te lo cerraré yo! —dice Mattia con calma.

Demasiada calma.

El silencio se apodera de la habitación.

—Escuchadme bien, cabrones. Pensad en vuestras abuelas. Así es como debéis mirar a mi hermana, *capisce*? Mejor aún, ni la miréis. Ni os acerquéis a ella. Si alguno de vosotros la toca, lo mataré. Bianca está prometida a Ardian Abrashi, y esta alianza debe salir adelante sin problemas, o estaremos todos jodidos.

—¿El Contable? ¿Vas a casar a tu hermana con ese cabrón? —pregunta Angelo.

Mattia se está poniendo rojo, lo cual no es buena señal. Pongo una mano en su hombro y niego suavemente con la cabeza.

—Es una alianza con los albaneses —le digo a Angelo.

—¿Esos cabrones siguen intentando meterse con nosotros? —Stephano frunce el ceño—. Vamos todos a patearles los huevos...

—Los Rosetti lo intentaron —le recuerdo.

—Malditos albaneses.

Un silencio cargado llena la habitación. Malditos albaneses, sin duda. Esos tipos aparecieron como de la nada. Hace unos años, nadie había oído hablar de ellos. Se han metido a la fuerza en todas las bases de operaciones en Europa. ¿Londres? Caído. ¿Toda Francia? Liquidada. Ahora le

toca a la Costa Este de Estados Unidos lidiar con ellos.

Al menos la Bratva hizo jugadas legítimas por los clubes de striptease, las redes de prostitución y las ramas generales de lavado de dinero del negocio.

¿Los albaneses? Llegan, ven y conquistan. Pensarías que son los italianos quienes tomarían una página del libro de César. ¿Esos bastardos? Lo quieren todo.

Las alianzas entre familias no son nada nuevo. Así es como funcionaban las cosas en el Viejo Continente.

Pero todo solía ser dentro de la familia, por así decirlo. Incluso hoy, nunca oirías a una *Borgata* acercándose a la Bratva.

Bianca Bonucci representa la esperanza de todo el sindicato de la región de Nueva York. Los albaneses quieren nuestros puertos, pero no podemos dejar que los tengan. Introducidos en nuestro sistema poco a poco, sí. Entonces tendríamos tiempo de cubrirnos las espaldas y nivelar el terreno de juego.

¿Un heredero de la familia Abrashi casándose con una respetada *Borgata*, una familia de la Mafia? Crea un vínculo que los albaneses tendrán que respetar. Tendrán que dejar de tomarnos por sorpresa con sus diabólicas adquisiciones. Hay un límite para la violencia que cualquiera puede soportar, incluso nosotros.

Necesitamos esta alianza, punto. Así que esto hace que Bianca esté totalmente prohibida. Mejor que estos tipos se den cuenta de esto ya.

Aplauzo para recuperar su atención.

—Vamos, chicos. Sé de buena fuente que Hana os ha colocado a todos en mesas con damas solteras y elegibles. Tú no, Angelo.

Él había empezado a protestar, y con razón. Su esposa, Prema, es una brillante cirujana y una verdadera psicópata. En un buen día, podría eviscerar a una mujer que mirara demasiado tiempo a su marido. Menos mal que la han llamado hoy para una cirugía de emergencia después de un choque múltiple de diez coches en la carretera a Short Hills en Nueva Jersey.

Con los ánimos renovados, los hombres vuelven a bromear mientras pasan una nueva botella de vodka. Esta vez no rechazo un trago cuando llega a mí. Mattia declina.

—Malditos cabrones. Sabía que se le echarían encima como aves de presa.

Me río.

—Vamos. Estamos hablando de Bianca. Puede defenderse sola.

—Sí. Esperemos que así sea.

Algo en su forma de decirlo me irrita, pero no puedo prestarle atención porque alguien llama a la puerta.

Mi mano se congela en el pomo de la puerta ante la visión que revela el panel al abrirse.

Una mujer, alta y elegante, con una figura de reloj de arena mostrada a la perfección en el vestido azul iris que lleva. Su cintura parece diminuta, las caderas exuberantes, y su pecho... *Dio santo*, ten piedad. Abundantes globos de carne olivácea encerrados en los bordes nítidos del corpiño sin tirantes.

Su espeso cabello oscuro está recogido en lo alto de su cabeza, con un largo rizo cayendo sobre su hombro izquierdo, coqueteando con las pronunciadas líneas de su clavícula. Los diamantes brillan en sus lóbulos, lo que atrae mi atención hacia su rostro.

Tiene facciones fuertes, pero se fusionan en un conjunto magnífico. Pómulos afilados, barbilla puntiaguda, la línea de su nariz recta prominente, frente amplia.

Y sus ojos. Son oscuros, brillantes contra la sombra de ojos brillante y las pestañas espesas y abundantes.

Un hombre podría perderse en esos ojos, y no le importaría nunca encontrar el camino de vuelta a la superficie.

—Ah, así que sí estás aquí —dice con una pequeña risa.

Parpadeo. ¿Nos conocemos? Parece que me conoce, porque me está mirando directamente.

Definitivamente recordaría a una criatura tan deslumbrante. Más importante aún, definitivamente me habría encargado de llevarla a mi cama para poder saciar todas mis fantasías sobre su cuerpo delectable y esa boca pecaminosa y carnosa con el pronunciado arco de Cupido.

¿Dónde has estado toda mi vida?

—Hana te va a matar si no te ves perfecto hoy —está diciendo mientras se dirige directamente a Mattia—. ¿Qué has hecho con tu pelo?

—Argh, quita tus dedos ansiosos de mí, Bianca.

Todo dentro de mí se congela mientras me quedo allí, atónito.

¿Esta es Bianca?

Es cierto que no la he visto en siete años. Ella tenía dieciséis, yo veintiuno. Pero los adultos no se convierten en una versión completamente diferente de quienes eran cuando adolescentes, ¿verdad?

Bianca Bonucci solía ser delgada, tan desgarrada como los recién nacidos en el establo, toda rodillas y huesos. Sin embargo, lo más prominente era su sonrisa interminable, de la que sus brackets brillaban casi cegadoramente. Con su pelo a la altura de la barbilla, fácilmente pasaba por un chico.

Pero la mujer en la que se ha convertido... Dios ten piedad.

—Ve a molestar a Leo, ¿quieres?

Ella resopla, y mi cuerpo se descongela cuando da un paso hacia mí. Mi mano cae del pomo de la puerta, dejando que el panel finalmente se cierre.

He estado parado aquí como un tonto mirándola todo este tiempo. No es de extrañar que Gio haya perdido la cabeza por ella. Cualquier hombre con la mente sana lo haría.

Cualquier hombre con libido lo haría.

Mis pantalones se están poniendo apretados, y me muevo incómodo tratando de sofocar la erección que crece con voluntad propia. Ella es la encarnación del sueño húmedo de cualquier chico...

—¡Leo! —Ella se ríe mientras me rodea con sus brazos y presiona su cuerpo contra el mío para un abrazo.

Maldita sea, sus pechos son suaves y llenos. Ya puedo sentir su peso en mis palmas, imaginando que sus pezones son ligeramente más oscuros que su piel. ¿Son apretados o hinchados? ¿Cuánto les gusta una boca ávida chupándolos?

—Soy yo, Bianca. —Se aparta y me mira con un ligero ceño fruncido—. ¿No me reconoces?

Parpadeo, dándome cuenta de que me quedé tan inmóvil como una roca cuando me abrazó.

—Has cambiado. —Las palabras se me escapan en un susurro.

¿Cuán idiota pensará que soy ahora, declarando lo obvio de esta manera?

Bianca se ríe. El sonido es rico y gutural.

¿Así es como gemirá en mis brazos?

¡Concéntrate, Leo!

—He crecido, sí.

—Puedo verlo.

Sus ojos se agrandan, aunque una sonrisa aún persiste en sus labios, coqueteando más con una esquina.

¿Cómo es que nunca me di cuenta de que tiene una sonrisa ligeramente torcida?

—También puedo ver que no has ganado esa batalla.

Frunzo el ceño.

—¿Mmm?

—Tu pajarita. Todavía no has aprendido a hacerla quedar bien.

Mi mente se remonta a una noche de hace siete años. Un cielo estrellado. Un muelle que se adentra en la oscuridad. Una figura delgada de blanco sentada en el borde, zapatos plateados detrás de ella sobre las tablas, piernas colgando sobre la superficie del agua.

Se volvió hacia mí cuando una tabla crujió bajo mi pie.

—Hola. Ven aquí.

Me senté en silencio a su lado.

—¿Ya tuviste suficiente de la fiesta? —preguntó.

—No puedo soportar ni un minuto más usando esta ridícula pajarita.

Ella se rio.

—¿Y tú? —pregunté.

—Quería algo de paz y tranquilidad, antes de...

Antes de que se fuera al día siguiente. Iba a un internado de acabado en Suiza durante los próximos dos años.

—Te estoy molestando. Debería irme...

Su mano de dedos largos y huesudos agarró la mía cuando empecé a levantarme.

—No. Quédate. Me gusta tenerte aquí.

Me volví a sentar.

—¿Sabes por qué, Leo?

—No. ¿Por qué?

—Porque tú no me juzgas.

—Vamos. Nadie te está juzgando...

—Todos lo hacen.

Si hubiera sonado como una niña petulante haciendo una rabieta, me habría reído y la habría abrazado por el costado. El hecho de que no lo hiciera me hizo pausar. Algo no estaba bien en su mundo. Nunca me había detenido a pensarlo, pero ella es hija de la mafia. Un conjunto completamente diferente de reglas para vivir, a diferencia de nosotros los chicos que algún día tomaremos el control. A las chicas se les cría para fundirse en el fondo y solo salir a la luz para

ser casadas y bailar al son que marque su marido.

—¿Puedo pedirte algo, Leo? ¿No te enojarás?

—Por supuesto que no.

¿Cómo podría, cuando acababa de darme cuenta del tipo de vida restringida que estaba a punto de emprender ahora que se convertía en mujer?

Esperé su pregunta, pero nunca llegó.

En su lugar, Bianca Bonucci se volvió hacia mí, se apoyó en su mano y presionó sus labios contra los míos. Un segundo, dos. Luego, se retiró, y yo todavía estaba demasiado aturdido para reaccionar.

—Gracias por mi primer beso —dijo, luego se levantó y volvió adentro.

Todavía puedo recordar su rostro mientras me miraba en ese momento, iluminado por la luz de la luna en un resplandor etéreo. No era una niña entonces... era una chica.

Y ahora, es la mujer que me devuelve la mirada mientras me concentro en su rostro.

—¿Me permites?

De nuevo, antes de que pueda responderle, ya lo está haciendo. Excepto que, esta vez, no me está besando. Está desatando mi pajarita y luego atándola de nuevo con hábiles movimientos de sus dedos. De vez en cuando, sus nudillos rozan la piel de mi cuello.

¿Puede sentir los escalofríos que recorren mi columna vertebral con su toque?

¿Sabe lo que me está haciendo, no solo en mis pantalones, sino en mi sangre? ¿En todo mi ser?

De repente, estoy sediento de ella, necesitando ahogarme en ella, saciar toda mi hambre a través de ella. Deseo, lujuria, anhelo, necesidad... todo está corriendo por mí como señales eléctricas fuera de control.

—Listo. Todo hecho.

Me da una palmada en el hombro, luego, demasiado rápido, se ha dado la vuelta. Su trasero se balancea de lado a lado provocativamente en ese vestido ajustado, aunque sé que no está

haciendo un espectáculo. Bianca Bonucci camina como el pecado mismo.

—No llegues tarde —le dice a Mattia, y luego se va.

Hay una exhalación colectiva en la habitación, como si su presencia hubiera absorbido todo el oxígeno y todos nosotros, los hombres, tuviéramos que arreglárnoslas con lo que ya habíamos inhalado. Bueno, todos excepto Mattia. Y Angelo también, con su esposa psicópata.

Mattia se acerca a mí, y me sacudo del estupor inducido por Bianca.

—No la había visto desde la noche de su gala de despedida.

—Sí. Después de Suiza, se quedó en París. El *padre* prefería que la visitáramos en Europa en lugar de que ella viniera a casa.

—La Sorbona, ¿verdad? —Parece que lo había mencionado un par de veces.

—Sí. Y gracias a eso, puede discutir con una habitación vacía.

Pone una mano en mi hombro. Me tenso.

—Escucha, Leo. Solo puedo contar contigo. Tú conoces a Bianca, ella te conoce a ti. No parecerá extraño si estás cerca de ella esta noche. Necesito que la vigiles. No podemos dejar que ninguno de esos cabrones borrachos intente algo con ella, ¿sabes?

Trago saliva. —Porque está prometida a Abrashi.

—Sí. Sé que puedo contar contigo, hermano.

Hace quince minutos, habría estado completamente de acuerdo con él. Todos nosotros en la Costa Este necesitamos esta alianza con los albaneses. La ley RICO —la Ley de Organizaciones Corruptas e Influenciadas por el Crimen Organizado, que puede atrapar a alguien por dos actos de crimen organizado u otros delitos relevantes en un período de diez años— ya nos jodió cuando se promulgó en los años setenta. Limitó severamente el alcance de nuestras operaciones. Una competencia despiadada y temible como la de los albaneses sería el golpe de gracia en las áreas que aún controlamos.

Excepto que ahora, he vuelto a ver a Bianca Bonucci.

Y lo último que quiero es dejarla fuera de mi vista.

Porque si fuera por mí, ella sería mía.

Capítulo 2

Bianca

Hana está como un sueño. El delicado encaje se cierra como un vestido sobre el corpiño de satén y la larga falda, cubriendo su frágil figura como un salpicado de delicados pétalos tejidos por un maestro artesano.

—Estás preciosa. Mattia no sabrá qué le ha golpeado.

Espero que se ría, pero la pequeña sonrisa en su rostro parece forzada.

—Espera, ¿no te estarás echando atrás, verdad? ¿Me enviaste a ver si los chicos estaban aquí para poder fugarte?

Ella resopla. —Sigo aquí. Conozco mi deber.

Sus palabras me hacen parpadear. Me acerco al espejo de cuerpo entero.

—Oye, ¿qué está pasando?

Suspira y luego fuerza otra sonrisa. Más brillante, pero apenas.

—Son los nervios.

Coloco mis manos sobre sus hombros y encuentro su mirada en el espejo.

—Mattia te ama.

Asiente, con la sonrisa aún rígida.

—Hana, me estás asustando.

Ella alcanza una de mis manos y la aprieta.

—No te preocupes por mí. Vamos, pongamos este velo.

Parpadeo ante el repentino cambio —que también se siente forzado— pero procedo a atar el velo en su sedoso cabello. Esta boda, esta unión, no puede salir mal, no ahora. Hace cuatro meses, mi hermano ni siquiera conocía a Hana. La conocí en Pilates, nos hicimos amigas rápidamente, y un día, nos topamos con él en Manhattan.

La mirada de Mattia se posó en ella, y nunca la ha dejado cuando está cerca de él. Si eso no es amor, entonces no sé qué es. En dos meses, estaban comprometidos. Ella me aseguró que esta boda no es apresurada, así que si no es por amor...

Hay un golpe en la puerta. La organizadora de la boda. Es hora de ir a la iglesia. Confirma que el grupo del novio ya se ha ido, así que no hay posibilidad de que él vea a la novia en su vestido antes de que llegue al altar.

Nos dirigimos abajo, asegurándonos de que el vestido y la cola de Hana no se arruguen en el coche. Me deslizo a su lado y luego saco mi teléfono. Ingeniosamente, está escondido bajo mi ramo.

Yo: Dame el número de Leo.

Mattia: **¿Por qué?**

Yo: Deberes de dama de honor se superponen con los del padrino. Dámelo.

Me envía el número por mensaje. Lo guardo y empiezo una nueva conversación.

Yo: Hola, soy Bianca. ¿Todo bien por ahí?

Leo: **Sí. ¿Por qué?**

Yo: Solo comprobando.

Los tres puntos siguen bailando durante largos segundos.

Leo: **¿Qué pasa?**

Dios, ¿cómo lo ha descifrado?

Yo: Asegurémonos de que salga sin problemas.

Tres puntos de nuevo.

Leo: **¿Te refieres a casarlos?**

Sonríó y envió un emoji de ojos locos en respuesta.

No puedo creer que casi me haya hecho reír ahora mismo.

Demasiado pronto, estamos frente a la iglesia. Hana no ha dicho una palabra. Normalmente no es muy habladora, pero esto se siente extraño.

Me aseguro de que salgamos, de que su vestido esté impecable en su esbelta figura, luego extendiendo su cola, llevándola delicadamente mientras escuchamos las primeras notas del Canon de Pachelbel, nuestra señal para entrar en la iglesia.

Me concentro en no dejar que el frágil encaje se arrastre por los escalones de piedra, luego por la alfombra cubierta de pétalos en el interior. Hay jadeos cuando Hana entra.

A mitad del pasillo, levanto la mirada. Mis ojos inmediatamente se encuentran con la oscura mirada de Leo en el altar junto a Mattia.

Es como un imán que encaja en su lugar, negándose a soltarse.

Luego hay un tirón en mi mano. El encaje. Vuelvo a concentrarme en él, y afortunadamente, terminamos en el altar sin ningún desgarro en la tela. Habíamos hecho un pequeño desgarro cerca del borde derecho para la buena suerte, una tradición italiana. No necesitamos más, sin embargo. Hana se coloca junto a Mattia, y yo me muevo hacia la izquierda, a unos metros del sacerdote.

Cuando el hombre santo se adelanta para comenzar la ceremonia, me encuentro de pie justo frente a Leo Pellegrini.

Un pequeño suspiro se me escapa. Qué visión es. Leo siempre tuvo una figura poderosa, pero de adolescente era más bien desgarbado.

Ahora, se ha llenado, y hermosamente. Las líneas impecables de su esmoquin a medida no pueden ocultar la cantidad bien distribuida de músculo tonificado en su gran estructura. El hombre se ejercita, se ve bien, y lo sabe. Aunque no hay un aire arrogante en él. No, simplemente es tranquilamente confiado.

Igual que hace todos esos años. Poder, disciplina, fuerza: simplemente es quien es.

Siempre fue tan amable conmigo. Y no parecía fingido, como si se estuviera forzando a ser educado con una niña a la que todos los adultos veían como una molestia la mayor parte del tiempo. Soy curiosa por naturaleza y hago muchas preguntas, a veces sin filtro entre mi mente y mi boca.

Leo nunca perdió la paciencia conmigo, siempre se tomaba el tiempo para responder, para explicar si podía. Si no podía o no sabía, simplemente lo decía. Es un hombre que siempre ha estado seguro y confiado de sí mismo, y amable conmigo.

Debió sentir que lo miraba fijamente, porque levanta un poco la cabeza y me mira, clavándome con sus ojos oscuros. Un mechón de pelo oscuro se separa de la masa peinada hacia atrás para rozarle la frente, y contengo la respiración.

Le da un aspecto juvenil, y de repente, recuerdo al muchacho —no, al joven— que besé a los dieciséis años.

La línea de la mandíbula es ahora más llamativa, recién afeitada, deliciosamente pronunciada. Los labios siguen formando más una línea tensa que una sonrisa. También hay un pequeño abanico de arrugas en las comisuras exteriores de sus ojos.

La vida nos ha pasado factura a todos. Ahora tiene veintiocho años. Un hombre hecho y derecho.

Algo me hace volver a centrarme en él.

Está frunciendo el ceño, con las cejas espesas arrugadas.

—¿Estás bien? —articula sin voz.

Trago saliva. Parece preocupado por mí. Claro, debo haberlo asustado con mis mensajes. Mattia y Hana han dicho sus votos; ahora están intercambiando los anillos.

Le doy a Leo un pequeño asentimiento y una sonrisa tensa. No respiraré aliviada hasta que esta ceremonia termine y sepa que Hana no ha salido corriendo.

Por fin, los declaran marido y mujer. ¿Soy yo, o el beso es solo un roce protocolario de labios cerrados como en una casta boda medieval?

¿Qué les pasa? Aunque nunca se han dejado llevar por las muestras de afecto en público, normalmente hay cierto aire de complicidad entre ellos. Hoy parecen extraños que acaban de

conocerse en el altar en un matrimonio concertado, o peor aún, forzado.

Empiezan a bajar por el pasillo, y esta vez, mientras me coloco detrás de Hana con su velo en la mano, Leo se pone a mi lado.

Cierto. Se supone que debemos salir juntos. Gracias a quiénes somos —miembros prominentes del sindicato de la Mafia italiana— no hubo ensayo para mostrarnos los procedimientos. Demasiado arriesgado tener a todos nosotros presentes en el mismo lugar dos veces seguidas. La boda en sí está muy vigilada.

—¿Qué pasa? —murmura Leo.

—Yo... no es nada.

Puedo sentir el ceño fruncido dirigido hacia mí cuando me niego a mirarlo.

Por suerte, me concentro en mis deberes como dama de honor y acomodo a Hana dentro del coche. Excepto que ahora Mattia debe viajar con ella.

Una gran mano se cierra sobre mi brazo cuando el coche de los novios se aleja.

Siento un hormigueo en mi piel desnuda y aspiro profundamente. Mala idea. Un toque de especias en una ráfaga de cuero caliente llena mi nariz. Me hace pensar en calidez, almizcle, calor, pasión... en carne fuerte y poderosa ondulándose con fuerza y poder entre mis muslos, y no estoy pensando en un caballo.

No. Es hombre. Puro hombre.

Leo Pellegrini.

—Vienes conmigo —dice con voz ronca.

¿Espera, qué?

No puedo pensar mientras mantiene su agarre en mi brazo y me guía hacia una limusina que espera en la acera. Puedo oír a algunos hombres protestando, pero Leo los despacha justo cuando me hace entrar en el asiento trasero, luego entra detrás de mí, cerrando la puerta.

En este espacio cerrado, el aroma a especias es más intenso. Se me sube a la cabeza y cierro los

ojos.

—*Dio santo*, ¿cuándo fue la última vez que comiste algo?

Me pone una botella de agua en la mano.

—Bebe —ordena.

No me hago de rogar y doy unos sorbos.

No sé cuándo me la he bebido toda; estaba sedienta.

Tengo los labios mojados —gracias a Dios que no he dejado caer nada sobre mi vestido— y paso la lengua por ellos para atrapar las últimas gotas.

Se oye un jadeo audible a mi lado.

Todo dentro de mí se detiene cuando miro a Leo. Sus ojos están clavados en mis labios, dos manchas de color en sus definidos pómulos.

Puedo ver su mano cerrándose en un puño mientras tensa la mandíbula.

¿Por qué?

Ya puedo imaginar esa gran mano desplegándose sobre mi cuello, sus largos dedos quitando las horquillas, que mantienen mi pelo recogido mientras me acerca a él, atrayendo mis labios hacia los suyos.

—Leo.

Mi jadeo al pronunciar su nombre parece sacarlo de un hechizo.

Parpadea, y entonces es como si una máscara cayera sobre su rostro. Ahora está serio, severo, de nuevo en control.

¿Le hice perder el control?

Una idea embriagadora, pero también lo último en lo que debería pensar ahora. Podría haberme besado si hubiera querido.

Excepto que, al parecer, no quiso.

Me trago la decepción y me armo de valor.

Leo Pellegrini es cinco años mayor que yo y el mejor amigo de mi hermano. Crecieron juntos, lo que significa que me conoce desde que era una niña.

Para él, probablemente siempre seré una niña.

Que así sea. No es como si pudiera haber hecho todo lo posible para cambiar su opinión. Estoy destinada a casarme con otro. Pronto, además. La próxima boda en la familia será la mía. Con un hombre que solo conozco de nombre.

Es mi deber, y nosotras, las hijas de la Mafia, sabemos que se espera aún más deber de nosotras que de los hijos. Literalmente no hay salida para mí excepto a través de la muerte.

—¿Bianca?

Su voz profunda rompe el silencio en la limusina y también los pensamientos sombríos en mi mente.

No puedo dejar que sepa que estaba fantaseando con que me besara, con que yo conseguía al chico, es decir, a él. Ha sido una fantasía recurrente para mí desde los catorce años, y estoy segura de que no soy la única chica que tiene tales pensamientos. Todas las mujeres solteras esta noche pelearán por él tanto como se empujarán para atrapar el ramo de la novia durante el lanzamiento.

—Realmente pensé que hoy no iba a suceder.

—¿Por qué dices eso?

Me encojo de hombros. —Algo que dijo Hana.

O más bien, algo que no dijo. Ahora que lo pienso...

—¿Mattia te ha dicho alguna vez que está enamorado de Hana?

Leo frunce el ceño. —Bueno, se casó con ella, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Hana nunca lo ha dicho?

Asiento. —Y su beso no fue muy convincente, ¿verdad?

Leo se queda en silencio, luego sus labios comienzan a temblar.

¿En serio se está riendo ahora? ¿Y de mí?

Resoplo y cruzo los brazos sobre mi pecho.

Leo cierra los ojos brevemente y luego desvía la mirada.

Espera, ¿estaba mirando mis pechos? Mis brazos los han levantado, pero...

Callejón sin salida, Bianca.

Sí, debería recordar esto.

—Mattia y Hana, ambos son personas muy reservadas —dice.

—¡Pero es el día de su boda! Si no son felices hoy, ¿entonces cuándo lo serán?

—¿Quién dice que no son felices?

Tiene razón. Casarse es algo trascendental, incluso cuando lo haces sin ser forzado a una alianza arreglada. Están a punto de embarcarse en una vida completamente nueva juntos. Eso es bastante intimidante, y seguramente alcanza su punto máximo el mismo día de la boda.

—Estoy siendo tonta, ¿verdad?

—A todos se nos permite ser tontos a veces.

Es una broma ligera, pero por la forma en que Leo lo dice, no puedo evitar sentir que hay algo más en sus palabras.

La limusina se detiene, un valet abre la puerta. Leo sale primero y me ofrece su mano. La tomo para bajar, sin permitirme pensar en el calor de su palma, la ligera aspereza de su piel.

No puedo permitirme imaginar cómo se sentiría esa superficie callosa en mi cuerpo.

Delante de nosotros, Mattia y Hana están saliendo de su coche. Ella se ha quitado el velo, lo que significa que estoy libre de esa tarea, al menos.

Mattia susurra algo al oído de su nueva esposa, y ella se vuelve hacia él con una sonrisa suave, su mirada tímida y recatada cuando lo mira desde debajo de sus pestañas.

—Se ven felices juntos —afirma Leo a mi lado.

Lo están. Estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

—Hoy es un día para divertirse, para celebrar, Bianca.

Me vuelvo hacia él, mi mirada perdiéndose en la suya. Tiene unos ojos tan intensos. En cualquier momento, espero ver destellos de emoción ardiente iluminándolos.

¿Me quemará con esas llamas si sigo mirando el tiempo suficiente?

—Diversión —me oigo decir—. No sé si todavía recuerdo lo que eso significa.

No tengo idea de cómo se me escapó esta confesión. La diversión se acabó el día que mi padre me llamó a París hace cuatro meses y medio, diciéndome que ahora estaba comprometida y que él esperaba que cumpliera con mi deber. Todo el lienzo de mi vida se drenó de color, como si un filtro de escala de grises se apoderara de todo.

Excepto que, ahora, estoy viendo destellos de naranja ardiente y rojo en las profundidades de unos ojos oscuros. El primer estallido de color, de tono, de brillo en semanas.

Y todo está prohibido.

Diversión. Vida. Pasión. Amor.

Leo.

Debería recordar esto.

Nunca, jamás debería olvidarlo.

Capítulo 3

Leo

No puedo evitarlo: mi mirada sigue a Bianca durante toda la tarde y la noche, mientras la recepción de la boda está en pleno apogeo a nuestro alrededor.

Está sonriendo, pero también parece forzada. ¿Alguien habrá notado cómo las comisuras de sus labios están alineadas, lo que significa que no es la sonrisa torcida, la brillante, despreocupada y verdadera que irradia cuando está feliz? No como la mujer burbujeante y alegre que hace unas horas se lanzó a mis brazos para saludarme y luego me arregló la pajarita como si fuera su deber y no un favor que le hacía a un amigo de la infancia. ¿El brillo en sus ojos? Se ha ido. Reemplazado por una opacidad que ha arrojado una nube sobre todo su comportamiento.

Está atenta a Hana en todo momento, cumpliendo con sus deberes de dama de honor con consideración y dedicación. Sin embargo, siento que está ausente, simplemente cumpliendo con la rutina. Alguna versión de ella está presente, pero no su ser completo.

Mi mente vuelve a aquella noche en el muelle, a la chica sentada a mi lado. El abatimiento de hoy se siente similar, y está rompiendo algo dentro de mí.

Hace siete años, estaba demasiado aturdido para hacer algo que hiciera la vida de Bianca más feliz. Incluso si solo fuera en ese momento, podría haber hecho algo para hacerla sonreír, reír, reavivar la alegría en sus ojos de nuevo.

Me acerco y le tomo suavemente el brazo. No es el momento de dejar que mis sentidos se alteren gracias a la sensación de su piel suave y cálida bajo mi palma. Se siente como seda, pero no puedo pensar de esta manera. Ella está fuera de mi alcance. Todo lo que quiero es hacerla sonreír plenamente de nuevo, traer de vuelta a la chica alegre que recuerdo. Para enmendar el no haber notado su difícil situación antes.

Aunque, ¿qué habría cambiado eso? Ella seguiría siendo una hija de una *Borgata*, y todos tenemos nuestros deberes en el gran esquema de la Mafia italoamericana.

Pero hoy, puedo intentar iluminar su mundo. ¿Qué daño puede hacer eso?

—Necesito tu ayuda con algo —le digo al oído.

Una bocanada de su perfume asalta mis fosas nasales. Es embriagador, dulce e intoxicante. Como la mujer misma.

Alguien debería estar protegiéndola. Apreciándola. Adorándola cuando no está colmándola de gestos románticos y regalos y...

Bianca vuelve sus grandes ojos marrones hacia mí, y es como si un puñetazo aterrizara en mi estómago, borrando todos mis pensamientos, dejando mi mente en blanco. Tanto se arremolina en sus profundidades, que me pierdo en su mirada, olvidando todo lo demás, el mundo desvaneciéndose.

¿Es así como se siente perderse en una persona? Había escuchado a mis amigos decir esto sobre la mujer que ganó sus corazones. Angelo lo dijo sobre Prema, a pesar de que ella era una psicópata. Ella completaba su mundo, y eso era todo para él. Jaque mate.

—¿Sí, Leo?

Su murmullo ronco me hace querer cerrar los ojos y saborear el sonido. ¿Es así como suena en un dormitorio, pidiendo a su amante que la tome, que la folle más fuerte, más rápido? Me estoy poniendo duro tan rápido que es físicamente doloroso.

Pero esta es Bianca. Una mujer que despierta mucho más que lujuria dentro de mí, como estoy descubriendo hoy. ¿Han pasado solo un par de horas desde que volvió a entrar en mi vida, desde que la mismísima versión de la perfección que nunca pude señalar se materializó frente a mí en este pecaminoso vestido azul?

No. Puedo. Tenerla.

Necesito mirar desde lejos y nunca tocar. Cuanto antes me lo recuerde, mejor.

Así que tomo una respiración profunda y reenfoco mi atención en los deberes de padrino que estoy dejando de lado.

—Vamos a hacerle una broma a Mattia.

Bianca parece ligeramente confundida. —¿No vas a cortarle la corbata más tarde?

Asiento. —Sí, pero él lo está esperando. Todo el mundo sabe que eso es parte de la celebración de una boda italiana. Los ingresos de la subasta irán a este refugio de animales que Hana ha descubierto en la ciudad.

—Es cierto —responde ella—. ¿Qué tienes en mente?

¿Su voz sonó de repente más entusiasta? Bien. Porque no quiero nada más que traer el sol de vuelta a su vida. Eso es lo que ella ha sido siempre: el sol en nuestros mundos.

—Ven conmigo —digo mientras tomo su mano.

Sus dedos se entrelazan con los míos, tan naturalmente, y me sorprende lo correcto que se siente esto. Como si hubieran encontrado su lugar.

Mala línea de pensamiento.

Bianca confía en mí, como es evidente en la forma en que tan fácilmente tomó mi mano. Nunca puedo traicionar eso. Cualquier cosa que haga tiene que resonar como las acciones de un amigo platónico. Ella está prometida a otro, y su padre es un hombre temible. Su hermano es mi mejor amigo, y ni siquiera él dudará en matarme si hago algún movimiento inapropiado con respecto a ella.

La arrastro suavemente conmigo. Nadie nos presta mucha atención. Todos ya están en la pista de baile, y hemos estado casi unidos por la cadera desde que llegamos aquí, nuestros deberes como padrino y dama de honor superponiéndose a lo largo de las horas.

—¿Adónde vamos? —pregunta Bianca cuando salimos de la dramática mansión georgiana.

Me dirijo directamente a mi coche, que dejé al frente cuando regresamos de Brighton Beach durante la noche. Un toque del mando abre el maletero, y saco una bolsa de él.

—Cuidado —le digo—. Es frágil.

—¿Qué es?

—Una bomba de purpurina —sonrío mientras volvemos hacia la mansión—. Stephano intentó hacerla explotar sobre Mattia anoche.

Ella se ríe. —Buen padrino. Protegiste a tu protegido.

—Siempre protejo a los míos.

Nuestros pasos se detienen, y nos quedamos mirándonos el uno al otro, estas palabras flotando en el aire entre nosotros.

Entonces Bianca parece despertar del hechizo o lo que fuera y se aleja.

—¿Dónde vamos a esconder esto? —pregunta por encima del hombro.

—En su equipaje, supongo.

La sigo y subimos en silencio a la suite nupcial.

Una vez dentro, cierra la puerta, luego se vuelve hacia mí.

—No voy a dejar que le hagas esta broma a Hana. Es una pesadilla quitar el brillo del pelo.

Le sonrío. —Oh, no tenía intención de gastarle una broma a ella.

Bianca sonrío, y esta vez, es realmente como si hubiera salido el sol.

—Mattia odiará esto.

—Lo hará.

Suelta una risita y empieza a buscar el equipaje que prepararon para su luna de miel.

—Usa esto. —Me entrega su neceser.

—Podría usarlo en el avión —le digo.

—Exactamente —dice con una sonrisa diabólica—. Imagina el diminuto baño, el brillo explotando por todas partes sobre él.

Me río, imaginándolo. —No hay manera de que se lo quite todo antes de aterrizar.

—¡Sí! Y bajo el sol del Caribe, brillará como un vampiro de *Crepúsculo*.

Nos ponemos a trabajar para meter la bomba de brillo en la pequeña bolsa. De vez en cuando, levantamos la mirada, y cuando nuestros ojos se encuentran, volvemos a reírnos. El brillo ha

vuelto a sus ojos, y con el brillo en su maquillaje de ojos, parece un hada traviesa manejando polvo mágico.

Ver esto me hace sonreír más, y cuanto más sonrío, más parece relajarse ella, charlando sin parar. Su aroma me envuelve, dulce y floral y ligero, y dejo que esta nube de aroma haga su magia sobre mí, calmándome, calentándome, pacificándome.

Nos lleva bastante tiempo asegurar la frágil cubierta exterior de la bomba, enganchándola en la cremallera para que cuando Mattia tire de ella para abrirla, el brillo explote por todas partes sobre él.

Cuando terminamos, nos derrumbamos en un montón de risas, con las espaldas apoyadas en el pie de la cama.

—Gracias, Leo —dice, rompiendo el silencio cuando las risitas se apagan.

—¿Por qué?

Suspira profundamente. —Por esto.

Asiento solemnemente. —Quería verte feliz de nuevo.

—¿Por qué? —pregunta.

Porque eres preciosa, un regalo que cualquier hombre tendrá suerte de tener.

Y yo no soy ese bastardo afortunado.

La rabia me invade, destrozando con su lanza de fuego todo mi pecho, mis entrañas, mis genitales.

Nadie más debería tenerla excepto yo. Bianca debería ser mía.

No puedo pensar así, es un boleto al inframundo de la condenación. Aunque todo dentro de mí ahora quiere canalizar al imprudente Plutón, pase lo que pase, para agarrar a su Proserpina y llevársela con él, que se jodan las consecuencias, que se joda la Tierra ardiendo por su desaparición.

Me arriesgo a mirarla, pero ella está mirando su regazo.

Todo lo que quiero es ahogarme en sus ojos de nuevo. Tal vez en sus profundidades pueda encontrar la salvación, pueda encontrar la razón...

Es una locura lo que estoy a punto de hacer, pero no puedo detenerme. Mirar sus ojos se siente tan vital como necesitar aire en mis pulmones.

Así que extendiendo la mano y levanto su barbilla con mis dedos.

Su mirada oscura choca con la mía, y tengo que tragar saliva, con fuerza, porque puedo sentirme cayendo de nuevo. Me está atrayendo, y no quiero resistirme. No puedo.

Me niego a hacerlo...

Esta mujer...

—Te mereces ser feliz —digo, suavemente.

—¿De verdad?

El sonido es como un pequeño soplo de aire de sus labios carnosos. Deseo beberlo tanto que todo mi cuerpo duele de necesidad. Su mundo debería ser puesto en orden, por cualquier medio. Bianca es todo lo bueno en este planeta, el epítome de lo que cualquier hombre debería esperar de la vida: suavidad, dulzura, belleza cautivadora tanto por dentro como por fuera, un cuerpo para ser adorado, para hacerle el amor todos los días para que pueda encontrar la plenitud en sus brazos, de su toque y boca y polla, para que él pueda golpear el pecho como un primate orgulloso y victorioso de ser el que logra darle tanto placer, hacer su mundo perfecto.

—Por supuesto que sí.

Tú más que nadie.

El silencio se instala entre nosotros. Un latido. Dos. Mis dedos siguen en su barbilla, mi pulgar acariciando lentamente el pequeño hoyuelo allí. Se siente tan delicada, tan frágil. Su piel es como el satén, y me estoy hipnotizando con el movimiento de mi pulgar mientras sus ojos me atraen más, más profundo, y yo caigo voluntariamente. Si esto es todo lo que puedo obtener, lo tomaré.

No veo la fracción de segundo en que se lanza hacia mí; solo puedo sentir la presión de sus labios contra los míos. Tan parecido a la primera vez que me besó en aquel muelle, pero también tan diferente. Su boca es exuberante, mullida, la de una mujer y no la de una niña.

¿Es esta la respuesta de Dios a mi súplica? ¿Puede ser mía, aunque sea solo por un beso? ¿Un momento glorioso en el que puedo beber de sus labios, respirarla dentro de mí para que la vida pueda sostenerme durante el resto de mis días que pasaré sin ella?

Antes de que pueda devolverle el beso, se ha alejado. Estoy tambaleándome, confundido, negado. Se siente como un hombre muriendo de sed en un desierto al que el oasis desaparece justo cuando estaba a punto de sumergir sus manos en el agua fresca y vital.

—Yo... lo siento —murmura.

—¿Por qué?

Un latido de silencio. Dos. Puedo sentir el arrepentimiento creciendo dentro de ella. Es obvio en la forma en que baja la mirada, intenta mirar hacia otro lado.

Mi mano aún está en su rostro. Cuando se acercó a mí, mis dedos se desplegaron para sujetar su mandíbula.

Por favor, no digas que fue un error.

—No pedí tu consentimiento —dice—. Otra vez.

Oh, dulce Bianca. ¿No sabes que soy tuyo?

Una explosión de calidez en mi pecho se extiende por todo mi cuerpo, y estoy sonriendo, una pequeña risa brotando de mí. Mi mano se endurece ligeramente en su mandíbula mientras la hago levantar la cabeza para mirarme.

—Lo tenías entonces. Lo tienes ahora también.

Su mano se levanta, cálida y suave cuando acuna mi mejilla, reflejando la mía en ella.

Es un toque tan ligero, casi etéreo, pero nada ha tenido tanto peso en mi vida. Nada me ha anclado como su palma desplegada a lo largo de mi mandíbula.

Sus ojos se han suavizado, piscinas líquidas de color marrón que me recuerdan al chocolate fundido. Dulce, decadente, pecaminoso bajo ciertas condiciones. Justo como ella. Me recuerda a la virgen y a la Jezabel, la santa y la pecadora.

Proteger y saquear.

Atesorar y arrebatar.

—Nunca me juzgas —dice suavemente.

—Y nunca lo haré.

¿Quién soy yo para juzgarla? Siempre ha sido ella misma, ondeando su bandera de rareza libremente cuando era más joven. Bianca nunca se molestó con las reglas de decoro y sumisión. Cuando sus compañeras se convertían en tontas complacientes listas para agradar al primer imbécil que les lanzaba un cumplido, ella permaneció fiel a sí misma: tómala o déjala, exactamente como era.

Parpadea hacia mí, lentamente, con tanta languidez.

—Si tan solo pudieras verme, Leo...

Frunzo el ceño. —Te veo.

—¿En serio? —pregunta, la palabra apenas un susurro—. ¿Lo haces?

Hay tanta desesperación como desafío en esa pregunta, y quiero tanto decirle cuánto la veo. La mujer en la que se ha convertido, hermosa y seductora. La joven en el corazón de ella, despreocupada e intransigente con sus propios valores. La persona que baila al son de su propia melodía, al ritmo de su propio tambor. El ser humano con compasión y dulzura corriendo por sus venas.

Sin embargo, también está la hija y hermana de la Mafia, el peón de una *Borgata*, una mercancía de la organización.

Mi otra mano se levanta, acunando su rostro entre mis palmas.

—Si tan solo pudieras verte como yo te veo, Bianca.

Su respiración se entrecorta mientras sus labios se separan, las fosas nasales se dilatan ligeramente. La punta de su lengua sale, recorriendo su labio superior.

Una imagen de ella haciendo lo mismo con la cabeza de mi miembro destella en mi mente, y

maldigo.

—¿Cómo me ves, Leo? —pregunta, con un tono bajo y seductor, un canto de sirena envolviendo su poderosa niebla de olvido sobre mí.

—Bianca...

—Dímelo —añade—. Muéstramelo.

Cierro los ojos e intento razonar conmigo mismo. Tengo que resistir. Esto, aquí, es lo más cerca que puedo estar de ella, nunca.

Cuando los abro y mi mirada se posa en su rostro, me doy cuenta de que fue un error hacerlo. Porque una mirada a ella y estoy perdido. Sus ojos están entrecerrados, su mirada lánguida, sus facciones ya bañadas en la suave flacidez de la excitación. Su piel está caliente bajo mis palmas, el calor viajando directamente a mi miembro para avivar las llamas que estallan de las brasas ardientes de mi deseo.

Cuando sonrío a continuación, es ligeramente torcida.

Así que es real. Está sonriendo de verdad. Misión cumplida.

—Te reto doblemente —susurra, y guiña un ojo.

¡Y tuvo que ir y hacer esto! Todos saben que tengo un espíritu competitivo de una milla de ancho. Mi cuerpo reacciona de la única manera que sabe, demostrando su punto. En mi mundo, esto suele tomar la forma de puños.

Con esta mujer, toma la forma de un beso. Uno que busco, reclamo y tomo.

Mi boca se estrella contra la suya mientras mis manos sostienen su rostro, atrayéndola hacia mí para saquear las profundidades con mi lengua. Bianca no ofrece resistencia, sus labios se separan tan pronto como mi lengua busca entrada, devolviendo el beso con tanta alegría como yo lo tomo.

Sabe a ambrosía, cálida y dulce y deliciosa, una potente droga que va directamente a mi cabeza mientras enciende fuego líquido en mi sangre.

Solo está ella. Solo Bianca. Nada más que ella.

Sus manos están ahora en mi cabello, y necesito sentir sus largos mechones corriendo entre mis dedos. Empujo una mano en su cabello, quitando los pasadores bruscamente para poder enredarme en esa suave masa, cerrar mi puño sobre ella. La seda no es nada comparada con sus trenzas. Dios, ¿cómo se sentiría rozando mi piel desnuda? Será mi muerte, esta mujer.

Un gemido se le escapa cuando tiro de su cabello e inclino su cabeza hacia atrás, exponiendo la larga columna de su garganta a mis labios, mi lengua. Por mucho que quiera demorarme, saborear su gusto, encontrar dónde un mordisco provoca un gemido, tengo un destino en mente, y exhalo un suspiro cuando mi rostro aterrizo entre los abundantes globos de sus pechos.

Puede volver loco a cualquier hombre con esta carne flexible y pesada.

Necesito más, mucho más.

Agarrando su cintura, nos hago ponernos de pie. Con los labios aún adorando sus pechos, deshago la larga cremallera en su espalda, desenfundándola del vestido mientras avanzo.

Sin sujetador. *Gracias, Dios mío.* Y sus pezones son pequeños capullos tensos que suplican ser besados, ser succionados.

Es una mujer alta, y con sus tacones, solo hay unos centímetros de diferencia entre nuestras alturas. Mientras adoro sus pezones, Bianca se deshace rápidamente de mi ropa y me la quita.

Presiono mi cuerpo contra el suyo, el fuego estallando en cada punto de contacto, y la empujo hacia atrás. Cae sobre la colcha de seda roja en la cama nupcial, y me aparto para asegurarme de que esté bien.

Lo está. Y es una obra de arte. Una diosa pagana enviada al mundo de los vivos para atraer a los hombres a su destrucción. Para atraerme a mí.

Su cintura se estrecha, su vientre es plano. Caderas exuberantes fluyen desde su vientre tenso. Un pequeño triángulo de encaje cubre el ápice de sus muslos, y tengo que tragar fuerte contra el deseo de saborearla.

A la mierda, no puedo resistirme. Es demasiado hermosa, merece ser adorada.

Deslizo mis brazos bajo sus rodillas y la arrastro hacia adelante. Con su trasero en el borde de la cama, me arrodillo y le arranco las diminutas bragas antes de hundir mi boca en su sexo.

Bianca se arquea sobre la cama al primer roce de mi lengua contra su clítoris. Apoyo mis brazos bajo sus rodillas, abriéndola completamente para mi exploración.

Gemidos agudos brotan de ella mientras la devoro, lamiéndola, chupando el pequeño botón hinchado que suplica su liberación. Atrapo su clítoris entre mis labios y chupo con fuerza, luego lo muerdo suavemente.

Su orgasmo la atraviesa entonces. Puedo sentir los temblores sacudiendo sus muslos mientras cabalga y cabalga esa ola.

Dejándola ir, trepo a la cama junto a ella, subiéndola sobre la suave superficie.

—¿Bianca? —pregunto, esperando que me mire—. ¿Estás protegida?

No tengo un condón conmigo. Lástima que dejé la caja destinada a Mattia en la otra habitación.

Ella asiente, mordiéndose el labio con fuerza, las mejillas sonrojadas, el cuerpo ya arqueándose hacia mí.

Es toda la señal que necesito para deslizarme entre sus muslos y comenzar a empujar lentamente mi polla erecta dentro de ella.

Joder, está tan apretada. Tan caliente, también. Apenas he entrado y ya estoy casi listo para correrme.

Bianca levanta las piernas y las envuelve alrededor de mis caderas. Se arquea hacia mí, y cuando presiona la parte posterior de sus pies contra mis nalgas, empujo hacia adelante, sumergiéndome en ella de una sola embestida.

Ella jadea, y luego me está besando en el beso más caliente y abierto que he experimentado en mi vida. Sus caderas se mecen una vez, y es toda la señal que necesito para retirarme y volver a embestirla, una y otra vez.

Me pierdo en ella, y luego las estrellas estallan detrás de mis ojos cerrados mientras la tensión aprieta todo mi cuerpo y el fuego corre a través de mí, fuera de mí, dentro de ella. Bianca gime contra mis labios, y nuestros suspiros de plenitud se mezclan, se fusionan, se convierten en uno como nosotros acabamos de hacer.

A medida que nuestros sentidos exaltados vuelven a la tierra, la realidad del momento también

regresa.

Acabo de acostarme con Bianca.

Bianca Bonucci, que está totalmente fuera de límites para cualquiera de nosotros.

¡Joder!

Reaccioné como un adolescente recibiendo la oferta de su primer polvo. El estúpido *cazzo* no pensó con la cabeza, solo con la polla, su deseo, su necesidad. Al menos no me corrí prematuramente, pero como si eso fuera algún consuelo hoy.

Me aparto, mirándola tendida allí sobre la colcha de seda.

—No lo hagas —dice ella.

—¿Qué?

—No lo arruines.

—No lo estoy haciendo. Yo...

Se escucha un vítores desde abajo. Luego, se oye al maestro de ceremonias anunciando el corte del pastel.

Bianca ya está de pie y alcanzando su vestido.

—Deberíamos bajar —dice.

Lo que deberíamos hacer es hablar de esto. Aunque, ¿de qué serviría? Lo hecho, hecho está. Y nadie puede enterarse. Estaremos completamente jodidos entonces. Y yo estaré muerto. Mattia o su padre, o incluso su prometido, vendrán por mí.

¡Joder!

Todo lo que podemos hacer ahora es controlar los daños. Esto queda entre nosotros.

Asiento. —Pero no juntos.

Ella se congela, con el trozo de su tanga en una mano.

—Por supuesto que no.

Luego me da la sonrisa más falsa y fría imaginable, y puedo sentir el golpe como si fueran nudillos de latón en una mano corpulenta golpeando el costado de mi caja torácica.

Así que así es como va a ser. Mejor así, en realidad.

Se viste rápidamente, ya de camino a la puerta cuando me recupero lo suficiente para decir algo.

—Bianca...

—No lo hagas, Leo.

Luego, se ha ido, la puerta cerrándose tras ella.

Debe haber imaginado que le diría que esto fue un error. Lo fue. O no. Ya no lo sé. Todo lo que sé ahora es que necesito bajar lo antes posible, y también necesito deshacerme de esta colcha manchada.

Mientras quito la seda roja de la cama, no puedo evitar preguntarme si puedo arrancar el mero pensamiento de Bianca Bonucci de mi mente.

Pero en resumen, necesito hacerlo. Bianca Bonucci no pertenece a ningún lugar cerca de mí, ni siquiera en mi mente. Punto.

Capítulo 4

Bianca

Mi cabello es un desastre. No hay forma de que pueda volver a hacerme el peinado que me hizo la peluquera antes, y tampoco puedo bajar con un nido de pájaros en la cabeza. Además, hay arrugas en mi vestido, una clara señal de que me quité la ropa en algún momento de la última hora.

Y de que fui bien follada, también.

Me arrastro hasta la gran sala de estar que Hana y yo usamos para arreglarnos antes de ir a la iglesia, cierro la puerta con fuerza detrás de mí y echo el cerrojo por si acaso.

Me preocupa que Leo pueda seguirme y, al encontrarse con una puerta cerrada, no armará un escándalo que llame la atención sobre nosotros.

Sí, lo estoy dejando fuera, pero ¿tengo otra opción?

Salí corriendo de esa habitación cuando vi la expresión que se apoderó de su rostro al bajar de su orgasmo.

Primero confusión, luego pánico en sus ojos normalmente entrecerrados que se abrieron de par en par. Sus labios se tensaron de nuevo, muy diferentes de la boca suave que había estado besando todo este tiempo.

Una boca hábil, también. Un suspiro se escapa de mis labios cuando recuerdo la sensación de los suyos rozando mi piel sensibilizada por su mirada voraz, su toque anhelante. Cuán húmeda y cálida era sobre mis pezones mientras succionaba y desencadenaba temblores desde mis senos hasta lo más profundo de mi ser.

Luego, cuando me besó entre los muslos, su lengua saliendo para provocar y luego lamer, su boca en mi clítoris, chupando, saboreando...

Gimo, tanto por el placer recordado como por la necesidad que ahora hormiguea en mi clítoris,

suplicando liberación.

No hay forma de que pueda escapar de este llamado suplicante de atención, no hay manera de que pueda bajar con una necesidad tan debilitante apretándose como un tornillo en mi sexo.

Me apoyo con una mano en la mesa llena de maquillaje y productos para el cabello, con el cuerpo tenso y apretado mientras mi otra mano se desliza bajo mi vestido, un dedo separando mis pliegues para buscar el botón ya resbaladizo y ansioso de atención.

Imagino que es la gran mano de Leo y sus dedos gruesos llevándome al clímax, y casi me derrumbo cuando mi orgasmo me atraviesa, drenando la energía de mis piernas.

Me toma un momento recuperar el aliento, luego trago saliva cuando saco mi mano. Está húmeda y resbaladiza, con mis propios jugos y el semen de Leo, ya que no usó condón, y también hay rastros de rojo por todas partes.

La sangre de mi himen.

Leo Pellegrini acaba de tomar mi virginidad en esa habitación.

Apuesto a que no lo sabe. De lo contrario, no me habría dejado salir volando de allí. El honor le habría obligado a hacer lo correcto: un hombre que toma la virginidad de una mujer le ofrece su mano. Por eso las chicas italianas esperan al matrimonio o juegan primero con un mujeriego.

Suspiro y cierro los ojos. No había planeado que esto sucediera. Aunque siempre quise que Leo fuera el primero, no estaba destinado a serlo. Le robé mi primer beso hace todos esos años porque no podía soportar la idea de que otro hombre reclamara este preciado lugar en mi memoria.

Y luego hoy...

Señor, ¿qué he hecho?

Cuando estaba a punto de tomarme, lo atraje hacia mí, envolví mis piernas alrededor de su gran cuerpo y clavé mis talones en su trasero firme para acercarlo. Él se hundió en mí, rompió la barrera interior. Sabía que habría dolor, así que hice que su toma fuera rápida y ahogué mi pequeño grito en su beso.

Él no se ha dado cuenta por eso.

Nunca debería saberlo.

También tengo que mantener mi distancia de él. Cada vez que estamos cerca, me convierto en una mujer que cede a sus deseos, y ninguno de nosotros puede permitirse esto. Lo que deseo, lo que quiero, no significa nada en el gran esquema de las cosas. Como la mayoría de las hijas de la Mafia, soy un peón para que mi familia mueva a través del tablero de la organización.

Con este pensamiento sobrio en mente, me ocupo de mi atuendo. El vaporizador portátil deshace las arrugas del vestido, y una plancha para el cabello convierte mis mechones en una apariencia de ondas. Retoco mi maquillaje, aunque el lápiz labial no se ha movido, como se anunciaba, a pesar de...

No puedo pensar en Leo y lo que hicimos.

Una vez presentable de nuevo, salgo de la habitación, esperando no encontrarme con Leo en el pasillo.

No lo hago, pero otro encuentro indeseable me espera al pie de las escaleras. Estoy tentada de volver a subir, pero Leo probablemente siga allí.

No importa cuán lentamente baje las escaleras, aún termino en la parte inferior, frente al hombre que me espera. Alcanza mi mano cuando me detengo frente a él y coloca un beso en mis nudillos.

Trago la bilis en mi garganta. No me suelta, y no deseo nada más que apartar mi mano de la suya, limpiar la húmeda y babosa impresión de sus labios carnosos en una toalla desechable.

Sin embargo, no puedo hacerlo. No solo por el bien de la propiedad, sino porque este hombre es mi prometido.

Ardian Abrashi no es particularmente alto; estamos a la misma altura con mis tacones de ocho centímetros. Su rostro es delgado y bien afeitado, su cabello castaño claro siempre peinado hacia atrás con un gel de aspecto húmedo. Sus ojos grises y lacrimosos suelen parpadear de manera evaluadora, lo que sus gafas sin montura ocultan en cierta medida.

Vestido con un impecable traje a medida de color crema, luce elegante a primera vista. ¿El siguiente adjetivo que viene a la mente? Insípido. No hay contraste en él, ni energía, ni vibración alguna. No se percibe a un hombre poseído por la vida ni que posea la vida.

A diferencia de Leo Pellegrini.

Me reprendo internamente. Nada de pensar en él, y ciertamente no ahora.

Ardian agarra un mechón de mi cabello con su mano libre. El reloj en su muñeca refleja la luz. Es un Rolex de oro con bisel de diamantes. No soy una esnob, pero quiero hacer una mueca. Qué ostentoso. Nada que ver con el elegante y discreto Audemars Piguet Royal Oak de Leo. Y llevaba oro a una boda italiana; nadie lleva oro excepto como anillo de boda en tales ocasiones, ya que trae mala suerte.

—Te has soltado el pelo —dice, con los ojos entrecerrados.

Me trago el terror que sube por mi garganta. No le temo a este hombre en sí, pero si llegara a descubrir lo que acabo de hacer, podría exigir un crimen de honor. Se podría pensar que solo los italianos dramáticos recurrirían a medidas tan extremas, pero los albaneses son tradicionales hasta la médula, y a veces parece que viven según un código de conducta que no ha cambiado desde la Edad Media.

—Dolor de cabeza por tensión —digo, forzando una sonrisa.

—Hmm. —Frota el cabello entre sus dedos, un gesto que me pone la piel de gallina—. Desapareciste esta noche.

—Ya te lo dije. Me dolía la cabeza.

Espero que el rubor en mi rostro pueda interpretarse como bronceador, y el toque de color en mis mejillas como un exceso de colorete. No soy buena con el maquillaje; no parecerá extraño que haya hecho un desastre al retocar el trabajo profesional que me hicieron.

También estoy rezando para que no sea bueno en el póker o detectando mentiras. Es contador; ¿acaso saben leer a la gente como los abogados y los tiburones de los negocios?

—Esperaba tener al menos un baile con mi futura esposa.

No hay tono en su voz, lo que me eriza el vello de la nuca. A veces se siente como hablar con un robot, o una serpiente. Depende de los ojos, si están evaluando astutamente o no.

Hoy parecen algo suaves. Tal vez ya ha bebido suficiente champán Krug como para que pueda hacer una rápida escapada.

—Lo siento, Ardian. Mis deberes como dama de honor prevalecen sobre cualquier otro hoy. —
Fuerzo una sonrisa tensa mientras libero mi mano de su agarre—. Y hablando de eso, Hana me
necesita. Están a punto de cortar el pastel.

—¿Puedo acompañarte? —Su mano se tensa, sus dedos intentando entrelazarse con los míos.

Dios, ¿cómo me desharé de él? Pongo los ojos en blanco, como si estuviera mirando hacia arriba.

Mi respiración se entrecorta. Allí, en lo alto de las escaleras mirando hacia abajo, está Leo.
Observándome. Observándonos. Su rostro es tempestuoso, la mandíbula tensa, los labios casi
desapareciendo en una línea demasiado fina, los ojos entrecerrados aunque eso no disminuye el
fuego que arde en ellos.

Su cabello parece como si se hubiera pasado rápidamente los dedos, la pajarita ligeramente
torcida. Por supuesto, nunca puede atarlas bien. Me muero de ganas de subir corriendo y rehacer
el nudo, tener una razón para estar cerca de él otra vez, tocarlo discretamente, sentir el calor de
su piel bajo mis dedos, oler el aroma intoxicante y picante de su fragancia...

Su mirada ardiente se desplaza de mí hacia Ardian, y un escalofrío de temor recorre mi columna.
Si las miradas mataran, estaríamos en un funeral ahora y no en una boda.

Si Leo intenta algo contra Ardian, estallará una guerra en nuestros territorios. Si alguien intenta
hacer algún movimiento contra los albaneses, estaríamos jodidos.

Por eso mi inminente matrimonio con la familia Abrashi es tan crucial.

En este momento, recuerdo mi deber. Aparto la mirada de Leo y miro a cualquier parte menos a
mi prometido mientras me dirijo hacia el salón de recepción.

Pierdo a Ardian en la multitud cerca de la mesa del pastel —buen riddance— y me coloco detrás
de Hana. Por el rabillo del ojo, puedo ver a Leo hacer lo mismo detrás de Mattia. No me permito
mirar en su dirección.

Los recién casados cortan el pastel entre fuertes vítores, todos bailamos *La Tarantella* en un
círculo de manos unidas, los pasos ligeros y el coqueteo alegre más para traer suerte ahora que
como cura para las picaduras de tarántula, como comenzó esta tradición. Luego, de alguna
manera, llega el momento en que Mattia y Hana se retiren por la noche. Un avión privado los
llevará a Nassau para su luna de miel, saliendo a las cuatro de la madrugada para que lleguen allí

temprano en la mañana y disfruten de un día completo.

No vuelvo a ver a Leo, ¿acaso está evitándome expresamente? Mis reflexiones se detienen cuando mi padre se une a mí, colocando una mano en mi hombro.

—Deberías ir a casa, Bianca.

La fiesta acaba de comenzar y durará hasta el amanecer de mañana. Ya han reemplazado el Krug por el Moët & Chandon más barato que los invitados probablemente beberán directamente de la botella.

—*Padre*

—, yo...

—No podemos tenerte entre toda esta depravación —su mano se aprieta sobre mi hombro.

¿Qué pensará la familia Abrashi? Tu virtud es importante, Bianca.

Dejó las palabras sin decir, pero las escucho de todos modos. Me las ha inculcado lo suficiente.

—Ardian te llevará a casa.

Como si fuera convocado por un hechizo maligno, el hombre aparece junto a mi padre. Sus ojos son evaluadores esta vez. Sé que no debo causar problemas. Aun así, no significa que tenga que convertirme en un felpudo sumiso. El viaje a casa de mi padre transcurre en silencio, y me deslizo fuera del coche en cuanto se detiene, antes de que Ardian pueda siquiera apagar el motor.

—¿Bianca? —llama.

Los pelos de todo mi cuerpo se erizan. Me doy la vuelta para enfrentarlo.

—La próxima boda será la nuestra.

Me trago el pavor que se dispara en mi interior.

Matrimonio. Noche de bodas. Dormir con mi marido... No puedo imaginar sus frías manos sobre mí, su boca húmeda cerca de la mía, su pene penetrándome... Ya se siente como una violación cuando lo imagino.

Asiento con la cabeza y corro adentro, cerrando la puerta y apoyando mi espalda contra ella.

Nadie puede saber lo que pasó entre Leo y yo. Los albaneses son muy tradicionales; no puedo evitar imaginar a la madre de Ardian viniendo a revisar las sábanas el día después de la boda, para confirmar mi virtud.

Agarro mi teléfono.

Yo: **Leo, sobre lo de hoy...**

Tres puntos empiezan a bailar.

Leo: **¿Qué pasa con lo de hoy?**

Yo: **Lo que pasó...**

Leo: **No pasó nada. Exactamente como se suponía que debía ir el día.**

Un nudo se aloja en mi garganta. Así que así es como lo va a jugar. Al mismo tiempo, sé que mi secreto está a salvo con él. Él tiene tanto que perder como yo si se llegara a saber que dormimos juntos.

Lo mejor es que nos mantengamos alejados el uno del otro.

Lejos de la tentación.

Capítulo 5

Leo

El avión aterriza puntualmente. Le había prometido a Mattia que vendría a recogerlo a él y a Hana del aeródromo privado a su regreso de Nassau. Y aquí estoy, aunque es el último lugar donde quiero estar.

No sé cómo voy a mirar a Mattia a la cara otra vez, después de lo que pasó con Bianca el día de su boda.

Lo único que nunca debería haber sucedido, bajo ninguna circunstancia. Si alguien se enterara de esto, estaré muerto y tendremos una guerra entre manos. Los albaneses podrán marchar directamente sobre nuestro territorio, y seríamos impotentes para detenerlos si no quisiéramos que se derramara sangre, nuestra sangre. El honor nos obligaría a rendirnos porque algún imbécil no pudo mantener su polla dentro de los pantalones y se folló a la única mujer prohibida que debía traer la paz entre nuestras facciones rivales.

Excepto que, para mí, no fue solo un simple polvo. He tenido tiempo para pensar en nuestro encuentro en esa suite nupcial, y aunque no puedo decir que le hice el amor —fue lujuria, no realmente sentimientos— tampoco fue solo un polvo rápido, terminado en un suspiro de gemidos y cuerpos sudorosos y jadeantes.

¿Qué había sido? Para mí, mágico. Sé que me hace sonar como un blandengue, como un adolescente verde con estrellas en los ojos antes de que el mundo le dé una bofetada de realidad y luego una chica le rompa el corazón y lo despoje de esta perspectiva optimista, llenándolo de amargura y endureciendo su alma.

Pero lo había sido. El momento que pasamos mirándonos a los ojos, con mi mano en su mandíbula, había construido un puente entre nosotros. Todo un mundo de comprensión y anhelo, de deseo mutuo. Fue el momento en que estás con una mujer y de repente, todo encaja. Sabes que vas a besarla, llevarla a casa, tener sexo con ella, y aun así querer despertar a su lado a la mañana siguiente para desayunar juntos.

Bianca y yo podríamos haber sido esa pareja. Habríamos tenido una oportunidad si alguna vez

nos la hubieran dado. Lamentablemente, esto no será así, y tengo que recordármelo cada día. Ella no es para mí, y nunca lo será.

El avión se detiene, luego la puerta se abre. Mattia aparece primero en la entrada, y se vuelve después de bajar el primer escalón, con la mano extendida. Hana lo sigue, con su mano en la de él. Él le pregunta algo, y ella lo mira y le da una sonrisa tan brillante que mi pecho se contrae.

Así que las cosas van bien entre ellos. Su luna de miel fue bien. No podía creerlo cuando me dijo que estaban esperando hasta la noche de bodas para dormir juntos. Casarse, comprometer tu vida con una persona renunciando a todas las demás, tiene sentido que quieras saber si también eres compatible en la cama, pensaría yo. Esto no se aplica a los matrimonios arreglados: allí estás atrapado, y muchos en tales matrimonios recurren a amantes, a veces por consentimiento mutuo.

Bianca estará atrapada en un matrimonio así pronto. Cierro el puño cuando recuerdo este hecho. No veo a un trapo mojado y flácido como Ardian Abrashi dándole ningún placer en su lecho conyugal. Mi sangre hierve pensando en sus manos sobre ella, su polla en cualquier lugar cerca de ella. Si pudiera, mataría al bastardo y anularía este contrato con los Abrashi. Excepto que tiene un hermano, y Jasir Abrashi es conocido como *El Carnicero*. Nadie en su sano juicio enviaría jamás a una mujer en su dirección: le gusta la tortura, tanto para sus enemigos como para sus amantes.

Así que a menos que matara a toda la familia Abrashi, estoy en un callejón sin salida.

Tal vez algún día, Bianca quiera tomar un amante. Tal vez yo podría...

¡Mierda! ¿En qué demonios estoy pensando?

—¡Leo! —dice Mattia mientras se acerca, con un brazo extendido.

Fuerzo una sonrisa, agradecido de que las gafas de sol estén ocultando mis ojos.

—Bienvenido a casa —le digo mientras nos abrazamos en saludo.

—Es bueno verte, Leo —dice Hana cuando Mattia me suelta.

Su pequeña mano se posa en mi hombro, y se pone de puntillas en sus sandalias planas para darme un beso en la mejilla. Me inclino hacia ella, doblándome para ajustarme a su diminuta estatura. Siempre me recuerda cuánto parezco un gigante en Japón, siendo las mujeres japonesas generalmente tan pequeñas.

—Vamos. Llevemos a ustedes dos a casa —digo, dirigiéndome a la puerta delantera del SUV—. ¿Tuvieron un viaje divertido?

Hana se sonroja, Mattia se ríe. Es bueno presenciar su felicidad.

Todavía están susurrando de manera conspirativa cuando empiezo a conducir.

—Por cierto, gracias por la bomba de purpurina —comenta Mattia—. Una advertencia hubiera sido bienvenida.

Me río entre dientes. —¿Dónde estaría la diversión en eso?

Hana se ríe. —Vamos, brillabas como un vampiro de *Crepúsculo* al salir del avión.

Mattia resopla. —¿Tienes que recordármelo? Equipo Jacob, mis narices.

—Yo nunca fui del Equipo Jacob. Solo tiene unos abdominales geniales...

—¿Y yo no?

—No como los de Jacob. En realidad, soy del Equipo Volturi.

En el espejo retrovisor, puedo ver cómo se acurruca a su lado.

—Ellos también son italianos —añade, con voz baja y ronca.

Echo un vistazo atrás y rápidamente vuelvo mis ojos a la carretera. —Qué asco, chicos. ¡No en el asiento trasero de mi coche! ¿Qué sois? ¿Adolescentes de dieciséis años?

Lo último que quiero ver es a mi mejor amigo examinando las amígdalas de su esposa con la lengua.

Un pensamiento me inquieta. ¿Cómo es que Mattia sabe todo esto sobre *Crepúsculo*? Hana parece una fan. ¿Le habrá hecho ver las películas? ¿En su luna de miel? Si yo estuviera con la mujer que amo en mi luna de miel, pasaría todo el tiempo adorándola... es dudoso que viéramos siquiera la luz del día fuera de nuestra habitación de tanto que la mantendría en mi cama.

Incorrecto, me dice una vocecita. *Harías todo lo posible para hacer feliz a tu esposa.*

Incluso si eso significara ver las no-sé-cuántas películas de la saga *Crepúsculo*.

Ya lo demostré, el día de la boda, con Bianca. Todo se descontroló entre nosotros porque solo quería verla sonreír de nuevo, hacerla feliz una vez más.

Trago saliva con dificultad. No puedo estar pensando en Bianca. No cuando su hermano me destripará con gusto cuando descubra que me acosté con ella justo delante de sus narices.

Afortunadamente, llegamos pronto a la casa en Lenox Hill. Apenas hemos bajado del coche cuando la puerta principal se abre y una mujer grita de alegría. Hana grita de vuelta, antes de correr a abrazar a su amiga a quien parece tan feliz de ver.

Bianca.

Me quedo congelado mientras saco una maleta del maletero. ¿Qué hace ella aquí? Mattia no me dijo que estaría en su casa cuando regresara. Además, no pregunté. ¿Por qué lo haría, cuando en ese momento, cuando hicimos el plan para recogerlo, no tenía idea de cómo se veía Bianca ahora, cómo su apariencia pondría mi mundo de cabeza, cómo su cuerpo llamaría a mis instintos más básicos y su mera presencia quemaría mi corazón y reclamaría mi alma.

Aquí está de nuevo, ese idiota adolescente. Supongo que tienen razón al decir que un hombre no es realmente un hombre hasta que cumple treinta. Tengo veintiocho, así que todavía soy verde según esa definición.

—Hola, Leo —dice Bianca con un pequeño saludo.

Asiento y le devuelvo el saludo. Se gira hacia la casa, llevándose a Hana con ella. Mattia y yo somos descartados por las mujeres, y eso está bien. No parece haber notado nada incómodo en el intercambio entre Bianca y yo. ¿Y por qué lo haría? Nos conocemos, nos hemos conocido toda la vida. Aunque no somos amigos, así que no parece raro que no interactuemos más allá de saludos corteses.

Mattia y yo tomamos el equipaje y nos dirigimos hacia la casa.

—¿Todo bien? —le pregunto a mi mejor amigo.

—Sí.

—¿Sin miedo escénico? —bromeo con una sonrisa.

—Mi esposa no tuvo quejas.

—Sí, pude verlo. Si hubiera habido una ventana divisoria en el coche, te habría follado allí mismo detrás de mí.

Se encoge de hombros. —¿Qué puedo decir? Soy un hombre con suerte.

—Un bastardo con suerte, sí.

Ya estamos dentro. Hana salta hacia nosotros y me arrebató una maleta de las manos.

—¡Vamos, regalos!

Bianca grita de nuevo, y las dos mujeres desaparecen por la esquina hacia la cocina.

—¡Leo! Ven aquí —me llama Hana.

—Ya oíste a la dama —dice Mattia.

Sacudo la cabeza. —Estás totalmente dominado.

—Y orgulloso de ello, además.

¡Que les den! Toda esa felicidad doméstica es difícil de digerir.

Aromas tentadores de ajo y hierbas perfuman el aire mientras giramos hacia la cocina de planta abierta.

—¿Estás haciendo la cena? —pregunta Mattia.

Bianca asiente desde donde se ha dejado caer de rodillas con Hana sobre la alfombra en la otra mitad de la habitación que tiene sofás y una pantalla enorme en la pared. La maleta está abierta entre ellas.

—*Spaghetti all'Arrabbiata* —dice.

—Es lo único que sabe hacer —me dice Mattia.

Normalmente no es tan hablador. Supongo que Hana tiene que ver con esta versión más abierta y relajada de él.

—Eso no es un problema —dice Hana—. Pronto se casará con un hombre albanés. La comida

albanesa es lo que necesita aprender a cocinar.

Ahí está, el recordatorio de que se va a casar con Abrashi. Mi mandíbula se tensa mientras mi mirada se posa en Bianca. ¿Habrá sentido que la observaba? Entonces levanta la vista, nuestras miradas se encuentran. Mattia y Hana están discutiendo como una pareja de ancianos ya... no notan el endurecimiento de la boca de Bianca, la tensión de su mandíbula al ser recordada de su próximo matrimonio arreglado. Su cuerpo se eriza mientras se endereza, como una liebre atrapada por los faros.

Por supuesto que sabía que ella no quiere esta boda. Pero más allá del hecho de que se le ha impuesto, nunca reflexioné sobre la logística, lo que significará para ella.

Jasir Abrashi es el tipo de hombre que haría que el ficticio Christian Grey pareciera completamente manso y vanilla en sus fetiches. ¿Su hermano Ardian también estará metido en esas mierdas retorcidas? La mujer que llevará a su cama, ¿cómo la tratará? Aun así, hay alguna esperanza de que ella sea solo su esposa, con quien cumplirá su deber marital hasta engendrar un heredero, y que sus fantasías jodidas sean para su amante o las prostitutas que frecuente.

Bianca, con un hombre así... Con cualquier hombre...

Tengo que blindarme contra las imágenes que inundan mi mente, evitar que mi mano apriete demasiado el vaso de whisky que Mattia me ofreció para no destrozar el cristal en mi palma y hacer un desastre sangriento en esta inmaculada cocina blanca.

—Leo, esto es para ti —dice Hana.

Aparto la mirada de Bianca y la miro a ella, a las líneas redondeadas de la botella de ron cubano en su mano. Así que sí lograron hacer turismo por las islas. Me alegro por ellos. Levanto mi vaso en agradecimiento.

—Y esto es tuyo. Lo conseguí de un tipo que caminaba por la playa todos los días.

Bianca toma lo que parece ser un trozo de cuerda y tela, y Hana sigue entregándole más cosas. ¿Acaso compró una tienda entera allá?

—¿Sabes qué? Deberías ir a probártelos.

—Buena idea —concuerta Bianca—. Vamos.

Se van en medio de risitas, y la gran habitación se siente vacía cuando se han ido, como si todo el aire hubiera sido succionado y yo estuviera casi mareado por la falta de oxígeno.

—Hana puede ser un poco intensa —dice Mattia mientras se acomoda en un taburete de la isla.

Me siento a su lado. —Nunca lo hubiera adivinado.

—Lo sé. Yo también estoy sorprendido.

—¿Sorprendido para bien?

Se toma un momento para responder. —Sí.

—Bien.

Bebemos nuestro whisky en un silencio amistoso.

—¿Por qué Bianca? —pregunto de repente.

No tengo idea de cómo se me escapó la pregunta. Supongo que he estado pensando en ello durante las últimas tres semanas, y esta es la primera oportunidad que tengo de preguntarle a Mattia sobre el compromiso de su hermana.

—¿La alianza? —pregunta.

—Sí. ¿Por qué lo hizo tu padre?

Mattia suelta una risita burlona. —¿Recuerdas lo que le pasó a la última persona que preguntó esto sobre mi padre?

Recibió una bala en la rodilla, lo que acabó con su carrera como reconocido jockey. Roberto Bonucci había arreglado la carrera en la que se le había obligado a perder.

—Ese tipo preguntó directamente. Yo te estoy preguntando a ti.

Toma un pequeño sorbo de whisky. —Queda bien.

Para el sindicato. Alguien tenía que ofrecer a su hija o hermana, así ganó puntos.

—¿Nadie más tenía una hija?

—Ninguna elegible en ese momento. —Se encoge de hombros—. Paloma Salvatore acaba de cumplir veintiún años. Ayer, si no me equivoco.

Ella es una auténtica princesa de la Mafia. Demasiado valiosa para emparejarla con una escoria como Abrashi.

—Hana me estaba mostrando su foto en las redes sociales. Échale un vistazo. Puede que te guste lo que veas.

Me toca a mí resoplar. —Tres semanas de casado y ya te estás convirtiendo en casamentero. Aún no tengo treinta y planeo disfrutar el resto de mis años de libertad.

Así es en nuestro mundo: luz verde hasta que un chico cumple treinta; luego, una vez que esa edad llega, las *mammas* y las *nonnas* por igual están golpeando tu puerta preguntando por qué no te has establecido aún para darles los *bambinos* que anhelan, como si quisieran cobrar doscientos sin pasar por la casilla de salida. No se puede ganar de ninguna manera.

—Al menos las viejas no estarán aporreando tu puerta ahora —continúo.

—Sí.

Es asqueroso lo embelesado que se ve, lo feliz. Nunca antes había envidiado a mi mejor amigo, pero hoy, quiero golpearlo hasta dejarlo hecho pulpa por haber encontrado a la elusiva persona con quien compartir el resto de su vida. Porque a mí se me ha negado esta oportunidad. Una mirada a ella, y supe que Bianca Bonucci era todo lo que siempre había querido, todo lo que siempre querría.

Y ella nunca podrá ser mía.

Unas risitas llegan a nuestros oídos, y levantamos la vista. Lo cual fue un terrible error.

¿Esos retazos de tela que Hana le estaba dando a Bianca? Es un bikini, orgullosamente exhibido en su cuerpo ahora mientras camina hacia nosotros. Mostrando con orgullo una cantidad casi obscena de piel desnuda, las curvas pecaminosas de su carne seductora.

Dio santo, no soy un hombre débil. Pero ¿esto? Que el Señor tenga piedad.

Está justo ahí, tan cerca, tan apetecible, tan follable, que lo único que quiero hacer es echármela al hombro y llevarla a la habitación más cercana, tirarla sobre la cama, desatar esos lazos a los

lados de sus caderas y en su espalda con mis dientes, antes de deslizar mi lengua por su vientre expuesto, bajando hacia los pliegues húmedos de su coño mientras mis manos agarran sus abundantes pechos y los aprietan con fuerza-

El vaso se hace añicos en mi mano. Todos se sobresaltan. Bianca me mira con los ojos muy abiertos, la boca entreabierta en una pequeña 'o'. Lo único en lo que puedo pensar es en empujar mi polla erecta entre esos labios, follar esa boca larga y duramente, correrme en el fondo de su garganta...

Un gemido ahogado surge en mi garganta, pero lo reprimo.

No puedo quedarme aquí. Ella será mi perdición. Y si hago cualquier movimiento hacia ella, mis intenciones serán cristalinas y entonces su hermano acabará conmigo.

Lo único que puedo y debo hacer es colocar los pedazos de vidrio roto en la isla, darme la vuelta y salir de allí a toda prisa mientras meto mi mano ensangrentada en el bolsillo para no ensuciar su suelo.

Un trozo de vidrio está clavado en mi piel, y duele como mil demonios.

Exactamente como el mero pensamiento de Bianca Bonucci desgarrar todo mi ser ahora.

Capítulo 6

Bianca

Es oficial: se me han acabado los temas de conversación. Ni todo el tiempo en la mejor escuela de refinamiento de Suiza puede preparar a alguien para hacer charla trivial con una persona que tiene las habilidades conversacionales de un trozo de queso. Y al menos el queso sirve para algo.

Este hombre, por otro lado, es tan inútil como una cepa de bacterias que no hace nada. Este hombre, mi prometido.

Estamos sentados en una mesa del ilustre Richmond Club, ubicado en la esquina suroeste de Lenox Hill y Central Park, a un tiro de piedra del Hotel Plaza. Tiene un ambiente refinado y comida deliciosa, aunque esta noche no puedo apreciar ninguno de los dos.

Es mi cuarta "cita" con mi prometido. Cuatro meses desde que se anunció nuestro compromiso, y nos hemos visto el mismo número de veces, si descontamos la boda de mi hermano de la lista. Parece ser un hombre ocupado, Ardian Abrashi. ¿Ocupado haciendo qué? ¿Haciendo cálculos? Ni siquiera eso lo hizo hablar: le pregunté sobre su trabajo en nuestra primera salida. Libros en la segunda: no lee, prefiere la televisión. Gustos culinarios en la tercera: come de todo, dice.

No tengo idea de qué preguntar hoy. Mis ojos vuelven al Rolex en su muñeca. Uno diferente al de la boda. ¿Le gustan los relojes?

—¿Te gustan los Rolex? —pregunto.

Se encoge de hombros. —Son buenos.

Vale, tendría más posibilidades de sacar palabras de una piedra. ¿Pensar que voy a pasar el resto de mi vida con este traje de carne lleno de absolutamente cero personalidad? ¿Cómo vamos a manejar eso? Me estremezco solo de pensarlo.

Los ojos de Ardian se entrecierran sobre mí. Están especialmente evaluadores esta noche. Mejor que tenga cuidado. ¿Ha notado que tiemblo? ¿Va a preguntarme si tengo frío, mostrar que le importo, aunque sea un poco?

—No has tocado tu vino —dice.

El tono me hace pensar en una IA tratando de comprender la experiencia humana y fallando dramáticamente en procesarla.

Le doy una sonrisa forzada. —No soy muy fan del tinto.

—Es una botella cara.

Asiento. —Lo es.

Verlo pedir el vino me dio una valiosa idea de quién es. Él está pidiendo un filete mignon a término medio, y el sumiller recomendó un Malbec para acompañarlo. Ardian insistió en uno de los tintos de Borgoña más exclusivos de la carta.

Es tan básico, realmente: vino tinto con carnes rojas, vino blanco con platos más delicados como el pescado. Supongo que nadie le educó nunca sobre las complejidades del vino. Después de casi cinco años en Francia, he adquirido una educación sobre el tema.

¿El vino que consiguió? Es de una cosecha reciente, aunque proviene de un reconocido *domaine* en Borgoña. Tales vinos son mejores con un envejecimiento significativo. No va a saber tan bien como debería tan pronto después de ser embotellado.

En cuanto a mí, los tintos me dan la peor resaca, incluso después de una sola copa. Y estoy comiendo lenguado meunière. El vino tinto no tiene cabida cerca de una salsa de mantequilla y limón a menos que quieras un fuerte regusto metálico en tu boca arruinando tu comida.

Me muestra el hombre que es. Sin consideración por nadie más que por sí mismo y su propia importancia.

¿En qué demonios estaba pensando mi padre al emparejarnos?

Excepto que nosotros como personas no existimos. Es una alianza entre la Mafia y los albaneses, para que ninguno pise los talones del otro.

—Disculpe, señor —dice suavemente un camarero.

Ardian se vuelve hacia él con una mirada fulminante. —¿Qué?

El camarero se inclina y extiende una botella de champán. —Cortesía del caballero en la barra, señor.

Miro la botella, mis ojos se agrandan. Es un Bollinger *Vieilles Vignes Françaises Récolte 2012*. Ese es un año excepcional para sus champanes.

Inmediatamente, miro hacia el área del bar, arrepintiéndome de mi acción cuando mi mirada choca con la suya.

El hombre que he estado haciendo mi mejor esfuerzo por olvidar, por borrar de mi existencia.

Los ojos oscuros de Leo Pellegrini sostienen los míos, luego se desplazan hacia mi prometido. Levanta su vaso de whisky, hace un breve asentimiento, y luego el maître lo está escoltando hacia el otro lado del restaurante.

Está cenando solo entonces, la pared en medio del espacio que lo divide en una sección para parejas y pequeñas reuniones, la otra para comensales solitarios que prefieren un trozo de tranquila quietud para disfrutar de sus comidas preparadas por la cocina con estrella Michelin.

Un suspiro escapa de mis labios cuando sale de mi vista.

¿Por qué estar cerca de él tiene que ser tan magnético? Apenas pude mantenerme compuesta la otra noche en casa de Mattia cuando mi hermano y su esposa regresaron de su luna de miel. No sabía que Leo iba a recogerlos; nunca me habría instalado en su casa preparando la cena, tan ansiosa por ver a mi mejor amiga después de tres semanas y asegurarme de que ella y mi hermano estaban bien, que la vacilación que percibí de ella el día de su boda eran solo nervios de último momento.

Ver su amplia sonrisa tan pronto como salí alivió todas mis preocupaciones, hasta que me di cuenta de quién estaba parado cerca del coche con Mattia. Alto, moreno, guapo y absolutamente peligroso Leo. Llevaba una camisa ajustada de manga corta con botones que nunca habría pensado que se vería bien en su cuerpo grande y musculoso.

Pero ahí estaba. Absolutamente ardiente en jeans ajustados que moldeaban su firme trasero y largas piernas, poderosos antebrazos liberalmente cubiertos de vello oscuro expuestos y pareciendo suplicar a mi lengua que viniera a descubrir los tendones entre sus músculos bien definidos, las ligeras hendiduras de venas levantadas justo debajo de su piel.

No me había atrevido a mirarle a la cara. Hacerlo me habría hecho perder la compostura por completo. No lo había visto desde la boda. No hubo mensajes, ni comunicación alguna. Y mejor así. Porque estaba prometida a otro; lo que pasó entre nosotros nunca podría salir a la luz.

Había balbuceado un saludo y luego me concentré en Hana. La burbujeante Hana, que resplandecía como una mujer bien amada y seriamente bien follada. Qué suerte la suya. Aunque me estremezco cada vez que pienso que es mi hermano quien la folla. ¡Puaj!

Me mantuve entera, haciendo mi mejor esfuerzo por ignorar la presencia de Leo en la habitación. Hasta el momento en que volví a entrar vistiendo el bikini que Hana me había comprado.

Una mirada que se cruzó con la de Leo, y todo volvió de golpe, tomó velocidad, se hizo una bola de nieve. Podía verlo en sus pupilas oscuras, los ojos entrecerrados, el ensanchamiento de sus fosas nasales, las manchas de color en sus pómulos altos. Exactamente como me había mirado en aquella suite nupcial, justo antes de que consumáramos nuestra unión. Deseo, lujuria, anhelo, añoranza... Todo eso resonaba también en mí.

Hasta que el sonido del cristal rompiéndose nos sacó a ambos de nuestro aturdimiento. ¿Con cuánta fuerza había estado sujetando ese vaso pesado para romperlo así? Aunque, por otro lado, Leo tiene manos grandes, fuertes y capaces. Recuerdo cómo se hundían en la carne de mis caderas. El dolor había sido tan delicioso en ese momento, aunque me dejó moretones durante días después.

Al encontrarme con sus ojos hoy, por un segundo, me transportó al otro día, cuando me miró en bikini como si estuviera listo para abalanzarse y devorarme en el acto.

Hasta que su mirada se desvió hacia Ardian, y se llenó de hielo. Frío, ardiente, letal.

—¿Lo conoces?

Parpadeo saliendo de mis pensamientos y miro a Ardian. —¿Hmm?

Frunce el ceño. —El hombre que envió el champán.

Trago reflexivamente, forzando de nuevo una compostura distante frente a él. —Es Leo, el mejor amigo de mi hermano.

—¿Lo conoces bien?

Tan bien como una mujer puede conocer a un hombre.

Aparto ese pensamiento y asiento, sonriendo. —Sí. Su padre es un amigo nuestro.

Si conoce nuestra jerga, entenderá que acabo de decirle que mi padre y el padre de Leo son aliados. Un amigo mío es un tercero por el que un mafioso responde. Un amigo nuestro es un miembro hecho y derecho del sindicato.

Asiente, dirigiendo su mirada al champán antes de chasquear los dedos llamando al camarero.

Qué ordinario; me estremezco por dentro. Mi padre me está casando con un filisteo.

—Tíralo —gruñe de manera superficial.

Mientras se llevan la botella, tomo aire. Algo no está bien. ¿Será que su ego está herido porque alguien le envió una botella más cara que la que él pidió, demostrando que esta persona tiene más dinero y puede ser más descuidada con él? ¿O hay algo más? Nunca había sentido este nivel de tensión en Ardian. Debe saber que algo está pasando con Leo. O si no, que es una amenaza. Bueno, cualquiera en su sano juicio lo sabría y lo tendría en cuenta en todo momento. Leo es el heredero de su padre, y será un Don algún día cuando su *padre* muera. Todas las familias, como la mía, tienen un jefe a la cabeza. Aunque no todas tienen un Don.

De repente, puedo verlo tan claramente. Me enredé con el hombre equivocado. Leo puede significar problemas tanto para mí como para esta alianza. ¿Qué pensaba? ¿Que simplemente borraría nuestro tiempo juntos y seguiría con su vida? Normalmente no soy tan ingenua, pero esta vez lo fui.

Tengo que arreglar esto. Suavizar todo, al menos.

Y esto significa tener una conversación con Leo Pellegrini.

Me levanto y coloco mi servilleta suavemente doblada en mi silla. —Discúlpame, por favor.

Al menos entiende que esto significa que me dirijo al baño de damas y no cuestiona mi movimiento.

Aquí está la cosa sobre el Richmond Club. Dos lados del restaurante, un solo pasillo que conduce en el medio a los baños. Muchos encuentros furtivos se han tenido en estos cubículos, que son casi el doble del tamaño de los regulares en el rincón de damas para permitir la facilidad de

movimiento, en caso de que una persona no se encuentre sola allí.

Pero ese no es mi destino. El mismo punto ciego que permite tomar este corredor sin ser notado permite colarse en la otra mitad del comedor.

En este bastión de presencia masculina y ocasionalmente mujeres atrevidas cenando solas, diseñado como un club de caballeros de campo en las zonas elitistas de Londres, no me lleva mucho tiempo localizar a mi objetivo.

Leo Pellegrini está sentado en un sofá Chesterfield de tres plazas cerca de una chimenea apagada, con una pierna casualmente cruzada sobre la otra, un cigarro encendido en la mano, como si no tuviera una preocupación en el mundo.

Su mirada ardiente me sigue mientras me dirijo hacia él, deteniéndome a pocos pasos cerca de la mesa de café baja donde coloco mi bolso.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —siseo en voz baja.

Me examina de pies a cabeza con una mirada lenta y lánguida. Puedo sentir el calor comenzando a arder en mis mejillas, mis pezones endureciéndose contra la seda de mi sujetador, mi núcleo tensándose de necesidad.

¡Por el amor de Dios, mujer! ¡Contrólate!

—Te hice una pregunta —declaro.

Se encoge de hombros. —Pensé que disfrutarías el champán.

—Ardian lo devolvió.

—Es aún más tonto de lo que imaginaba.

La frustración está creciendo en mí. ¿Es esto un juego para él? No lo es para mí, ni para nadie en nuestro mundo. ¿Por qué no puede entender esto?

—Leo, por favor, para esto.

—¿Parar qué?

Resoplo. —Esto. Lo que sea que estés haciendo.

—Solo estoy disfrutando de mi cigarro —dice—. Y de la vista.

¡Argh! ¡Este hombre es insoportable!

—Leo, por favor... Estamos hablando de mi vida.

De cualquier manera, estoy acabada. Si no me caso con la familia Abrashi, mi propio padre me matará por deshonorar a la familia. Ni siquiera puedo esperar que me envíe a un convento en algún lugar.

Mis palabras parecen haber drenado la actitud juguetona de Leo; sigue sentado en la misma posición, pero ahora hay una tensión en sus brazos, una máscara de concentración tensa en sus facciones rudamente atractivas.

—Bianca...

—No, escúchame. —Tomo aire disimuladamente—. Te vas a ir, me dejarás volver a mi cena, y nos trataremos con cortesía cada vez que nos encontremos en público, ¿de acuerdo?

Su boca se tensa, los labios formando una fina línea blanca.

—¿Es esto lo que realmente quieres?

Es lo último que quiero, pero no tengo otra opción.

—Sí.

Sus fosas nasales se dilatan. Tantas emociones cruzan su rostro que no puedo seguir las ni identificarlas todas. Sí pude ver la frustración en la forma en que entrecerró los ojos. Como si lo hubiera herido, asestado un golpe del que quizás no se recupere.

—Esto no puede ser el final —dice suavemente.

Así que él también lo ha sentido, esta conexión entre nosotros.

Me muerdo el labio para contener el sollozo que quiere escapar. —Tiene que serlo.

—Bianca, necesitamos hablar.

—No podemos...

—Aunque sea una última vez.

Esto. Sus palabras me hacen pausar.

Cierre. Es todo a lo que podemos aspirar entre nosotros.

Tiene que serlo.

—Aquí no —digo.

Traga saliva, con dificultad, el movimiento de su nuez de Adán evoca tanta tristeza en mí que quiero llorar.

—Más tarde esta noche. En Vince's, en Tribeca. ¿Puedes encontrarte conmigo allí?

Capítulo 7

Leo

Han pasado dos horas desde que dejé a Bianca en el Richmond Club. ¿Por qué tarda tanto en llegar aquí?

A menos que haya incumplido nuestro acuerdo.

En realidad, ¿por qué arriesgaría todo para venir a verme?

Un pensamiento peor se desliza en mi mente, y maldigo en voz alta, cerrando los puños mientras los celos queman su camino destructivo en mí.

¿Acaso ese bastardo la llevó a su casa?

¿Está haciendo con ella lo que quiere mientras hablamos?

Me imagino sus manos sobre ella, recorriendo la curva de sus caderas hasta su pequeña cintura, sus pulgares rozando la parte inferior de sus pesados senos... su boca en sus pezones... Cuando pienso en él poseyéndola, un rugido se desgarrar de mí, y estrello mi puño derecho contra una viga de madera del desván donde estoy esperando.

—¡Leo! —exclama Bianca.

Un segundo después, está a mi lado. Una mano gentil se posa en mi antebrazo derecho, y con la otra, acuna el lado de mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —murmura—. Te vas a lastimar.

Su mano se desliza un poco, descansando sobre la piel desnuda de mi antebrazo donde me he subido las mangas hasta los codos. Su calor se difunde en mí, calentando mi piel, mi sangre. Cuando empieza a pasar sus dedos por mi cabello, sus uñas cortas rascando suavemente mi cuero cabelludo, un escalofrío me recorre. Me encuentro inclinando la cabeza hacia su palma, como un gato buscando caricias. Su toque es tan reconfortante que no quiero nada más que quedarme aquí, con ella sosteniéndome así.

—Leo.

El sonido de mi nombre se derrama de sus labios como una caricia. Nunca me había sonado así antes. Como una plegaria, un deseo, una maravilla, todo en uno.

—¿Qué pasa? —pregunta, acunando el lado de mi cabeza, mi oreja, en su palma.

Abro los ojos, no me había dado cuenta de que los había cerrado. Mi mirada se encuentra con la suya. Son oscuros, sensuales, inquisitivos. Y está preocupada, también. Puedo verlo en el pequeño ceño que arruga el espacio entre sus cejas, en la tensión en las esquinas exteriores de sus grandes ojos.

¿Cómo empiezo a decirle qué está mal?

—No puedo hacer esto —murmuro.

—¿Hacer qué?

Está tan cerca que su aliento abanica mi barbilla. Debe no llevar tacones altos hoy, entonces. Sintióndola tan pequeña frente a mí, todo lo que quiero hacer es extender la mano y atraerla hacia mí, aplastarla contra mi cuerpo mientras la giro contra la pared, levantar sus piernas alrededor de mis caderas y hundir mi polla en ella.

Duele. Mucho.

—No puedo soportar la idea de que tú...

—Shh. Está bien.

Su mano izquierda viaja lentamente por mi brazo, hasta posarse en mi hombro. Su calor se entrelaza conmigo desde aquí también, calentándome donde pensé que me había congelado antes. Calentando, descongelando, en mi pecho, el área alrededor de mi corazón...

—No está bien —digo—. Tú con él, no puedo soportarlo, Bianca.

—Oh, Leo —suspira.

—Déjalo —me oigo decir—. Ven conmigo.

Creo escuchar un sollozo. Se atora en su garganta, no sale de sus labios.

Cuando Bianca se pone de puntillas y presiona su frente contra mi pómulos, mi propio aliento se atasca en mis vías respiratorias. De repente no puedo respirar, no puedo hacer nada más que inhalar el dulce aroma de su perfume que corre como un bálsamo que calma tanto como quema dentro de mí.

Esto. Ella. Esta mujer. Es todo lo que siempre he querido, todo lo que alguna vez necesitaré.

Es mía.

—Cásate conmigo —digo.

Bianca se tensa contra mí, y quiero gruñir cuando se aleja. Da unos pasos atrás, y el abismo que se abre entre nosotros es amplio y frío, una trinchera más profunda que las que corren en el fondo del Océano Pacífico.

Algo dentro de mí sabe que la estoy perdiendo ahora mismo, pero lo ignoro. Lo combato. Me niego a rendirme.

—Casarme contigo —dice suavemente.

—Sí.

Voy a mantenerme firme aquí. Si no puedo tenerla, nadie más lo hará. Lucharé con uñas y dientes para que suceda.

Se envuelve con sus brazos, lo que se siente como si me estuviera excluyendo aún más.

—¿Cómo planeas hacer que esto suceda?

Mi mandíbula se tensa, y fuerzo las palabras a salir. —Encontraré una manera.

—Cuando ya estoy comprometida con alguien más.

—No estás comprometida, Bianca. Estar comprometida es cuando un hombre te propone matrimonio. A ti te han vendido para que tu padre pueda obtener favores del sindicato.

Su rostro se ha puesto blanco, sus labios apretados.

—Gracias por pintarme una imagen tan detallada —replica con sarcasmo.

Cierro los ojos brevemente. Esta mujer será mi muerte.

—Me excedí. Lo siento.

El silencio vibra entre nosotros, hasta que su labio inferior empieza a temblar.

En un instante estoy junto a ella, atrayéndola a mis brazos, envolviéndola en ellos.

—No llores —murmuro, y luego deposito un beso en su cabeza—. Por favor, no llores.

—No te equivocas —responde ella, con las palabras amortiguadas contra mi pecho.

Saboreo la sensación de tenerla contra mí, su calidez, la forma en que sus curvas encajan perfectamente contra los planos más duros de mi cuerpo, cómo su pierna se enreda con la mía mientras se acurruca en mí.

Aquí es donde pertenece. Más aún que en mi cama con mi miembro enterrado en ella. No quiero solo a la amante que es para mí, la quiero toda.

—Cásate conmigo —vuelvo a decir.

Y fue lo incorrecto de nuevo.

Se aparta, con los ojos ardiendo mientras me desafía con la mirada a pesar de ser unos quince centímetros más baja.

—¿Y eso qué va a solucionar, eh?

La realidad me golpea como un balde de agua fría. ¿En qué estaba pensando? Como mi esposa, podría protegerla, pero ¿qué hay de las consecuencias de romper la alianza entre ella y Abrashi?

—Podría matarlo.

—¿Y luego qué? El contrato establece que debo casarme con alguien de esa familia. Todavía queda otro hermano elegible. ¿Quieres que termine con *El Carnicero*?

—Lo mataré a él también.

El silencio descende, y luego Bianca se ríe. Pero no de mí. Es una risa triste, y hay lágrimas asomándose a sus ojos mientras se muerde el labio inferior.

—Eso solo desencadenaría una guerra, Leo. Ninguno de nosotros puede permitirse eso.

Tiene razón.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Mi puño derecho golpea la viga al ritmo de cada maldición.

—Leo, para.

Su suave murmullo me dan ganas de llorar. Nunca antes había sentido tantas ganas de sollozar así, ni siquiera cuando mi madre nos abandonó a todos cuando yo tenía solo ocho años y mi hermano menor aún era un bebé.

Sus delicadas manos acunan mi mano derecha. Cuando su pulgar roza los cortes abiertos en mis nudillos, inhalo bruscamente.

Bianca. Ella apela a mis instintos más básicos: todo lo que quiero es follarla y también matar por ella, para que sea mía, para que no haya duda de que me pertenece. Pero algo en ella también calma la ira en mi interior, apacigua al monstruo que espera salir en cuanto baje la guardia.

—¿Por qué? —le pregunto, con voz baja, casi inaudible—. ¿Por qué no pudimos habernos conocido antes, tú y yo?

Si no hubiera rechazado a Mattia cuando me dijo que lo acompañara a París para Año Nuevo, habría conocido a la mujer en la que se ha convertido entonces. Habría podido reclamarla antes de que su padre la emparejara con ese bastardo de Abrashi.

—*Mon cœur* —dice, antes de depositar un suave beso en un nudillo desgarrado—. Sabes tan bien como yo que nuestros padres nunca aceptarían que nos casáramos.

Tiene razón, por mucho que aborrezca esta situación. Hay una jerarquía en nuestra organización, al igual que en la aristocracia. Los Dones están en la cima, los príncipes y duques de nuestro mundo. Las *borgatas* —familias o casas— abarcan toda la gama de rangos inferiores, desde el prestigioso marqués hasta el humilde barón.

La hija de un barón, a pesar de seguir siendo aristócrata, apenas tiene posibilidades de casarse con el hijo de un príncipe, y menos aún con su heredero. Y ciertamente no cuando hay muchas hijas elegibles de príncipes y duques con las que competir.

En días como este, maldigo mis orígenes.

—Tu padre tiene un ejecutor, Leo. Un día, tú también lo tendrás.

Un ejecutor es quien, como sugiere el título, hace cumplir la voluntad de su Don, el que se ensucia las manos por él, literalmente. Es una medida del peligro que impregna el mundo de un Don y su familia.

Uno como el mío. Don Pellegrini es temible y temido, grandes zapatos que tendré que llenar cuando llegue mi momento. Ningún hombre, aparte de otro Don, quiere que su hija se enrede con alguien como nosotros.

—Lo que pasó entre nosotros —continúa—. Tenemos que olvidar que alguna vez sucedió.

Me erizo. No debería haber dicho eso.

Me enderezo, y Bianca jadea. Antes de que pueda alejarse, extendiendo la mano y agarro sus hombros, giro su cuerpo hacia la derecha y la presiono contra la pared. No me importa ser brusco. Necesita entender que esto no fue un juego para mí. No fue un error, porque los errores no se clavan en tu piel como una astilla, encontrando el camino hacia tu sangre para mantenerte despierto toda la noche con tu miembro buscando liberación y nunca encontrándola.

Un error no hace que un corazón lata tanto con anhelo, con necesidad.

Un momento de lucidez me golpea.

¿Qué estoy haciendo?

Mis ojos se desvían hacia los suyos. Pero en lugar de miedo en esas profundidades marrones, todo lo que puedo ver son pozos líquidos de oscuro deseo. Pupilas dilatadas, labios entreabiertos, mejillas sonrojadas. Está excitada. Apuesto a que puedo oler su excitación si me acerco.

Fuerzo una rodilla entre sus piernas. Ella no opone resistencia cuando las separo, mientras mi mano baja para luego subir bajo la falda de su vestido cruzado, desde su rodilla hasta el ápice de sus muslos.

Su sexo está cálido, las bragas ya empapadas. Las hago a un lado con mi dedo medio, encuentro sus pliegues húmedos y hundo el dedo en su ardiente canal. Mis ojos no abandonan los suyos en todo este tiempo, y puedo ver deseo, anhelo, necesidad estallando en su mirada, oírlo en el suave jadeo de sus labios, sentirlo en su pecho que sube y baja rápidamente, sus senos rozando mi torso, en la contracción de su sexo alrededor de mi dígito.

Cuando jadea, sonrío y saco mi dedo. Lo llevo a mi boca, donde saboreo su esencia.

Su cuerpo está ahora pegado al mío, y la empujo contra la pared tanto por deseo como por la necesidad de sostenerla mientras afirmo mis pies en el suelo, mis manos a ambos lados de su cabeza. Nuestras respiraciones agitadas se mezclan, y mi boca escucha la llamada, estrellándose contra la suya para exigir, buscar, tomar, saquear.

Sus labios y lengua son igualmente voraces, y sus manos agarran mis costados, retorciendo la tela de mi camisa en su puño. Sus caderas se arquean hacia mí, su sexo presionando contra mi miembro erecto dentro de mis pantalones, con demasiada ropa entre nosotros. Necesito desnudarnos. Abrir mi cremallera, subir su falda, rasgar sus bragas.

Estoy perdido en una bruma de necesidad sexual cuando las manos de Bianca presionan mis hombros y me empuja hacia atrás.

—No puedo hacer esto —grita antes de agarrar su bolso y salir corriendo del loft.

Nunca voy a forzar a una mujer a estar conmigo, sexual o de otra manera. El hecho de que la deje ir ahora mismo significa que la he perdido. Para siempre.

Capítulo 8

Bianca

No sé de dónde saqué la fuerza para arrancarme de los brazos de Leo y lanzarme al ascensor, tambaleándome hasta llegar al bar de la planta baja y luego a la calle, donde paré un taxi y me metí dentro, dándole al conductor la dirección de la casa de mi padre en Lenox Hill.

Cierro los ojos y obligo a mi respiración a volver a una apariencia de normalidad, segura de que su ritmo acelerado me llevaría pronto a la hipoxia si no me controlaba.

—¿Estás bien? —pregunta el conductor con turbante mientras me lanza una mirada por el espejo retrovisor.

Mi respiración se entrecorta mientras intento responder. Finalmente, asiento con la cabeza; él sigue observándome, así que verá la respuesta no verbal.

—¿Segura? Parece como si... alguien hubiera intentado hacerte daño, *kudi*.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Estoy bien, *Paaji*.

Estos hombres mayores punjabíes son muy protectores con las chicas jóvenes. Desde la primera vez que entré en una tienda en Queens propiedad de sijs punjabíes, me llamaron '*kudi*', que significa 'chica' y se pronuncia como *kuri*. Siempre me enseñaron a respetar a mis mayores, así que pregunté cómo dirigirme a la pareja de dueños. Me dijeron '*Paaji*' para un hombre y '*Baaji*' para una mujer.

Me ha sido útil bastantes veces en los taxis de Nueva York.

—¿Segura, *na*? —insiste.

—Sí.

Vuelve a concentrarse en conducir, dejándome contemplar el estado en el que me encuentro. Mi

vestido está todo desarreglado, el lazo flojo alrededor de mi cintura y la falda arrugada. La aliso con las manos. Gracias a Dios que es de un material sintético resistente y no de seda frágil; puedo arreglarme bastante pronto.

No se puede decir lo mismo del estado de mi interior. Leo prácticamente me lanzó a una tormenta y me dejó hecha papilla con sus palabras apasionadas y declaraciones. Luego, la forma en que me empujó contra esa pared, estuvo a punto de hacerme suya...

Dios, cómo lo deseaba. Hubiera dado cualquier cosa para que me follara de nuevo, me llenara con su polla, tomara de mi boca y mi cuerpo y mi coño, saqueara y violentara, me diera placer y me atormentara hasta arrancarme orgasmo tras orgasmo. Sus manos sobre mí, su boca en la mía, su dedo en mi sexo... tengo que inhalar profundamente para despejar la niebla de deseo que vuelve a envolverme.

Cásate conmigo.

Mi corazón se derrumba sobre sí mismo. No hay nada que desee más en el mundo. Sé que Leo desea mi cuerpo. No puede querer mi corazón, no todavía; no nos conocemos lo suficiente para eso, para el amor. Pero aun así, sé que ningún otro hombre podrá jamás despertar en mí tal deseo, tal carnalidad, tal plenitud. Mi alma lo sabe, así que sí, estaría totalmente de acuerdo en casarme con él hoy mismo... si pudiera.

No puedo, y esa es la clave. Estoy prometida a otro.

Todo esto había pasado por mi cabeza a pesar del calor de su cuerpo filtrándose en el mío, encendiendo mi sangre mientras me besaba como si su vida dependiera de ello. Por mucho que quisiera esto, lo anhelara, incluso lo necesitara, no podía seguir con lo que estábamos haciendo. Solo echaría aceite a un fuego ya ardiente, y encenderíamos un infierno que nos quemaría no solo a nosotros sino a nuestras familias y a todos en nuestro entorno.

Así que tuve que hacer lo racional, lo correcto. Tuve que arrancarme de él, alejarme antes de que alguien resultara aún más herido en este peligroso juego que estábamos jugando.

Las palabras que salieron de mis labios mientras huía, sin embargo, no las había planeado.

Y si tengo algo que decir al respecto, serán las últimas palabras que le diré a Leo Pellegrini aparte de un simple saludo aquí y allá.

El coche se detiene. No puedo creer que ya estemos en Lenox Hill, frente a la casa de mi padre. Pensé que tardaríamos más en llegar desde Tribeca. Vince's, donde Leo me había dicho que nos encontraríamos, es un bullicioso bistró francés. Estaba buscándolo en una mesa cuando Vince mismo, el dueño, se acercó y me dio el código para el ascensor de atrás. Me llevó al tercer piso, al loft donde Leo me esperaba.

¿Es ese uno de sus lugares habituales? Nunca llegué a preguntárselo, porque las puertas se abrieron y allí estaba él golpeando la pared con el puño. Corrí hacia él, y luego todo lo demás se desvaneció mientras solo sabía que tenía que cuidar de él, que era un hombre al límite de su resistencia. La cruda mirada de dolor en sus ojos me había derribado.

El conductor anuncia la tarifa, y salgo de mis pensamientos. Extiendo el dinero y luego me deslizo fuera del coche.

—Gracias, *Paaji. Sastria kal* —digo, despidiéndome en su idioma. Por un momento, me hizo sentir apreciada, vista, y quiero devolverle el favor.

Mis pasos son pesados mientras me dirijo a la puerta principal y entro. Está oscuro dentro. Un atisbo de esperanza de que mi padre no esté en casa se abre paso en mí.

Se extingue meros segundos después cuando las luces se encienden, casi cegadoramente.

—¿Dónde estabas? —pregunta. Está de pie en el umbral de su despacho, con una copa de coñac en la mano.

Trago saliva. Han pasado horas desde mi cita para cenar con mi prometido. ¿Puedo mentir?

—Tenía una cita con Ardian esta noche, ¿no lo recuerdas?

Su rostro se torna severo. —Él dice que te dejó hace dos horas en casa de Mattia.

Me encojo de hombros. —Entonces, ¿por qué me preguntas dónde estaba?

—Porque no estabas en casa de tu hermano.

Lo verificó, entonces. No se me ocurrió avisar a Hana para que me cubriera. Necesitaba ver a Leo. Si Ardian me hubiera dejado aquí, no habría podido escabullirme de nuevo. Mattia y Hana están en una cena esta noche, así que sabía que su casa estaría vacía.

A veces la mejor defensa es el ataque. Así que levanto las manos y resoplo. —Fui a comer algo, ¿de acuerdo? Ese ignorante arruinó un lenguado a la meunière perfectamente bueno con un tinto de Borgoña.

—Cuidado con esa boca tuya, *figlia*.

Lo miro con furia. Mattia siempre se acobarda frente a nuestro padre. Yo he aprendido a mantenerme firme siempre que sea posible; de lo contrario, me avasallaría.

Me hace un gesto con la copa. —¿Y te llevó dos horas encontrar comida?

—¿Conoces algún lugar en el centro de Manhattan que no esté reservado con antelación un sábado por la noche?

—Es pasada la medianoche, Bianca. ¿Qué dirá la gente?

Me encojo de hombros. —¿Que tengo una vida?

La frustración de esta noche —primero Ardian, luego Leo con su propuesta, mi cuerpo insatisfecho aún gritándome que le negué un encuentro perfecto con un amante hábil, y ahora mi padre encima de mí— todo me llega como un tsunami que lo arrasa todo a su paso. Ya no me importa lo que salga de mi boca en este momento.

—¡No tienes una vida! —me ladra, haciéndome estremecer—. Tu único propósito es traer la paz entre nosotros y los albaneses.

Leo dijo algo similar esta noche. Odio ver la verdad expuesta tan crudamente ante mí.

Mi padre da unos pasos hacia mí. —No lo arruines, Bianca. Hay demasiado en juego. Los Abrashi quieren una novia pura. No puedes permitir que nada manche tu reputación.

Ahora estoy viendo rojo. Solo soy una mercancía para todos ellos.

—¿Así que solo porque llego a casa un poco tarde una noche, ahora soy una zorra?

No veo venir la bofetada, solo siento el impacto de su mano carnosa en mi mejilla, el escozor que sus dedos dejan en mi piel que se calienta por el golpe.

Mi padre nunca antes me había levantado la mano.

—No me deshonres. Ni a tu prometido.

Algo más que dijo Leo destella en mi mente.

—¿Mi prometido? —pregunto—. Cuando dos personas se comprometen, el hombre le pone un anillo en el dedo a la mujer. —Agito mi mano izquierda frente a su cara, ya sin importarme nada. ¿Qué va a hacer? ¿Pegarme? Ya ha cruzado esa línea—. ¿Dónde está mi anillo de compromiso, *padre*?

Su boca se curva en una mueca de desprecio. —Deja de comportarte como una niña, Bianca. Tú y Ardian se van a casar. No necesitas un anillo para eso.

Sé hasta dónde puedo presionar a mi padre, y hoy he llegado al final del camino. Su fría desestimación ya me ha cerrado la puerta.

Me doy la vuelta y subo las escaleras, cerrando la puerta de mi dormitorio de un golpe. Al menos esto me trae algo de satisfacción. Agarro una almohada y grito mi exasperación en ella.

¿Por qué mi vida se está convirtiendo en semejante desastre?

Mi mirada se posa en mi mano izquierda mientras me desplomo en la cama. Nadie que mire mi dedo anular sabría que estoy comprometida.

Nuestro matrimonio será una alianza, sí, pero estamos adhiriéndonos a todas las convenciones de estar comprometidos. Excepto por el anillo. De repente, siento una curiosidad voraz por saber por qué Ardian, o incluso su familia, no han pensado en darme un anillo de compromiso para resaltar aún más el vínculo entre nosotros.

Me detengo y me pregunto: ¿qué sé realmente sobre mi prometido?

Antes no me había molestado en aprender más sobre él. Nuestra boda era un hecho consumado, así que no tenía salida, quisiera o no. No importaba cómo vivía su vida si de todas formas iba a estar atada a él.

Pero hoy, Leo, y luego mi padre, me obligaron a pensar más profundamente sobre lo que está pasando. Debe haber más de lo que se ve a simple vista aquí, y tengo que averiguarlo.

Es bueno que conozca a alguien que puede ayudar. Todo tipo de personas frecuentan la Sorbona, desde los más rectos hasta los completamente locos. Benji Castiel es uno de esos. Somos amigos,

sin embargo; incluso fui su tapadera por un tiempo. Así que me debe una, aunque estoy segura de que me ayudaría solo por diversión. Le encanta poner a prueba sus habilidades de hacker.

Saco mi portátil y le envío un correo electrónico a Benji, pidiéndole que encuentre todo lo que pueda sobre mi misterioso prometido. Tal vez esto me traiga algo de paz mental, o mejor aún, una ventaja para escabullirme de esta alianza.

Benji cumple una semana después. Mientras tanto, me he sumergido en reuniones con la planificadora de bodas; esto mantiene a mi padre lejos de mi espalda, mi prometido está

reacio a involucrarse, así que también lo evito, y esto fuerza mis pensamientos y mi camino lejos de Leo.

Me siento en el pequeño escritorio de mi habitación y abro el correo electrónico, frunciendo el ceño mientras lo leo. Cuando termino con su misiva, mi corazón está latiendo con fuerza.

¿Qué quiere decir con "abre bajo tu propio riesgo" en los cuatro conjuntos de archivos que me ha enviado en orden creciente de importancia?

¿Qué demonios está tramando Ardian Abrashi para que un experimentado hacker y rastreador de la dark web me diga que tenga cuidado y lo piense dos veces antes de mirar?

Contengo la respiración. ¿Hay esperanza para mí ahí dentro? ¿Una forma de romper el contrato matrimonial?

Armándome de valor, abro la primera carpeta.

Aparecen fotos y jadeo.

Selfies de Ardian con una bonita mujer rubia, con su brazo alrededor de ella, una pequeña sonrisa en su rostro mientras ella sonríe ampliamente a la cámara. Un archivo en la carpeta indica que tiene veinticinco años y es maestra de jardín de infantes en Brooklyn. Compruebo los metadatos de las selfies: la más reciente es de la semana pasada.

Jadeo de sorpresa. Ardian no está soltero. Por lo que se ve, está enamorado de esta mujer, tiene una relación con ella hasta el viernes pasado, un día antes de que se reuniera conmigo para nuestra "cita" en Manhattan.

Con razón está siempre ocupado. Tiene otra vida con alguien más por ahí.

Esto lo cambia todo. Cuando pensaba que me casaba con alguien que entraba en esta asociación en los mismos términos, podía soportarlo. Ahora, sería la otra mujer, aunque legalmente fuera su esposa. ¡No puedo hacerle esto a otra mujer!

Mi cursor se cierne sobre el siguiente archivo. Tal vez haya más de lo mismo ahí dentro. Necesitaré toda la munición que pueda conseguir para llevar esto a mi padre, para que rompa este contrato.

Hago clic en el segundo archivo y mi corazón casi se detiene. Fotos, la mayoría de ellas. De mujeres en varias formas de bondage. Pero siempre con una mordaza en la boca, el rímel corriendo por sus mejillas pálidas.

No sé por qué abro el tercer archivo. Más fotos, y estas parecen sexo con tortura. También hay archivos de video comprimidos. Abro uno de ellos y me quedo paralizada mientras veo el corto clip, con la bilis subiendo por mi garganta. Una mujer está amordazada y atada a una cruz en forma de X. Un hombre con pasamontañas empuja una botella de champán abierta en su vagina; es obvio que ella está sufriendo. Luego toma un martillo y rompe la botella, y el psicópata luego la folla con el cuello de la botella que aún está dentro de ella. Los bordes rotos en el otro extremo le cortan los muslos internos, hay sangre corriendo por sus piernas, y...

Cierro de golpe el portátil y vomito en la papelera junto a mi escritorio.

¡Dios del cielo! ¿Qué clase de hombre estoy a punto de casarme?

No puedo hacer esto. No puedo seguir adelante con este matrimonio. Si estos son los gustos de Ardian, no lo veo llevándolos a cabo con la dulce maestra de jardín de infantes, aunque esto podría ser lo suyo, no lo sé. Pero si no es con ella, la mujer que parece amar, ¿por qué no con la mujer que legalmente es suya, su esposa?

Solía pensar que dejar que me tocara sería un infierno, pero ¿esto? Esto sería literalmente un encuentro con el diablo. Uno que podría repetir conmigo todos los días por el resto de nuestras vidas...

Me levanto de la silla en un instante, pidiendo un Uber en mi teléfono. El más cercano puede estar aquí en veinte minutos; no puedo esperar tanto. La casa de Mattia está a tres manzanas. Puedo caminar hasta allí en el mismo tiempo.

Me apresuro a su casa, suspiro de alivio cuando veo su Cadillac en la entrada. Ya estoy marcando el código de la puerta cuando recuerdo tocar el timbre; no quisiera interrumpir nada que esté pasando entre esos dos. Hana me dijo que están intentando tener un bebé en serio.

—Bianca, ¿qué pasa? —Hana está sobre mí en cuanto entro—. Estás pálida como un fantasma.

—¿Dónde está Mattia? —croajo.

—En la cocina. ¿Por qué? —Su mano, que estaba frotando mi espalda, se detiene—. ¿Alguien te ha hecho daño?

Las lágrimas que he estado tratando de contener surgen, y estoy lloriqueando como una tonta mientras ella me rodea con sus brazos.

—¿Qué pasó? —pregunta Mattia mientras corre hacia mí—. ¿Quién te hizo esto?

Ambos me guían hacia un sofá en la sección de la sala junto a la cocina. Hana me pone un vaso de agua en la mano. Estoy temblando tanto por el shock retardado que no puedo dar un sorbo y se está derramando sobre mi ropa.

—Bianca, ¡habla! —ordena mi hermano.

—N-no puedo seguir adelante con esta boda —tartamudeo.

—¿Por qué no?

—Ardian tiene novia.

—¿Y qué? —pregunta él—. Romperá con ella cuando estén casados.

—Ese no es el punto, Mattia —señala Hana suavemente.

Él suspira. —Bianca, no eres tan ingenua, seguramente. Algunos hombres mantienen amantes después de casarse.

—De nuevo, ese no es el punto, Mattia.

—Gracias —murmuro, mirando a Hana—. Yo seré la amante, en este caso.

—No tiene sentido lo que dices.

Tanto Mattia como Hana me miran ahora con el ceño fruncido.

Tomo una respiración profunda, sin saber cómo decirles esto. —Ardian... le gustan... cosas raras. Cosas retorcidas. Tengo miedo de que me obligue a hacer esas cosas...

Todos sabemos que en nuestro mundo de matrimonios arreglados, los hombres se acuestan con sus esposas, les hacen el amor si las aprecian, y todas sus fantasías están reservadas para sus amantes o escorts cuidadosamente seleccionadas.

—Dijiste que te obligaré a hacerlo, así que eso significa que no le interesan los niños —dice Mattia.

Me erizo. —¿Y eso lo hace mejor?

Su mandíbula se tensa. —Por supuesto que no.

Respiro profundamente. —Yo... vi lo que hay en su computadora. Es una locura, Mattia. Cosas peligrosas. Como, dolorosas, sádicas y posiblemente letales también.

—Es su hermano el perverso.

—Viene de familia —replico—. No voy a hacer esto. Por favor. No puedes obligarme a pasar por esto.

Mattia permanece en silencio por largos momentos. Lo veo reflexionar, sopesando todo en su mente.

—Bianca —comienza—. Yo... lo siento. No puedo.

Parpadeo. Hana jadea. Esperaba completamente que me ayudara, que estuviera de mi lado.

—Quieres decir que no lo harás —susurro.

Arruga la cara como si estuviera sufriendo. —Es la voluntad de *Padre*. Ninguno de nosotros puede ir en contra de eso, en contra de él.

Recuerdo la bofetada, el ardor en mi mejilla, la huella de sus dedos que aún era visible en mi rostro cuando vi mi reflejo en un espejo del piso de arriba. Mi padre no me ayudará. De hecho, él mismo me ataría con esos grilletes, literal y figurativamente, si eso significa subir un peldaño en

la escalera de la organización. Un perfecto desconocido —el taxista punjabi— me ha mostrado más compasión en dos minutos que mi propio padre en dos décadas.

Un nudo se forma en mi garganta, y mientras mi estómago se revuelve de repulsión, de disgusto porque mi padre me vendería así, que Mattia pondría los deseos de su padre por encima de la seguridad de su hermana, me levanto y corro al baño debajo de las escaleras.

Con la cabeza sobre el inodoro, vomito de nuevo, con arcadas secas durante largos períodos. En un momento, Hana entra, me recoge el cabello suavemente mientras expulso mis entrañas.

—Lo siento, mi amor —dice, consolándome al pasarme una mano por la espalda—. No está bien lo que está haciendo.

—No lo está —murmuro, con lágrimas amenazando con caer de nuevo.

—Vamos. Límpiate. Necesitas comer algo.

La idea de la comida me produce náuseas de repente, y me inclino sobre el inodoro otra vez para tener arcadas secas.

Algo me viene a la mente. He estado vomitando mucho esta semana. No puede ser algo que comí —y el solo pensamiento me dan ganas de vomitar de nuevo— así que si no es una intoxicación alimentaria, entonces ¿qué?

Una posibilidad surge...

—No —jadeo.

—¿Qué? —pregunta Hana, sonando preocupada.

Han pasado cinco semanas desde su boda. Desde la tarde con Leo. Las fechas coinciden, y estoy frunciendo el ceño. Pensé que no podías quedar embarazada la primera vez. Supongo que es un mito.

Supongo que voy a averiguarlo...

Miro a mi mejor amiga. Ella ha estado intentando tener un bebé —debe tener una o dos pruebas de embarazo en su baño.

—¿Han? Creo que acabo de meter la pata. Y a lo grande. —Me ahogo con un sollozo—. Por favor, ¡no puedes decírselo a nadie! ¡Prométeme que no lo harás!

Capítulo 9

Leo

—¿Bianca está desaparecida y tuve que enterarme por el matón de mi padre? —grito, irrumpiendo en la casa de Mattia tan pronto como me abre la puerta.

—Adelante —dice—. Grítalo desde todos los tejados mientras estás en ello.

—Ya se está hablando de ello en todos los círculos relevantes —le replico—. ¿Qué carajo, Mattia? ¿Por qué no me dijiste nada?

Suspira. —Vamos adentro.

Frunzo el ceño mientras observo su paso pesado, cómo arrastra los pies por el suelo de mármol mientras me guía a la cocina. Vine aquí listo para soltarle de todo, pero esto me hace dudar. Cuando Bruno, el matón de mi padre, me citó a una reunión en la casa familiar hoy, esperaba un informe sobre la situación actual que enfrentamos en una de nuestras rutas comerciales. Unos pequeños cabrones estaban vendiendo nuestra mercancía a precios más bajos en los puertos de Turín.

Pero las noticias eran más graves. Hay rumores: Bianca Bonucci no ha sido vista en más de una semana y nadie sabe dónde está. Ni siquiera su padre, que se suponía que la estaba vigilando.

Sin ella, el trato con la familia Abrashi se viene abajo. Todos volveríamos al punto de partida enfrentándonos a esos codiciosos y sanguinarios albaneses.

Estoy preocupado por nuestra familia, nuestra organización. Una guerra es lo último que necesitamos. Sin embargo, esta noticia me golpeó de manera diferente. Como un tren de carga atravesando mi pecho.

Un mundo sin Bianca en él... Es algo que no puedo concebir. Me mata saber que pronto pertenecerá a otro, que otro hombre podrá poner sus manos sobre ella, tomarla, poner su semilla dentro de ella y algún día poner un bebé allí también. Todo esto me hace arder de rabia, de celos.

Aun así, al menos en todos estos escenarios, ella está viva. Respirando. Relativamente a salvo; nuestro mundo es inherentemente peligroso, es cierto, pero protegemos a los nuestros. Al menos en esto, los albaneses se adhieren al mismo código.

Que me dejara en ese loft en Tribeca casi me mata, aunque sabía que tenía que dejarla ir. Sin embargo, si está muerta, me aniquilará. O peor aún, despertará al monstruo en mí. Mi padre a menudo me dice que está preocupado por mí, por la forma en que manejaré su operación con mis puños siempre listos para golpear y mi mente fría y calculadora en los negocios. Parece que hay algo como ser demasiado frío y despiadado, y yo encajo en esa definición, según él y su matón, que será el mío si aún está vivo cuando me convierta en el Don de nuestra familia.

¿Escuchar que Bianca estaba desaparecida? Podía sentir al monstruo despertando. Ahora mismo, me está golpeando por todas partes, exigiendo ser liberado, soltado. Está en mi sangre, habiendo reemplazado la calma que Bianca lograba traerme con su tacto, con su presencia.

Salí corriendo de la casa de mi padre y vine directamente aquí, con el pie en el acelerador de mi Levante. El Aventador me habría traído aquí más rápido, pero las calles de Nueva York no son el lugar para un coche deportivo. Todo el camino, mi corazón latía con fuerza, preocupado por Bianca, por lo que podría haberle sucedido. ¿Cómo pudo simplemente desaparecer? ¿No la estaba vigilando su padre? ¿Y qué hay de Mattia?

Esto también dolía, que Mattia no me hubiera dicho nada. Nuestra relación ha estado tensa desde el día en que salí de su casa después de romper un vaso de whisky en mi mano y no dar explicación por mi arrebatado silencioso. No puedo dejar que sepa que me vuelve loco su hermana muy prohibida, que ardo por ella con un anhelo que no es de este mundo, que haría que el mismo diablo pareciera un ángel manso.

Así que hemos estado algo distanciados, mi mejor amigo y yo, y aquí estamos hoy.

Lo sigo hasta la cocina. Hana está en la isla y se levanta para venir a abrazarme en señal de bienvenida. Su rostro está pálido, demacrado, su pequeño cuerpo tenso.

Le froto suavemente la espalda mientras me abraza. —¿Cómo lo estás llevando?

Suspira y niega con la cabeza cuando la suelto.

—¿Qué? —pregunto.

Algo se siente fuera de lugar. Hay un aire de tensión contenida en la habitación. Miro a Mattia. Parece que el peso del mundo está presionando sobre sus hombros, y su piel dorada tiene un tono grisáceo. Unas bolsas subrayan sus ojos; parece que no ha dormido en días.

Siento una fuerza que surge de Dios sabe dónde subir por mi columna, agudizando mi mirada, mi intuición. Mi padre siempre dice que un buen jefe o Don confía en su instinto.

El mío me dice que algo está pasando.

El monstruo también está susurrando su veneno al mismo tiempo.

Entrecierro los ojos mirando a Mattia. —Habla.

—Aquí —responde Hana, empujando una carpeta hacia mí sobre la isla.

Los miro a ambos, notando la tensión en sus mandíbulas, luego abro la carpeta.

Mi boca se tuerce en una mueca de disgusto mientras examino las imágenes, capturas de pantalla de pornografía de bondage que empeoran con cada fotograma. Cuando llego a una donde los muslos abiertos de una mujer están siendo cortados por una botella rota empujada profundamente dentro de ella, cierro la carpeta de golpe.

—¡Qué carajo! —maldigo, mirando a Mattia—. *Dio Santo*, ¿qué acabo de ver? Voy a necesitar lavarme los ojos con lejía ahora.

—Tú y yo —dice Mattia—. Y Hana también.

Lo miro con furia. —¿Dejaste que tu esposa viera esto?

—Bianca lo vio primero —dice Hana suavemente detrás de mí.

Me giro para mirarla. —¿Qué?

Traga saliva con dificultad y aprieta los labios.

—No puedo hacer esto. Tú díselo —le espeta a su marido antes de salir corriendo de la habitación.

Me vuelvo hacia él. —Habla. Ahora.

¿Cómo es posible que Bianca haya visto semejante porquería? ¿Por qué?

¿Tiene algo que ver con su desaparición?

Mattia traga saliva y señala con la barbilla hacia la isla. —Contraté a un investigador privado para que revisara el historial de navegación de Abrashi. Encontró eso.

Me encojo de hombros. —Sí, todos sabemos que *El Carnicero* es un enfermo de mierda.

—No es el ordenador de Jasir.

El tiempo se detiene por un momento, luego todo se agolpa con un zumbido sordo en mis oídos.
—¿Ardian?

Mattia se desploma en un sofá. —Bianca me lo contó. No le creí.

No sé en qué momento mis piernas empiezan a moverse. En un instante, estoy a su lado, levantándolo por el cuello de su polo, y mi puño se estrella contra su mandíbula.

—¡Eres un *cazzo*! —grito—. ¿Ibas a casar a tu hermana con un *porco* que podría hacerle esto?

Mattia hace una mueca. —Me lo merezco.

—¡Claro que te lo mereces, joder! ¿En qué coño estabas pensando?

Matamos a bastardos como este si intentan hacer algo así con las chicas de nuestros clubes.

Lo arrojo de vuelta al sofá, buscando a Hana con la mirada. No ha venido, ni siquiera después de mi arrebato, ni después de oírme golpear a su marido.

Ella sabe lo que pasó. ¿Es esta su manera de mostrarme de qué lado está? ¿Del de Bianca y no del de Mattia?

—¿Tu padre sabe de esto? —pregunto.

Niega con la cabeza. —No lo sé.

Oigo las palabras no dichas. Incluso si lo supiera, el bastardo no intervendría. Es demasiado ambicioso y quiere ascender en los escalafones del sindicato a cualquier precio.

Me obligo a respirar profundamente. —¿Bianca vino a ti con esta información?

—Pensé que solo quería librarse de la boda, tío. Te lo juro. Nos dijo que Abrashi tenía novia...

—¡Joder!

—Era una alianza arreglada. ¿Por qué nos importaría si el tipo tenía una amante?

Mis fosas nasales se dilatan por la rabia que arde en mí. —Excepto que esa novia no sería su amante. Sería la que él apreciaba. Y su esposa, la mercancía que adquirió porque estamos tan preocupados por los albaneses que estamos dispuestos a que nos jodan por el culo, ella sería un blanco fácil para cualquier cosa. Para sus juegos enfermos y perversos.

—La cagué, Leo.

—¡Claro que la cagaste! Y ahora Bianca ha desaparecido. —Me quedo helado, cayendo en la cuenta de algo—. ¿Dices que ella lo descubrió? —El cómo no es la pregunta ahora mismo—. ¿Crees que él lo sabe?

Mattia me mira con ojos cansados. —¿Crees que *él* se la llevó?

Me preocupa que lo haya hecho. Para que sus pecados no salgan a la luz. Para poder seguir con la mujer que ama.

Si la tiene, está en peligro. Podrían estar ya casados, y esto significaría que él puede hacer lo que quiera con ella. Violarla. Maltratarla. Matarla. Nadie intervendría porque es prerrogativa del marido hacer con su mujer lo que le plazca.

Tenemos que sacar a Bianca de este lío. Pase lo que pase. Y para esto, necesitaré la ayuda de Mattia. Yo no soy de su sangre, así que no puedo atacar en nombre de ella y del honor de su familia.

Su mandíbula empieza a amoratarse. Voy al congelador y vuelvo con una bolsa de guisantes que le entrego. Me lo agradece con un gesto y se la aplica en la cara.

—Supongo que sabes dónde podemos encontrar a la novia —pregunto.

Señala la isla con la cabeza. —La dirección está en la carpeta.

Mi boca se tuerce en una mueca ante la idea de tener que tocar esa porquería de nuevo. Doy la vuelta a la carpeta para que las fotos queden boca abajo y la abro. Por suerte, la información sobre la mujer de Abrashi está al final. La dirección es en Brooklyn.

—Vamos —le digo a Mattia—. Salimos.

El SUV nos lleva a una calle en Williamsburg. Aparco y no tenemos que esperar mucho. La mujer de la foto está volviendo a casa. Frunzo el ceño, observando sus pasos lentos y bamboleantes.

—Está embarazada —jadea Mattia.

Asiento. Con fuerza, además. No es de extrañar que Abrashi esté atando cabos sueltos. Maldito hijo de puta.

—No podemos ir allí —le digo a Mattia.

—No. Cambio de planes.

Sin importar la situación, nunca lastimamos a niños, y mucho menos a una mujer embarazada.

—¿Dónde crees que podemos encontrarlo esta noche?

Mattia suspira. —Resulta que también tiene una adicción al juego.

Maldigo, deseando estampar mi puño en su cara otra vez. ¿A ese cabrón estaban dispuestos a encadenar a Bianca?

Bianca... Una imagen me asalta, sus ojos oscuros mirándome cuando la poseo, sus labios entreabiertos, brillantes porque acaba de pasarse la lengua por ellos, y yo necesitando tomar esos labios, hundir mi lengua en ellos tal como mi miembro se hundía en su centro.

Alcancé el clímax en sus brazos, en su cuerpo, pero fue más que un simple orgasmo. No quise analizarlo en ese momento —se sintió tan trascendental—, pero allí encontré un pedazo de hogar. Un lugar que había buscado toda mi vida sin darme cuenta, así que cuando cayó en mi regazo como si lo hubiera enviado el mismísimo Dios, no lo reconocí.

Entonces Dios mostró qué retorcido sentido del humor tenía al ponerla justo allí, al borde de mi vida pero fuera de mi alcance, mientras yo me consumía por dentro con necesidad, con deseo, y

me atrevo a decir, amor por ella.

Derrumbándome en sus brazos en el loft de Tribeca, ahí fue cuando empecé a comprenderlo. Este anhelo no venía solo de mi entrepierna.

Ella ya se había ido cuando todo se cristalizó en mi ser.

La amo.

Y ahora, ha desaparecido. Probablemente secuestrada por ese maldito pedazo de mierda que la veía como su boleto a una vida libre donde puede satisfacer todas sus perversiones enfermas mientras la mujer que realmente le importa le da un heredero.

¡Sobre mi cadáver!

—No hemos oído que frecuente ninguno de nuestros antros —dice Mattia.

Noticias como estas habrían llegado a nuestros oídos, posiblemente dándonos una manera de clavarle las pelotas y no necesitar una alianza para poner en línea a él y a su gente.

—Así que va a donde dejan entrar a cualquier pedazo de mierda.

Intercambiamos una mirada.

—¿Little Odessa?

Asiento. La Bratva realmente no es exigente con su clientela. Mientras el dinero sea bueno, ellos están bien.

Ese hijo de puta no se nos escapa esta noche.

Capítulo 10

Leo

Arranco el coche en dirección a Brighton Beach, haciendo una llamada al mismo tiempo.

—Sasha Yvanovich —saludo cuando responde—. ¿Cómo estás, amigo mío?

—Bien, bien, Leo. ¿Cómo está la familia?

Intercambiamos cortesías por un momento. Alexander "Sasha" Volkov, hijo del jefe de la Bratva, Yvan Volkov, tiene sus manos en todos los negocios de su padre. Clubes de striptease, burdeles, casas de apuestas... tiene el pulso de toda la operación de su familia, así como de toda la mafia de Europa del Este en la costa noreste.

—Dime, amigo mío, ¿no tendrás por casualidad a Ardian Abrashi en una de tus mesas esta noche?

Siento unas ganas locas de escupir y lavarme la boca después de decir ese nombre, pero tengo que sonar despreocupado e indiferente para que Sasha no descubra mis motivos ocultos.

—¿Qué quieres con él? —Su voz se ha vuelto un poco más fría.

—Sasha, soy Mattia Bonucci —interviene Mattia.

Sasha se ríe. —Mattia, mi hombre. ¿Qué tal estuvo la despedida de soltero que te organicé, eh? ¿Cómo está tu esposa? Mis respetos a la *Gospozha* Bonucci.

Mattia también se ríe, aunque puedo ver la tensión en su rostro. —Gracias, amigo mío. Ardian está comprometido con mi hermana, como debes saber. Leo y yo esperábamos poder llevárnoslo para una noche de chicos, ya sabes.

—Ah, es una sorpresa, entonces.

—Sí —confirma Mattia.

—Claro, claro. —Sasha nos da la dirección de uno de sus casinos clandestinos.

Le agradezco y cuelgo la llamada. Hacemos el viaje en silencio, bajamos en una calle lateral y usamos la contraseña que nos dio Sasha para entrar.

El lugar está lleno, pero no es difícil ver a Abrashi de espaldas a nosotros, sentado en una mesa de blackjack.

Nos acercamos a él. Mattia lo agarra por el cuello y lo empuja hacia la silla.

—Ardian, mi hombre —grita, como si todo estuviera bien entre nosotros y él. También está arrastrando las palabras a propósito—. Tenemos una sorpresa para ti esta noche.

Asiento al crupier. —Sea cual sea su apuesta, yo la cubro.

Todos saben quién soy, el heredero de Don Eduardo Pellegrini, y que cumplo mi palabra.

Mattia saca a Abrashi de su asiento. —¡Vamos! ¡A festejar!

Abrashi está sorprendentemente callado durante todo el camino hasta el coche. Mattia se desliza con él en el asiento trasero mientras yo me acomodo detrás del volante. Debe de haber robado una botella de vodka del bar del antro porque yo no guardo licor en mi coche. La abre, y un poco se derrama en mis asientos. Hago una mueca. Pagaré por la limpieza, pero tenemos peces más gordos que freír en este momento.

Tengo un plan en mente, y para esto, nos llevo a uno de mis restaurantes en Hell's Kitchen. Siempre es bueno tener una fachada, y soy un hombre al que le gusta la comida y no lo oculta. Así que, ¿qué mejor manera de construir mis operaciones alrededor de una cadena de restaurantes por todo Nueva York? Encuentro chefs brillantes pero en apuros, les ofrezco financiar su propio local y, a cambio, me dan su lealtad y hacen la vista gorda cuando lo necesito.

Vince's, donde le pedí a Bianca que se reuniera conmigo, es uno de esos lugares. Mis manos se aprietan en el volante cuando recuerdo ese encuentro. La sensación de tenerla en mis brazos, presionada contra mi cuerpo mientras la empujaba contra la pared, mi dedo hundiéndose en su coño caliente y húmedo, su sabor...

Inhalo bruscamente y salgo de mis pensamientos. No puedo perder el hilo ahora. Si pienso demasiado en Bianca, eso es exactamente lo que pasará.

Llego al restaurante, convenientemente cerrado por renovaciones. No hay cámaras alrededor, y nadie está lo suficientemente loco como para intentar atacar mi local. Les pago suficiente dinero a los líderes de las bandas de la zona para que se mantengan alejados de mi pedazo de su territorio.

—¿Qu-qué está pasando? —pregunta Abrashi mientras Mattia y yo salimos, y yo lo saco del coche.

—Ya tendrás tu oportunidad de hablar —le digo, empujándolo dentro de las cocinas.

Mattia encuentra una silla; yo dejo caer a mi carga en ella.

—¿Dónde está Bianca? —pregunta Mattia.

¡Mierda! Demasiado pronto. ¿Es que este *cazzo* no sabe nada sobre técnicas de interrogatorio?

Sus ojos están desquiciados, y le doy un minuto más antes de que empiece a echar espuma por la boca de ira y frustración. Por supuesto que está perdiendo el control. Es de su hermana de quien estamos hablando aquí: se suponía que debía protegerla. En cambio, prácticamente la empujó a una guarida de leones hambrientos y jodidos, completamente indefensa.

Pongo una mano en el hombro de mi mejor amigo. —Déjame manejar esto, ¿de acuerdo?

Asiente, dándonos la espalda, maldiciendo en una mezcla de italiano e inglés.

Joder. Está mostrando completamente nuestras cartas aquí. Estoy perdiendo toda la ventaja que podría tener con cada segundo que pasa.

Mejor terminemos con esto de una vez.

—Lo has oído —declaro—. ¿Dónde está Bianca?

Abrashi tiene las pelotas de sonreír. —He oído que mi querida prometida ha desaparecido.

—No ha desaparecido. Porque tú la tienes.

Se encoge de hombros. —Tal vez sí. Tal vez no.

—¡Deja de jugar! —grita Mattia, acercándose a nosotros.

Lo detengo con un brazo sobre su pecho.

Abrashi se ríe, sabiendo que nos tiene agarrados por las pelotas.

Me pregunto si sabe cuánto sabemos *nosotros* sobre él. Ya había decidido que no le pondría una mano encima esta noche; perjudicaría mi plan si tuviera que llegar hasta el final. El monstruo en mi sangre fue relegado por el frío y calculador en mi cabeza. Así que necesito cambiar de táctica, golpearlo donde realmente duele usando solo mis palabras.

Miro a Mattia. Intercambiamos una mirada, y sé que me seguirá hasta las entrañas del infierno para recuperar a Bianca.

—Dime, Mattia. ¿Cómo crees que será?

Él capta mi indirecta. No podemos usar a la novia embarazada de Abrashi para hacerlo hablar, pero podemos usar la idea de ella.

—¿Esa rubita curvilínea? Buen trasero tiene.

—Cierto —conuerdo—. ¿Cómo se llama? Aunque no creo que a mis hombres les importe saber su nombre para follarse ese coño apretado entre dos.

—Sí, a algunos de esos cabrones les excitan las embarazadas. —Chasquea los dedos—. Arlene. Ese es...

Un rugido poderoso viene de Abrashi. Se ha levantado de la silla y viene hacia nosotros.

Lo detengo con un golpe de mi mano contra su garganta. Cae al suelo, emitiendo sonidos ininteligibles.

—Si la tocas... —murmura.

—Dime dónde está Bianca, y no lo haré.

—Mi familia os matará. —Escupe a mis pies.

—No importará si tú mueres primero.

El silencio resuena por un largo momento... luego Abrashi se ríe.

Mattia se lanza sobre él como una bestia poseída. Ha agarrado el pelo ralo del albanés y está golpeando su cabeza contra el suelo de baldosas.

Detengo su mano y niego con la cabeza cuando finalmente me mira. Si lo mata, no estaremos más cerca de encontrar a Bianca.

Abrashi empieza a reírse de nuevo. El cabrón no nos va a dar nada. Y el sonido de su risa aguda suena como la de una hiena; me está poniendo seriamente de los nervios.

—Esa zorra ni siquiera vale la pena.

—¿Qué has dicho? —Mattia vuela hacia él de nuevo. Lo aparto.

—Matadme si queréis. No va a cambiar nada.

Respiro hondo, pensando. —Ardian, eres libre de irte si nos dices dónde está Bianca y la recuperamos sana y salva. Piensa en Arlene, en tu bebé.

—Suponiendo que sea suyo —añade Mattia.

Una rabia pura se enciende en los ojos de Abrashi.

—Esa zorra de Bianca es mía —nos escupe—. ¿Sabéis por qué soy un buen contable? Porque cubro mis huellas. Siempre lo hago.

Solo la primera parte de su diatriba se ha registrado en mi mente, y estoy viendo rojo. Rabia, ira, sed de sangre —su sangre— está encendiendo la mía como un mechero arrojado sobre un rastro de gasolina. Un rastro que me lleva directamente a él, haciéndome agachar, agarrarlo por el cuello, arrastrar su forma retorciéndose por todo el suelo para llegar a la puerta del sótano.

Le ha hecho algo a Bianca, lo sé; no merece vivir. Tampoco merece tener una vida con la mujer que ama, formar una familia con ella, dar la bienvenida a su hijo a este mundo maldito por Dios.

No cuando a mí se me puede negar todo esto, un futuro con Bianca, la mujer que amo, por su culpa.

Necesita morir.

De esto, me aseguraré.

La adrenalina corre por mis venas como una poderosa droga alimentada por la ira. No es difícil levantar su forma débil en el hueco de la puerta abierta. Empujarlo hacia el vacío es pan comido. Cae en la oscuridad, con la boca abierta en un grito silencioso. Al menos asumo que es silencioso, ya que solo puedo oír el rugido de la sangre en mis oídos.

Aterrizo con un golpe seco en el suelo del sótano.

Aun así, voy a asegurarme doblemente. Bajo las escaleras, me agacho junto a su cuerpo inerte, veo que todavía hay un tic en la comisura de sus labios.

Mirando fijamente sus ojos abiertos de terror, agarro un puñado de su pelo y levanto su cabeza, su torso.

—Por Bianca —digo suavemente, como un último sacramento.

Con un hábil movimiento de muñeca, volteo su cabeza hacia adelante y luego hacia atrás, dando la bienvenida al repugnante crujido de su cuello al romperse. La fractura será consistente con una caída; haré que mis hombres coloquen su cuerpo al pie de unas escaleras, para que parezca que se cayó estando ebrio.

Envío un mensaje de texto a uno de los *capos* de mi familia y luego subo, donde Mattia ha estado observando el espectáculo. El *capo* hará que su equipo se encargue de esto. Al menos de esta manera, este cabrón muerto nunca volverá a lastimarla. Cuando la encuentren, me aseguraré de que esta alianza se rompa, pase lo que pase.

—Tenemos que encontrar a tu hermana —digo mientras paso a su lado—. Y Mattia, cuando la encontremos, se casará conmigo.

Toda esta locura tiene que parar. Ahora.

Nadie ha protegido a Bianca hasta ahora, y yo voy a asumir ese papel.

Arrasaré la Tierra luchando por la mujer que amo. Bianca Bonucci es mía. Que cualquiera intente desafiarme y verá hasta dónde soy capaz de llegar. Incluso a la guerra. No tengo miedo.

Ponedme a prueba, malditos albaneses.

Capítulo 11

Bianca

—Relájate —me susurra mi acompañante al oído—. Te van a adorar.

Respiro profundamente. Es fácil para él decirlo. Es su mundo, la alta sociedad en la que se mueve con facilidad. La gente lo respeta aquí. No me molesta cómo se ganó ese respeto, sin embargo; esta noche, solo estoy agradecida de tenerlo conmigo. Su mano en mi espalda, justo debajo de mis omóplatos, es un bálsamo bienvenido e infunde una oleada de coraje en mi sangre.

Me muerdo el labio y me arriesgo a mirar al hombre que me acompaña. Sus rasgos son afilados, casi duros, con pómulos que cortan como cuchillas su rostro pálido. Su cabello negro no está rígido y en punta hoy. Los mechones se han dejado más suaves, algunos de ellos rozando su frente y cayendo sobre sus grandes ojos marrones.

Sacudo la cabeza y río suavemente. Con su esmoquin y ese aspecto tan afectado y romántico, Hiro Sanada podría estar haciendo cosplay de un príncipe de anime esta noche y nadie lo negaría.

—¿Lista? —pregunta.

Vuelvo a respirar hondo y asiento. Su mano presiona mi espalda mientras me insta a avanzar hacia el hombre que está en medio del resplandeciente salón de baile, presidiendo este glamuroso evento.

—*Monsieur l'Ambassadeur* —dice Hiro mientras nos acercamos.

Pierre Foucault, el embajador francés en Tokio, se vuelve hacia nosotros con una sonrisa radiante.

—*Monsieur Sanada. Quel plaisir !* —declara—. ¿Y quién es esta visión de belleza que le acompaña?

—Permítame presentarle a Bérénice Picard, una amiga de París —dice Hiro.

—*Enchanté* —responde Pierre Foucault, depositando un suave beso en mis nudillos.

—¿Y es usted originaria de París, *Mademoiselle* Picard? —pregunta la esposa del embajador.

Sonrío y trago suavemente. Aquí está, mi señal para sumergirme irrevocablemente en mi personaje.

—Culpable de los cargos. Y es *Madame* Picard, en realidad.

—Oh, ¿está su marido por aquí esta noche? —continúa, aún en francés.

Mi sonrisa se congela.

—Mi marido falleció el año pasado, lamentablemente —respondo, con voz baja.

—Mis condolencias.

Su mirada se desliza hacia mi vientre, claramente abultado bajo el vestido de corte imperio que elegí para esta gala. Es demasiado educada para preguntar, sin embargo. Proporciono la explicación de todos modos. Después de todo, es parte de la razón por la que vinimos aquí esta noche, Hiro y yo, para sellar mi posición en esta sociedad.

—Mi marido tenía cáncer. Antes de que él... —hago una pausa, inhalo un suspiro tembloroso, luego fuerzo una sonrisa en mis labios trémulos—. Fecundación in vitro, ¿sabe?

Ella jadea suavemente y alcanza mi mano, apretándola con fuerza.

—*Ma pauvre petite*. Por supuesto, lo entiendo. Es un pedacito de él, ¿no?

Sonrío de nuevo, y esta vez, no tengo que actuar para que parezca triste. ¿Este bebé? Es, en efecto, un pedazo de él, del hombre que tiene mi corazón. Nunca llegó a ser mi marido a los ojos de la ley, pero me he entregado a él, aunque él nunca lo sabrá ahora.

La conversación a mi alrededor continúa, la señora Foucault contándome sus propias dificultades con la fecundación in vitro en el rápido francés tan típico de los parisinos. Le respondo punto por punto, y en poco tiempo, me ha tomado bajo su ala, como un patito herido que necesita proteger.

Intercambio una mirada con Hiro, que está hablando con el embajador y otro hombre. Levanta su copa de champán y me guiña un ojo.

Misión cumplida: estoy dentro.

¿Qué fácil fue, al final? Demasiado fácil, casi. De pie allí, charlando en una gala internacional celebrada en la embajada francesa en Tokio, me quedo preguntándome en qué se ha convertido mi vida y, más importante aún, cómo llegó a esto.

*

Tres meses antes

No me molesta tener a Hana en el baño conmigo mientras orino en la prueba que me entregó después de que vomitara en el tocador de abajo. Pronto conocerá mi secreto más oscuro y profundo; ¿qué importa un poco de desnudez en comparación?

Y, efectivamente, la segunda línea aparece en la pequeña ventana de la varilla de plástico.

Estoy embarazada.

Suspiro, justo cuando las lágrimas se acumulan en mis ojos y comienzan a deslizarse por mis mejillas.

—No voy a deshacerme de este bebé, Han —le digo, mirándola.

Su rostro está tenso, sus rasgos severos.

—B, no es de Ardian, ¿verdad?

Una oleada de bilis me quema la garganta. Me giro y vomito en el inodoro.

—Por supuesto que no —digo después de enjuagarme la boca—. No me he acercado a ese perverso enfermo.

Pensar en lo que podría hacerme... Me estremezco.

—No voy a preguntar porque realmente no importa, en el esquema de las cosas. No puedes estar aquí y llevar el bebé de otro hombre cuando estás comprometida con alguien en una alianza política —añade.

Me ahogo con un sollozo. No es de cualquier hombre. Es de Leo. Posiblemente su heredero, si es un niño. Si esto llega a saberse, tendremos una guerra entre manos. Y no estoy segura de que

vayamos a sobrevivir.

Si algo le sucediera a Leo, no podría soportarlo. Más aún si fuera por mi culpa.

Entonces, cuando los Abrashi vengán a descubrir que no soy la novia pura que esperan, que otro hombre puso su semilla dentro de mí y ya ha empezado a crecer, me matarán, y a mi hijo también.

No puedo permitir que esto suceda.

Agarro las manos de Hana con fuerza.

—Tengo que desaparecer.

Permanece en silencio durante tanto tiempo que mi corazón cae en un pozo sin fondo de desesperación. Si se lo dice a Mattia o a mi padre, insistirán en que me deshaga de este bebé. No me sorprendería que mi padre contratara a un cirujano que pueda construirme un nuevo himen para que haya una barrera que mi esposo pueda romper y sangre manchando las sábanas en nuestra noche de bodas.

—Te ayudaré —dice finalmente.

Todo el aire sale de mí mientras me desplomo en sus brazos.

—Gracias.

Una parte de mí quiere preguntar por qué está haciendo esto por mí. Somos amigas, sí, pero está casada con mi hermano. Su lealtad debería ser con él, no conmigo. Pero tampoco voy a menospreciar tal solidaridad femenina, así que me quedo callada y dejo que ella tome el control.

Y vaya si toma el control. En la semana que sigue, Hana dirige todos mis movimientos. Me lleva a un club en SoHo una noche, pasando el bar, el salón VIP, la puerta marcada como "Solo Personal"... es como si fuera una habitual aquí. Nadie la detiene. Admito que estoy totalmente sorprendida, ya que parece que tiene un lado de su vida del que no sé nada. Bajamos al sótano donde me sienta en un taburete y retrocede con el ceño fruncido.

—¿Confías en mí, B?

Curioso, ha dejado de llamarme Bianca desde aquel día en su baño cuando descubrimos que

estoy embarazada. De nuevo, no pregunté por qué. Tendrá sus razones; estoy más preocupada por proteger al niño que crece dentro de mí.

Respiro hondo y asiento.

—Dilo.

La miro directamente a los ojos.

—Confío en ti.

—Bien. Porque a partir de aquí, no hay vuelta atrás.

Suena ominoso, pero ¿qué elección tengo? ¿Este bebé dentro de mí? Ya soy su madre.

—Hazlo —digo, con una nota de finalidad en mi tono.

Significará dejar la vida que he conocido aquí, mi familia, Leo.

Por mucho que me destroce, estoy lista para ello.

Recoge mi cabello en un moño suelto en mi cabeza y coloca una gorra plana encima. Luego, una peluca es colocada y arreglada encima. Apenas puedo ver a través de la cortina de flequillo sobre mis cejas que cae dentro de mi campo de visión. El cabello deja mi nuca descubierta mientras los mechones más largos en el frente rozan mis clavículas.

Hana saca un estuche y se pone a trabajar en mi rostro. Cuando pone un espejo frente a mí, apenas me reconozco. Parezco una versión de Cleopatra o alguna otra aristócrata del Antiguo Egipto con el cabello liso y el flequillo.

También estoy obteniendo una nueva identidad. Quiero algo que suene como mi nombre, así que al menos que empiece con B. Y si hubiera podido vivir mi vida como quería, habría terminado con Leo. Señora Pellegrini.

Me concentro de nuevo en Hana.

—¿Pueden mis iniciales ser BP?

Ella asiente.

—De acuerdo. Ahora vamos adentro.

Luego, me lleva a través de un panel oculto y lo que parece la guarida de un hacker, y en una esquina hay un montaje con un fondo blanco y una cámara en un trípode al frente.

—B, este es Alfie —Hana hace las presentaciones—. Alfie, esta es B.

—Oh, así que vamos con B como primera inicial, ¿eh? —Hurga en un cajón; puedo ver un mar de pasaportes de diferentes colores—. Hablas francés, ¿verdad, cariño? —Me mira y levanta un pequeño librito—. ¿Canadiense? ¿Quebec?

No sé de dónde viene la perspicacia cuando hablo.

—Ni hablar. No puedo hacer ese acento.

Él asiente.

—Entonces francesa será.

He vivido en París durante cinco años, y no me fue difícil adoptar la forma de hablar de los parisinos. Puedo ser mucho más convincente como parisina que como quebequense.

Hana tenía mi nuevo pasaporte en mano al día siguiente. Me dijo que atendiera cualquier última tarea que tuviera en la ciudad, luego estaríamos en camino. Hice lo que me dijo, me despedí en silencio de Central Park, mi mirada posándose en el Richmond Club a unos cientos de metros más adelante. Qué no daría por entrar y ver si Leo estaba cenando allí esa noche, una última mirada aunque no pueda despedirme.

Pero no puedo. Tengo que hacer esto como una ruptura lo más limpia posible, hacer que parezca que no hay nada premeditado en mi desaparición. Nadie puede tener la menor idea de que me estoy despidiendo; de lo contrario, toda mi farsa habrá sido en vano.

En mi última noche en Nueva York, me quedo en la casa de mi padre. Hana encontró una manera de enviarme un mensaje de texto encriptado, pidiéndome que nos encontremos en un área del Bronx; no se puede rastrear, pero se puede especular que mi prometido me tendió una trampa de esta manera, enviándome al territorio albanés para luego secuestrarme, o algo peor.

Le digo a mi padre que voy a encontrarme con Ardian, me subo al Uber en frente, me bajo en el Bronx. Dejo que una cámara de un cajero automático me capte mientras camino, luego me

deslizo por un callejón oscuro, me detengo para una pequeña tarea, y me abro camino por una serie de pequeñas vías de conexión hasta que salgo en un punto ciego que Hana me indicó.

Un coche me está esperando allí: un sedán oscuro con ventanas tintadas. El conductor me entrega un bolso cuando me deslizo dentro. En él está mi nuevo pasaporte y un billete de ida a Tokio. Así que Hana me está enviando a su país de origen. No me dijo nada sobre el plan, y yo no pregunté. Parecía más fácil simplemente seguir la corriente.

De camino al aeropuerto JFK, nos detenemos en un salón clandestino donde me cortan el pelo al estilo de la foto del pasaporte y la mujer me muestra cómo hacer mi maquillaje, que será mi nuevo look de ahora en adelante.

Así paso el control de seguridad en el aeropuerto y abordo el avión como Bérénice Picard, usando el vuelo de catorce horas para asimilar el salto monumental que acabo de dar, la vida que he dejado atrás, y la completamente desconocida que me espera en una tierra de la que no sé casi nada.

Sin embargo, no lloro. Mi atención, y mi mano, están en mi vientre, acunando la vida que crece allí. Este bebé es mi último vínculo con mi vida como Bianca Bonucci, pero también es el futuro que me espera. Estoy haciendo todo esto por él o ella. No puedo olvidarlo nunca. De hecho, debo sacar mi fuerza de esto. Mientras dejo atrás mi vida tal como la he conocido hasta ahora y, de manera más desgarradora, el mero pensamiento de Leo Pellegrini, me convierto en la madre que este bebé necesita, la protectora que lo cuidará mientras ambos vivamos. Eso es todo. Bianca Bonucci está muerta, y también lo está la versión de mí que era ella.

Es media tarde cuando aterrizo en Tokio. Los nervios me invaden mientras salgo del avión y me dirijo a la cinta de equipaje, sin tener idea de qué esperar aquí. Confío en Hana, sin embargo. Debe haber hecho los arreglos necesarios.

Estoy mirando alrededor del amplio espacio, tan brillante que es casi clínico, cuando siento que alguien me roza al pasar.

—¿Bérénice? —dice un hombre—. *C'est Hana qui m'envoie.*

Así que la persona enviada a recogerme sabe que soy francesa, dirigiéndose a mí en ese idioma.

Me giro para mirarlo, parpadeando sorprendida. Es joven, lo que no esperaba de esa voz rica que me habló. Hay algo familiar en él, aunque no puedo identificarlo. Debe recordarme a los

apuestos príncipes de manga por los que babeaba cuando era adolescente. ¿Endymion de *Sailor Moon*? Uno de mis primeros enamoramientos.

—¿Eso es todo tu equipaje? —pregunta, aún en francés.

El francés no es un idioma que esperaba que supiera un japonés, y aunque el suyo es bueno, intento ayudar a que nos sintamos más cómodos.

—También hablo inglés, ¿sabes?

Él se ríe.

—Me da la oportunidad de practicar.

Le sonrío, cautivada por su manera fácil y abierta.

—Debo aprender japonés. ¿Quizás podamos ayudarnos mutuamente?

Dejo una pausa al final, y él capta la señal de que estaba preguntando por su nombre.

Se detiene, hace una ligera reverencia.

—Soy Hiro.

Yo también hago una reverencia.

—Un placer conocerte.

*

Y así fue. Cómo fui introducida a mi nueva vida, alojándome en un apartamento de lujo en un rascacielos en Minato City en Tokio, con la icónica Torre de Tokio visible desde un lado de mi lugar que cubre la mitad de un piso, con Hiro Sanada viviendo en la otra mitad.

Me llevó allí desde el aeropuerto, y me asusté cuando salí de la ducha, afortunadamente vestida con una bata, y lo encontré en mi cocina, con el pecho desnudo, preparándose la cena: el mejor *cacio e pepe* que he probado en mi vida. Hiro es un gran fan de Stanley Tucci.

Hiro también es el hermano menor de Hana.

Y ese primer día, más que su presencia en mi cocina, fue la visión de su cuerpo casi desnudo lo que me hizo dudar. Al principio, pensé que Hana me había vendido a él o algo así, hasta que reveló su vínculo familiar. Aún no estaba convencida de que no esperara más de mí —después de todo, había una puerta que conectaba nuestros apartamentos—, pero ha sido el caballero definitivo todo este tiempo.

Dejo que mi mirada lo encuentre al otro lado del salón de baile. Con el esmoquin, nada revela su secreto. Bueno, *un secret de Polichinelle*, como dicen los franceses: supuestamente bien guardado, pero todo el mundo lo sabe. Mirando a los hombres que hablan con él esta noche, es obvio que saben quién es realmente.

Me había preguntado, al conocerlo por primera vez en el aeropuerto, cómo y por qué llevaría una camisa de manga larga abotonada hasta el cuello en el calor húmedo extremo de la capital japonesa. Obtuve mi respuesta en la cocina más tarde ese día.

Desde sus clavículas hasta sus bíceps, todo el pecho y la espalda, con la línea media de su torso a lo largo del esternón desnuda, corren intrincados y coloridos tatuajes.

Las marcas de la Yakuza.

Hiro Sanada es el *kobun* del *oyabun* de una poderosa rama del *ninky ō dantai*—el hijo adoptivo del renombrado jefe de su organización caballeresca, como se refieren a sí mismos a pesar de que la policía los llama *b ō ryokudan* o grupos violentos.

Hana es su hermana de sangre, y este secreto, nadie lo sabe.

Me quedé atónita cuando lo descubrí. Pero Hana está guardando mi secreto, así que yo guardaré el suyo. Hiro es el único que sabe quién soy realmente, la hermana del hombre con quien su hermana está casada.

La esposa del embajador todavía me está hablando, y se detiene a mitad de la frase cuando Hiro se acerca a nosotras con un hombre alto.

—Sir Arthur, querido —canturrea en inglés—. Ha pasado mucho tiempo.

Hace las presentaciones; el hombre es Sir Arthur Hewitt, de Hong Kong.

—Sir Arthur —está diciendo Hiro—. Bérénice es la mujer de la que le hablaba. Es la artista perfecta para su nueva división infantil.

Le sonrío al hombre.

Resulta que es dueño de una editorial con sede en Hong Kong. También resulta que, aburrida hasta la médula en el apartamento donde Hiro dice que he estado deprimida, he vuelto a dibujar y a experimentar con acuarelas. Además, he empezado a escribir un libro infantil que voy ilustrando con las pinturas a medida que avanzo.

Hiro me guiña un ojo y sonrío. Respiro hondo y me dirijo a Sir Arthur.

Parece que mis días de melancolía han terminado: voy a conseguir un trabajo como ilustradora de libros infantiles.

Y así comienza mi nueva vida en Tokio. Estoy esperando un bebé, y el hombre con el que estoy no es aquel con quien anhele estar. Leo... Ahora solo tengo su recuerdo, aunque una parte de él esté creciendo en mi vientre. Esto: nuestro hijo, mis recuerdos... es todo lo que tendré. Tendrán que ser suficientes.

Capítulo 12

Leo

Golpeo la mesa con el puño, haciendo que Mattia se sobresalte.

—¡Han pasado siete meses! —le grito—. No es suficiente tiempo...

—¿Quieres dejarlo de una puta vez?

—¡Nunca!

Mattia y yo nos miramos fijamente a través del escritorio en mi estudio de la casa familiar. Lo llamé para compartir una nueva pista —otra más— sobre la desaparición de Bianca. Pero llegó con los hombros caídos, círculos oscuros y bolsas prominentes bajo los ojos. No puedo evitar sentir que mi mejor amigo me ha estado siguiendo la corriente estos últimos meses. Desde que nos encargamos de Abrashi, es como si la voluntad de encontrar a su hermana se hubiera ido agotando lentamente.

Agotándose en él para alimentar mi impulso de recuperarla. Me parece que nadie está haciendo nada para encontrarla.

—Leo, para —dice.

Aprieto el puño y tenso la mandíbula.

—No lo haré.

—No podemos seguir así.

Le lanzo un fajo de papeles.

—Es una pista.

Suspira.

—De hace siete meses. No puedo creer que hayan encontrado rastros después de tanto tiempo.

La muestra que encontró un equipo forense de primera clase que contraté está muy degradada, lo admito, pero la encontraron. En el callejón justo después del cajero automático donde Bianca fue vista por última vez. Les hice peinar todo el apestoso agujero con su mejor equipo, y vaya sorpresa, encontraron rastros de su sangre. Es una salpicadura consistente con el corte de un cuchillo que dejó caer gotas en el suelo y roció un patrón en la pared, hecho por una persona zurda.

—Alguien la atacó en ese callejón, Mattia —artículo cuidadosamente, para dejar claro el punto —. Los rastros, las gotas de sangre, terminan en la boca del callejón.

Las fosas nasales de Mattia se dilatan.

—Un callejón que se abre a todo un cruce de callejones allí.

¿En serio no está escuchando lo que he estado diciendo todo este tiempo?

—Ardian Abrashi era zurdo. Los forenses afirman que este patrón de salpicaduras provino de alguien zurdo.

Suspira, cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz antes de mirarme de nuevo.

—¿Cuál es esa nueva pista tuya?

No quiero cantar victoria todavía, pero al menos está escuchando.

—Una manzana al sur de ese lugar. Las cámaras captaron un coche saliendo como si tuviera un turbo de nitrógeno instalado en el motor.

Toma la foto que le extiende y la examina.

—Claro. Un sedán oscuro totalmente indescriptible con ventanas tintadas acelerando por calles vacías en medio de la noche, sin que se vea el conductor, y mucho menos las placas.

¿El cabrón está siendo sarcástico?

—Podemos usar las cámaras para rastrearlo...

—¿Después de siete meses? Leo, esto tiene que parar.

—No, no voy a...

—Por favor —murmura, y el temblor en su tono me hace pausar—. Cada vez que descubres una pista, nos da esperanza, Leo. Yo... no puedo seguir haciendo esto.

No espera mi respuesta y se da la vuelta y sale del estudio, la puerta cerrándose con un suave clic detrás de él. Sin embargo, el sonido es ensordecedor en mis oídos. Es como si hubiera cerrado la tapa sobre todo el esfuerzo que ha sido, y sigue siendo, encontrar a Bianca.

Me desplomo en mi sillón ejecutivo.

Si su propia familia está deteniendo la búsqueda para encontrarla, ¿qué esperanza me queda de hallarla y traerla a casa sana y salva? ¿De traerla a mi lugar, a mi casa, como mi esposa?

Un sonido se ahoga en mi garganta cuando pienso en ella. La tristeza, tengo que transformarla en algo, o me comerá entero como ácido corrosivo en cada una de mis células. Así que pienso en ella, pero es una fantasía diferente, una donde está bien, donde está conmigo...

Cierro los ojos y puedo ver su rostro sonriente frente a mí. Es tan hermosa cuando ríe. Es como si sus facciones adoptaran una expresión traviesa, sus ojos brillando, esa boca amplia sonriendo y radiando su alegría.

Imagino esos labios carnosos y mullidos, y mi miembro se endurece dentro de mis pantalones. Recuerdo el aroma de su piel justo debajo del lóbulo de su oreja: flores y dulces y un olor más etéreo que no puedo identificar, que es esencialmente ella. Inhalo profundamente, embriagado por el recuerdo de ella, el aroma de su excitación en el que me sumergí durante nuestro tiempo juntos.

Recuerdo la sensación de ella, apretada alrededor de mi dedo cuando lo deslicé dentro de ella en ese loft en Tribeca, más apretada alrededor de mi miembro cuando la tomé en la suite nupcial. Cómo se sentía hundir mi rostro entre sus exuberantes senos, el capullo arrugado de su pezón entre mis dientes, el botón de su clítoris bajo mi lengua mientras se derramaba sobre mi lengua que lamía su hendidura, hundiéndose en ella para lamer toda esa crema...

Una de mis manos desabrocha mi cinturón, botón y cremallera mientras la otra se desliza bajo mis calzoncillos, cerrándose con fuerza alrededor de mi polla erecta. Contengo la respiración, imaginando que es la mano de Bianca acariciando mi verga, su boca que nunca llegué a follar cerrándose sobre mi miembro. Puedo sentir la humedad de su lengua en el glándulo, su lado juguetón cuando lame la hendidura en la punta y saborea mi líquido preseminal, el calor de su boca mientras me empuja más profundo, embistiendo y retrocediendo, mi puño cerrándose en su

cabello.

Cuando imagino la punta de mi polla tocando el fondo de su garganta, exploto en el orgasmo más intenso que he tenido hasta ahora en todas mis fantasías con Bianca Bonucci.

—Maldición —murmuro cuando vuelvo a la realidad.

Me he corrido por todas mis manos y en mis pantalones. Saco la caja de pañuelos del cajón y me limpio apresuradamente antes de que tenga la oportunidad de secarse. No tengo intención de explicarle a mi tintorería por qué hay manchas de semen seco en mi ropa.

El silencio en la habitación se asienta sobre mí, y de repente me siento inquieto. Es como si el aire me estuviera envolviendo, presionando, intentando forzarse bajo mi piel.

Salto de mi silla y me dirijo a la puerta. Casi choco con mi padre en el pasillo. Ya no vivo aquí, pero los negocios Pellegrini se llevan a cabo desde esta casa, de ahí mi despacho en este edificio.

Mi padre me echa un vistazo y levanta una ceja. Sigo su mirada, avergonzado por el trozo de pañuelo pegado al frente de mis pantalones.

—Es como pillarte a los quince otra vez —dice, con los labios temblando por una sonrisa que está reprimiendo.

Gimo, recordando ese año. Estábamos en nuestra casa de vacaciones en Los Hamptons. Nuevos inquilinos se habían mudado al lado: el señor y la señora Corrigan. Él nunca parecía estar allí, y ella siempre estaba en la parte trasera cerca de la piscina, tomando el sol en una tumbona, en topless y perfectamente visible desde la pequeña ventana del baño de arriba.

Había estado observándola a ella y sus gloriosos pechos en exhibición, masturbándome furiosamente como solo un adolescente de quince años puede hacerlo. Mi padre me pilló cuando salía, con un trozo de papel higiénico pegado a mi camiseta. Sus labios también habían temblado entonces.

Con un guiño, me había dicho: —Asegúrate de ser al menos legal antes de empezar a perseguir sus tetas.

Después de vislumbrar a la señora Corrigan ese verano, todas las chicas de mi edad palidecían en comparación. Para mi suerte, ella estuvo allí el año siguiente, y el siguiente también. A los diecisiete, finalmente legal como mi padre había solicitado, probé suerte aún más solicitando ser

su chico de la piscina esa temporada. Me convertí en eso y mucho más para la señora Corrigan —Eva— durante esos dos meses que pasamos allí. Fue su placer encargarse de mi educación sexual en términos prácticos.

Salgo del recuerdo para encontrar a mi padre aún observándome. Nos separan treinta y un años, pero después de aquel día en Los Hamptons, es como si la línea que nos separaba como padre e hijo se hubiera difuminado —aunque no desapareció; sigue siendo mi padre y también mi Don— y nos convertimos en buenos amigos. Me dio mi primera probada de whisky cuando cumplí dieciocho, y no dudaría en soltar un comentario como "¡Esa tiene un buen par!" cuando salíamos juntos. Sin embargo, también me enseñó a tratar bien a las mujeres, que el consentimiento es primordial si queremos considerarnos hombres honorables. Podría hacer comentarios sobre camareras y demás, pero siempre mantenía las manos quietas, dirigiéndose a ellas con los modales propios de un caballero.

—Parece que necesitas un trago —dice.

Sé que es una sugerencia casi una orden, así que lo sigo a su propio despacho contiguo al mío y me siento en un sofá de cuero mientras él va a las licorera. Regresa con dos vasos de whisky y me entrega uno.

Lo agarro y doy un sorbo. Ha sacado el bueno. Temo que se avecina un interrogatorio.

O, en el caso de mi padre, simplemente se sentará, me mirará con sus intensos ojos oscuros y esperará hasta que ceda.

De una forma u otra, cederé, así que me resigno y me rindo ya.

—Mattia va a cancelar la búsqueda de Bianca.

Toma un sorbo de whisky. —Por supuesto, se trata de una mujer.

Me erizo. —No de cualquier mujer. Yo... —No le he contado sobre mis planes para cuando la encuentre. Quizás sea el momento de hacerlo—. Quiero casarme con ella.

Me mira fijamente durante largos segundos. —Sabes que está prometida a otro.

—Otro que está muerto.

—Todavía queda otro hermano Abrashi.

Maldigo en voz baja. —Nadie en su sano juicio casaría a su hija con *El Carnicero*.

—Eso es cierto. La familia está presionando a Don Salvatore para que entregue a su hija ahora que la chica Bonucci está desaparecida.

Trago saliva con dificultad. —Así que ni siquiera importa qué chica sea. Ni siquiera tenía que ser Bianca.

—Así es como funcionan las alianzas, *figlio*.

Lo miro fijamente, la pregunta que me ha estado carcomiendo todos estos meses desde que volví a ver a Bianca en la boda de Mattia ya no acepta permanecer enterrada.

—¿Por qué no hiciste una alianza con Roberto Bonucci? El poder es todo lo que quiere.

Entrecierra ligeramente los ojos. —¿A quién habría ofrecido a cambio? ¿A mí mismo?

Es viudo. No importa que mi madre lo abandonara cuando yo tenía apenas ocho años, mis hermanos gemelos Sergio y Emilio solo tres, y Tristan apenas un año; ella murió después de una sobredosis en Mallorca dos años más tarde. Eso es todo lo que importa para nosotros y el sindicato. No se vería extraño si tomara una nueva esposa, incluso una más joven que sus propios hijos.

—A mí —declaro—. Podrías haberme ofrecido a mí.

Él suspira.

—Leo, en Navidad, ¿qué le dijiste a tu *nonna*?

Mi mandíbula se tensa cuando recuerdo la conversación con mi abuela. Ella había estado pidiendo bisnietos.

—Que tengo veintiocho años y que aún faltan dos años para que tenga que entrar en el mercado matrimonial.

Él asiente.

—Dos años que planeabas disfrutar al máximo.

Joder. Me había disparado en el pie sin siquiera saberlo en ese momento.

—Y nunca mostraste interés por la hermana de Mattia —añade.

Mattia y yo nos conocimos de pequeños. A los cinco años, golpeé a alguien por primera vez: fue al matón que molestaba al escuálido Mattia. Luego pasé mi brazo por los hombros de Mattia y lo llevé a casa conmigo, diciéndoles a mis padres que este era el hermano que quería y al que nunca renunciaría; los gemelos tenían un mes en ese momento; no tenía uso para bebés llorones como hermanos, pensando en ese entonces que nunca crecerían.

Así que mi padre está muy familiarizado con el de Mattia y, por lo tanto, ha conocido a Bianca toda su vida.

Decido ser honesto, aunque rara vez, si es que alguna vez, le oculto algo a mi padre. Él no sabe que me acosté con ella el día de la boda de Mattia, cuando claramente estaba prometida a otro. Tampoco sabe que soy el responsable de la trágica "caída" de Ardian Abrashi. Hay cosas sobre las que necesita tener una negación plausible como Don.

—Aún no había visto en la mujer en la que se había convertido —le dije.

—Hmm. —Toma un sorbo de whisky—. Y eso no es solo tu polla hablando, ¿verdad?

—No.

Aunque en realidad fue mi polla la que me dijo que ella es *La Elegida*. No tengo reparos en haber follado por ahí en la última década. Mi verga ha estado dentro de numerosos coños, muchas bocas, incluso algunos culos también. Conoce la sensación de hundirse en la calidez húmeda de una mujer y ser bienvenido allí.

El día que se sumergió en el cuerpo de Bianca, escuchó la bienvenida así como el claro llamado de volver a casa, de encontrar ese esquivo destino final del que nunca quiere irse de nuevo. Su sonrisa ya había ganado mi corazón para este punto. Y verla con Abrashi al pie de las escaleras, sabiendo que algún día le pertenecería a él, mi sangre se encendió con el fuego de los celos, el que claramente me gritaba que ella era mía, y solo mía.

—Realmente la amas —dice mi padre.

¿Qué sentido tiene negarlo?

—Así es.

—Entonces supongo que no hay posibilidad de que consideres la idea del matrimonio.

—¿Con alguien que no sea Bianca? Ni de coña.

Él hace girar su vaso.

—Eso pensé. Te sugiero que te vayas ahora mismo, entonces. Don Salvatore viene en camino, quiere discutir una alianza entre nuestras dos familias.

Frunzo el ceño, y luego ato cabos. Si su hija Paloma se compromete lo antes posible, no hay forma de que pueda ser prometida a un albanés. Don Salvatore querrá un Príncipe Heredero para su única hija.

No voy a ser el cordero sacrificial en este trato.

Me pongo de pie de un salto, ya de camino a la salida cuando mi padre añade:

—Ah, y Leo, deberías cambiarte.

Maldito pañuelo aún pegado en mi frente.

Capítulo 13

Leo

Salgo pitando de allí y me dirijo a mi apartamento en Tribeca. Estoy saliendo de la ducha cuando suena un mensaje en mi teléfono. Es una imagen que revela una invitación... al funeral de Bianca Bonucci que se celebrará dentro de dos semanas.

La ira se enciende dentro de mí. ¡El muy cabrón! Realmente va a seguir adelante con esto. Así sin más, va a rendirse con ella.

Salgo como una furia y tomo mi coche hacia la casa de Mattia en Lenox Hill. El tráfico es una mierda, pero dejo que alimente mi frustración en lugar de dejar que me afecte. Tengo un destino en mente y no me echaré atrás antes de haber dejado claro mi punto.

Finalmente, llego al vecindario de Mattia y meto el coche en su entrada. Una vez fuera, me dirijo hecho una furia al porche delantero donde golpeo la puerta en lugar de tocar el timbre, con la rabia corriendo por mis venas. Si fuera por mí, ya habría roto algo, pero sé que necesito contenerme ya que explotar no nos hará ningún bien a ninguno de nosotros.

Mattia abre la puerta. Paso rozándolo hacia adentro y saco mi teléfono, con la invitación claramente visible en la pantalla.

—¿Qué coño, tío? ¿Estás listo para darla por perdida así?

—Es un funeral, Leo. Algo para recordarla...

—¡No necesito una maldita ceremonia para recordar, joder! Y tú tampoco deberías. Si sigues adelante con esto, nadie seguirá buscándola.

—Tú lo harás, sin embargo.

La voz tranquila de Hana detiene mi diatriba en seco. Me giro hacia ella y frunzo el ceño. No la he visto mucho en las últimas semanas. En realidad, desde el día que me enteré de que Bianca había desaparecido.

No sé por qué, pero las alarmas suenan en mi cabeza mientras la miro. Hana no está ni de lejos tan destrozada como lo está Mattia actualmente. Incluso su padre tiene peor aspecto últimamente, aunque sospecho que es más por ver desaparecer a su escalón en la escalera del sindicato que por la pérdida real de su hija.

No lo sé, pero algo en Hana no cuadra. Está tan calmada como siempre, compuesta, quizás incluso con un aspecto más duro que antes, si eso tiene sentido. Hay una tensión en las comisuras de sus labios, un ceño que antes no estaba entre sus cejas. Parece lista para la batalla.

O quizás estoy completamente equivocado, me dice una voccecita interior. Tal vez ella es la que está manteniendo a Mattia en pie, y está llegando al límite de sus fuerzas. ¿La frustración en su postura? Podría ser agotamiento, el hecho de que no han tenido un respiro desde que Bianca desapareció. Mattia ya se estaba culpando por no haberla sacado de esa alianza cuando se enteró de quién era realmente Abrashi detrás de puertas cerradas. Ha sentido culpa por esto, lo sé. Estaba dispuesto a matar al cabrón él mismo en mi restaurante.

Esto está pasando factura. A todos nosotros, no solo a mí. Tengo mis razones para querer que vuelva, pero ellos también las tienen. Bianca es la sangre de Mattia, la hermana pequeña que prometió proteger. Mientras yo veía a los gemelos como pequeñas molestias, cuando nació Bianca y nos mostraron a la bebé de cara rosada, yo fruncí el ceño. Mattia, él acunó su cabeza en sus pequeñas palmas y la besó suavemente en la frente, ya cuidando de ella.

Miro a mi mejor amigo ahora y lo observo detenidamente. Parece haber envejecido una década en las últimas semanas, desde que cada pista que hemos tenido sobre Bianca no ha dado resultado.

Esto lo está matando.

Hana se acerca a mí y pone una mano en mi brazo. —Leo, tienes que parar esto. Míralo. Mira lo que esto le está haciendo.

A nosotros. No añadió esto, pero lo escuché. Apenas queda algo de la complicidad que tenían juntos después de su luna de miel. Mattia me dijo que estaban intentando tener un bebé poco después de la boda. Todavía no hay buenas noticias hasta ahora.

—Hana, yo...

Estaba a punto de decir que lo siento, pero algo me impide pronunciar esas palabras. De

renunciar a la búsqueda de Bianca.

—Leo, déjalo.

Su tono es tan duro, tan frío, que me toma por sorpresa. Nunca hubiera pensado que pudiera sonar así. Definitivamente algo me está dando mala espina ahora, todos mis sentidos en alerta máxima. Mi instinto me dice que algo está pasando, y sé que no debo ignorarlo.

—Necesitamos cerrar esto —dice Mattia suavemente.

Intercambia una mirada con su esposa, y Hana se da la vuelta y se va, con la boca en una línea apretada, el cuerpo tenso y rígido. Nunca la había visto así.

El teléfono de Mattia suena. Cuando contesta y se da la vuelta, sigo los pasos de Hana por el pasillo. Hay algo que no cuadra aquí. Mi corazón empieza a latir con fuerza.

¿Saben algo sobre Bianca? ¿Algo que no me están diciendo?

¿La han encontrado pero no quieren revelarlo?

¿El monstruo frío y calculador en mí? Está levantando la cabeza. ¿El otro monstruo, el que alimenta mi sangre? Ha tomado el centro del escenario desde que dejé el cuerpo roto de Ardian Abrashi en un sótano en Hell's Kitchen para que lo encontrara uno de los *capos* de mi padre.

Hay algo aquí, lo sé.

La voz de Hana llega hasta mí cuando me acerco al invernadero. Es extraño, pero nunca la había oído hablar japonés antes. Sé que es de origen japonés, pero Mattia dijo que es de Hawái. No conozco el idioma, pero suena preocupada, incluso en pánico.

Secretos, susurra mi instinto. *Secretos por todas partes*.

Cuando se da la vuelta y me ve, se pone tan pálida que me preocupa que se vaya a desmayar. Me apresuro hacia ella, dejando a un lado mis sospechas por el momento.

—Hana, ¿qué pasa?

Me mira parpadeando y luego continúa con su conversación telefónica. Parece que hay un hombre al otro lado de la línea.

¿Estará engañando a Mattia? La forma en que palideció, casi parecía culpa por haber sido descubierta. Frunzo el ceño, observándola, buscando señales de su duplicidad.

La llamada termina, y estoy a punto de preguntarle si tiene un amante cuando Mattia entra en la habitación, mirándonos fijamente.

—¿Han? —pregunta.

Ella traga saliva con dificultad. —Es Bérénice. Está de parto.

Mattia también palidece. —Pero es demasiado pronto.

—Hiro está hecho un lío. Tengo que estar allí para él.

Parpadeo, incapaz de seguir su intercambio. Esto no es para nada lo que esperaba oír o incluso lo que estaba imaginando.

—Espera, ¿qué está pasando? —Se me ocurre una idea. Ella mencionó el parto—. ¿Es esto... están usando una madre sustituta o algo así?

Hana y Mattia se quedan helados. Luego ella se muerde el labio, suplicando a su marido con la mirada. Cuando finalmente él asiente levemente, sus hombros se hunden y suspira.

—Hiro es el hermano de Hana —me dice.

Estoy atónito y lo miro fijamente. —Pensé que ella era huérfana.

Él niega con la cabeza. —Lo es, pero... es complicado.

—Matti, tengo que irme —dice ella, casi suplicando.

Él asiente. —Sí. Claro.

Todavía estoy tratando de entender cuando ella se va y nos quedamos solos en la habitación. El silencio resuena con sorpresa para mí.

Así que sí, resulta que Hana en efecto estaba ocultando algo. Sin embargo, no tiene nada que ver con un amante, y mucho menos con Bianca. ¿En qué estaba pensando? ¿Que Hana sabe dónde está Bianca, que la está escondiendo? ¿Por qué haría esto? ¿Por qué demonios pondría a Mattia en semejante infierno?

Sacudo la cabeza, me agarro la nuca con las palmas de las manos. Estoy perdiendo la cabeza. Los monstruos se han apoderado de mí y están destruyendo cualquier parte racional que me quede. Toda esta búsqueda de Bianca me está volviendo paranoico. Voy a perder la razón en algún momento si sigo así.

—¡Matti! —grita ella—. Puedo tomar un avión que sale en noventa minutos.

—Resérvalo.

Lo miro parpadeando. —¿Va a...?

—¿Japón? Sí.

—¿Y tiene un hermano?

Mattia suspira. —Es una larga historia. Será mejor que vengas conmigo al aeropuerto.

Pronto, estamos de camino a JFK. Hana permanece en silencio mientras Mattia me pone al día. Hana es efectivamente huérfana, en el sentido de que sus padres están muertos, pero tiene un hermano, que resulta ser el hijo adoptivo y heredero aparente de un jefe yakuza en Tokio. La había estado escondiendo en Hawái, hasta que la actividad de las pandillas se intensificó allí, poniendo en riesgo su seguridad. Entonces vino a Nueva York, conoció a Bianca, pero Mattia pronto descubrió quién era ella.

A cambio de la protección de Mattia, su padre sugirió una alianza entre sus dos familias. Resoplo al oír esto. Ese bastardo de Roberto Bonucci está jugando en todos los frentes, al parecer, alineándose con los yakuza a través de un hijo y con los albaneses a través del otro, y mediante este último, con el sindicato también.

Pienso en el día de su boda, en cómo Bianca se molestó por su inexistente muestra de afecto público en una ocasión tan trascendental. Ella había intuido algo: era esencialmente un matrimonio arreglado. No es de extrañar que Mattia esperara hasta la noche de bodas para acostarse con Hana.

Bianca. Ella había acertado en esto. ¿En qué más habrá tenido razón? Descubrió lo de Abrashi antes que cualquiera de nosotros, supo de lo que era capaz desde el principio.

Se me revuelve el estómago. Un callejón oscuro que conduce a una encrucijada de callejones en El Bronx, que es territorio albanés. Sangre salpicada en la pared, las gotas se detienen al final del

callejón. No hay más rastros de ella, y ese sedán oscuro con las ventanas tintadas podría haber sido el coche de cualquiera.

Recuerdo a un hijo de puta diciéndonos que es bueno en lo que hace porque siempre cubre sus huellas.

Me niego a enfrentarlo, pero tengo que hacerlo.

Ardian Abrashi atrajo a Bianca a El Bronx, la atacó, la secuestró... y lo más probable es que la matara y se deshiciera de su cuerpo, cubriendo sus huellas para que nunca pudiéramos encontrarla. Hasta que su familia encontrara una nueva novia para casarlo, su novia habría dado a luz a su hijo. Su familia habría tenido que aceptar el hecho consumado y casarlos por el bien del niño, para legitimar su nacimiento. Ardian se habría librado, feliz con su esposa y su bebé, mientras que la molestia de su prometida habría sido eliminada y olvidada.

Lo planeó todo, y lo peor es que lo logró. El hecho de que yo lo matara no cambia nada para Bianca en este asunto. Ella perdió, de todos modos.

Mientras dejamos a Hana en la terminal, también dejo caer el peso que he estado cargando: el de tratar de encontrar a Bianca Bonucci cuando todas las pistas apuntan a que se ha ido...

No quiero admitirlo, pero Mattia tiene razón. Su familia necesita cerrar este capítulo.

Y para esto, necesito dejar ir la idea misma de que Bianca Bonucci esté viva.

Capítulo 14

Leo

Tres años después

Mi padre me ha convocado. No es algo inusual últimamente, y temo lo que me espera cuando llegue a la casa familiar. ¿Qué muerte anunciará hoy?

Nuestra familia y sus soldados han sido relativamente perdonados en este conflicto que ha estallado en los últimos dieciocho meses. Después de la desaparición de Bianca, el memorial que se celebró por ella confirmó el hecho de que se ha ido. Legalmente aún no está muerta, pero en todos los aspectos, es el caso: Bianca Bonucci murió en ese sórdido callejón del Bronx.

Cuando se fue, se llevó mi corazón. El vacío que dejó atrás creó un abismo en mi alma, una oscuridad sin fondo que amenaza con apoderarse de mí si no la mantengo bajo control. Esta oscuridad es lo que me hizo matar a un hombre con tanta facilidad, como si fuera una simple cucaracha.

El cuerpo sin vida de Ardian Abrashi fue descubierto al pie de una escalera de incendios en la parte trasera de un cuestionable club de striptease cerca de la Autoridad Portuaria en Hell's Kitchen. El *capo* de mi padre lo encontró con el cuello roto al pie de las escaleras del sótano de mi restaurante; le dejé creer que fue un accidente. Abrashi se cayó, fin de la historia.

No podía ser encontrado en mi propiedad, así que fue trasladado al lugar donde se descubrió su cuerpo. Nadie, ni siquiera su propia gente, pestañeó ante la ubicación; después de todo, era el hermano de *El Carnicero*. Esa familia quedó mal parada después, su influencia prácticamente extinta un año más tarde.

A pesar de esto, los albaneses presionaron por otra alianza durante mucho tiempo. Todavía lo hacen, al menos algunos de ellos, a nivel organizativo. Negociar una tregua a través del matrimonio, es como si aún tuvieran alguna esperanza de que esto funcione. O es todo una pantalla de humo. Porque en el terreno, sus hombres han estado avanzando, reclamando nuestras operaciones.

Van por los puertos, donde ocurre la mayoría de las operaciones de la Mafia ítaloamericana en las rutas comerciales de importación y exportación. Algunos de estos cabrones también están avanzando sobre puertos europeos como Turín y Palermo y otros territorios notoriamente controlados por la Cosa Nostra y la 'Ndrangheta. No tienen escrúpulos, mucho menos respeto por las instituciones centenarias.

Mi familia posee clubes y empresas de seguridad, así que nos hemos librado de sus ataques. Hasta hace poco, cuando intentaron hacer un movimiento en una de nuestras operaciones cerca del parque de contenedores de Port Newark. Mataron a dos de nuestros hombres en el equipo que supervisaba esa área.

Mi padre, Don Pellegrino, no quería involucrarse en esta guerra. Pero nos arrastraron a ella, y ahora estamos enfrentando las consecuencias, ya que hay al menos un ataque a nuestros equipos cada dos semanas.

Esto nos ha obligado a mí y a mis hermanos a dar un paso al frente, a crecer y convertirnos en hombres cuando aún estamos en nuestros veinte, una época en la que tendríamos un pase libre para ser salvajes y despreocupados hasta que tuviéramos que establecernos como soldados y también como hombres de familia a los treinta.

Ahora tengo treinta y un años, cumpliré treinta y dos en mayo, y esta no es la vida que había imaginado para mí a esta edad. La mayoría de los días me siento cansado y agotado. Pensar que me queda el resto de mi vida por delante, para funcionar de la misma manera, para seguir los ilustres pasos trazados por las generaciones pasadas de hombres Pellegrini.

Poco a poco, me estoy convirtiendo en el segundo al mando de mi padre. Sergio y Emilio son ambos genios de la informática —debe ser por todos esos videojuegos que jugaron en su adolescencia; es casi como si las chicas no existieran para ellos— y como tales, son el equipo perfecto para dirigir las empresas de seguridad. Tristan todavía está en la universidad, y estamos manteniendo al bebé de la familia lo más lejos posible de este desastre. No tengo idea de cuánto tiempo podremos hacerlo, pero al menos por ahora, está protegido, literal y figurativamente, de la oscuridad y la violencia de nuestro mundo.

Entro en la casa y me dirijo al estudio de mi padre. Un aroma de perfume floral me hace cosquillas en la nariz y frunzo el ceño. Solo una persona deja una estela de *Anaïs*, *Anaïs* a su paso dondequiera que va. Llamo a la puerta, la abro y entro, sin sorprenderme de encontrar a mi abuela sentada en el sofá de cuero con una copa de coñac en la mano.

Cierro la puerta y luego me dirijo directamente hacia ella, dejando caer un suave beso en la piel fina como el papel de su mejilla.

—*Nonna* Valeria. Me alegro de verte.

—*Buongiorno, figliolo* —me saluda con su mano libre dando palmaditas en mi hombro.

No puedo evitar sentir que su mano se demora un poco hoy, presionando la tela de mi chaqueta. Es extraño porque su toque suele ser ligero como el aire.

Algo anda mal. Puedo sentirlo primero en mis entrañas, luego en el aire como un manto de fatalidad que se cierne sobre mí.

Me vuelvo hacia mi padre.

—¿Qué ha pasado?

Él asiente hacia el sofá.

—Siéntate.

Hay algo en su tono, un timbre siniestro que hace que se me ericen los pelos de la nuca.

Desabrocho los botones de mi chaqueta y me siento cuidadosamente junto a mi abuela.

Mi padre me mira con los ojos entrecerrados durante largos segundos. Quiero retorcerme, pero me contengo. Soy su segundo al mando; un día, seré el Don en su lugar. Tengo que controlarme, parecer distante e impasible externamente, y para esto, la tormenta dentro de mí debe mantenerse bajo control.

Toma un sorbo del whisky en su vaso y luego suspira.

—Lo que te voy a decir ahora queda entre nosotros para siempre —sus ojos se entrecierran aún más—. Prométemelo.

Trago saliva, sintiendo como el miedo se apodera de mí. Esto es importante, posiblemente cambie mi vida.

—Te lo prometo, *Padre*.

—Bien. Porque acabas de hacerle una promesa a un hombre moribundo, y eso es vinculante.

Me pongo de pie de un salto, sorprendido e indignado.

—¿Qué está pasando? ¿Quién te ha hecho esto? Juro que mataré...

Mi padre se ríe.

—Eso arréglalo con el Señor, hijo mío.

Parpadeo y sacudo la cabeza.

—¿Qué?

—Acabo de decírselo a tu *nonna*, sentí que ella debía saberlo primero. Tú eres la única otra persona que necesita estar al tanto.

—¿Al tanto de qué?

—Tengo demencia frontotemporal.

Es como si una bomba explotara en la habitación, la onda expansiva cortando los músculos y tendones que me mantienen erguido. Caigo desplomado en el sofá, sin aliento.

Estoy atrapado en una burbuja donde mis sentidos se vuelven locos al mismo tiempo que dejan de existir. Los sonidos se distorsionan mientras el silencio me perfora los oídos. Mis manos pueden sentir el calor del fuego en la chimenea, pero al mismo tiempo están entumecidas e inertes.

Entonces la realidad me golpea.

Mi padre va a morir.

Sabía que esto iba a pasar. Algún día. Quizás en otros treinta años, al menos. Mira a la *Nonna* Valeria, fuerte como un roble incluso a sus ochenta y tantos. Mi abuelo recibió una bala perdida en un tiroteo hace cincuenta años; no murió por causas naturales.

No sé cómo una sensación de calma —entumecedora, tranquilizadora, competente— se apodera de mí mientras lo miro fijamente.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sé? ¿O cuánto tiempo me queda de vida?

—Ambas cosas —respondo.

—Noté los temblores hace unas semanas. Puede que me queden cinco o seis años, aunque no sé en qué estado estaré para entonces. Al menos, parece que la afasia no me ha afectado —debe haber notado mi ceño fruncido porque continúa explicando—. La afasia es cuando empiezas a tener problemas para comunicarte, encontrar palabras, pronunciarlas en voz alta. Como después de un derrame cerebral.

Es tan pragmático al respecto que me desconcierta. ¿Ya lo ha aceptado? La *Nonna* también parece haberlo hecho. Nunca ha sido un manojo de nervios y lágrimas, pero ella también está controlada. Bueno, excepto por la presión más fuerte en mi hombro hace un rato.

Entonces me doy cuenta.

—Tienes algo planeado.

Suspira.

—Hagamos que mi muerte valga para algo.

Entrecierro los ojos mirándolo.

—¿Cómo planeas hacer eso?

—Tú mataste a Ardian Abrashi.

Sus palabras me hacen hacer una pausa. Me mantengo en silencio. No puede saber esto. Todo se hizo para que pareciera un accidente.

Una fugaz sonrisa toca sus labios. Lo sabe y está jugando conmigo.

—Eso es lo que le diré al sindicato, de todos modos.

No lo confirmará ni lo negará. Yo tampoco.

—Pero ¿por qué tú...? —me detengo, mirándolo fijamente—. ¿Ojo por ojo? —me pongo de pie

de un salto, enfurecido, la rabia corriendo por mis venas—. ¿Vas a sacrificarte a ti mismo por ellos?

—Traerá paz, Leo —dice mi abuela.

Mi padre se bebe su whisky de un solo trago.

—Hará que mi muerte *valga para algo*.

¡No! No puede hacer esto. Se irá...

Pero eso es exactamente. Él *se irá*. La demencia nos lo arrebatará antes de que la muerte se lleve su alma. Terminará siendo una sombra de lo que fue, un cascarón del hombre que es, del Don que es.

Al menos de esta manera, se va en sus propios términos. Victorioso.

—Nadie más puede saber sobre esto —digo suavemente, recordando sus palabras anteriores.

—Habrá repercusiones para ti, *figlio*.

Porque cuando esto suceda, todos pensarán que soy responsable de la muerte de Abrashi, de por qué comenzó esta guerra. No importa que Bianca Bonucci haya desaparecido; podría haber habido otra alianza. Los albaneses, otra familia esta vez, más arriba en su jerarquía, pusieron sus ojos en Paloma Salvatore, la hija de Don Salvatore. El Don ha rechazado la unión cada vez que se le ha propuesto, lo que también llevó a esta situación con esos malditos albaneses intentando pisotearnos.

Pero ojo por ojo también traerá una tregua. Es una alianza de cierto tipo, también, a través de la muerte y no del matrimonio.

No podemos seguir con esta guerra. Ya han muerto demasiados.

Trago saliva con dificultad, el sollozo atascado en mi garganta se niega a bajar. Don Pellegrini nos dijo

chicos apareciéramos despiadados e intocables fuera de nuestro hogar. Dentro de estas paredes, Eduardo Pellegrini, el hombre y padre, nos decía que podíamos ser hombres de verdad, y los hombres de verdad sienten, se enfurecen, lloran. No hay vergüenza en eso, en privado, tras las

puertas cerradas de nuestro hogar.

—Si esa es su voluntad, se hará, Don Pellegrini. *Padre* —digo con la cabeza inclinada.

—Vas a tomar el control, *figlio* —me dice—. Serás Don Pellegrini cuando yo me haya ido.

No puedo creer que estemos hablando de su muerte y las consecuencias con tanta calma, de una manera tan racional. El monstruo en mi sangre está deseando ser liberado, enfurecerse, destrozar algo, matar a todos y cada uno de esos malditos albaneses. Si fuera por mí, eso es exactamente lo que haría, mostrarles quién es el jefe en este territorio.

Sin embargo, también recuerdo lo que mi padre siempre me ha dicho. ¿El lado despiadado y calculador de mí, ese monstruo frío como el hielo? Dijo que algún día sería útil. Siempre que aprendiera a canalizarlo, a controlar la bestia en mi sangre al mismo tiempo que dejaba que mi mente más fría tomara las riendas.

—El sindicato tiene muchas reglas establecidas para un Don —dice mi abuela.

Me vuelvo hacia ella. —¿Crees que no estoy listo para esta posición?

No lo dije con desafío ni enojo. No lo tomé como un ataque a mi masculinidad o al hecho de que tengo sangre Pellegrini en mis venas. Era solo una pregunta, un joven pidiendo un consejo sabio. Mi padre podría haberse guardado su diagnóstico para sí mismo, al menos no compartirlo con la *Nonna*: su corazón debe estar rompiéndose al saber que su hijo morirá pronto. Ningún padre debería tener que sobrevivir a sus hijos.

Pero la *Nonna* Valeria estuvo casada con un soldado de poca monta que se convirtió en *capo* y luego en *Don*. Ella crio a su único hijo para que también lo fuera, cuando su padre le fue arrebatado brutalmente cuando aún era pequeño. Ahora, mi padre, mi Don, dejará mi vida pronto. ¿Quién quedará? La *Nonna*. Ella estará aquí para la tercera generación de hombres Pellegrini que ascendieron como Dons.

Como tal, valoro su aportación, su consejo, su opinión.

—Aún tienes algunas cosas que aprender —dice mi padre.

Me vuelvo hacia él ahora. —Entonces enséñame, *Padre*.

Él asiente. —Que así sea.

No tiene sentido esconderse de las preguntas difíciles ahora. Tiene un plan, y lo implementará cuando lo considere oportuno.

—¿Cuánto tiempo... —pregunto, incapaz de continuar, de preguntarle cuándo será asesinado para expiar el pecado que cometí, cuándo traerá una tregua a esta maldita guerra.

Traga saliva, con dificultad. Es la única señal de emoción que he visto en él hoy.

—Tristan se gradúa en mayo —dice.

Asiento, entendiéndolo ahora. Tristan, el bebé, la niña de los ojos de mi padre. Yo soy su heredero, y sé que me ama, como lo hace con los gemelos. Pero Tristan, es una historia diferente. Todos sabemos que tiene un lugar especial en el corazón de mi padre. No se lo reprochamos, sin embargo. Dios sabe que el chico se lo merece: es el único de nosotros que no recuerda a nuestra madre. ¿Cómo podría, cuando apenas tenía nueve meses cuando nos abandonó, a él y a nosotros?

—Entonces tenemos algo de tiempo —le digo.

La *Nonna* agarra mi mano y la aprieta con fuerza. Coloco mi otra mano sobre la suya y presiono, infundiendo todo mi coraje en ella, buscando valentía de su toque simultáneamente.

Mi padre asiente. —Hagamos que valga la pena, ¿de acuerdo?

Yo también asiento. —De acuerdo, *Padre*.

Capítulo 15

Bianca

—*Maman!* ¡Mira! ¡*Neko!*

Me río, observando a mi hijo completamente fascinado por el gato que pasea por el parque. Valiente animal, que viene a esta sección llena de niños pequeños con manos ansiosas y demasiado entusiasmo y amor.

—Acaba de hablar en tres idiomas —dice con asombro Anne-Marie, la madre sentada a mi lado en el banco.

Me río un poco.

—Sí. Le hablamos en los tres en casa.

Para nuestra tapadera en Japón, necesito hablar francés, y él también va a una guardería de habla francesa. Yo le hablo en inglés, también. Hiro se dirige a él completamente en japonés, de ahí la fluidez para cambiar entre tres lenguas y poder expresar exactamente lo que quiere decir.

Es una alegría verlo tan abierto y comunicativo. Justo el mes pasado, el equipo de médicos que lo ha estado siguiendo desde su nacimiento nos dio el visto bueno. Alcanzó todos los hitos esperados de un niño de tres años prácticamente al mismo ritmo que uno nacido a término, a pesar de haber nacido con solo treinta y una semanas.

Enzo se acerca al gato y deja que le olfatee la mano. Pronto, está acariciando al animal, con una expresión de pura maravilla en su carita.

Cuando sonrío, mi corazón estalla de amor, al mismo tiempo que se encoge de dolor. Esa sonrisa es la de su padre. Es la de Leo.

Tenía tantas ganas de llamarlo Leo cuando nació. Pero habría sido demasiado obvio. Así que me decidí por Lorenzo, Enzo para abreviar. Lorenzo Picard tiene las iniciales LP, como Leo Pellegrini, o Lorenzo Pellegrini si hubiera nacido en los Estados Unidos con su padre consciente

de su existencia. Leo me habría ofrecido casarme con él, ya que es lo honorable, especialmente en nuestro mundo cuando dejas embarazada a una chica de otra familia mafiosa. Habríamos sido una familia...

Me arranco de esta idea y observo a mi hermoso niño levantarse y empezar a correr tras el gato que se asustó por otro niño que gritaba. Pero en un momento, tropieza y se cae.

Me levanto de mi asiento en un instante y corro hacia él. Mi pecho está a punto de explotar cuando levanta la cabeza y me mira, con lágrimas brotando en sus grandes ojos marrones oscuros.

—Está bien, *koi* —digo mientras paso una mano por su cabello desordenado. Los mechones se parecen exactamente a los de Leo, hasta el remolino ligeramente descentrado en su frente—. Está bien llorar.

Se acurruca contra mí y lo abrazo con fuerza. Parece que la diversión se acabó por hoy. Es mejor que volvamos a casa. Recojo mi bolso y la bolsa de bebé sin fondo que he estado llevando a todas partes durante los últimos tres años del banco y acomodo a mi pequeño en mi cadera, teniendo cuidado de no rozar más su rodilla raspada.

Me despido de Anne-Marie con la mano, y luego es un corto paseo de vuelta al edificio de apartamentos. Los pequeños sollozos de Enzo están amortiguados en el hueco de mi cuello. Los mocos vendrán pronto. Menos mal que puedo limpiarlo una vez arriba y luego acostarlo para una siesta.

Las puertas del ascensor se abren y salgo, dirigiéndome a la izquierda hacia mi apartamento. Entro, sorprendida de escuchar la voz de Hana reverberando en el silencioso interior. El sonido saca a Enzo de su estado de semi-sueño y comienza a llorar.

—*Ça va aller, mon petit cœur* —canturreo mientras me apresuro adentro. Veo a Hana en la sala de estar, de espaldas a mí, con el teléfono frente a ella en una videollamada.

Trago saliva y paso rápidamente. Está hablando con Mattia. No puedo dejar que mi hermano me vea. Tal como están las cosas, podría haberme escuchado. Intento nunca estar en casa cuando ella lo llama, por temor a que pueda oírme o verme si paso por la misma habitación donde está Hana. Él piensa que esta es la casa de Hiro, donde vive con Bérénice, su pareja, y su hijo, Koji. *Koji* significa pequeño en japonés; es nuestro apodo para Enzo. Hana no nos esperaba de vuelta hasta dentro de al menos otra hora, por eso la pillamos en esta llamada.

Me detengo en el pasillo, escuchando.

—Espera, ¿quién era esa? —pregunta Mattia.

—Solo Koji con su madre —responde Hana, sonando evasiva.

¿Se da cuenta Mattia de esto, de que lo está evadiendo?

—Es que... —comienza—. Bianca sonaba exactamente así cuando hablaba francés.

—Escuchar a una mujer hablar francés te ha afectado —dice Hana.

Trago saliva y cierro los ojos con fuerza. He sabido todo este tiempo que me estaba protegiendo, pero escucharla ahora, me doy cuenta. Hana está manipulando a mi hermano, su propio marido, y está haciendo todo esto por mí.

No puedo dejar que esto continúe, ¿verdad? Pero ¿qué otra opción tengo? No puedo volver. Incluso si Mattia sospecha (y ¿por qué lo haría después de casi cuatro años?), incluso él no me pedirá que vuelva a Nueva York si decide que realmente escuchó a Bianca y no a Bérénice en el teléfono ahora mismo y vuela para comprobarlo.

No, estoy dejando que la fatalidad se apodere de mi mente. Tengo que concentrarme. Estoy haciendo todo esto por mi hijo, y eso es lo que importa.

Enzo ya está agotado cuando llego a la habitación. Lo acuesto con cuidado en su cama. No tiene sentido intentar limpiarlo y cambiarlo ahora, ya que se despertará de mal humor y estará molesto el resto del día. Tomo una toallita antiséptica y la paso por su rodilla raspada, luego salgo de la habitación.

Me detengo en el umbral de la sala de estar. Hana sigue en su llamada, y me muerdo el labio cuando escucho la voz de Mattia de nuevo. Nunca supe cuánto lo extrañaría. Saber que está allí y que dejé atrás mi vida como Bianca Bonucci es una cosa, y pude lidiar con eso. Luego Hana vino después del nacimiento de Enzo, y cuando pensó que estaba dormida, la escuché hablando con Mattia. Oír su voz me recordó lo lejos que está de mí, cómo nunca podré volver a verlo.

Hoy no es diferente. Mi corazón se aprieta, las lágrimas se forman en mis ojos. No puedo dejar que caigan.

Escucho a Hana despedirse y terminar la llamada. Cuando el silencio resuena por un minuto

completo, salgo a la sala, asegurándome de mirarla de frente y no arriesgarme a ser captada por la cámara de su teléfono.

—Está bien —dice ella—. No hay moros en la costa.

—Pero me escuchó.

—No, cree que escuchó a Bérénice.

Me siento frente a ella.

—Lo siento. No sabía que estarías en una llamada. Enzo se tropezó en el parque y...

Hana salta al borde de su asiento.

—¡Dios mío! ¿Está bien? ¿Necesita un médico?

Sonrío, aún encantada por sus tendencias de madre protectora. Ha sido así desde que llegó hace dos meses. Las tensiones estaban altas en Nueva York, Mattia preocupado de que los albaneses pudieran ir tras las familias de los principales hombres de la Mafia. La envió de vuelta a Tokio donde sabía que estaría segura. Cuando estuvo aquí después del nacimiento de Enzo, las dos semanas que pasó con nosotros, él estaba en una incubadora en la UCIN. Ella me cuidó más durante ese tiempo.

—Es solo un raspón en la rodilla, Han. Estará como nuevo mañana.

—Aun así. ¿No deberías vigilar si tiene fiebre, por si hay infección?

La miro con cariño. Yo era igual que ella hace unos años. A la primera señal de cualquier problema con Enzo, marcaba a toda prisa al médico, quien convenientemente elegía no entender mi inglés y mi japonés entrecortado y continuamente me decía que dejara crecer a mi hijo, que todas estas pequeñas dolencias no se conocían como dolores de crecimiento por nada. Hiro, pobre, era el receptor de toda mi ansiedad de madre primeriza en ese entonces.

Hoy, sé cuándo dejar que la vida siga su curso y cuándo alarmarme. La maternidad te hace eso. No soy indiferente, pero puedo sopesar la importancia de todo lo que afecta la vida de mi hijo.

Hana todavía tiene las gafas nubladas por la ansiedad de alguien que no ha pasado por estas trincheras aún. Mi corazón se encoge por ella. Ella y Mattia han estado intentando tener un bebé

todo este tiempo, y aún nada.

—Está bien —la tranquilizo.

Ella se desinfla con un gran suspiro, pero algo me dice que hay más en su hundimiento que el alivio que rodea a su querido sobrino.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Suspira de nuevo.

—Mattia quiere que vuelva a casa.

Frunzo el ceño.

—¿Es seguro para ti?

—Sí.

Una pausa arrulladora se asienta en la habitación. Hana tiene esta forma de mantener las cosas en secreto. Es buena compartimentando. Así que este silencio... Sé que hay algo que no me está diciendo. ¿Debería presionarla para que me diga más?

—No quiero ir —dice finalmente.

Me tenso.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay algún problema entre tú y Mattia?

Se encoge de hombros.

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Me gusta aquí. —Hace una pausa—. Con Koji.

Así que es eso. Estas últimas semanas, he adorado el respiro que ha traído en lo que respecta a mis deberes como madre. No es fácil ser madre soltera. A Hana le encanta alimentar a Enzo, incluso en esos días en que parece que lograr la paz mundial sería más fácil que hacer que se

coma un trozo de brócoli. Disfruta la hora del baño, especialmente cuando termina cubierta de espuma con toda su ropa empapada. Tiene una paciencia infinita con él cuando se acuestan en la alfombra discutiendo sobre su horda de figuras de dinosaurios.

Ella quiere ser madre con tanta desesperación.

—¿Has pensado en la FIV de nuevo? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Tal vez. No lo sé. Creo que podríamos tener que hacerlo.

—Ay, cariño.

Todo lo que quiero es abrazarla. Pero Hana es una persona muy privada, no es liberal con sus afectos, excepto cuando se trata de Enzo.

—Desearía que pudieras volver a casa conmigo —dice, con voz pequeña y apenas audible.

Abro la boca, aunque al principio no salen palabras.

—No puedo.

Su silencio establece una pausa significativa en la habitación. Me afecta, este silencio, revolviendo mi mente.

—Espera —digo—. ¿Puedo?

Ella asiente lentamente.

—¿Cómo?

—Bianca no ha sido declarada muerta. Solo hubo un acto conmemorativo, no un funeral. Legalmente, sigue viva.

Agito una mano en el aire.

—Eso lo sé. Pero lo otro...

Ella mira hacia otro lado, mordiéndose el labio.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Hana es buena guardando secretos; mírame aquí, todos estos años viviendo bajo otro nombre. Su propio marido no tiene ni idea.

Mi mente está dando vueltas, alimentándose de todo tipo de ideas. Cuando esto sucede, sé que es mejor obtener los hechos o cavaré un hoyo extra profundo y me lanzaré de cabeza en mi búsqueda de respuestas.

—Dices que ahora hay paz —le digo—. ¿Cómo sucedió?

Traga saliva con dificultad y mira por los ventanales de suelo a techo detrás de mí.

—Han... —le advierto.

No puede empezar a abrir una lata de gusanos y detenerse después de solo insinuarlo.

—Está bien —murmura—. Don Eduardo Pellegrini fue asesinado el mes pasado, en represalia por la muerte de Ardian Abrashi, que ocurrió a manos de Leo Pellegrini.

Jadeo.

—¿Leo mató a Ardian?

—Eso parece. Lo encubrieron como un accidente, una mala caída.

Recuerdo cuando sucedió. Menos de dos semanas después de que aterrizara en Tokio. Hana llamó al teléfono fijo de Hiro para decirme que estaba a salvo, que el acuerdo matrimonial se había cancelado.

Todo este tiempo, Leo se encargó de este asunto. Hana y yo habíamos dejado pistas que habrían incriminado a Ardian por mi desaparición, por mi presunto asesinato.

Él tomó el asunto en sus propias manos.

¿Por mí?

No puedo evitar que mi corazón se hinche ante este pensamiento. ¿Leo actuó por mí, mató a mi

prometido para que yo fuera libre del acuerdo que mi padre hizo por mí? Recuerdo que me dijo que podía hacer esto por mí, por nosotros, en ese loft en Tribeca. Le recordé que tendríamos que lidiar con toda la familia Abrashi.

¿Fue ese el comienzo de la guerra?

No me mantuve al tanto de lo que sucedía en Nueva York. Es una vida que dejé atrás.

Pero cada vez que Hana ha regresado, una parte de esa existencia ha vuelto. Está aquí ahora, conmigo, en esta habitación.

Mientras proceso esta información, otra realización me golpea. Mi espalda cae con un whoosh contra el cojín detrás de mí, la noción golpeándome como un tren de carga a toda velocidad.

—Leo es el nuevo Don —digo.

Hana asiente.

—Sí. Mattia me estaba diciendo que el sindicato ha aprobado su posición.

Mi mandíbula se endurece.

—A regañadientes, apuesto.

Ella frunce el ceño.

—¿Cómo lo sabías?

Me río, pero no hay alegría en ello.

—Conozco su mundo, Han. No pueden negarle la posición porque su padre dejó claro que él era el heredero Pellegrini.

—¿Pero...?

—Pero pueden hacerle la vida un infierno ahora. Son la Vieja Guardia, en el sindicato. No les gusta que sangre joven y fresca entre en sus filas.

Hana niega con la cabeza.

—No lo entiendo.

Hago una mueca.

—El suyo es un mundo construido sobre reglas, sobre ciertas convenciones y tradiciones a las que se adhieren como parásitos aferrándose a su huésped involuntario.

Pienso en esto y mi corazón se rompe por Leo. Él adoraba a su padre, mientras que yo siempre he detestado al mío. Don Eduardo era más como un amigo mayor y sabio para él. Ni siquiera me pareció extraño cuando Mattia lo invitó a su despedida de soltero. Nos vigilaba a todos, pero también festejaba con los más jóvenes, un puente perfecto entre nuestras dos generaciones. Todo lo que nuestro mundo necesita con el sindicato de un lado y el grupo joven de nuestra edad.

Van a intentar convertir a Leo en uno de ellos. Y cuando eso falle, ya que Leo es un hombre que no se inclina ante nadie que no se haya ganado su respeto, lo intimidarán para someterlo. Poco a poco, lo harán entrar en razón.

Hermoso, fuerte e independiente Leo.

No pueden hacerle esto. No puedo permitir que esto suceda, aunque ¿quién soy yo -

Una idea revolotea en mi mente. Tengo una forma de ayudarlo. Sin embargo, está guardada en una bóveda en Nueva York, en una caja de seguridad que requiere mi escaneo retinal para abrir la cerradura.

No puedo ayudarlo si no puedo poner un pie en Nueva York de nuevo. ¿Tal vez un viaje rápido? Puedo enviarle la memoria USB de forma anónima. ¿Qué haré con mi hijo, sin embargo? No puedo dejarlo aquí, ni puedo llevarlo conmigo.

Otra realización me hace parpadear, congelándome mientras el horror me atraviesa.

Un Don necesita un heredero.

Obligarán a Leo a casarse, a engendrar un hijo.

Excepto que Enzo ya es su heredero. Mi hijo es ahora el hijo de un Don de la Mafia.

No es que no lo supiera. Pero Leo debería haberse convertido en Don en veinte años, como mínimo. Para entonces, Enzo sería un adulto, habiendo vivido su vida lejos de los oscuros y

violentos caminos de la Mafia italoamericana. Si en ese momento quisiera conocer a su padre, yo no se lo impediría.

¿Esto? Esto no debería haber pasado. No cuando mi hijo —nuestro hijo— es un niño, completamente indefenso y un objetivo principal si alguien llegara a descubrir quién es. El hijo de un heredero de la Mafia es una cosa; el hijo y heredero de un Don es un asunto completamente distinto.

Podría quedarme aquí. Pero también me estoy enfrentando a un dilema en Tokio. Hiro es el heredero de su *oyabun*—esto se hace más evidente con cada día que pasa. La sociedad japonesa me conoce como su pareja no oficial; nunca lo hemos negado, aunque está claro que Enzo no es su hijo. Hiro será el jefe de un clan yakuza algún día. Aún no ha hecho ningún movimiento para establecerse, pero tendrá que casarse con alguien en algún momento. No puede ser y no será conmigo—nos queremos como hermanos. Cuando ese día llegue, no podrá protegernos a Enzo y a mí como lo hace ahora.

Enzo, que es el primogénito y aparente heredero de un controvertido Don de la Mafia. El propio sindicato podría enviar a alguien tras él si alguna vez lo descubrieran.

El único que puede protegernos es el propio Leo...

Jadeo e inhalo profundamente.

Me escapé por una razón y solo una: para proteger a mi hijo que aún no había nacido entonces. Cuando Enzo vino al mundo, supe que tenía mi vida en la palma de su diminuta mano. Haría cualquier cosa por él. Por él.

Él es lo único que importa.

Trago saliva con dificultad y parpadeo para enfocar de nuevo la sala de estar.

También echo de menos a mi hermano. No pensé que lo extrañaría tanto, después de lo que me hizo, obligándome a seguir adelante con la boda con Ardian incluso después de todo lo que descubrí. Pero Hana me ha contado cuánto se ha arrepentido de esta decisión, lo duro que le afectó mi desaparición, y también cuánto quiere hacer las paces... paces que cree que nunca podrá hacer.

No puedo negarle esto: es hora de que sepa que estoy viva y bien. Tengo que enfrentarme a él y

también a mi pasado. No puedo huir. Ya no más.

—¿Han? —digo—. Yo... puede que tenga que volver a Nueva York contigo.

Capítulo 16

Leo

Todavía se siente extraño entrar en esta casa y no sentir la presencia de mi padre. No puedo creer que haya pasado más de un mes desde que nos dejó. Mi mano se cierra en un puño al recordar la última vez que salió de esta vivienda.

Nos abrazó a los cuatro chicos, pero lo extraño fue cómo me sostuvo a mí más tiempo que a Tristan. Se levantaron cejas y, finalmente, todos nos dimos cuenta del porqué. Yo era su heredero; me estaba pasando las riendas del control de la familia en ese largo abrazo y el apretón de manos que siguió, donde puso su mano libre en mi hombro y me miró a los ojos.

No intercambiamos una palabra durante ese momento, pero mi alma escuchó todo lo que me estaba confiando. Gratitud por mantener su secreto a salvo y permitirle morir con la muerte de un guerrero. Consuelo al saber que su legado vive en mí y en mis hermanos. Amor que nos mantuvo unidos todos estos años, especialmente después de que mi madre nos dejara.

Me detengo en el vestíbulo y aprieto los puños con fuerza, mi mandíbula se endurece con la oleada de pérdida, el vacío de no tenerlo aquí más. Una parte de mí había creído que mi padre nunca moriría, que era inmortal. Era mi héroe, así que debería haber vivido para siempre.

Murió para traer paz, sin embargo. Y esto, lo logró. Esos malditos albaneses han sido puestos bajo control por su propio consejo. Hay conversaciones entre algunas de sus familias y las nuestras sobre cómo pueden usar nuestro sistema de puertos en lugar de simplemente apoderarse de él. Incluso se ha firmado un tratado de paz.

Ellos son responsables de su muerte. No importa que yo matara a Ardian Abrashi porque vino por lo que era mío. Nunca olvidaré que ellos son los que hicieron que la sangre Pellegrini corriera en nuestro propio territorio.

Si fuera por mí, y sé que llegará el día, acabaría con todos esos bastardos de una vez por todas.

Ahora mismo, sin embargo, tengo otro barco lleno de cabrones con los que lidiar.

Maldiciendo por lo bajo, me dirijo al estudio de mi padre —todavía no puedo llamarlo mío— y voy directo a las garrafas en el aparador. Me bebo dos dedos de whisky de un solo trago, y estoy sirviéndome un segundo cuando hay un suave golpe en la puerta.

—Adelante.

Mi abuela entra en el estudio.

—Sírreme uno, ¿quieres?

Le pedí que se mudara cuando volví aquí también. Esta es la casa familiar, debería tener a nuestra familia en ella. Tristan también está aquí, aunque los gemelos se han negado a dejar su guarida cerca de Port Newark.

Sonrío.

—*Nonna*, sabes que no tienes que tocar.

—¿Y correr el riesgo de encontrarte metido hasta el fondo dentro de una mujer? No hay suficiente lejía en el mundo para limpiar mis ojos de eso.

Me río entre dientes.

—No va a pasar. No mezclo los negocios con el placer.

Ella toma la copa que le extiendo y se sienta en el sofá de cuero.

—No parece haber ningún placer en tu vida para empezar. A menos que esos nudillos destrozados vengan de lanzar a una mujer con los puños.

—Sabes que no actúo así.

Ella inclina su copa hacia mí.

—Exactamente. Sin placer. Sin mujer.

Tomo un sorbo.

—No todos los hombres son movidos por sus pollas.

—No —suspira ella—. Como tu padre, te mueve tu corazón. Aunque él aprendió a cambiar ese cableado más tarde.

Después de que mi madre lo dejara. Y supongo que lo que vio en esta misma habitación involucraba a su propio hijo y otra mujer. Me estremezco por dentro.

Tomo otro sorbo de whisky y me siento a su lado. Algo que dijo me hace reflexionar. ¿Podré algún día también bypasear mi corazón para llegar a mi polla? Solo tengo que pensar en Bianca Bonucci para sentir que esto no va a ser posible.

—¿Cómo fue la reunión? —pregunta ella.

Se me escapa un suspiro y me termino el resto del whisky de un solo trago.

—Como te puedes imaginar —le digo.

He estado reuniéndome con los otros Dones que son miembros del sindicato. Como Don yo mismo ahora, tengo un asiento en su mesa. Sin embargo, en lugar de ser visto como su aliado, me ven como aquel contra quien necesitan unirse.

Es una especie de tradición contra los hombres Pellegrini; mi padre, cuando se sentaba con ellos, no se sometía a nadie y marchaba al ritmo de su propio tambor. Se espera que yo sea igual... a menos que puedan intimidar la vena rebelde en mi linaje. Soy joven y no estoy establecido en mis costumbres, según ellos. O eso creen. Ningún hombre va a pisotearme jamás. Mi padre me enseñó bien, especialmente en los últimos meses desde que me dijo que pronto estaría en sus zapatos.

Recordar su enfermedad y la sentencia de muerte que le impuso me dan ganas de enfurecerme contra el mundo. No es justo que nos lo hayan quitado tan pronto.

Aflojo el agarre en el vaso, recordando cómo uno similar se rompió y me cortó la palma hace más de cuatro años en la cocina de Mattia. Todo porque estaba viendo a Bianca en un pequeño bikini...

Parpadeo para salir de esos pensamientos antes de que puedan consumirme. Y también antes de tener que ocultar mi erección de mi abuela.

—¿Qué pidieron esta vez? —continúa ella.

Agradecido por la distracción, me concentro en la reunión que acabo de dejar en una oscura habitación trasera de un exclusivo club de caballeros en el Upper East Side.

—Lo mismo de siempre. Que necesito engendrar un heredero...

—Sí, lo sabes. Me gustaría tener un bisnieto, ¿sabes?

No dejo que su interrupción me afecte. —Pero no parecen estar dispuestos a esperar a que un niño llegue. Es como si ya debiera haber sacado uno delante de ellos. Como si fuera un mago con un sombrero y en lugar de un conejo, sacara un bebé de él.

—Eso les ahorraría muchos problemas a muchas parejas si fuera posible. La fecundación in vitro y todo eso —dice ella—. Aunque también es divertido hacer un bebé.

Levanto las cejas, aunque he dejado de sorprenderme de lo atrevida que puede ser mi abuela y sus amigas cuando se les mete en la cabeza el tema de los bebés. No me he librado de charlas sobre sexo y bebés cada vez que me he reunido con ella y sus compinches desde que cumplí treinta.

—Don Salvatore está ofreciendo a su hija en matrimonio —digo.

Nonna murmura algo demasiado vulgar como para que yo quiera pensar en ello.

—Esa chica. —Prácticamente escupe la palabra "chica"—. La mitad de los hombres de Ibiza han estado dentro de su chocho.

—¡*Nonna*!

Resopla. —¿Has visto su Instagram? No me sorprendería que también tuviera un perfil en OnlyFans.

Me salvo de tener que seguir con este tema cuando mi teléfono suena con un mensaje. Es del ejecutor de mi padre, Bruno. Técnicamente, ahora es mi ejecutor, pero no he pensado mucho en ello. Tenía — todavía tengo — asuntos más importantes que atender, como el sindicato, que el hecho de que Bruno y los otros *capos* aún no hayan jurado su *Omertà* — su voto de silencio y servicio —ante mí.

Bruno quiere que me reúna con él en su casa.

No sé por qué, pero siento algo sospechoso en esta petición. Estoy tentado a ignorarla, pero la paranoia me ha mantenido a salvo últimamente; mi instinto está en alerta máxima, y así es como aún no me he convertido en la puta del sindicato.

Ahora mismo, me dice que sea cauteloso con Bruno.

Como precaución, le envío un mensaje a Mattia y le pido que se reúna conmigo allí.

Las cosas estuvieron tensas entre Mattia y yo durante mucho tiempo después del memorial de Bianca. No nos vimos durante las dos semanas que Hana estuvo en Japón con su hermano. Cuando regresó, fue como si trajera la paz consigo. Organizó una cena, me invitó, y después de comer, se disculpó y nos dejó lidiar con nuestro distanciamiento como hombres adultos sobre espressos y no vasos de licor.

Al principio fue una tregua frágil, luego, a medida que nos reconciamos con la pérdida de Bianca, nos acercó más, en un vínculo nuevo que había perdido el tinte despreocupado de la amistad de la infancia y en su lugar nos había unido en el oscuro peso del dolor.

Luego comenzó la guerra, haciéndonos permanecer aún más unidos. Cuando ocurrió la mierda con mi padre, Mattia fue a quien recurrí. Él no sabe sobre el diagnóstico de demencia —nadie más lo sabe excepto mi abuela—, pero su muerte, su pérdida, la compartí con mi mejor amigo.

Hoy, estamos más unidos que nunca.

Mattia acepta reunirse conmigo en el Upper West Side. Ya está allí, apoyado contra su coche, cuando mi chófer —anteriormente el de mi padre— me deja frente a la casa de piedra rojiza donde vive Bruno.

—¿Qué sucede? —pregunta en voz baja mientras se acerca a mí cerca de las escaleras que conducen a la puerta principal.

Niego suavemente con la cabeza. —Algo no se siente bien.

Asiente. —Te cubro, hermano.

Pongo una mano en su hombro. —Gracias.

Cada vez más en estas últimas semanas, encuentro un apoyo inquebrantable en este hombre que no comparte mi sangre pero me ha dado su máxima lealtad. Si un *consigliere* —el que

proporciona sabios consejos a un Don o jefe— no tuviera que ser una persona mayor o alguien con más experiencia de vida, haría de Mattia el mío. Como tal, por el momento es solo mi mano derecha.

Subo y llamo a la puerta. Bruno abre, y la mirada hermética en su rostro no augura nada bueno. Un escalofrío de inquietud me recorre la columna mientras mi mente se aclara y el lado racional de mí sale a la superficie. Entro en la sala de estar, con Mattia detrás de mí. Es verano, así que no necesitamos quitarnos abrigos ni sombreros en el vestíbulo. Frunzo el ceño cuando veo al puñado de hombres ya sentados en los sofás. Todos se ponen de pie cuando entro. Con un gesto, les indico que se sienten.

Mattia y yo intercambiamos una mirada. Algo se está tramando.

—¿Una bebida, Don Pellegrini? —pregunta Bruno.

Todavía estoy bajo los efectos de los dos whiskies de casa, aunque no está afectando mi juicio. Niego con la cabeza, luego miro a los hombres.

—Por favor, adelante si lo desean —les digo mientras me siento en el sillón que han dejado vacío para mí.

Siempre es una buena idea lubricar las mentes y ocupar las manos en situaciones tensas.

Noto que Bruno hace una mueca cuando algunas manos se levantan pidiendo una bebida. He acompañado a mi padre

en reuniones con sus equipos antes. Siempre animaba a los hombres a tomar una copa. ¿Por qué Bruno está tan tenso hoy?

—Habla —le digo a mi ejecutor. Mi tono es bajo, suave, aunque estoy seguro de que puede percibir la corriente letal que subyace.

Asiente solemnemente. —Don Pellegrini... Leo —comienza.

Nunca es buena señal cuando un subordinado recurre a usar el nombre de pila de su jefe, especialmente cuando el jefe no se lo ha pedido en la situación actual.

—Nosotros, los hombres y yo, estamos preocupados —dice.

Entorno ligeramente los ojos hacia él. No necesito decir más; él lo toma como su señal.

—Las operaciones del puerto, nos están presionando, Leo. Se está volviendo más difícil para los hombres.

Quiero sonreír, habiendo descifrado ya qué juego está jugando, pero quiero ver hasta dónde llegará esto, hasta dónde está dispuesto a llevarlo, qué tan metida tiene la cabeza en el trasero de alguien más.

—Tienes mi bendición para manejar esto como creas conveniente, Bruno —le digo, luego asiento a los *capos*—los capitanes de cada equipo bajo mi mando.

—Habrá sangre, Leo.

—Sí. La de ellos.

Traga saliva. Es apenas perceptible, pero estaba tan concentrado en él que lo vi.

—No quiero que se derrame sangre —continúa.

Esta vez sonrío un poco. —¿Acaso el ejecutor de Don Pellegrini se está ablandando en su vejez?

Apenas tiene más de cincuenta y cinco años. Aun así, el hecho de que haya vivido tanto tiempo en su posición es testimonio de lo astuto y recursivo que es. Es quien dirige las órdenes y operaciones para un Don, y también mata por él.

—Difícilmente, Leo —dice, con tono cortante—. Pero hay una solución más fácil.

Asiento. —Te escucho.

—Don Salvatore controla el puerto donde operamos —dice—. Cástate con su hija, y él protegerá a nuestros hombres porque serás de la familia entonces.

Lo miro fijamente por unos segundos, el silencio es inquietante en la habitación. —¿Eso es lo que aconsejarías?

Elevé el tono de mi voz al decir esto, sonando como si realmente fuera un jefe novato, inseguro y no muy consciente de cómo funciona el mundo ahí fuera.

Una energía jubilosa se apodera de mí cuando Bruno cae en mi engaño y comienza a explicar

cómo Don Salvatore nos ayudará, cuánto pesará esta alianza en el esquema de las cosas, cómo el sindicato aprobará este movimiento y me dará la bienvenida a sus filas como consecuencia.

Esa sensación extraña que tuve en casa cuando vi su mensaje? Acaba de confirmarse. El monstruo en mi sangre está ansioso por ser liberado.

—Realmente has pensado bien en esto —digo, levantándome lentamente.

Noto que los otros hombres se tensan, algunos intercambian miradas. Bruno está en racha, sin embargo, totalmente ajeno a la tensión en la habitación.

Me dirijo hacia las licorera, haciendo como si fuera a servirme una bebida. Pero tan pronto como he pasado detrás de Bruno, me detengo, me doy la vuelta y lanzo una patada fuerte a la parte posterior de sus rodillas.

Sus palabras suenan entrecortadas mientras cae al suelo. Rápidamente alcanzo bajo su chaqueta y agarro la pistola en una funda de hombro bajo su brazo. Luego alcanzo sus pies, agarrando los pequeños cuchillos que guarda allí contra sus tobillos.

Puedo sentir sombras cayendo sobre mí: los otros hombres se han levantado y nos están observando. Bien. Necesitan saber quién da las órdenes aquí.

—No hace falta que te molestes en levantarte —le digo a Bruno, usando un cuchillo para cortar la parte posterior de sus piernas, cortando el tendón de Aquiles. La sangre brota, pero es mínima, lo cual es perfecto: hizo su trabajo de incapacitarlo, pero no se desangrará en los próximos minutos como si hubiera cortado una arteria.

Me incorporo y le entrego a Mattia la pistola, el cañón en mi mano, la culata extendida hacia él. Lo que esto hace es mostrar a los hombres lo poco que me afecta esta escena que está sucediendo justo frente a nosotros. Estoy tranquilo y compuesto, sin necesidad de una pistola.

Reprimo una sonrisa cuando soy capaz de oler el miedo en la habitación, y no solo proveniente de Bruno.

Me inclino y miro fijamente su rostro. —No me importa cuánto te haya pagado Don Salvatore, o qué tiene contra ti. Puede que te guste estar de rodillas como su pequeña perra. A mí no.

Balbucea sus palabras. —Leo...

Niego con la cabeza. —Es Don Pellegrini. No deberías haber hecho esto.

Extiendo la mano, acuno su rostro entre mis palmas. Por un segundo, estoy seguro de que parece que seré compasivo, que lo reprenderé, aunque nunca volverá a caminar correctamente.

Pero eso no es lo que va a suceder. Eligió el bando equivocado. Y no tolero a las personas que representan una amenaza para lo que es mío.

Solo hace falta un giro de mi torso para romperle el cuello. Dejo caer su cuerpo sin vida al suelo. Maldita sea, se ha formado un pequeño charco de sangre a sus pies. Afortunadamente, está contenido en la alfombra, que tendrá que ser desechada.

—Don Pellegrini —dice alguien.

Levanto la mirada, con los ojos entornados. Quien sea que estuviera hablando se calla.

—¿Alguien quiere ser el siguiente? —Me encuentro con el silencio—. Bien. Que alguien se deshaga de esto —digo, señalando el cuerpo sin vida de mi antiguo ejecutor como si fuera un montón de excremento de perro.

Mattia me devuelve el arma. La miro fijamente. Es una pieza hermosa, con grabados únicos en el cañón. Me dirijo hacia la puerta, luego me giro en el umbral.

—Por cierto —digo, mirando a los *capos*, los capitanes de mi equipo—. Hay una vacante para mi ejecutor. ¿Quién quiere el puesto?

Suena como si estuviera preguntando quién quiere venir a cenar esta noche, todo indiferente y despreocupado. Un silencio atónito me recibe, hasta que una mano se levanta.

—Luigi —digo, haciéndole un gesto para que se acerque. Le entrego el arma, con la empuñadura hacia fuera, cuando se aproxima. Cuando la toma, señalo la casa—. Felicidades. Por favor, dile a Rosella y a las chicas que pueden hacer lo que quieran con la decoración. Yo me encargaré de la factura.

Sus ojos se abren de par en par. Supongo que no sabía que el puesto de ejecutor viene con esta casa que mi bisabuelo compró a principios de los años veinte.

Asiente y baja la cabeza. —*Grazie*, Don Pellegrini.

Puedo sentir que el resto de los hombres están bajo control, así que me doy la vuelta y salgo de la casa, con Mattia detrás de mí. Me dirijo hacia su coche, subo al asiento del pasajero cuando desbloquea las puertas con el mando.

—Conduce —le digo cuando entra.

Mattia suspira.

Estamos a una manzana cuando vuelvo a hablar.

—¿Qué? —pregunto.

—¿La violencia es siempre la respuesta para ti?

Me erizo, pero me contengo. —Consigue que se haga el trabajo, ¿no?

—Leo, no puedes asustar a tus hombres para que se sometan.

—No son mis hombres, Mattia. Son los de mi padre.

—Con más razón —señala—. Necesitas encontrar gente que te sea leal.

Lo sé. Pero una vez más, tengo peces más gordos que freír. Don Salvatore acaba de pintarse una diana en la espalda con sus maquinaciones. El sindicato necesita saber que no soy el títere de nadie, y mucho menos de ellos.

—A su debido tiempo —le digo—. Pero eso es algo que yo decido. *Y tú debes seguir.*

No he dicho esto, pero las palabras están ahí. Han estado en el aire mucho últimamente desde que me convertí en Don. Y Mattia, como un soldado obediente, se queda quieto y no responde, cada vez.

Se me escapa un suspiro. —Ha sido un día duro. ¿Unas copas en el club?

—Esta noche no. El avión de Hana aterriza en una hora.

Me giro para mirar por la ventana; escuché la alegría en su voz, la anticipación de dar la bienvenida a su esposa después de que haya estado fuera durante meses.

Maldito afortunado. Podría ordenarle que me acompañara. Como su Don, es mi prerrogativa. La

alegría dentro de él es casi palpable en el coche. No estaba tan ansioso por ir con su esposa el día de su boda. Claro, la suya fue una unión concertada. Iba al lecho matrimonial para cumplir con su deber en aquel entonces, para consumir su unión. Hoy, escucho a un hombre que está emocionado por recuperar a su esposa para poder hacerle el amor de nuevo después de tanto tiempo. Para poder abrazarla y saber que nunca más querrá dejarla ir de su abrazo.

Todo lo que quise tener con Bianca.

Todo lo que me fue negado, lo que nunca llegué a experimentar con ella.

Y ahí está: no pude evitar pensar en Bianca una vez más. Ahora va a devorarme vivo, la imagen misma de ella en mi mente, su risa en mi sangre, abrasando todas mis venas, quemando mi corazón. Estoy perdido, porque cuando me pongo así, dejo de funcionar como un hombre. Una bestia toma el control, una que quiere matar, que quiere que la oscuridad caiga sobre todos en el mundo como el abismo que se apoderó de mí cuando me arrebataron a la mujer que amo.

—¿Estarás bien? —pregunta Mattia mientras el coche se detiene frente al club más exclusivo que posee mi familia.

—Sí —miento mientras salgo. Él va con su esposa; no necesita saber que me dirijo a las entrañas del infierno para tener una reunión con el diablo.

Ya se ha ido cuando llego a la puerta. Los porteros se inclinan ligeramente cuando entro, al igual que el gerente, que señala hacia la sala VIP más exclusiva del lugar. Incluso si hubiera habido alguien allí, los habría echado para cuando yo subiera las escaleras hacia la sala insonorizada. Veo a mis hermanos, los gemelos, en el piso de abajo en un reservado VIP normal. Niego con la cabeza cuando noto que se han vestido igual, completamente idénticos para alguien que no los ha conocido toda la vida.

Cualquier otro día, habría ido a bromear con ellos sobre estar tramando alguna travesura de nuevo. Pero esta noche no. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Una botella de whisky Macallan ya me está esperando cuando entro en la sala. Ya se han acostumbrado a la rutina cuando visito ahora. Alguien llama al intercomunicador. Presiono el timbre para abrir la puerta, dejando entrar a una belleza de cabello oscuro con largos mechones y piel morena. A través de estas mujeres, recuerdo. Evoco a *mi* hermosa mujer en su imagen, mi Bianca.

Frunzo el ceño. Esta chica es nueva. Pero eso es algo bueno. No me gusta la familiaridad aquí. Aparte del aspecto general de ellas, lo mantengo impersonal.

Me recuesto en el reservado y dejo que mis ojos la recorran.

—Ven aquí —cuando se detiene frente a mí, asiento hacia la mesa—. Acuéstate. Abre las piernas.

Detecto un pequeño temblor en sus labios mientras asimila mi petición. Luego hace lo que le pido, acostándose de espaldas sobre la superficie de cristal. Abre las piernas, y el tanga deja ver una vagina depilada.

—Tócate —le digo—. Date placer y asegúrate de llegar al orgasmo. Tómalo tu tiempo.

No tenía por qué preocuparse. A las chicas que suben aquí nunca las toco. Lo único que hago es verlas llegar al clímax. Suelen empezar despacio, inseguras, pero en algún momento se dejan llevar. Me gusta saber que tienen un espacio seguro aquí donde su placer está garantizado sin que se les quite nada. También las recompenso generosamente por ello.

Su mano se desliza hacia su monte de Venus, sus labios hinchados brillan con sus fluidos. Puedo oler su excitación.

No es lo mismo —nunca podrá serlo—, pero mientras aspiro el aroma y me deleito con la visión de ella acariciando su clítoris y su vagina, puedo imaginar que es a Bianca a quien veo frente a mí. Bianca dándose placer, no por mí, sino por ella misma. Se le negó esto cuando estaba viva. Tal vez de esta manera, dando a otras chicas un espacio seguro a mi alrededor, pueda expiar todas las formas en que le fallamos.

Capítulo 17

Bianca

Es un milagro que todavía tenga un niño feliz conmigo cuando aterrizamos en JFK después de un vuelo de catorce horas. Hana e Hiro lo organizaron todo, desde ayudarme a hacer las maletas hasta organizar el transporte y, lo más importante, fletar un avión privado para que voláramos de regreso. Así, Enzo pudo correr por el interior del avión tanto como quiso, desahogándose cuando no dormía, e incluso el capitán lo llevó a la cabina para darle un gran recorrido.

Como resultado, el niño no para de hablar del avión, diciéndonos que los pilotará cuando sea mayor. Le sigo la corriente, sabiendo perfectamente que es un sueño imposible: Enzo es el hijo primogénito de un Don de la Mafia y, como tal, es la próxima generación de hombres Pellegrini que ascenderá a ese título. Pero quién sabe, tal vez pueda ser piloto por un tiempo, hasta que su padre se retire y le entregue la empresa familiar.

Los pensamientos sobre su padre me revuelven más el estómago que la leve turbulencia que encontramos durante el vuelo. Realmente no tengo idea de lo que me espera en Nueva York. Aunque sé que Leo no nos cerrará las puertas, tampoco sé cómo reaccionará cuando reaparezca. Lo tomó muy mal cuando desaparecí; Hana me mantuvo informada de cuánto acosó a Mattia para que lo ayudara a buscarme, de lo enfadado que estaba porque mi familia procedía con mi funeral. Y ahora pensar que mató a Ardian Abrashi porque cree que el hombre me asesinó...

Un escalofrío de miedo me recorre la espalda cuando nos dicen que podemos desembarcar. Aduanas ya ha gestionado nuestros papeles, sin problemas señalados ya que es Bérénice Picard regresando a los Estados Unidos después de irse hace cuatro años. Según la identidad que se creó para mí, se supone que tengo una madre estadounidense, por lo que no necesito visado para entrar en el territorio.

Me siento insegura mientras me levanto, cogiendo a mi hijo y colocándolo en mi cadera mientras salimos del avión. ¿Qué me espera aquí? Todo lo que sé es que ya no podía quedarme en Tokio. Eso sería esconder la cabeza en la arena, no enfrentar mi vida, y esto es algo que podría poner en peligro a mi hijo más adelante. Esto no puedo permitirlo. Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido por Enzo. Todo lo que estoy haciendo ahora también es por él.

Un coche nos espera en la pista. Es el mismo tipo de sedán negro con ventanas tintadas que me llevó al aeropuerto cuando me fui. Hiro fue quien lo contrató antes, ya que estaba al tanto del plan con Hana desde el principio, como llegué a descubrir. Supongo que esto es obra suya de nuevo. En efecto, al entrar, escucho a Hana hablando con el conductor quien le asegura que nuestra seguridad es primordial y que nuestras identidades están a salvo con él.

Trago parte de mi aprensión mientras abrocho a mi hijo en el asiento infantil, y emprendemos el camino hacia Lenox Hill. Nos lleva más de una hora en el tráfico del atardecer, y me alegro cuando finalmente llegamos a la casa. Enzo sigue parlotando, emocionado por su primer viaje; nunca habíamos salido de Tokio antes. Frente a la casa de mi hermano, me detengo y miro fijamente la vivienda, con todos los recuerdos de lo que ha sucedido aquí asaltándome de golpe.

Recuerdo la noche que vine a pedir ayuda a Mattia después de descubrir todo lo que supe sobre Ardian. Recuerdo haber descubierto que estaba embarazada en este lugar, dándome cuenta de que necesitaba dejar atrás todo lo que había amado. No, no todo; Enzo ya estaba conmigo ese día. Me aferré a él todo este tiempo, y ahora es mi única constante.

—Ven —dice Hana suavemente mientras abre la puerta principal.

Enzo es una pequeña bola de energía que rebota dentro de la casa antes de que tengamos la oportunidad de entrar. Se detiene maravillado frente a los ventanales de suelo a techo que dan a la terraza lateral.

—*Maman* —grita, volviéndose hacia mí—. ¡Piscina!

Sonrío. —Sí, cariño, hay una piscina. Iremos mañana, cuando sea de día otra vez.

Tengo un poco de miedo de que empiece a llorar al negárselo, ya que su carita se arruga, pero parece resignarse. Nunca ha sido un llorón, gracias a Dios.

—Koji, ¿tienes hambre? —pregunta Hana en japonés—. ¿Qué tal una pizza?

Empieza a saltar, agarrando su peluche que nunca lo abandona. —¡Margie!

—¿Margherita? —pregunta Hana, sabiendo que es su favorita—. Está bien, hagamos eso. B, ¿de pepperoni para ti?

Asiento, viendo cómo Enzo se pega a sus piernas mientras ella hace el pedido por teléfono, como para asegurarse de que no se olvide de su pizza.

Debería llevarlo a lavarse y cambiarse. Por la forma en que está saltando, es obvio que no se dormirá pronto. La diferencia horaria parece no haberle afectado todavía, ni tampoco el jet lag. Probablemente será una historia completamente diferente dentro de otras doce horas.

Lo agarro, diciéndole que necesitamos asegurarnos de que esté limpio para cuando llegue la pizza. Él accede, dejándome frotarlo con una toallita y cambiándolo por un par de pantalones cortos y una camiseta limpios.

Lo estoy dejando hacer ángeles de nieve en la cama grande cuando el sonido de la puerta principal abriéndose llama mi atención.

—¿Han? —llama una voz masculina.

Es Mattia.

Trago saliva con dificultad. Estoy a punto de reencontrarme con mi hermano después de cuatro años. Él cree que estoy muerta, ¿pensará que está viendo un fantasma cuando aparezca frente a él en los próximos momentos?

Salgo al pasillo y me asomo al espacio abierto de la cocina y la sala de estar. Mattia tiene a Hana en sus brazos. La está sosteniendo como si le fuera la vida en ello, como si la hubiera extrañado y no quisiera dejarla ir nunca más. Una punzada golpea mi corazón. ¿Será esta la bienvenida que recibiré yo también de Leo?

Ahora la está besando, sus manos recorriendo su cuerpo. Hana se ríe, luego se separa.

—Espera, tenemos invitados —le dice.

Él parece completamente confundido. —¿Eh?

—¿B? —llama ella.

Tomo esto como mi señal para salir al espacio abierto.

Mattia frunce el ceño. Es obvio que no me reconoce. Todavía llevo el maquillaje que altera mis rasgos. Con el flequillo y el corte recto, debo ser realmente irreconocible ya que mi propio hermano no está atando cabos.

Aunque, claro, él cree que estoy muerta.

—¿Bérénice? —pregunta, con el rostro aún arrugado.

Es hora. Debo salir de las sombras.

—Hola, Mattia —digo.

Parpadea. Incluso después de varias veces, todavía parece aturdido.

—¿B...Bianca? —pregunta finalmente. —¿Estás viva?

Asiento. —Sí.

—¿Y todo este tiempo...?

Sé a qué se refiere. Todo este tiempo, estuve fingiendo ser Bérénice.

—Sí —digo.

—Creí haberte oído por teléfono —murmura.

Todavía parece confundido, luego su rostro empieza a enrojecerse. La confusión da paso a la ira, y sé que está a punto de estallar.

Enzo elige este momento para correr a la cocina y chocar contra mis piernas. —¿Llegó la pizza?

Todas nuestras miradas se vuelven hacia él. Miro de nuevo a mi hermano. Su rostro está aún más rojo ahora, abriendo y cerrando la boca como si no pudiera encontrar las palabras. La tensión en la habitación es tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

—¿Es este...? —pregunta.

—Mi hijo. Sí.

Frunce el ceño y entrecierra los ojos mirándome. —De Leo.

No tiene sentido negarlo. Cualquiera que conozca a Leo podrá ver el increíble parecido. —Sí.

—Maldita sea, Bianca...

—No delante del niño —le susurra Hana, con una mano en su brazo.

Él vuelve sus ojos helados hacia ella, luego se sacude su mano mientras maldice en italiano. Es como si no pudiera soportar mirarnos, y en efecto, sale furioso de la habitación, abriendo las puertas corredizas hacia la terraza y saliendo. Puedo verlo gritando su frustración allí, la puerta automática se ha cerrado haciendo que el interior sea a prueba de sonido.

Mi labio inferior tiembla mientras me giro hacia Hana.

—Esto es peor de lo que esperábamos —le digo suavemente.

Ella suspira. —Dale tiempo.

—Ese es un lujo que no tengo.

Pone una mano en mi hombro. —Conozco a mi marido. Se enfada rápido, pero se calma con la misma facilidad. Dale un momento, luego ve a hablar con él.

Distraídamente, paso una mano por el pelo rebelde de Enzo.

Hana se acerca a él. —Koji, ven conmigo afuera. Vamos a esperar al repartidor, para asegurarnos de que trajo tu pizza margarita.

A Enzo no hay que decírselo dos veces. Ya ha tomado su mano y se dirige hacia la puerta principal.

Dejada sola en el interior, me giro hacia la terraza, observando a mi hermano afuera. Está de espaldas a mí, con las manos en el respaldo de una silla de la terraza, los brazos tensos, la cabeza baja. Al menos ya no está maldiciendo. Bueno, espero que no me maldiga cuando vaya allí.

Me deja estar de pie en la terraza durante mucho tiempo antes de dirigirse a mí. Sé que me está castigando con su silencio, castigándome por irme, por hacerle pasar por este infierno que vivió durante mi ausencia. Hana me lo contó todo. Por mucho que me rompiera el corazón saber lo que estaba pasando, él no me ayudó cuando lo necesité, lo que me llevó entonces a tomar medidas tan drásticas para proteger a mi hijo. Sí, si me hubiera quedado, habría habido una guerra. Pero podríamos haber encontrado una manera. O habríamos luchado. Yo lo habría hecho, por mi hijo. Leo también lo habría hecho.

¿Habría hecho Mattia lo mismo por su sobrino, por su sangre?

—Todo este tiempo —dice finalmente, apretando los dientes sin volverse hacia mí—. Y Hana

estaba metida en esto.

—No es su culpa. Solo me estaba ayudando. Suspiro. —Matti, lo siento.

—¿Qué cambia eso, Bi...

Ahogo un sollozo. —Ni siquiera puedes pronunciar mi nombre, ¿verdad?

Veo sus brazos tensarse aún más en la silla.

—¡Creí que estabas muerta! —grita, girándose hacia mí en el proceso.

Sus ojos están desorbitados, pero cuando veo las lágrimas en sus mejillas, no puedo evitarlo. Corro hacia él y lo rodeo con mis brazos. Se queda rígido durante largos segundos, como si estuviera en shock, luego sus brazos me rodean y me devuelve el abrazo.

Pero demasiado rápido, me aparta.

—¿Qué coño, Bianca? ¿A qué estabas jugando? Mejor aún, ¿qué demonios haces aquí ahora?

Todavía estoy tambaleándome por haber sido empujada tan fuerte. Menos mal que la piscina está a mi lado, o habría caído al agua si hubiera estado detrás de mí.

—Lo has visto. Él no es ningún juego —le digo, sin andarme con rodeos.

—¿Tu hijo? ¿Koji? —pregunta frunciendo el ceño.

—Su nombre en realidad es Lorenzo. Enzo para abreviar. Koji es su apodo familiar.

—Todo este tiempo...

—Lo estaba protegiendo.

—¿El hijo de Leo? —Sacude la cabeza—. ¿Cuándo ustedes dos siquiera...?

Tuve esta conversación con Hana cuando regresó a Tokio hace unos meses; con solo una mirada a Enzo, incluso ella vio cuánto se parecía a Leo. Me estoy encogiendo tanto ahora como lo hice entonces cuando revelé este secreto.

—Fue el día de tu boda —le digo.

—¿Eh?

Desvió la mirada. —Cuando fuimos a poner la bomba de purpurina en tu neceser.

—¿En nuestra suite nupcial?

Asiento.

Jadea, como horrorizado. —¡Joder! ¿En la cama nupcial? ¿Te acostaste con mi mejor amigo en la cama de boda mía y de Hana?

No puedo mirarlo a la cara. No me avergüenzo, pero que mi hermano mayor conozca los detalles de mi vida sexual no es algo que esté dispuesta a discutir. —Bueno, pasó, ¿de acuerdo?

—¡Ese cabrón! Sabía que estabas comprometida. Le dije que mataría a cualquiera que te tocara, incluso pedí su ayuda para asegurarme de que nadie te tocara.

Me vuelvo hacia él, con los labios apretados ante sus recriminaciones justas. —Así es. Yo era el pequeño premio que todos necesitaban mantener a salvo, ¿verdad? ¿La virgen pura enviada al sacrificio?

—Obviamente no eras virgen después de ese día —me lanza, luego frunce el ceño—. Así que por eso Leo estaba tan empeñado en encontrarte. Incluso me dijo que se casaría contigo cuando te encontráramos...

—¿Qué? —estallo, sorprendida por sus palabras—. ¿Leo iba a casarse conmigo?

—Pero para entonces ya te habías ido. Si te hubieras quedado...

—¡No te atrevas a decirme que debería haberme quedado! —Oí cómo crecía la rectitud en su tono, haciéndolo sonar como si fuera mi culpa no haber podido estar con el hombre que amo durante los últimos cuatro años, que mi hijo no tuviera la oportunidad de conocer a su padre desde que estaba en mi vientre—. Prácticamente me habíais vendido a la familia Abrashi. Padre me habría llevado a abortar y ese habría sido el final.

Palidece. —Padre. Él no lo sabe.

Es mi turno de palidecer. —No. No se lo digas.

—¿Crees que no se enterará?

Me obligo a inhalar, calmando el pánico dentro de mí. —Todavía no. Por favor.

—Bianca —suspira.

Es extraño escuchar este nombre de repente. Casi había olvidado que era Bianca Bonucci en Tokio.

—Leo —dice—. Él tampoco lo sabe, ¿verdad? No, no contestes. No se habría vuelto loco de dolor como lo hizo si lo supiera.

Mi corazón se encoge y luego se desgarrar al escuchar esto. —Hana dijo... ¿que mató a Ardian?

La mandíbula de Mattia se tensa, luego asiente. —Tampoco sabe que tiene un hijo. O habría arrasado la Tierra en venganza.

Asiento suavemente. —Enzo es su heredero.

—El heredero de un Don —dice, con la claridad amaneciendo en su rostro—. Por eso volviste.

—Solo estaba protegiendo a mi hijo, Matti.

Me mira durante largos segundos, y finalmente asiente. —Sabes, que hayas vuelto con el hijo de Leo podría no ser tan malo, después de todo. El sindicato está presionando para que se case y engendre un heredero.

—Que ya tiene —añado con vehemencia.

—Exactamente. Y cuando se entere de que sigues viva... —Suspira—. Esto es una tormenta de mierda a punto de estallar.

No puedo decir que esté equivocado. —Estoy lista para ello.

Me mira desde donde está un poco hundido contra el respaldo de la silla. —Hay que decírselo a padre.

Sé que no hay salida de esto, así que con determinación asentándose en cada una de mis células, asiento. Mattia saca su teléfono y hace la llamada. Le dice a nuestro padre que venga a su casa y se encuentre con él en el lateral. Nos sentamos en silencio mientras esperamos. Cinco minutos

después, alguien sale del lateral de la casa, y ambos nos ponemos de pie.

Mi paso casi vacila cuando mi mirada se posa en mi padre. Está más viejo, mucho más viejo, como si hubiera envejecido más de una década en los últimos cuatro años. Su andar es más lento, su espalda encorvada, su rostro bronceado, habitualmente severo, ahora está surcado de arrugas y cansado.

Él tampoco parece reconocirme.

—¿Qué es tan urgente, Mattia? —pregunta, dándome un breve asentimiento antes de volverse hacia su hijo.

Mattia hace un gesto con la barbilla hacia mí.

No pensé que pudiera echarme atrás de todo este esfuerzo, pero eso no me impide querer retroceder ahora, correr de vuelta a Tokio o a cualquier otro lugar donde pueda esconderme solo para no tener que enfrentar esto, enfrentarlo a él ahora. Pero la única salida es a través, así que me armo de valor con una respiración profunda.

—Buenas noches, padre —digo.

Sus ojos se abren de par en par, su boca se abre, boquiabierto por un largo momento. —¿Bianca? Pero estás muerta.

Hago una mueca, forzando una pequeña sonrisa. —Aparentemente no.

Su rostro ahora se vuelve tan rojo como el de Mattia. Es extraño cómo nunca antes vi cuánto se parece mi hermano a nuestro padre tanto en apariencia como en reacciones.

—Iniciaste una guerra —me lanza, con saliva volando de su boca.

Me erizo, mi propia ira saliendo a la superficie para quemar un camino directo a mi boca, obliterando cualquier filtro que pudiera haber existido antes. —*Tú* iniciaste una cuando me sacrificaste como un peón sin valor en el tablero de tus ambiciones personales.

—Ya basta —llama Mattia.

Me quedo atónita por la autoridad en su tono, y lo que me sorprende aún más es cómo el anciano también parece escucharlo.

—Lo hecho, hecho está —dice mi hermano—. Padre, hay una razón por la que Bianca se fue.

Se aleja de mí, y al hacerlo, la vista hacia el interior de la casa se abre detrás de nosotros. Claramente visible en la isla de la cocina está Hana con un niño pequeño en la cadera mientras abre cajas de pizza sobre la encimera de mármol.

Mi padre parece sin palabras mientras da unos pasos para pararse justo frente a las puertas de cristal cerradas. Cuando se vuelve hacia mí, sus ojos están húmedos. Ahora estoy frunciendo el ceño, sin entender qué juego está jugando. ¿Podría estar feliz? ¿Acaso tiene un corazón que se derrite al ver a Enzo?

—¿Mi nieto? —pregunta con voz llena de asombro.

Todavía estoy reflexionando sobre su reacción, aunque asiento, confirmándolo.

Sus cejas se unen en un pequeño ceño fruncido. —El hijo de Leo Pellegrini. Se veía exactamente así cuando tenía cinco años. —Se vuelve hacia mí—. ¿Cuántos años tiene?

—Tres.

—Estabas embarazada cuando te fuiste —añade.

Asiento de nuevo.

—Leo no lo sabe, supongo.

—No —respondo verbalmente esta vez.

Mi padre suspira. —¿Puedo?

Es extraño que me pida permiso para hacer algo. Todavía recuerdo la bofetada que me dio en la boca y la mejilla cuando intenté decirle que me estaba casando con un perverso enfermo. Pero parece que un niño es un hacedor de milagros. Solía oír hablar de conflictos familiares en nuestra comunidad que se resolvían o incluso se suavizaban con la llegada de un bebé. Parece que estoy viendo esto suceder justo frente a mis ojos, viendo al poderoso pero en última instancia desdentado león que mi padre siempre ha sido convertirse en un manso cordero al ver a su nieto.

Y esto me hace algo, a mi corazón. No puedo olvidar lo que hizo, pero sé que tengo que perdonarlo. Así es como podremos seguir adelante. Olvidar las recriminaciones, el resentimiento,

y abrazar el amor, que puede curar cualquier cosa.

—¿Quieres conocerlo? —pregunto.

Cuando asiente, me recuerda a un niño ansioso. Me calienta el alma ver esto, sentir la esperanza de que un vínculo pueda desarrollarse entre nosotros después de todo este tiempo.

—Ven —le digo, abriendo las puertas corredizas.

Mientras entro, no puedo evitar pensar en Leo, en lo que sucederá cuando descubra que tiene un hijo, un niño que le he quitado todo este tiempo, un heredero que ni siquiera sabía que existía.

¿Habrá esperanza, entonces, para algo entre nosotros?

Capítulo 18

Leo

La botella de Macallan está vacía cuando salgo del club. Estoy de un humor de perros, y todos se apartan de mi camino mientras me dirijo afuera. Esa chica, es nueva. No me conoce, y parece que nadie la informó. Deberían haberle dicho que tenía que irse después de hacer lo que le pedí. Pero se levantó y se arrodilló frente a mí, llevando su mano a mi bragueta, intentando acariciar mi polla.

Nadie tiene permitido tocarme. Ninguna mujer lo ha hecho desde que Bianca desapareció. Han pasado cuatro años, sí, y mi puño ha funcionado bien para mantener estos impulsos bajo control.

Le grité, prácticamente la eché de la habitación mientras me consumía de rabia. El vaso del que estaba bebiendo terminó estrellado contra la pared, lo que me llevó a beber directamente de la botella. No me contuve como lo habría hecho si hubiera estado bebiendo de un vaso, y así es como me bebí todo.

Sé que estoy borracho como una cuba ahora mismo. No solo por cómo me siento, sino porque los demonios han salido a jugar dentro de mi cabeza, y también encontraron su camino por mi cuerpo, desgarrando mi garganta porque dejé de gritar al mundo que necesitamos encontrar a Bianca, arañando mi pecho para dejar mil cortes en mi corazón, dejándome desangrar lentamente. Exactamente como toda la luz se ha drenado de mi existencia desde que ella se fue, lenta pero seguramente, algo que no pude detener por más que lo intenté.

Maldita sea esta chica nueva. Abrió las puertas del infierno dentro de mí, y ahora, el diablo se está riendo a mi costa, mi difícil situación es su entretenimiento mientras su ejército de esbirros desata una guerra de dolor y verdad sobre mí. No me gusta emborracharme tanto, porque me obliga a mirar demasiado claramente mi realidad. La venda que suelo mantener sobre mis ojos, demasiado alcohol la disuelve, y ya no puedo cerrar los ojos.

Tropiezo hacia el coche que me espera y hago un gesto a Pano, el conductor. Es mi señal para que simplemente conduzca por ahí. Estar en movimiento por las calles desiertas a esta hora de la noche a veces me ayuda a respirar. Aunque hoy, me estoy ahogando. Bajar la ventanilla no

ayuda, el aire veraniego es bochornoso y me envuelve como una capa en lugar de azotar refrescantemente. Ni siquiera hacer que el coche vaya más rápido alivia esta sensación.

—¡Mierda! —grito.

No es la primera vez que Pano me ve así dentro de su vehículo. Ha estado con nosotros desde antes de que yo naciera, y es una de las muy pocas personas en las que confío en mi entorno ahora. Él y Mattia, aunque me doy cuenta de que no estoy haciendo un buen trabajo mostrándoselo a estas personas, en particular a mi mejor amigo.

Maldito whisky. Me está obligando a mirar, y no tengo dónde esconderme. Lo que no daría por ser una de esas personas que se desploman como un tronco cuando están ebrias. Yo, lo veo todo en vívido tecnicolor bajo luces brillantes y nítidas que ahuyentan todas las sombras.

Mis puños se aprietan cuando pienso en las últimas semanas, desde que mi padre salió de la casa familiar por última vez, cuando se despidió de mí. Me dejó las riendas de la familia, y eso incluye todo, desde la gente hasta nuestros negocios y su lugar en la mesa del sindicato. Confío en mí para todas estas tareas, y mírame ahora, fallándole completamente.

No soy el Don que él necesitaba que fuera. En este aspecto, Mattia tiene razón. Mi padre nunca recurrió a la violencia a menos que fuera en circunstancias muy extremas. ¿Yo? Es mi instinto natural. Mira cómo maté a Bruno antes.

Mattia tiene razón. La violencia no siempre es la respuesta. Ahora soy un Don, y necesito pensar bien las cosas. No puedo ser imprudente. No puedo dejar que las emociones me dominen. Y para que esto suceda, necesito dejar de beber tanto hasta acabar borracho. Es cuando el lado impulsivo de mí se desata, cuando el monstruo que alimenta mi sangre anula mi mente. Es el lado frío y calculador el que necesita prevalecer.

Mattia se dio cuenta de esto hace mucho tiempo, pero yo no estaba escuchando. Él es la voz de la razón que enfría el fuego en mi sangre al mismo tiempo que apela a la humanidad que aún queda en mí cuando mi cerebro racional toma el control.

Él lo sabe, ¿no? Pero entonces me doy cuenta: ¿cómo podría saberlo, si nunca se lo he dicho? Tengo hermanos de sangre, pero Mattia es la persona más cercana a mí, más que un hermano. Hemos pasado por todo juntos. Si sigo como lo he hecho estas últimas semanas, corro el riesgo de perderlo, y no puedo dejar que eso suceda.

—Pano, Lenox Hill. La casa de Mattia Bonucci —le indico a mi conductor.

No estamos muy lejos, y todavía estoy rumiando todo esto cuando nos detenemos en la entrada. Salgo en un instante. El timbre hace un sonido horroroso que puede despertar a los muertos, y no quiero molestar a Hana, que debe estar con jet lag después de su vuelo. Así que me lanzo contra la puerta y empiezo a golpearla. Mattia tiene el sueño ligero; esto debería despertarlo.

Mi puño ya ha aterrizado en el panel varias veces, y aún no hay respuesta. Miro de reojo. Su coche está en el garaje, así que debe estar en casa. ¿Por qué no contesta? Necesito hablar con él, maldita sea. Necesito disculparme por la forma en que me he estado comportando, como si fuera mi lacayo y no una de las personas más importantes en mi vida. La insatisfacción genera mala sangre con tanta facilidad, y si hay algo que un hombre de la Mafia no puede tener, es mala sangre entre él y los miembros de su familia o sus buenos amigos. Eso es como traer una maldición sobre todo su clan, y ya hay suficiente de eso en el mío.

Necesito reparar la brecha entre mi mejor amigo y yo ahora mismo. Ni siquiera puede esperar hasta la mañana, porque entonces, estaré sobrio, y podría pensar demasiado en mi orgullo y ego con la venda de vuelta en mis ojos después de que el alcohol haya abandonado mi sistema.

Finalmente, se oye el sonido de una cerradura girando. Me aparto de la puerta para que pueda abrirse, y me encojo un poco bajo la mirada fulminante que mi amigo más antiguo me lanza desde el interior de la casa.

—¿Qué pasa, Leo? —pregunta con un tono cortante.

Me merezco esta frialdad, incluso el tratamiento silencioso. Pero no voy a permitir que se establezca mala sangre entre nosotros. Ni esta noche, ni nunca.

—¿Podemos hablar? —pregunto.

Mira hacia el interior y luego asiente. Pero en lugar de abrir más la puerta, sale al escalón y la cierra detrás de él.

Parpadeo, y sé que ve mi reacción bajo el resplandor áspero de la luz del porche. Este panel cerrándose y dejándome fuera, se siente como si estuviera cerrando su mundo para mí, excluyéndome de su familia, de su territorio. Dios, ¿la he cagado tanto? No le estaba prestando mucha atención antes en su coche. ¿Qué más me he perdido?

El rostro de Mattia es duro cuando lo miro. Se ha erguido en toda su estatura, que aún es varios centímetros menos que la mía, con los brazos cruzados sobre el pecho que ha empujado hacia adelante, la barbilla levantada. Conozco esta postura, y es la de un hombre listo para luchar no con sus puños sino con su actitud y personalidad.

En la mayoría de los días, perderé en tal batalla con Mattia, que es un brillante estratega con una mente aguda. Dame una pelea a puñetazos cualquier día y seguro que saldré victorioso. Fuerza sobre cerebro, aunque también puedo defenderme sin involucrarme físicamente. No me gusta, pero puedo hacerlo.

Hoy, sin embargo, no quiero enfrentarme a Mattia, y además, vine aquí para disculparme, para decirle que necesito su ayuda, que debo tenerlo a mi lado y nunca en mi contra. Nos complementamos, y cuando unimos nuestras fortalezas, no hay nada que no podamos hacer. Somos imparables.

—Matti, yo...

Levanta una mano, lo que me hace detenerme.

—¿Qué haces aquí, Leo? ¿Y a esta hora? —Su mirada me recorre—. Y claramente borracho como una cuba.

Cierro los ojos brevemente. Por supuesto que se ha dado cuenta. No puedo ocultarle nada. Bueno, no mucho, de todos modos. Tengo algunos secretos que guardo a buen recaudo. Este hombre me conoce, y no puedo mentir. No esta noche. Vine aquí por una razón, y es mejor que lo suelte.

—Déjame decir lo que tengo que decir, ¿vale?

Sus cejas se levantan ligeramente, lo que sé que es la señal para que proceda. Su lenguaje corporal aún dice que está cerrado, pero al menos está dispuesto a escuchar.

—Siento haberme comportado como un completo imbécil contigo últimamente. Tienes buenas intenciones y, lo que es más importante, me cubres las espaldas. No lo reconozco lo suficiente. Culpa a mi orgullo, a esta necesidad que tengo de estar a la altura del legado de mi padre, de demostrar a los otros Dones que puedo mantenerme firme. Al hacerlo, he olvidado que ningún hombre es una isla. Necesito gente en quien pueda confiar y, lo que es más importante, te necesito a ti, Mattia.

Baja la cabeza ligeramente. —Te escucho.

—¿Y?

Sé que la he cagado, ¿pero tanto? Me está haciendo suplicar, y por una vez, no me lo tomo a mal. Le debo al menos esto.

—Yo te cubro las espaldas, Leo. Pero ¿tú cubres las mías?

Frunzo el ceño. ¿De qué está hablando? Sacudo la cabeza y él suspira.

—Acepto tu disculpa, pero esa no es la verdadera disculpa que debes darme, ¿verdad?

—No te sigo —digo lentamente.

—¿No? —Hace una pausa, como para enfatizar—. ¿Has estado guardando un secreto todo el tiempo que he estado casado?

¿De qué está hablando? ¿Desde que se casó? Nada ha pasado desde... La realización cae sobre mí como uno de esos yunques de dibujos animados, dejándome hecho un desastre en su entrada. ¿Sabe lo de Bianca y yo?

Parpadeo, y parece ser la señal que Mattia estaba esperando para explotar. Su mano aterriza plana contra mi pecho, empujándome, y estoy tan aturdido que retrocedo un par de pasos en lugar de anclarme firmemente en mi núcleo y mis pies.

—¡Cabrón! —sisea—. Confié en ti para mantenerla a salvo.

¿Va a darle la vuelta a la tortilla? Debería mirarse a sí mismo antes de lanzar piedras. —Como si tú estuvieras haciendo un gran trabajo en eso, ¿eh?

Mattia empuja mi hombro esta vez, aunque no me toma por sorpresa así que no me muevo.

—Te acostaste con mi hermana, Leo. En mi cama nupcial, nada menos. ¿Y qué fue para ti, un polvo rápido? Era virgen, por el amor de Dios.

Ya estaba formulando mi respuesta cuando sus últimas palabras cortaron el viento en mis velas. —¿Era... su primera vez?

Mattia maldice. —¡Aún mejor, ni siquiera lo sabías!

—No lo sabía —murmuro—. Ella no dijo...

—¿Por qué crees que ella era la única que podía hacer que esta alianza sucediera?

Me quedo sin palabras. Yo fui el primero de Bianca. ¿Cómo no noté sangre en la cama? La colcha era roja, por eso. Y nos apresuramos para que no nos atraparan.

Mattia suspira, lo que me impulsa a mirarlo. Hay tensión alrededor de sus ojos, en las comisuras de su boca.

—Hay mucho de lo que tenemos que hablar, Leo —dice, y abre la puerta—. Recupérate de la borrachera primero, ¿de acuerdo?

Asiento y lo sigo en silencio hasta la casa tranquila. En la encimera de la cocina, me hace un gesto para que me siente, y me acomodo en un taburete, arqueando una ceja cuando desliza media pizza de pepperoni frente a mí. No hay nada como una pizza fría y grasienta para absorber la mezcla ácida que se ha acumulado en el estómago después de una borrachera. Voy por mi segunda porción cuando me pone delante una taza de café negro bien cargado.

Asiento en señal de agradecimiento, este momento me recuerda nuestros días universitarios. La mayoría de las veces, era Mattia quien me cuidaba así después de una noche de copas, pero yo también he tenido mi buena parte de atender sus resacas. Me calienta el corazón esta fugaz complicidad entre nosotros.

Esto me impulsa a abrirme, a decirle la verdad.

—Creo que ninguno de los dos lo vimos venir, Bianca y yo, el día de tu boda —empiezo—. La vi cuando entró a ver cómo estábamos, y quedé flechado, tío. Así de simple.

—Aun así, acostarte con ella en mi cama nupcial.

Hago una mueca. —Lo siento por eso.

Me como otra porción de pizza y luego doy un sorbo de café. Ya puedo sentir cómo se calma el malestar en mi estómago y la claridad vuelve a mi mente. Esto hace que algo salga a la superficie, y lo suelto.

—La amaba, ¿sabes?

Nunca le había dicho esto a nadie excepto a mi padre. Lo dije una vez, y luego nunca volvimos a hablar de ello. Soltarlo hoy, a alguien que significa tanto para mí y que también la amó, calma algo en mi interior, como una tormenta que amaina un poco.

—Por eso te volviste loco cuando desapareció.

Asiento. —Quería gritarle al mundo que la amaba, que era suyo me aceptara o no. Esperaba que lo hiciera, pero...

—Pero nunca llegaste a averiguarlo —termina por mí.

Y nunca lo sabré. Trago contra la punzada que me devora todo el pecho en este momento.

—Debería haberte escuchado —añade.

Lo miro desconcertado. —¿Qué?

—No debería haberme rendido. Tú nunca lo hiciste.

—Excepto que sí lo hice. Mi impulso, mi desesperación, os estaba consumiendo a todos. Siento haberos causado tanto dolor.

—¿Es el whisky el que aún habla?

Sonrío un poco. —Ya me he comido media pizza. Me conoces.

Es como si no hubiera bebido ni una gota de ese whisky a estas alturas. Estoy completamente sobrio, totalmente racional y pensando con claridad.

Mattia asiente. —Hay algo que necesitas saber.

Todo en mi interior se tensa. No me gusta el tono que acaba de usar. Suena ominoso, como si estuviera a punto de revelar un secreto oscuro y profundo, y yo seré quien reciba el golpe. Mi instinto está de vuelta con toda su fuerza, y le hago caso.

—¿Qué? —pregunto.

—Déjame mostrarte —dice, y sale de la cocina.

Capítulo 19

Bianca

Estas paredes no son de papel, pero los sonidos se propagan, especialmente en el silencio muerto de la noche en este vecindario apartado. La habitación de invitados que ocupo está justo encima de la puerta principal, y los fuertes golpes me sacaron de la ligera somnolencia que me había invadido mientras estaba sentada en la cama pensando en la velada, en cómo mi familia había tomado mi regreso.

Hana tiene un terrible jet lag y se tomó una pastilla para dormir. Enzo duerme como un tronco, solo se despierta si hay voces fuertes cerca. Mattia y yo, nosotros oímos los fuertes golpes. Vino a mi habitación, me dijo que es Leo quien está afuera; debe haber visto las imágenes en la aplicación de la cámara de la puerta en su teléfono.

Cuando los golpes se hicieron más fuertes, entré en pánico. ¿Sabe Leo que he vuelto y por eso está empeñado en romper la puerta de Mattia? Mi hermano me dijo que me quedara quieta, que a él le parece que Leo está simplemente muy borracho. Él se encargará de él, y ¿cómo me siento yo sobre encontrarme con él esta misma noche?

Mi trago de saliva y mi posterior asentimiento le dieron mi respuesta. Cuanto más me demore con este asunto, peor será. Leo está aquí, así que bien podríamos seguir adelante y revelar mi presencia. No estoy segura sobre Enzo todavía, si Leo estará en el estado mental adecuado para ser presentado primero a un fantasma y luego a un hijo que nunca supo que tenía, así que estoy improvisando ahora mismo.

Las voces se volvieron realmente altas y vociferantes afuera por un momento. Revisé a mi niño, y no se movió. El viaje debe haberlo agotado. Luego los sonidos se apagaron, elevándose de nuevo dentro de la casa esta vez. Mi puerta se abre directamente al rellano de las escaleras que bajan y justo alrededor de la cocina abierta, así que el sonido está subiendo a través de mi puerta entreabierta. Puedo captar una de cada dos palabras, así que la conversación no tiene mucho sentido realmente, pero puedo sentir una vibración de paz abajo, de que las cosas se están calmando.

Cuando el silencio se asienta de nuevo, me levanto y me encuentro con Mattia en el umbral de mi puerta.

Asiente hacia el primer piso. —Está abajo. No le he dicho que estás aquí, aunque sabe que debe esperar algo grande.

Miro a Enzo en la gran cama. No quiero dejarlo solo; ¿qué pasa si se despierta en una habitación que no conoce, sin que yo esté allí?

La mano de Mattia se posa en mi hombro. —Me quedaré con él. Necesitas hacer esto.

Me muerdo el labio y asiento, aunque el coraje me está abandonando de repente. Me he prohibido pensar en este momento todo este tiempo que estuve fuera, en cómo se sentiría cuando —si— alguna vez volviera a ver a Leo Pellegrini. Y ahora, el momento ha llegado.

—¿Cómo... cómo está? —murmuro.

—No bien —confiesa mi hermano—. Pero está en sus cabales. Y hablamos, arreglamos las cosas entre nosotros. Escucha, este puede ser un nuevo comienzo, para todos nosotros. Si es mi bendición lo que necesitas, entonces la tienes. La has tenido desde...

Desde que te fuiste. Ambos sabemos que esto es lo que está diciendo.

Si hubiera esperado, ¿habría bendecido una relación entre Leo y yo en ese momento? ¿Lo habría hecho mi padre también? No lo creo, y de todos modos, estamos aquí ahora, y no podemos dar marcha atrás al tiempo.

Agarro su mano donde descansa en mi hombro. —Gracias.

Me da un suave beso en la mejilla, tan parecido a cuando éramos más jóvenes. Sonrío y me acurruco un poco en él antes de que me suelte, y me encuentro moviendo los pies silenciosamente sobre el piso de madera y luego por las escaleras.

Mi ritmo cardíaco se acelera con cada paso que doy, latiendo con temor cuando mi pie aterriza en el primer piso. Desde este ángulo, puedo ver dentro de la cocina si me inclino un poco hacia adelante, y eso es lo que hago. Y como si fuera cosa del destino, Leo decide mirar hacia las escaleras al mismo tiempo, y nuestras miradas chocan.

Se pone de pie en un parpadeo, luego se queda inmóvil, el color desapareciendo de su rostro

mientras me mira fijamente. Yo solo puedo devolverle la mirada, incapaz de moverme, mi mano congelada en la barandilla mientras la agarro con fuerza, cada célula dentro de mí contrayéndose de necesidad y pérdida al verlo allí y permitirme sentir todos esos momentos, todos esos minutos, segundos incluso, en los que no he podido tenerlo en mi vida, en los que he tenido que renunciar a él para salvar todas nuestras vidas.

El tiempo se detiene, y permanecemos así, quietos como estatuas mientras nuestros ojos transmiten un mundo de sentimientos, emociones y turbulencia.

Está tal como lo recuerdo, aunque se ve cansado, un poco golpeado si soy honesta. Hay un poco de tensión alrededor de sus ojos —madurez, supongo— y la edad ha tensado sus rasgos, haciéndolos parecer más duros, más afilados, como si un roce contra su rostro y te arriesgaras a cortarte la mano. Este no es un hombre con quien meterse. Leo siempre ha tenido esta vibra, pero ahora, es más profunda, casi innata, el Don dentro de él irradiando en todo su infinito poder y fuerza despiadada.

Da miedo, tengo que decirlo, pero no me asusta. Nunca lo ha hecho, porque lo conozco. Conozco la suavidad que puede iluminar esos ojos oscuros, la hermosa sonrisa que puede transformar las líneas casi crueles de su boca en algo tan mágico, que necesita ser experimentado y no puede ser descrito.

Entonces esa boca se tensa, su mandíbula apretándose.

—¿Bianca? —pregunta.

—Leo.

No puedo moverme, no puedo decir nada más. Su voz, su nombre fluyendo de mis labios, todo me hace detenerme. Me deleité con el sonido mientras lo escuchaba antes. Incluso cuando reverberaba con ira, el sonido de su voz me hacía sentir segura. De nuevo, conozco a este hombre, íntimamente, y me refiero a esto en el sentido literal y figurado. Leo, él es mi persona.

—Bianca, ¿qué coño? —suelta—. ¿Estás viva? ¿Qué es este juego?

Su voz está subiendo en crescendo. Echo un vistazo arriba, ya que podría despertar a Enzo con sus gritos.

—¿Estás buscando a Mattia? —grita—. Yo también. ¿Dónde está? ¡Mattia! ¡Vuelve aquí y

explica esto!

—Leo, para —empiezo, mi voz suave ahogándose en sus gritos.

No logro llegar a él, y ahora está caminando de un lado a otro frente a la isla. Me preocupa que pueda tirar un taburete o algo en su aparente angustia, y no puedo permitir que eso suceda.

—¿Es esto una broma? ¿Qué está pasando? No puedes ser real —continúa—. No eres real, estoy perdiendo la cabeza...

La agitación en su tono hace que mi corazón se oprima, y tiro la precaución por la ventana mientras me acerco a él y coloco una mano en su antebrazo. El contacto de mi palma contra la piel áspera por el vello me sorprende, y creo que a él también, porque se queda abruptamente en silencio.

El tiempo parece detenerse de nuevo, y nos quedamos mirándonos a los ojos.

Parpadea. —Eres real.

—Sí —murmuro.

Apenas he terminado de decir la palabra cuando sus brazos me rodean y me atrae hacia él, apretándose contra su pecho con fuerza, como si nunca fuera a soltarme. ¿Esto? Esto es la bienvenida con la que he soñado cada vez que me he permitido pensar en él desde que decidí volver.

Un sollozo se atasca en mi garganta mientras libero la tensión dentro de mí y caigo en su abrazo, derritiéndome contra su cuerpo grande, duro y cálido. Sin decir palabra, nos amoldamos el uno al otro, encontrando el hueco que dice que pertenecemos juntos, que estamos hechos el uno para el otro.

Leo ha enterrado su rostro en la curva de mi cuello, y puedo sentir su brusca inhalación contra mi piel mientras levanta la cabeza y presiona un beso en mi oreja.

—No estás muerta. Sabía que no lo estabas. Nunca lo creí —dice ahora rápidamente—. Pero dejé de buscar. Nunca debí dejar de buscar. Te fallé. No... Perdóname, Bianca. Debería haber...

—Shh, mi amor —lo tranquilizo mientras lo abrazo más fuerte—. No puedo soportar el autodesprecio en sus palabras, esta flagelación que se está infligiendo a sí mismo—. Elegí

desaparecer y me aseguré de que nadie me encontrara.

Se atraganta con el aire, luego se separa lo suficiente para mirarme fijamente a la cara.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

Trago saliva, con fuerza. Ha llegado el momento de la verdad.

—No podía...

Frunce el ceño. —¿No podías casarte con ese cabrón? Te dije que me encargaría de eso.

Mi corazón se rompe al ver la sinceridad en su rostro. —Habría una guerra, Leo.

—La guerra vino y se fue de todos modos.

—¿Pero a qué costo?

—Cualquier costo habría sido uno que pagaría por tenerte.

Niego con la cabeza, la pérdida recorriéndome. —No estaba lista. No para que murieras.

Frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Te habrían matado y luego me habrían obligado a casarme con él de todos modos. No puedo vivir en un mundo donde tú ya no existas, donde el hombre que amo esté muerto por mi culpa, porque me atreví a elegirlo a él y elegir el amor.

El silencio recibe mi arrebato, hasta que de repente, Leo empieza a reír. No puedo creerlo. Está temblando de risa, y en mi frustración, le doy una palmada en el hombro e intento zafarme de sus brazos.

Sin embargo, no me deja, y me atrae aún más fuerte contra él.

—¿Por qué te ríes, animal?

Después de otra risa, recupera el aliento. —Podrías haberme dicho simplemente que me amabas, Bianca. Hay formas más fáciles que huir a Dios sabe dónde y dejar que todos, incluido yo, creyeran que estabas muerta.

Trago suavemente. No entenderé mis verdaderas razones. No a menos que llegue a saber sobre mi embarazo, sobre su hijo. Y no puedo decírselo. No todavía. Ya hemos abierto una caja de Pandora entre nosotros. Hay demasiada emoción aquí, y el aire es volátil, cargado. Todo puede explotar demasiado rápido. No puedo correr ese riesgo ahora, no cuando podría tener graves repercusiones para Enzo.

—¿Bianca?

—¿Hmm? —Vuelvo a centrarme en él, mirando su rostro.

—¿Adónde fuiste?

Le debo respuestas, lo sé. Pero cada respuesta que le dé me acercará más a la revelación de que tenemos un hijo que he mantenido oculto desde que descubrí que estaba embarazada.

—¿Importa? —pregunto.

Me mira durante largos segundos. Su cuerpo es sólido contra el mío, sus brazos fuertes alrededor de mi espalda. Me deleito en esta sensación de estar cerca de él, aunque una pequeña voz en mi cabeza me dice que esto podría ser todo lo que pueda tener de él. Estos secretos entre nosotros no auguran nada bueno. ¿Cómo podré llenar alguna vez este vacío entre nosotros, uno que en última instancia cavé yo misma? ¿Puedo siquiera construir un puente que podamos cruzar?

—No importa —dice finalmente—. Pero Bianca, no vuelvas a desaparecer.

No hay amenaza en las palabras, ni advertencia, y no siento nada parecido. Aun así, la aprensión se une a la danza salvaje que mi corazón inicia cuando escucho estas palabras.

—¿No me dejarás ir? —expreso el pensamiento en voz alta, ansiosa por ver su reacción.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, y aunque se siente posesivo, no es alarmante. Solo se siente... seguro, diría yo, y una parte de mí se vuelve líquida mientras me derrito aún más en su abrazo, colocando mi cabeza en el hueco donde su hombro se encuentra con sus pectorales.

—Nunca.

Esa única palabra reverbera en mi oído tanto como la escucho dentro de mi cabeza.

—Siempre supe que seguías ahí fuera —dice.

No estoy segura de haberlo oído bien o si lo he imaginado. Me aparto para mirarle a la cara. La sinceridad que veo allí me reconforta, confirmando que lo he oído bien, tanto como hace que el dolor resuene en cada parte de mi ser. Leo habría luchado por mí si me hubiera quedado.

Pero quedarme podría haberme costado a Enzo, así que no puedo arrepentirme de mi decisión de irme. Aunque Leo haya creído en mí todo este tiempo.

Un suspiro se me escapa, y me separo de sus brazos lo suficiente para agarrar su mano y empezar a guiarlo hacia los sofás de la sala de estar.

—Ven —le digo—. No me voy a ninguna parte.

—Más te vale —suelta bruscamente.

Eso me hace reír tanto como me duele.

Cuando nos sentamos, presiono mi rodilla contra la suya, sabiendo que está ansioso por el contacto entre nosotros. Tomo su mano y la aprieto entre las mías. Le debo respuestas, y hay algunas que ya puedo darle. Él está siendo honesto conmigo, así que yo también necesito abrirme, aunque no le cuente todo de inmediato.

—Descubrí que Ardian tenía novia. Inmediatamente supe que no podía estar con él. Sabía que sería un matrimonio sin amor, pero el hecho de que amara a otra persona significaba que no me trataría bien. —Trago saliva cuando pienso en lo que podría haberme hecho—. También descubrí que estaba metido en cosas muy retorcidas.

Leo gruñe con ira. —Yo también vi eso.

—¿Lo viste? —Me sorprende, pero no debería. Leo no deja piedra sin mover cuando quiere algo, y siempre estuvo buscando la sangre de Ardian.

—Por eso huiste.

Asiento, luego tomo una profunda respiración. —Y también porque ya amaba a alguien más. Te vi una vez en la boda de Mattia y todo volvió a mí. No podía traicionar a mi corazón de esa manera.

—Bianca —suspira. Su mano grande y cálida se posa sobre las mías, y lleva nuestras manos entrelazadas a sus labios para depositar un beso en mis dedos.

Cierro los ojos y suspiro también, deleitándome en este momento cargado entre nosotros.

—Hana me ayudó a escapar —continúo.

Leo se sobresalta. —¿Ella lo sabía?

—Y no es su culpa que mantuviera esto en secreto para todos ustedes. Se lo pedí yo, y me estaba protegiendo.

—¿Dónde estuviste? —pregunta.

—Eso no importa.

Si le digo que estuve en Tokio, se dará cuenta de que me escondí como Bérénice. Hana me dijo que ella y Mattia le contaron el secreto de sus lazos familiares cuando vino después de que di a luz. No puedo dejar que Leo ate cabos tan pronto y sepa que tuve un hijo. Todavía no.

—Tienes razón —dice—. No importa. Lo que importa es que has vuelto, y nunca más te dejaré ir.

Me giro hacia él, llevando mi mano libre a su mejilla. Sus ojos se cierran cuando lo toco, una expresión de reverencia en sus facciones cuando mi piel se encuentra con la suya. Casi me rompe ver esta vulnerabilidad en él, saber que confía lo suficiente en mí como para dejarme verlo tan indefenso.

—¿Lo prometes? —pregunto suavemente, la palabra apenas audible.

Sus penetrantes ojos oscuros se abren para escrutar los míos, luego su mano está en mi mandíbula, sus largos dedos enredándose detrás de mi oreja y en mi cabello, su pulgar acariciando mi pómulo. Su calor se filtra en mi piel, calentando mi sangre, trayendo a la vida todos los lugares que se habían enfriado en los años que no nos hemos visto.

Mis labios se entreabren, un soplo de aire escapando como un suave gemido, y parece ser toda la invitación que Leo estaba esperando. Su mano se tensa en mi mejilla, luego su cabeza desciende mientras inclina mi rostro hacia arriba, sus labios reclamando los míos al siguiente segundo.

Es como si una explosión estallara cuando nuestras bocas se encuentran. El contacto me lleva cuatro años atrás, a la primera vez que me besó, cuando mi mundo estalló en un paisaje que sabía que nunca volvería a ser lo que era antes, cuando me transformé irrevocablemente.

Me abro a él, buscando más, dando la bienvenida a su lengua cuando roza la comisura de mis labios, dejándola deslizarse en mi boca para saborearme, para reclamarme, para provocar todas esas deliciosas sensaciones que ahora recorren mi columna. Mis pechos se vuelven pesados mientras los pezones se endurecen ansiando su toque, su lengua lamiéndolos, mi centro ahora pulsando de necesidad, el vacío en mi interior rugiendo por ser llenado por Leo, por su miembro y solo el suyo, por su amor, por su posesión.

Gimo contra sus labios, y su otro brazo rodea mi cintura mientras me atrae hacia él. Leo se reclina un poco, atrayendo mi cuerpo sobre el suyo. No hay forma de confundir la dureza en sus pantalones presionando contra mi vientre bajo en esta posición. Me desea tanto como yo lo deseo a él.

Devuelvo su beso golpe por golpe, embriagándome con su sabor, la sensación de su cuerpo grande y sólido debajo de mí, el agarre posesivo de su brazo y la forma en que su mano mantiene mi rostro justo como él quiere, justo como le gusta para poder saquear mi boca con su beso cada vez más profundo.

¿Esto? Aquí es donde siempre he pertenecido, y ahora mismo, sé que no cometí ningún error cuando huí. La alternativa habría sido quedarme atrapada en un matrimonio sin amor con un hombre al que no podía soportar que tuviera el derecho de tomarme como quisiera. Nadie tiene ese derecho más que Leo. Él y yo, pertenecemos juntos. Y más importante aún, algo ineludible nos une.

Nuestro hijo.

Tengo que contarle a Leo sobre Enzo. Es lo correcto.

Es hora.

Capítulo 20

Leo

Bianca está rompiendo nuestro beso. No quiero dejarla ir... no la dejaré ir ahora que ha vuelto, ahora que la he encontrado de nuevo. En mis brazos, conmigo, cerca de mí, ahí es donde pertenece.

La atraigo más hacia mí, pero parece que no conté con su fuerza cuando se libera con firmeza de mis brazos y se pone de pie junto al sofá. Un pensamiento me golpea, haciéndome sentar erguido.

¿Estaba forzándome con ella?

—Bianca, lo siento —digo—. Esto es demasiado rápido, demasiado pronto para ti. Lo entiendo...

Su dedo en mis labios me hace callar, y mi mano sube para apretar la suya donde descansa sobre mi barbilla.

—¿Demasiado rápido? —murmuro de nuevo.

Ella niega con la cabeza.

No lo entiendo, sin embargo. ¿Por qué se alejó? Una euforia como nunca antes había sentido corría por mis venas hace menos de un minuto. Porque la tenía conmigo de nuevo. Está viva. No creo que alguna vez olvide el momento en que mis ojos se posaron en ella cuando estaba allí al pie de las escaleras. Se ha hecho algo en el pelo, y su rostro parece más cansado, mucho más maduro, pero sabía que era ella, sin duda. Mi alma sintió la misma conexión que me invadió dentro de aquella suite nupcial donde se convirtió en mía en cuerpo, cuando nos elevamos juntos en éxtasis.

Pero ahora, se ha alejado, y me está levantando con su mano tirando de la mía.

—¿Qué pasa? —pregunto, poniéndome de pie.

—Hay... algo que necesitas saber, que necesitas ver —dice mientras sale de la sala de estar.

—¿Qué? —Es tanto una pregunta como una expresión de mi confusión.

Se detiene y se vuelve hacia mí, mi mano aún en la suya.

—No más secretos, Leo. Me parece que quieres que vuelva...

—Así es —me apresuro a asegurarle.

—Para tener un futuro, necesitamos dejar el pasado atrás. Necesito mostrarte algo.

Su tono suena ominoso, y me quedo en silencio mientras la dejo guiarme al segundo piso. Empuja suavemente la puerta de la habitación de invitados que da al rellano, habla con alguien adentro. Mattia sale, y los ojos de mi mejor amigo se encuentran con los míos. Me da una pequeña sonrisa y me da una palmada en el hombro al pasar, luego Bianca tira de mi mano de nuevo. Me hace un gesto para que me quede en silencio, luego me lleva al dormitorio.

Lo primero que noto es la luz nocturna ámbar que proyecta perezosamente patrones de estrellas en las paredes. Luego mi mirada cae sobre la cama, y cuando registro lo que hay en ella, mis pulmones se paralizan por un segundo mientras mi cuerpo se congela.

Allí, con una suave manta sobre sus piernas larguiruchas, duerme un niño pequeño con una mata de pelo oscuro y rebelde. Está abrazando un peluche. Mientras lo miro, sin palabras, se da la vuelta sobre su espalda, unos mechones oscuros cayendo sobre su estrecha frente. Tiene las mejillas redondeadas, y esa pequeña boca, he visto su forma en las caras de mis hermanos, en la mía propia en el espejo.

Murmura algo; suena como *Maman*. Bianca suelta mi mano para ir hacia él. Con un toque suave, le aparta el pelo y le da un beso en la frente, murmurándole algo en francés, parece.

Ese niño es su hijo. Y mío. Ese es mi hijo.

Debe haber estado embarazada cuando desapareció. Y esa es probablemente la razón por la que fingió su muerte. Nadie aprueba que los niños nazcan fuera del matrimonio en nuestra comunidad. Ahora añade a eso que estaba prometida a otro hombre, ¿la vergüenza que habría traído si hubiera ido a esa cama matrimonial no solo sin ser virgen, sino llevando el hijo de otro hombre? La habrían matado, y la Mafia incluso podría haber estado de acuerdo en que era la única manera de lavar su honor.

Bianca habría estado muerta... al igual que mi hijo.

No soy un hombre dado a muestras expansivas de emoción normalmente. Por mucho que anhele pasar mi dedo por la mejilla regordeta de este niño pequeño, tomar su mano en la mía, apartar su pelo hacia atrás, sostenerlo en mis brazos, llevarlo en mi cadera con sus brazos alrededor de mi cuello, puedo contenerlo todo. Pero la lágrima solitaria que se desliza por mi mejilla, no puedo retenerla. Tengo un hijo, con Bianca, y todo este tiempo, ella lo ha mantenido a salvo.

No sé cuánto tiempo estoy allí mirando a este niño dormido. Bianca no me apresura, y cuando finalmente aparto la mirada del niño y la miro, me da una pequeña sonrisa dolida.

Frunzo el ceño. ¿Está preocupada de que esté enojado? ¿De que vaya a reprenderla por mantener este secreto?

No quiero irme, pero sé que tengo que tranquilizarla, y no quiero despertar al niño ya que esta es una conversación que no podemos mantener en voz baja en esta habitación oscura.

Así que tomo su mano y la llevo afuera. En el rellano, me detengo.

—Gracias —le digo.

Ella parpadea, como si estuviera confundida.

—Por mantenerlo a salvo —añado.

Ella asiente. Mientras comenzamos a bajar las escaleras, Mattia se desliza de vuelta a la habitación. Por supuesto, este niño está en una casa extraña; debería haber alguien que conozca allí cuando se despierte.

Esto me hace pensar. —¿Mattia lo sabía?

Ya hemos vuelto a la sala de estar, y Bianca toma asiento en el sofá, haciéndome un gesto para que me siente a su lado.

—No. Él no mantendría este secreto de ti —dice.

Me siento algo tranquilizado. Aunque sé que no culparía a mi mejor amigo si me hubiera ocultado esta información, porque mantuvo a mi hijo a salvo. Es fácil hacer que una mujer pierda a su bebé nonato, todo el asunto escrito y barrido bajo la alfombra. Es otra cosa matar a un niño vivo, la única regla que nuestra gente, incluso entre mafias, respeta. Ni siquiera los albaneses caerían tan bajo. Bianca tenía que irse al menos hasta que nuestro hijo naciera.

—Pero Hana lo sabía —digo, encajando la información en mi mente como piezas de un rompecabezas que no sabía que formaba un todo hasta hace unos momentos.

Bianca asiente.

Algo que dijo arriba destella en mi mente. Habló francés. Y Hana sabiendo esto...

—¿Nació en febrero, a las treinta y una semanas? —pregunto.

Bianca frunce el ceño. —¿Cómo sabes eso?

El aire deja mis pulmones por un momento. —Tú eres a quien Hana fue a ver ese día. Te llamó Beatrice.

Ella traga saliva, luego asiente. —Bérénice, en realidad. Era mi tapadera.

—¿Así que todo este tiempo estuviste en Japón?

—Sí.

Algo más revolotea en mi mente. —Con el hermano de Hana. Hiro.

—Sí.

Una oleada de rabia ardiente aviva las brasas de los celos dentro de mi pecho. —¿Estuviste con él?

—Vivimos con él, sí, pero él y yo nunca estuvimos juntos.

No puedo evitar exhalar rápidamente.

—Nos mantuvo a salvo, sin embargo —añade.

—Es Yakuza, ¿no?

—Sí. Nos ha protegido todo este tiempo. Había jurado que continuaría haciéndolo mientras lo necesitáramos, incluso cuando se casara y tuviera sus propios hijos. Tendrá que hacerlo pronto, ambos lo sabíamos.

—¿Pero no querías ponerle tal carga? —me aventuro a preguntar—. ¿Es por eso que volviste?

—En parte. —Bianca me mira—. Volví porque Enzo es tu heredero.

Mi heredero. Tengo un heredero. Tengo un hijo. —Enzo... Es un nombre hermoso.

Ella sonríe. —Es la forma corta de Lorenzo, en realidad. —Suspira—. Quería que tuviera tu nombre, pero no podía hacerlo, ya que nos habría delatado entonces. Nuestro nombre de tapadera era Picard, y como Lorenzo Picard, al menos tenía las mismas iniciales que tú.

Mi garganta se obstruye por un momento. Así que ella ha estado pensando en mí todo este tiempo, también. Y siempre ha tenido un recordatorio de nuestra relación con ella. No solo recuerdos, como yo tenía, sino una hermosa mezcla viva y respirante de ambos.

—¿No estás enojado conmigo, verdad? —pregunta, con voz pequeña mientras me mira con ojos grandes.

—Nunca —gruño, mi voz apenas saliendo más allá del nudo en mi garganta. Alcanzo a tomar su rostro entre mis palmas, y dejo un beso ligero en su frente, luego en sus labios, antes de mirar hacia sus ojos—. Esto, que hayas vuelto y con él, es el mejor regalo que podría haber recibido.

Un cercano segundo sería tener a mi padre vivo de nuevo, pero eso, no puedo hacerlo realidad. Sostuve su cuerpo sin vida en mis brazos, lo enterré en la cripta familiar. No va a volver.

Mi padre habría sido abuelo hoy. ¿Y yo? Ahora soy padre.

—Sé que los otros Dones te están presionando —dice Bianca, arrancándome de mis pensamientos melancólicos.

Una risa áspera se me escapa. —No sabes ni la mitad.

Ella también ríe sin humor. —Oh, créeme, sé cómo se siente. Yo fui su cordero sacrificial, ¿recuerdas?

Mi mandíbula se tensa cuando pienso en esto. Me están presionando tanto, y soy un hombre adulto que puede defenderse. Ella era una chica vulnerable de veintitrés años. ¿Cómo, alguna vez, podría haberse defendido? Prácticamente la vendieron a esos malditos albaneses con la promesa vacía de paz. Durante la guerra, todos vimos cuán codiciosos son realmente esos chupasangre. El matrimonio con uno de sus clanes habría mantenido una paz tenue, en el mejor de los casos, si no empezaban a dispararnos directamente ya que estaban 'dentro' al haberse casado con una de nuestras familias.

—No te van a alejar de mí —digo entre dientes.

—Es por Enzo por quien estoy preocupada —me dice.

—Nadie se le va a acercar, tampoco.

—Gracias —exhala—. Por mantenerlo a salvo.

Mi pecho se oprime. ¿No sabe que quemaría la tierra por ella, que bajaría la luna y las estrellas si fuera necesario, que bailarían con el diablo y me enfrentaría al mismísimo Dios si eso significa que está a salvo, conmigo, y que esto también se aplica a nuestro hijo, nuestra familia?

La rodeo con mis brazos y la atraigo hacia mí. Cuando viene de buena gana, suspiro contra su cabello y presiono un suave beso en su cabeza.

—Hay algo que tengo que podría ayudarte —dice.

—Ya me has dado suficiente —respondo.

Me dio un heredero. Ayer mismo estaba bromeando con mi abuela diciéndole que necesitaba sacar un niño del sombrero de un mago para que esos viejos cabrones me dejaran en paz, y mira dónde estamos ahora, un niño aparentemente sacado de un sombrero mágico aterrizando en mi vida como si fuera con un chasquido de dedos.

Enzo, él lo cambia todo.

—Gracias por proteger a nuestro niño, Bianca.

—Él lo es todo.

—Los dos lo son.

Permanecemos así por un largo momento. La satisfacción de estos minutos me invade como un bálsamo. Siempre supe que Bianca era el centro de mi mundo, mi ancla. Todo se desencadenó cuando vi a la mujer en la que se había convertido, pero esto germinó de una semilla de afecto plantada en mí desde hace mucho tiempo, posiblemente desde aquella noche en que me encontré con ella en ese muelle. Era menor de edad entonces, así que no pasó nada, pero algo dentro de mí simplemente la esperaba, esperaba el momento en que volviera a entrar en mi vida. Entonces, ¡boom! Estaba total e inequívocamente perdido.

Perderla hace todos estos años me hizo caer en picado. Había perdido mi piedra angular, y luego mi padre nos dejó de la manera en que lo hizo. No su muerte, sino el diagnóstico de demencia, eso fue lo que nos lo arrebató. Perdí mi roca con él, y desde entonces, me había estado ahogando, sofocando lentamente, incapaz de salir a la superficie el tiempo suficiente para hacer algo más que simplemente sobrevivir.

Tenerla aquí ahora es como si la mano que mantenía mi cabeza bajo el agua hubiera perdido toda su fuerza. Puedo emerger, romper la superficie, tragar suficiente oxígeno para llenar mis pulmones y despejar mi mente.

—¿Leo?

—¿Hmm?

—Lo siento por tu padre. Era un buen hombre.

Suspiro. —El mejor.

—Todo esto sucedió por mi culpa.

No me gusta lo pequeña que se ha vuelto su voz. Me aparto, tomando la parte posterior de su cabeza para hacer que me mire.

—No fue tu culpa. Nada de esto lo fue.

—La guerra. Sucedió porque me fui.

—Sucedió porque esos malditos cabrones que llamamos nuestros líderes eran unos cobardes buscando una salida fácil —No dejaré que crea que esto es su culpa—. En lugar de luchar como hombres, eligieron presionar a una chica inocente para formar una alianza. Ya estaban buscando un reemplazo para ti en pocas semanas.

Bianca se sienta más erguida y baja la cabeza. —Pero tú mataste a Ardian. Ojo por ojo, eso fue.

Es como si el ácido me quemara las entrañas mientras el secreto que mi padre me dijo que no revelara a nadie permanece dentro de mí y elijo honrar mi palabra. Lo que no daría por poder contarle esto a Bianca. Pero le hice una promesa a un moribundo, y respetaré eso.

—Su muerte significó algo —le digo, usando sus propias palabras—. Nos trajo paz.

—Que puedo alterar al volver —dice, mordiéndose el labio inferior.

—El tratado ha sido firmado. Nadie puede echarse atrás ahora.

—Pero el sindicato puede presionarte —añade.

Todo mi cuerpo se tensa de rabia y desprecio por el liderazgo de nuestra organización. —Deja el sindicato en mis manos.

Ahora tengo un heredero, y no sé cómo me ha cambiado eso, pero me siento poderoso ahora. Imparable. Vivo dentro de ese niño, y esto, nadie podrá quitármelo jamás. Protegeré a este hijo mío con todo lo que tengo.

—¿Leo?

—¿Sí?

Bianca parpadea suavemente. —¿Qué hay de nosotros?

Frunzo el ceño. —¿Qué pasa con eso?

¿Qué hay que discutir? Ella está aquí, tenemos un hijo, nos pertenecemos el uno al otro. Su cuerpo no mentía en la forma en que me respondió antes. Me dijo que me ama, que me ha amado todo este tiempo. Yo también la amo.

Se muerde el labio de nuevo. —Mi padre y Mattia. Tenemos su bendición para estar juntos, por si te lo preguntas.

—¿Crees que alguna vez necesité la bendición de alguien para estar contigo?

Dije esto no de manera amenazante sino con cierta ligereza. Debe saber lo que significa para mí.

—No —responde.

—¿Entonces qué?

Mientras la observo sentada allí en silencio, me asalta un pensamiento. Estoy pensando en mí mismo en todo esto, pero ¿qué hay de ella? Admitió que volvió solo porque mi hijo necesita mi protección ahora. Nunca habló de sí misma en esto.

La inquietud comienza a latir un ritmo errático de tambores con mi corazón. Pero tengo que preguntar esto.

—¿Qué es lo que *tú* quieres, Bianca?

Se encoge de hombros, lo que no me da mucha respuesta. ¿O sí? La comprensión fluye hacia mí, y aunque me resisto a enfrentarlo, sé que debo mirar todo directamente a los ojos.

Bianca solo volvió para proteger a su hijo. Se fue porque pensaba en él. Todo este tiempo, ha estado pensando como una madre. Ese pequeño, Enzo, es nuestro. Es mi hijo; soy su padre. Con este título viene una serie de responsabilidades que no estaba viendo claramente. Ahora lo hago, y todo lo que veo es este niño inocente, indefenso y desorientado durmiendo arriba que no tiene idea de que el único mundo que ha conocido acaba de ser trastornado y las cosas nunca volverán a ser las mismas.

Entonces me doy cuenta: Bianca y yo no podemos lanzarnos a nada ahora mismo. Tenemos que considerar a nuestro hijo, y él es primordial en todo esto. No nosotros. Ya nunca más nosotros.

Me aparto de ella, mirándola a la cara, buscando en sus rasgos su reacción a lo que sé que tengo que decir.

—Creo que necesitamos tomarnos un tiempo. Todo esto... es mucho.

Capítulo 21

Bianca

No era eso lo que quería que dijera. Ni siquiera era lo que esperaba que dijera. ¿Cómo perdimos el rumbo de querer estar juntos en un momento a necesitar tiempo al siguiente? Pensé que Leo me quería, que deseaba algo más entre nosotros, de nosotros, con nuestro hijo ahora en la ecuación. Cuando Mattia me dijo antes en la noche que Leo estaba listo para casarse conmigo, me sorprendí. Así que el "Cásate conmigo" que me había lanzado en el loft de Tribeca, lo había dicho en serio. Pensé que había sido una ocurrencia, una salida fácil de nuestro aprieto en ese momento.

Habría significado una guerra con los albaneses si hubiéramos seguido adelante en ese momento, sin mencionar la deshonra para el nombre de mi padre y de Mattia.

Pero como dijo Leo, la guerra vino y pasó de todos modos, y el estigma que puede caer sobre mi familia ahora no será tan malo. Porque le di un heredero a un Don, sin importar qué, nada puede cambiar quién es realmente Enzo en el esquema de las cosas.

Y esto es lo que tengo que recordar hoy, ahora, mientras miro el rostro endurecido de Leo a solo unos centímetros del mío. Necesito pensar con claridad, y esto significa pensar en mi hijo. *Nuestro* hijo. He vivido con este conocimiento durante años, desde que esa prueba de embarazo confirmó que su semilla había germinado en mi vientre. Leo no tenía ni idea. Han pasado cuatro años; no puedo esperar que procese todo esto en cuarenta minutos. Tiene razón en querer espacio, en querer tiempo.

Todo lo que he hecho ha trastocado nuestro futuro aún más que el hecho de que Leo matara a Ardian. Al igual que pensé antes cuando me levanté y tomé su mano para mostrarle a Enzo, necesitamos dejar el pasado atrás antes de poder mirar hacia adelante. En ese momento, estaba lista para dejar el pasado atrás, para que todos los secretos salieran a la luz. Por eso me levanté y le revelé mi mayor secreto.

Se siente liberador no estar ocultándome más. Sé que el sindicato estará sobre nosotros; sé que el mundo se quedará boquiabierto cuando quede claro que he regresado. Pero la carga más pesada

de todas era mantener todo esto oculto de mi familia y luego de Leo. Hana también está libre, ya no necesita mentirle a su esposo. Creo que Mattia se lo tomó más duro que mi desaparición, y espero que la mujer que se ha convertido en mi amiga más cercana encuentre la absolución por su sacrificio desinteresado.

—Tienes razón —le digo—. No deberíamos precipitarnos a nada.

Él se encoge de hombros. —Si hubiéramos sido solo nosotros...

Estoy de acuerdo con lo que está diciendo. Ya no somos solo nosotros en el panorama. Ambos tenemos que pensar en Enzo, en cómo protegerlo en todo esto. Sé que no voy a volver a Tokio, lo que significa que estamos de vuelta aquí, donde mi hijo crecerá ahora. Pensé en la logística cuando estábamos viajando. Encontraré una guardería de habla francesa por el momento, luego lo iré introduciendo lentamente en un entorno bilingüe antes de que tenga que comenzar el preescolar en un par de años. Para entonces, debería estar más cómodo hablando inglés. El japonés puede ser algo que mantengamos en casa; ayuda que un niño sea multilingüe.

Se me ocurre una idea.

—¿Quieres que aprenda italiano? —pregunto.

—¿Hacer que aprenda otro idioma? —pregunta Leo con una pequeña risa—. Habla francés contigo.

Se me escapa una risita. —Y japonés con Hana y Hiro.

—¿Así que es bilingüe? —Leo jadea.

—Trilingüe. También habla inglés.

—¿Y quieres que hable italiano también?

Me encojo de hombros. —Los niños son como pequeñas esponjas a esta edad. Además, ha demostrado que se le dan muy bien los idiomas.

—No sé —suspira—. Creo que tú sabrás mejor.

Sus palabras me llegan al corazón. No me gusta esta sensación, el hecho de que no tenga ni idea sobre su propio hijo.

—No era de ti de quien lo estaba ocultando —digo suavemente—. Nunca te habría ocultado a tu hijo si hubiera tenido elección.

Su inhalación es un jadeo agudo. —Recuerdo haberte pedido que te casaras conmigo antes de que te fueras. Creí que podíamos cuando lo dije, pero el tiempo ha demostrado en qué lío nos habríamos metido. Traer un niño a eso...

Su mano encuentra la mía, y encuentro algo de consuelo en su toque mientras sus palabras destrozan mi esperanza. Mattia dijo que Leo quería casarse conmigo, y ahora él mismo está diciendo que habría sido una mala decisión. ¿Dónde estamos ahora?

Trago saliva y enderezo la espalda. No vine aquí para casarme, para obtener la seguridad de un marido. Vine para que mi hijo obtuviera la protección de su padre y, en última instancia, su legítimo apellido familiar.

—Hiciste lo correcto —dice, apretando mi mano.

Esto me trae una pequeña dosis de consuelo, y sonrío, aunque estoy segura de que no es brillantemente.

—Así que todo este tiempo estuviste fingiendo ser francesa —dice.

Agradezco el cambio de tema, riendo suavemente. —Viví en París durante cinco años, ¿recuerdas?

Él asiente. —Pareces una mujer francesa.

—Mattia y mi padre no me reconocieron, ¿sabes? —Me hace reír cada vez que pienso en su confusión ahora. Luego un pensamiento me pone seria—. Pero tú no. Me reconociste de inmediato.

Su mirada se oscurece mientras examina mi rostro con sus ojos. —Te reconocería en cualquier lugar. Incluso en otra vida.

Mi respiración se entrecorta en mis pulmones. Puedo escuchar el anhelo en su tono, el cariño y los sentimientos en su voz. Son tanto un eco de los míos propios. De nuevo, me recuerdo cuánto Leo es mi persona. Mía.

—Al igual que yo a ti —susurro.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y es como si el tiempo se detuviera. Su mano izquierda sujeta la mía en mi regazo

más fuerte mientras su mano derecha encuentra mi mandíbula de nuevo, su palma amoldándose a mi mejilla, sus dedos rozando el contorno de mi oreja y provocándome escalofríos por todo el cuerpo. No sé en qué momento me atrae hacia él y sus labios encuentran los míos, presionando y buscando un beso, el calor de su cuerpo grande irradiando hacia mí como la luz del sol llama a una planta moribunda.

Me derrito en su toque, mis labios separándose bajo los suyos, dando la bienvenida a su lengua mientras busca la mía, mientras explora las profundidades de mi boca, mientras acaricia y provoca y toma y da y me devuelve a la vida de nuevo.

Su mano se aprieta a lo largo de mi mandíbula, y saboreo el toque posesivo, la sensación de él tomando de mí todo lo que estoy dispuesta a dar, todo lo que tengo para ofrecerle. Nadie más que Leo puede hacerme sentir así, como si fuera un libro abierto y todas las palabras en las páginas tuvieran sentido, se completaran entre sí, se enlazaran para crear una obra maestra que él anhela devorar una y otra vez como si volviera a mí por primera vez cada vez, la maravilla aún tan palpable y algo para ser apreciado en última instancia tanto como para ser saboreado.

Gimo contra su boca, inclinando mi cuerpo más cerca del suyo, buscando estar lo más cerca posible de él, preferiblemente sin nada entre nosotros. Mi piel arde por su toque, por sus dedos rozándola tan suavemente que me provoca escalofríos por todo el cuerpo, cada terminación nerviosa en alerta máxima.

Debo haber desencadenado algo en él porque su beso se vuelve aún más voraz, su boca inclinándose sobre la mía aún más para permitirle saquear un poco más, para beber cada uno de mis suspiros, mi aliento mismo.

Cuando mis senos se presionan contra su pecho, Leo gime en nuestro beso. Es un sonido salvaje que hace que cada parte femenina de mí cante de alegría. *Yo* soy la mujer que le está haciendo esto, arrancando esta impotencia de un hombre tan grande, fuerte y poderoso. Mis manos ahora están aferrándose a su camisa, deseando sentir el calor de su piel más de cerca, anhelando arder con su calor perpetuo. ¿Y Leo? Parece querer lo mismo de mí.

Una mano todavía acuna mi mejilla, pero la otra está en mi cuello, rozando mi clavícula y el hombro que ha expuesto con su toque. Llevo puesto uno de los caftanes bohemios y fluidos de

Bérénice, así que no es difícil para él deslizar su mano más abajo, presionar su palma contra mi seno pesado y lleno y comenzar a moldear la carne maleable a su agarre. No puedo creer que mis senos se vuelvan aún más sensibles cuando toca uno sobre la tela adherente de mi body. Mis pezones se han endurecido en puntas duras desde que su mano aterrizó en mí, y el que está tan cerca de su pulgar duele, anhelando su toque.

Jadeo cuando roza con su pulgar el botón endurecido, un gemido bajo escapando de mí mientras mis muslos se aprietan por sí solos, apretando mi sexo que ya está hormigueando y suplicando ser llenado.

Está sentado justo a mi lado. Solo tomaría un pequeño deslizamiento para inclinarme más cerca, abrir mis piernas y presionar mi sexo palpitante contra su rodilla.

Estoy a punto de hacer exactamente eso cuando recuerdo dónde estamos. Dios mío, ¿por qué todo lo que hacemos que es tan placentero tiene que suceder en un lugar que me recuerda a mi hermano? Olvidemos el interludio en Tribeca, no íbamos a hacerlo allí. Pero ¿nuestra primera vez? La suite nupcial de Mattia. ¿Nuestra segunda vez? La sala de estar de Mattia.

Me estremezco y me aparto, jadeando pesadamente mientras miro el rostro de Leo pintado de lujuria.

—Aquí no. Estamos en la casa de Mattia.

No agrego que él puede bajar en cualquier momento. Hana está fuera de combate, pero Enzo también puede levantarse y encontrarnos, a su madre con un extraño y en una posición tan comprometedora. Es demasiado joven para comprender lo que significa, pero aun así, no quiero traumatizar a mi hijo. Ni a mi hermano aún más.

La nuez de Adán de Leo sube y baja varias veces, luego asiente. Sin decir una palabra más, se levanta y se da la vuelta. Estoy segura de que está ajustando sus pantalones, al igual que yo necesitareé ajustar mis bragas que se están pegando a mis pliegues en este momento.

—Debería irme —murmura.

Miro el reloj en la repisa. —Ya casi es de mañana.

Camina hacia la puerta principal, y lo sigo, incómoda con el satén de mis bragas encajado entre mis muslos.

Frente al panel, se detiene y se vuelve hacia mí.

Me muerdo el labio cuando veo su rostro. La lujuria aún es claramente visible en sus rasgos tensos, en los párpados entornados sobre sus ojos oscuros que arden con fuego apasionado.

—Leo —susurro.

Está sobre mí al segundo siguiente, su boca chocando contra la mía, su cuerpo presionándome contra la pared. El calor emana de él y salta hacia mí, inundándome, las llamas que acabo de ver en sus ojos encendiéndome como una cerilla tocando gasolina.

Yo también me presiono contra él, mis senos aplastándose contra su pecho duro, mis piernas separándose para que pueda insertar una rodilla entre ellas, la evidencia de su erección empujando contra la carne suave de mi vientre mientras mi sexo encuentra un hogar contra su muslo, un poco de presión para aliviar la tensión en sus pliegues, en su núcleo.

Leo es quien se aparta primero esta vez. Estoy jadeando cuando se despegas de mí.

—¿Puedo venir a verte más tarde? —pregunta.

Aparte de la voz ronca, no tengo idea de cómo puede estar funcionando tan claramente.

—¿Cuando todos se hayan despertado? —continúa.

Cuando Enzo esté despierto... Leo necesita conocer a su hijo. También necesitamos vernos bajo la clara luz del día, hablar las cosas, hacer un plan para el futuro. Es mejor que esto se haga con otras personas a nuestro alrededor, y puedo contar con que Mattia y Hana estarán aquí para el desayuno, o el brunch tal como están las cosas, con el jet lag y la diferencia horaria a la que necesitamos adaptarnos.

Sin embargo, todo lo que puedo hacer es asentir, mis cuerdas vocales aún bajo el embrujo del fuego rabioso que Leo encendió en mí hace un momento.

Parece ser toda la respuesta que estaba buscando, sin embargo. Me desea buenas noches y luego se va, cerrando la puerta principal suavemente detrás de él.

Me tomo un minuto para recuperar el aliento y luego empiezo a subir las escaleras. Mattia pasa rozándome en el umbral de mi habitación, y creo detectar una pequeña sonrisa en sus labios. El calor arde en mis mejillas: ¿acaba de verme mi hermano besándome con Leo como gatos en celo

en su vestíbulo?

Mi respiración sigue siendo errática, y sé que no hay forma de que me calme sin atender la excitación que recorre mi cuerpo. Después de echar un vistazo rápido para asegurarme de que Enzo está profundamente dormido, me escabullo al baño y me siento en el borde de la bañera. Mis dedos encuentran su camino entre mis piernas y, como sospechaba, mis bragas están empapadas, mi sexo completamente húmedo. Después de haber estado en los brazos de Leo, esta no es la forma en que mi cuerpo quiere alcanzar su culminación, pero tendrá que aceptar mis caricias esta noche porque no podré funcionar sin liberación ahora mismo.

Así que acaricio y toco, imaginando la mano de Leo sobre mí, sus largos y gruesos dedos tomándome, hundiéndose y follándome lentamente, su pulgar presionando contra mi clítoris, largo y fuerte, luego rápido y ligero mientras me llevo a un orgasmo devastador.

Me meto en la cama, mis ojos siguiendo las estrellas amarillo-naranja-rosa que la luz nocturna proyecta en el techo. Un suspiro escapa de mi cuerpo, mi peso hundiéndose en el colchón mientras libero la tensión que había mantenido mis músculos cautivos durante toda la noche. Ahora estoy aquí en Nueva York, con mi familia, y Leo sabe que estoy viva. Sabe que tiene un hijo, y él y yo parecemos estar en la misma página en lo que respecta a nuestros sentimientos, al menos corporalmente. ¿Puede haber más? No lo sé, pero eso no me corresponde decirlo. No todavía. Por ahora, dejaré que el tiempo haga su trabajo.

El sueño me encuentra, aunque es errático e inquieto. Cuando me despierto, el sol ya está alto en el cielo, como lo evidencia la cantidad de luz que entra en la habitación por el espacio que dejé en las cortinas anoche cuando revisé la ventana después de que alguien comenzara a golpear fuertemente.

Enzo sigue dormido. No es inusual que duerma doce o más horas. Al principio me preocupaba: ¿esta necesidad de dormir extra significaba que le faltaba algo en su desarrollo? Pero resulta que simplemente tengo un niño cuya dínamo interna funciona a toda potencia y, por lo tanto, necesita descansar mucho para recargarla por completo.

Me limpio los estragos del sueño y me cambio, luego salgo de la habitación con el monitor para bebés en la mano. He abierto un poco las cortinas para que Enzo no se asuste cuando se despierte. Es la noche la que está llena de monstruos para mi pequeño, aunque con todos los mitos de *kaiju* que Hiro le ha contado, no le teme a las criaturas en sí. Solo a la oscuridad.

Estoy a mitad de las escaleras cuando escucho voces masculinas que vienen de abajo. Mi paso vacila por un segundo. Leo ya está aquí. Silenciosamente, bajo, asomándome a la cocina. En efecto, está aquí, sentado en un taburete con Mattia de pie frente a él en la isla.

—Necesitamos anunciar esto —está diciendo Mattia.

Me detengo a escuchar, aunque no me hago notar. No quiero que piensen que estoy escuchando a escondidas. Absortos como están en su conversación, aún no me han notado.

—El sindicato no estará contento —dice Leo con un suspiro—. Estoy pensando cómo abordar el tema.

—Pero no se te ocurre nada —responde mi hermano—. A mí tampoco.

Leo se endereza entonces y se gira hacia mí, como si algún sexto sentido suyo se hubiera dado cuenta de que estoy en su periferia.

—Bianca —dice.

Le doy una pequeña sonrisa. —Buenos días.

Él sonríe, y suaviza su rostro severo. Me doy cuenta ahora de que conocí a un chico hace todos estos años en la boda de mi hermano. Ahora, Leo es un hombre. Completamente. Un Don.

—¿Dormiste bien? —pregunta.

Niego suavemente con la cabeza. No quiero hacer charla trivial. No después de lo que acabo de escucharles discutir. Soy la razón por la que Leo mató a Ardian Abrashi, porque pensó que yo estaba muerta. Hana y yo lo hicimos parecer como si mi prometido se hubiera deshecho de mí, hasta el último detalle. Llevaba una bolsa con mi propia sangre la noche que huí, usándola para que pareciera que una persona zurda me había cortado con un cuchillo cerca de la entrada del callejón y luego dejando que la hoja goteara hasta una intersección de callejones oscuros más adentro en la oscuridad. Detuve el rastro escondiendo la bolsa de plástico y el arma en mi bolso que luego abandoné en el coche que me llevó al aeropuerto.

Pensando en la situación en la que Leo se encuentra ahora por mi culpa, entre la espada y la pared, recuerdo una de las razones por las que volví.

—Tengo algo que podría ayudarte con los otros Dones —le digo.

Sus cejas se juntan mientras frunce el ceño, y sé que está sopesando sus palabras antes de hablar. Es algo que solía hacer, aún más ahora en su posición de poder. Solo conmigo parece cortocircuitarse la barrera entre su cerebro y su boca normalmente. Conmigo, es impulsivo y espontáneo.

Está a punto de hablar —vi la inhalación, el suave asentimiento mientras apretaba los labios— cuando un sonido capta la atención de todos.

—¿*Maman*? —pregunta una vocecita. Luego viene el sonido de unos piecitos corriendo por las escaleras alfombradas hacia donde estoy parada al pie—. ¡*Maman*!

Me río mientras se lanza hacia mí, sus brazos rodeándome en algún lugar alrededor de mis caderas mientras aún está en el último escalón. Lo atrapo y lo tomo en mis brazos. —*Bonjour, mon cœur*.

Su cabeza aterriza en mi hombro y ahora está mirando hacia la cocina.

El silencio ha caído en la otra habitación, los dos hombres quietos, Leo pareciendo casi congelado.

Enzo me pregunta en francés quién es el hombre que está con el tío Mattia.

Mi mirada se encuentra con la de Leo. Él no habla francés, pero lo que estoy a punto de decir a continuación, seguramente lo entenderá.

Sin romper el contacto visual con él, le doy un suave beso en la cabeza a nuestro hijo y sonrío.

—*C'est ton papa*.

Es tu papá.

Ya está. La bomba ha sido soltada. Me pregunto cómo reaccionarán ahora tanto el padre como el hijo.

Capítulo 22

Leo

No sé francés, pero la palabra que usó Bianca, no tengo problemas para descifrar lo que significa.

Papa.

Padre. Papá.

Acaba de presentarme a nuestro hijo sin más preámbulos. Hablando de ser lanzado al agua profunda. Pero, de nuevo, ¿qué más podría haber dicho? ¿Decirle que soy un "amigo" de la familia? ¿Qué significado tendría eso para un niño de tres años? No creo que sea difícil traumatizar a un niño de esa edad, pero los pequeños también se adaptan a los golpes figurativos. No se va a preguntar dónde ha estado su padre durante los últimos tres años.

Una oleada de ira se eleva en mí. Perdí todo este tiempo en la vida de mi hijo. No pude verlo nacer, no pude sentirlo pateando dentro del vientre de su madre, presenciar su primer paso, su primera palabra. No pude ver el vientre de Bianca hinchándose con mi semilla. Habrá otro embarazo, porque ella es mía y nunca la dejaré ir, pero Enzo, él es nuestro primero. Hay tantas primeras veces que deberíamos haber vivido juntos en lo que a él respecta.

—Déjame llevarlo a que se limpie y volveremos abajo —está diciendo ella.

Quiero detenerla, pero no va a ir a ninguna parte. Volverá. Obligo a mi corazón a calmarse mientras asiento, viéndolos subir las escaleras de nuevo, el niño charlando con ella. Maldita sea que no sé francés.

—Él lo cambia todo —dice Mattia.

Me vuelvo hacia él. Se me escapa un suspiro. —Tienes razón. Habrá que pagar un precio muy alto.

—El sindicato no estará contento. ¿Has pensado cómo vamos a manejar esto?

—Estoy en blanco —digo con rabia.

No dormí en toda la noche, mi cabeza ni siquiera tocó la almohada una vez que llegué a casa. Aunque no es la falta de sueño lo que me tiene perdido. Me senté a beber un vaso de whisky en el estudio de mi padre durante las últimas horas, contando los minutos hasta que saliera el sol, luego esperé un tiempo razonable para volver a casa de Mattia para ver a Bianca y Enzo de nuevo.

Soy padre.

El pensamiento seguía dando vueltas en mi cabeza todo el tiempo. Y esto definitivamente lo cambia todo. No hay nada que no haría por Bianca, pero ya estoy descubriendo que hay aún más que empujaría, aplastaría y derrumbaría en lo que respecta a mi hijo. Él es *sangre*—mi sangre, y la sangre llama a la sangre. Ahora lo entiendo. El amor también tiene un lugar ahí. Mi propio padre me enseñó eso. El amor y la lealtad son una combinación peligrosa.

—Tendremos que pensar las cosas muy cuidadosamente —le digo a mi mejor amigo y mano derecha—. Necesito hablar primero con mi abuela.

No tengo un *consigliere* como tal, nadie que ocupe el lugar del consejero mayor y de confianza de un Don. No conozco a ningún hombre que quiera en esta posición, pero mi abuela, ella tiene la sabiduría y astucia necesarias para ayudarme. He estado confiando mucho en ella desde que tomé el relevo de mi padre.

Mattia asiente. —¿Puede ayudar mi padre?

Una llamarada de rabia me quema cuando pienso en el bastardo. Sin él, no estaríamos en esta situación en primer lugar. Bianca habría estado libre en la boda de Mattia, habríamos disfrutado de nuestro encuentro, ella se habría quedado embarazada, me habría casado con ella, y nuestro hijo habría nacido en mis brazos, no al otro lado del mundo lejos de mí, un secreto que quizás nunca habría descubierto. No solo eso, sino que habría negado a mi primogénito su lugar legítimo como mi heredero si no hubiera sabido de su existencia. Sé lo que significa ser el primer hijo de un Don, aquel en quien confía para que tome su lugar algún día. Enzo podría haber crecido sin conocer su herencia, el legado de su propia familia que debe mantener.

Pero el pragmatismo se asienta tras el ardor, enfriándolo. Necesito todos los aliados que pueda conseguir, y conozco a Mattia, el hombre en que se ha convertido en los últimos cuatro años. No confiaría mi vida en él si no fuera así. Ahora él toma las decisiones en su familia, así que si está

sugiriendo que se involucre al viejo, significa que él es quien lleva las riendas, no el mayor.

—Discutiremos esto más tarde —digo al vislumbrar un caftán fucsia flotando por las escaleras.

Sin querer, me pongo de pie cuando Bianca llega a la planta baja, con el niño en su cadera de nuevo.

Al verlo esta vez a la clara luz del día, algo dentro de mi pecho se aprieta. Se parece tanto a mí en mis fotos de la infancia. Tiene el mentón puntiagudo de Bianca, pero por lo demás, es una mini versión de mí.

Mi hijo.

No puedo poner su mundo patas arriba, lo sé, pero puedo mejorarlo. No necesitamos tiempo para esto. Paciencia, sí, y mucho cuidado. Pero tenemos amor desbordante para este pequeño, y eso es lo más importante, nuestra brújula apuntando hacia él, nuestro norte.

Bianca se detiene a unos pasos de mí. Enzo levanta la cabeza de donde la había presionado contra su hombro. Su mirada oscura me examina con un pequeño ceño fruncido en su estrecha frente. Le pregunta algo a su madre en francés, y deduzco que es una pregunta basada en la inflexión al final. Una pregunta sobre mí, ya que la palabra *papa* estaba allí.

Estoy conteniendo la respiración, esperando la respuesta de Bianca, incapaz de apartar la mirada de mi hijo.

Bianca se ríe. —No, su nombre es Leo. Pero puedes llamarlo *papá* si quieres.

Por suerte, esto fue en inglés.

—¿Leo como un león? —pregunta Enzo y luego me mira fijamente—. ¿Eres un león?

Me río entre dientes, aunque mi corazón amenaza con estallar. Esta es la primera vez que mi hijo me habla.

—Quizás lo sea —me escucho responder.

Le lanzo una mirada a Bianca; ella asiente. Bien, no la he cagado. Parecía duro decir que no y arriesgarme a matar su espíritu o imaginación de esta manera. Recuerdo a mi padre diciendo que no hay nada más fuerte que la imaginación de un niño.

Noto el peluche apretado contra su costado. Lo tenía con él cuando dormía también. Debe ser como una especie de manta de seguridad. Asiento hacia él. —¿Quién es este?

Enzo mira el juguete y luego a mí. —Es Godzilla.

Mis ojos se abren de par en par. ¡Vaya! Eso es un monstruo... pero bueno, el niño creció en Japón, donde la criatura es un ícono nacional.

—Me da miedo Godzilla —le digo—. Supongo que a ti no, ¿verdad?

Él niega con la cabeza.

El silencio se instala entre nosotros. Bianca lee las señales y me sonrío. Ciertamente, tenemos que ir despacio y con calma. No podemos apresurarlo.

—¿Quieres panqueques, cariño? —le pregunta.

Él chilla de alegría. Mattia y yo hacemos una mueca, aunque rápidamente componemos nuestras expresiones para que el niño no lo note. No queremos matar su alegría. Había olvidado lo agudas que pueden ser las voces de los niños.

—¡Con bubis! —exclama.

Bianca se ríe. —Con arándanos, sí.

Va a la despensa, sacando la mezcla para panqueques, luego un tazón, huevos, leche y una caja de arándanos de la nevera. Está haciendo todo esto con un solo brazo, sosteniendo al niño en una cadera. Quiero preguntar si puedo sostenerlo, pero no quiero precipitarme. Así como el consentimiento es algo importante con los adultos, también debe respetarse con los niños. ¿De qué otra manera desarrollarán límites sólidos y saludables?

—¿Puedo ayudar? —pregunto en su lugar.

Mattia también se ofrece. Ella se vuelve hacia nosotros y señala un taburete alto en la isla.

—Vigíladlo para que no se caiga —dice mientras lo coloca entre nosotros—. Pedí una silla alta anoche y debería llegar más tarde hoy.

Empieza con la masa de los panqueques, y Mattia y yo jadeamos y envejecemos una década en

un segundo cuando Enzo de repente salta hacia adelante en el taburete para alcanzar el recipiente de arándanos en la isla. Tenemos nuestras manos apoyadas a cada lado de él para asegurarnos de que no se caiga.

—De uno en uno —regaña Bianca a Enzo.

Intercambiamos una mirada, y asumo el deber de asegurarme de que coma un arándano a la vez, tragando antes de dejarle tomar otro. Me pregunto por qué, luego me doy cuenta de que podría atragantarse con demasiados. Maldita sea, cuidar de niños pequeños no es tarea fácil. Cada pequeña cosa puede ser un peligro de asfixia.

Hay un silencio agradable mientras vigilamos a Enzo y Bianca cocina en la estufa. Hana aún no se ha levantado, así que somos solo nosotros cuatro.

Una pila de panqueques llega a la mesa. Mattia trae los platos. Yo rodeo con un brazo el taburete de Enzo para protegerlo por el otro lado.

Cuando un frasco de mantequilla de cacahuete cremosa llega a la mesa, miro a Bianca sorprendido. ¿Cómo sabía que me gusta esto en mis panqueques de arándanos? Todo el mundo piensa que es raro, si no directamente asqueroso.

Estoy alcanzando el frasco al mismo tiempo que ella, y mi mano se cierra sobre la suya.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Poniéndola en mis panqueques. ¿Por qué? —pregunto frunciendo el ceño.

Ella parpadea, sus ojos grandes mostrando su sorpresa. *Qué está pasando*, me pregunto.

Finalmente, suelta el frasco.

—Adelante —me dice—. Ponla en tus panqueques.

Todavía estoy perplejo aunque hago lo que me dice. Estoy untando mantequilla de cacahuete en una pila de dos panqueques cuando siento un pequeño cuerpo cálido tirando hacia adelante y presionando contra mi brazo.

Bianca habla. —*Papá* toma sus panqueques igual que tú, Enzo.

Me quedo paralizado, con la mano a medio camino del frasco. No conozco a nadie más a quien le guste esta combinación. Al otro lado del mundo, un niño pequeño empezó a hacer esto igual que yo. No es de extrañar, porque es mi hijo.

Me tenso aún más cuando una manita tira de la manga de mi polo. Cuando me vuelvo hacia Enzo, me mira con sus grandes ojos oscuros, y luego se mueve hacia mí. Me descongelé lo suficiente para apoyar un brazo contra su espalda mientras trepa sobre mí y se deja caer en mi regazo.

—*Maman* dice que esto es raro —dice.

Me quedo temporalmente sin palabras cuando mi hijo inicia una conversación conmigo. Luego recupero el juicio.

—No sabe lo que se está perdiendo —le digo.

Él se ríe. Su pequeño cuerpo se presiona contra mi torso, y una mano alcanza un trozo de panqueque que se mete en la boca sonriente. Al hacerlo, roza mi brazo, dejando un rastro de mantequilla de maní a su paso.

No puedo decir que me importe. Estoy riendo suavemente, y cuando levanto mi brazo para lamer la mantequilla de maní, Enzo se ríe aún más, lamiendo su mano untada de mantequilla.

Riendo con mi hijo, no puedo creer que esto esté sucediendo. Está en mis brazos, y por la forma en que se apoya en mí, puedo sentir la confianza en el peso de su cuerpo. Mi corazón se estruja, y no puedo evitarlo: inclino la cabeza y le doy un suave beso en su cabello de dulce aroma.

Mi mirada se encuentra con la de Bianca cuando levanto la vista. Las lágrimas brillan en sus ojos, y en este momento, solo existimos nosotros tres. Como debería ser, por el resto de nuestras vidas.

Una familia es algo que te ancla. He escuchado a los Dones en la mesa del sindicato divagar sobre esto una y otra vez desde que tomé mi asiento. Tonterías, solía decir. Excepto que ahora, sé exactamente a qué se refieren. Por este niño, haré cualquier cosa. Por mi familia, seré un mejor hombre, todo lo que pueda ser, la mejor versión de mí mismo. Tenían razón. Ahora tengo una familia, y es con las personas que importan. Enzo, por supuesto, pero Bianca. Ella es la piedra angular. Habría hecho cualquier cosa por mis hijos, pero mi descendencia con ella, la mujer que amo? Esa es la diferencia. Eso es lo que esos viejos cabrones no entendían.

—¿Quieres alimentarlo? —pregunta ella—. Puedo...

—No. Déjame hacerlo.

Ahora que lo tengo conmigo, nunca lo dejaré ir. La familia lo es todo. La tuve con mi padre y mis hermanos, aunque nunca fue lo mismo que cuando mi madre estaba en el cuadro. Ella fue feliz en algún momento. Recuerdo las mañanas en la gran mesa de pino en nuestra casa familiar, los gemelos siendo unos verdaderos fastidios en sus sillas altas, mi madre mirándonos a nosotros, los chicos, con una suave sonrisa, sus ojos iluminándose cuando mi padre se unía a nosotros. Lo primero que hacía era ir hacia ella y besarla sonoramente en los labios. Solía decirles que era asqueroso, aunque secretamente disfrutaba la alegría de saber que estaban aquí, que eran sólidos, que eran mi lugar seguro.

No duró... pero mi familia? Haré que dure.

Bianca me muestra cómo cortar los panqueques en trozos del tamaño de un bocado y luego usar un tenedor de puntas romas para alimentar a Enzo un bocado a la vez. Está tomando una eternidad, el café que ella puso frente a mí se ha enfriado mucho antes de que terminemos siquiera un panqueque, pero no cambiaría nada en este momento.

Hana se une a nosotros en algún momento, vestida no con ropa de estar en casa sino con un mono casual. Es entonces cuando noto que Mattia también se ha cambiado mientras Hana recorre la habitación saludando a todos con abrazos y besos. Recibo un abrazo con un solo brazo, la expresión en su rostro suave y reverente mientras nos observa a mí y a Enzo juntos.

—Hice panqueques —dice Bianca.

—No, querida. Vamos a salir a desayunar —le dice Hana. Luego susurra algo al oído de Bianca.

Me parece que nos están dejando la casa esta mañana, para ayudarnos a unirnos como familia por primera vez.

—Gracias —murmuro a Mattia.

Mi mejor amigo asiente, luego acerca su cabeza a mi oído.

—Sé que nunca lastimarás a tu hijo —dice—. Pero si lastimas a mi hermana de nuevo, yo mismo te mataré, Don o no Don.

Mi mandíbula se tensa. ¿Sabe con quién está hablando? Mattia me ha jurado su *Omertà*, su voto de silencio, su promesa de lealtad.

Pero ahora mismo, no es mi soldado quien me habla. Ni siquiera es mi mejor amigo. Es mi cuñado, aquel cuya hermana pretendo. Y esto me hace aceptar de qué se tratan sus palabras. Yo habría hecho lo mismo si hubiera tenido una hermana menor. Que Bianca se fuera y mantuviera en secreto a nuestro hijo, no puedo decir que no me dolió. Me destrozó hace cuatro años, y todavía estaba en pedazos cuando ella reapareció anoche, con Enzo a cuestas, otra dimensión de mi ser luchando por su lugar en el caos desmantelado en el que me había convertido.

Es el futuro lo que importa ahora. Enzo, Bianca, nosotros tres, y luego mi lugar como Don en la mesa del sindicato. Pase lo que pase, haré que funcione. Nada más importa ahora más que nosotros tres.

Capítulo 23

Bianca

Leo se fue de vuelta a casa. Hay muchos asuntos que atender, ahora que es un Don. Todas las operaciones de la *Borgata* descansan sobre sus hombros.

Me ha dicho que quiere que su *nonna* sea la primera en conocer el secreto de mi reaparición y la existencia de Enzo. Este pensamiento me pone nerviosa. No es que no pensara que mi regreso se haría público, que la gente se enteraría. Pero la abuela de Leo es una mujer temible. Don Eduardo había sido un hombre fuerte y poderoso, pero nunca intimidante. Su madre, en cambio, es la reina no oficial del círculo mafioso en Nueva York; todas las mujeres de las familias la respetan y se inclinan ante ella.

Tener a una persona así de mi lado sería una gran ventaja, pero ¿realmente la tendré de mi lado? Me acosté con Leo cuando estaba comprometida con otro hombre. Tuve un hijo con él fuera del matrimonio y, peor aún, mantuve a este niño en secreto durante tanto tiempo. No soy ingenua: no va a mirar a Enzo y se le va a derretir el corazón, perdonando y hasta borrando todos los agravios, como sucedió con mi padre.

Hay silencio dentro de la casa. Enzo se agotó en la piscina después del desayuno, con Leo acompañándolo. Tuve que desviar la mirada más de una vez ante la visión de él con nada más que unos ajustados calzoncillos, el agua aferrándose al vello oscuro de su bien formado pecho y sus fuertes piernas, sus brazos abultados de músculos tonificados. Recuerdo que Leo era duro y en forma —oh, cómo lo recuerdo, la memoria de nuestro tiempo juntos es una película que a veces me permitía reproducir en mi cabeza cuando estaba sola en mi cama por la noche. Pero ¿este hombre? Es espléndido, y me encontré salivando más de una vez mientras chapoteaba en la piscina con nuestro hijo.

Enzo se lo pasó en grande en el agua. Leo no es imprudente, pero es mucho más despreocupado que yo con nuestro niño. Yo soy lo que se llama una madre gallina —a Hiro le encantaba bromear sobre eso, y Leo ya ha mencionado esa descripción un par de veces. Me reí suavemente, porque tiene razón. Sin embargo, al verlo con su hijo, pude ver cuánto equilibrio aportará a la vida del niño. Cediendo donde yo soy demasiado cuidadosa, indulgente donde yo soy estricta,

pero también firme en el grado justo cuando es necesario.

Juntos, se rieron, y ese es el recuerdo que conservaré de esta mañana, el sonido de su alegre júbilo mientras se unían por primera vez. No, la primera vez fue cuando Enzo se subió al regazo de Leo cuando vio a su padre poniendo mantequilla de cacahuete en sus tortitas de arándanos. La mirada de asombro en el rostro de Leo cuando Enzo aparcó su pequeño trasero en su regazo: impagable. Mi corazón se apretó casi hasta el punto de romperse cuando inclinó la cabeza para besar el cabello de su hijo.

Todo esto está dando vueltas en mi cabeza, pero sé que hay más cosas que necesito abordar. Empezando por dónde me voy a quedar ahora que he vuelto.

Levanto la mirada cuando Mattia y Hana regresan a casa después de su brunch. Parece que hay un poco de tensión entre ellos. Frunzo el ceño. Todo esto es por mi culpa, porque Hana guardó mi secreto. Aun así, una oleada de esperanza se enciende en mi pecho cuando ella se vuelve hacia él con una mirada casi suplicante en su rostro, y él no se aparta de ella, como hizo anoche. No está sonriendo, pero el gesto que le hace, es un comienzo.

—¿Leo se ha ido? —pregunta mi hermano mientras se sienta frente a mí.

—Tiene asuntos que atender —respondo.

—¿Koji? —pregunta Hana mientras se sienta a mi lado.

—Durmiendo la siesta. —Me vuelvo hacia Mattia—. Padre quiere que me quede en su casa.

Sus cejas se fruncen. —No quieres hacerlo.

La forma en que dice esto hace que lo mire fijamente por un largo momento. El hombre que conocí antes de irme me habría dicho directamente que nuestro padre tiene razón, que debería acatar sus deseos. Este Mattia, sin embargo, me pide mi opinión, aunque no lo haya formulado como una pregunta.

La tranquila fuerza en su tono me dijo, más que cualquier otra cosa que hubiera presenciado hasta ahora, cuánto ha madurado mi hermano. Al igual que Leo. Ya no son jóvenes revoloteando por la vida con el objetivo de manejar los asuntos de sus familias mucho más adelante. Su momento es ahora, y lo aprovecharon.

Puedo confiar en ellos. Esta no es la época de mi padre, cuya palabra era ley.

—No —confirmo.

Mattia entrecierra los ojos, como si estuviera sopesando sus palabras.

—Puedes quedarte aquí —dice finalmente.

Hana me aprieta la mano. —Todo el tiempo que necesites.

Mattia lo confirma con un gesto.

Un suspiro de alivio se me escapa. Me gusta estar aquí, y Enzo ya se ha adaptado a este lugar como pez en el agua. No quiero traer aún más cambios a su vida de inmediato. Tampoco sé qué arreglos de vivienda querrá Leo que tengamos —no me permito pensar tan lejos. Necesitamos ir paso a paso, él y yo.

—Leo y yo hemos organizado la seguridad alrededor de esta casa. Estarás a salvo aquí —dice.

—No he visto a nadie por los alrededores.

Sonríe. —Precisamente. Nuestros hombres son buenos.

Algo me llama la atención en la forma en que dijo "nuestros" hombres, y jadeo. —¿Has jurado *Omertà* a Leo!

—Por supuesto. —Se encoge de hombros.

¿Qué más esperaba? Estos dos han sido uña y carne toda su vida.

Siempre se suponía que serían la próxima generación de nuestro mundo. Excepto que esto no debía suceder antes de que cumplieran los cuarenta, por lo menos, cuando nuestros respectivos padres se hubieran retirado o abandonado el juego por completo. El asesinato de Don Eduardo cambió las cosas. Le dio a Leo un asiento en la mesa de un sindicato que aún se jacta de una mayoría de viejos aferrados a sus costumbres. Su clase no le gusta ni da la bienvenida a sangre nueva.

De repente me doy cuenta del lío que he creado al volver. No hay manera de mantener mi identidad en secreto, no puedo usar mi nombre falso aquí. La farsa se descubrirá en algún momento, y cuanto más tardemos en revelar la verdad, peor será.

Me abrazo a mí misma mientras un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Y ahora qué? —le pregunto a Mattia.

—Tendremos que informar al sindicato.

Asiento.

—¿Cómo quieres hacerlo público? —me pregunta.

Me doy cuenta de que me está dando una salida. Al tener el control sobre la narrativa de mi desaparición y luego mi regreso, tendré algunos hilos en mis manos, al menos.

Sin embargo, ya hice esto una vez, y mira el lío en el que estamos ahora. O si no, el desastre en el que estaremos pronto cuando los otros Dones se enteren de que sigo viva.

Esto me recuerda que tengo una forma de ayudar a Leo y, en última instancia, a Mattia y a mi padre también. Es una de las razones por las que decidí volver. Es un hecho que me mantendrán a salvo y, lo que es más importante, a Enzo, pero también puedo ayudarles.

—¿Puedes llevarme al centro hoy? —le pregunto a mi hermano.

—¿Por qué?

—Hay algo que tengo que podría ayudar. Está en una caja de seguridad en el Banco Kontar.

Frunce el ceño. —¿Quiero saber de qué se trata?

—Es para Leo.

—De acuerdo —responde—. Pero... ponte tu disfraz.

No me he maquillado esta mañana. Como tal, no me parezco tanto a Bérénice. Ese aspecto engañó tanto a mi padre como a mi hermano; nadie me va a reconocer como la desaparecida-presuntamente muerta Bianca Bonucci.

—Yo cuidaré de Koji —dice Hana con una sonrisa.

Me levanto. —No hay mejor momento que el presente. Déjame prepararme y luego podemos irnos.

Mattia asiente, y me encuentro con él junto a su coche diez minutos después. Me hace pasar al asiento trasero de su SUV, y frunzo el ceño cuando un hombre grande y corpulento se desliza en el asiento del copiloto. Claro, seguridad. Supongo que tendremos un guardaespaldas con nosotros.

Nos lleva alrededor de media hora llegar al distrito financiero con el tráfico de media tarde. Entro y salgo del banco en el mismo tiempo. Una de las razones por las que elegí este lugar es la estricta confidencialidad con respecto a sus clientes. Nadie aquí señaló una caja de seguridad a nombre de Bianca Bonucci en todo este tiempo, y el gerente-conserje de prestigio que me atendió hoy no pestañeó ante mi reaparición. No se activó la seguridad, así que estábamos bien; el escaneo de retina no se vio afectado por mi maquillaje y claramente reconoció mi iris.

Con la memoria USB ahora en mi posesión, regresamos a Lenox Hill, donde le pedí a Mattia que llamara a Leo, haciéndole saber que debería traer una laptop con él. Necesitaré un teléfono ya que el mío todavía tiene una tarjeta SIM japonesa; dejaré que Mattia y Leo decidan sobre esto. Los Dones suelen tener dispositivos especiales que distribuyen a sus equipos y personas.

Leo responde, preguntando si puede venir a cenar. Hana y yo empezamos a preparar la comida mientras esperamos a que llegue a primera hora de la noche.

Enzo es una pequeña bola de energía cuando se despierta de su siesta más larga de lo habitual. Supongo que la diferencia horaria y el jet lag también le están afectando a pesar de que hemos ido hacia el oeste, lo que debería haber hecho todo menos duro. Es un cohete que se propulsa contra las piernas de Leo cuando este entra en la casa poco después de las siete.

Leo se ríe y atrapa a su hijo en sus brazos, abrazándolo durante un largo rato antes de acomodarlo en su cadera. No puedo evitar la sonrisa tonta en mi cara mientras los observo. Cuando Leo se acerca a mí y me da un beso en un lado de la cabeza, una parte de mí suspira por dentro. Esto, la imagen doméstica que presentamos ahora, es lo que siempre he querido. Sin embargo, no es algo seguro para nosotros, no en este momento.

Todo dentro de mí se vuelve serio, y me muerdo el labio. Todavía tenemos nuestro mayor obstáculo por delante.

—¿Trajiste una laptop? —le pregunto.

—Está en el coche.

—¿Puedes traerla, por favor?

Enzo se niega a venir conmigo cuando intento desenredarlo de los brazos de Leo. Leo acaba llevándolo consigo para recuperar el ordenador. Estoy sosteniendo la memoria USB cuando regresan. Esto no es algo que quiera exponer frente a mi hijo. ¿Cómo puedo conseguir que nos dé un momento a solas?

Hana viene al rescate, probablemente leyendo la situación y sabiendo también que el dispositivo que sostengo tiene información preciosa para toda nuestra familia.

—Koji, ven a ayudarme a poner queso en esta salsa.

Él se baja y corre hacia ella en el siguiente instante. Estamos haciendo macarrones con queso desde cero. Hana tendrá las manos llenas evitando que se coma todo el queso rallado, pero nos da el respiro que necesitamos.

—Ven —le digo a Leo.

En el último segundo, dudo en tomar su mano. ¿Adónde vamos los dos? Sé que él quiere estar en la vida de su hijo, lo que significa que yo también tendré un lugar allí. Pero ¿nosotros? No hemos hablado de ningún asunto serio desde los apasionados besos que intercambiamos anoche, y ahora estoy en el limbo, asimilando completamente las ramificaciones de mi regreso.

—Oye —dice mientras entramos en la oficina de Mattia y cierra la puerta suavemente detrás de él.

—Hola —murmuro de vuelta, mirándolo desde debajo de mis pestañas.

—¿Qué pasa?

Me muerdo el labio con tanta fuerza que puedo saborear el sabor cobrizo de la sangre. Cuando suelto mi labio inferior, el pulgar de Leo se acerca para acariciarlo suavemente.

—¿Qué estás haciendo? —murmura.

—Yo... —Las palabras se me escapan, y solo puedo parpadear mirándolo.

—Lo tenemos controlado —me tranquiliza, sus dedos desplegándose sobre mi mandíbula, su palma cálida y fuerte.

Me refugio en su caricia, cerrando los ojos brevemente.

—Lo he estropeado todo —suelto de repente.

Leo inhala bruscamente, el sonido rápido y visceral en el silencio de la habitación.

—Lo resolveremos —dice.

Asiento. Mi mano se ha cerrado sobre la memoria USB, sus bordes afilados clavándose en mi palma y recordándome que tengo algo que podría ayudar.

Se la entrego. —Investigué a Ardian antes de irme.

Su rostro se ensombrece. —¿Esas mierdas retorcidas en las que estaba metido?

—No solo eso. —Mi amigo de la Sorbona me había enviado cuatro archivos; solo revisé el último mientras planeaba mi escape—. Llevaba diarios, apuntando notas sobre todas las personas que ha conocido.

—¿Los tienes?

—Son de hace cuatro años, pero algo podría serte útil aún.

Toma el dispositivo y lo conecta a su portátil.

—Archivo número cuatro —le indico. No me arriesgaré a que abra las fotos o vídeos de esas retorcidas porquerías sadomasoquistas que le gustaban a mi ex prometido. Con verlas una vez fue suficiente para traumatizarme.

Lo observo leer las notas garabateadas en las imágenes, instantáneas de diarios probablemente guardados en la nube como medida de seguridad. Sus ojos se mueven rápidamente de izquierda a derecha, y recuerdo que es un lector veloz; Mattia solía decirme que Leo leía dos o tres libros por semana cuando eran más jóvenes.

—¿Has leído todo esto? —pregunta, mirándome con los ojos entrecerrados.

Asiento. —¿Servirá de ayuda?

—Puede que sí. —Suspira.

Lo que no dice pero que sin embargo entiendo es que este es material para chantaje, y eso es algo en lo que no está dispuesto a meterse. No todavía. No a menos que sea como último recurso, de todos modos.

Mis hombros se desinflan. Todo esto podría haber sido en vano.

—Lo siento —digo de nuevo, mi labio temblando. ¿En qué lío nos he metido?

Leo se levanta de su asiento en un instante, sus brazos rodeándome mientras me atrae hacia él. Me acurruco en su abrazo, mi mejilla presionada contra su pecho, su corazón latiendo bajo mi oído. Su ritmo es rápido y fuerte, lo cual no me calma en absoluto.

—No es tu culpa —murmura cerca de mi oído.

—Sí lo es...

Se ha apartado tan rápido que me tambaleo, las palabras cortadas a mitad de frase.

—No voy a permitir que te culpes —dice, con voz fuerte, tajante, autoritaria.

No puedo escapar de la compulsión tejida en sus palabras aunque lo intentara. Y no quiero intentarlo; al final del día, solo soy una mujer en este juego de hombres llamado Mafia.

—Leo —murmuro, con la respiración entrecortada.

—Shh. —Una mano está firmemente anclada en mi cintura, la otra subiendo para presionar mi cuello, sus dedos rozando mi mandíbula—. Hiciste lo correcto. Protegiste a nuestro hijo.

Mientras miro en sus ojos, la convicción en ellos viaja hacia mí y se filtra en mi sangre.

Nuestro hijo. Enzo.

—Él es lo único que importa —digo suavemente, la certeza de Leo infundiéndose también en mí.

Sus dedos se aprietan en mi rostro, y me obliga a mirarlo aún más, a darle mis ojos, toda mi atención.

—*Nosotros* —enfatisa—. Nosotros somos lo único que importa.

Trago saliva suavemente, deseando que su certeza se entreteja en cada una de mis células.

—Deja el resto en mis manos —añade.

Cuando reclama mi boca en un beso voraz, el deseo se apodera de mí.

Deseo, pero también temor. Leo está en pie de guerra. No temo por nosotros, pero ¿las personas que se interpongan en nuestro camino? Que Dios se apiade de ellas.

Capítulo 24

Leo

Esos malditos cabrones que se hacen llamar el sindicato nunca me dejarán en paz. No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que las cosas pasen, como me dijo mi padre, y no involucrarme. Estos pirañas quieren sangre. *Mi* sangre. No necesitan saber que Bianca está viva para ponerme una diana en la frente; no necesitan ninguna razón específica para empezar a dispararme. Soy la nueva generación, así que no soy uno de los suyos, no soy miembro de su viejo mundo y de su obstinado círculo.

Hablé con mi abuela antes de venir aquí. Aprecio sus consejos y también quería ponerla al día de todo lo que ha estado pasando. Me ha dado indicaciones sobre cómo tratar con estos hombres; ella es una mujer, y una muy astuta, en su mundo, y ha aprendido a navegar por sus traicioneras y peligrosas aguas. Hoy tendré muy en cuenta sus palabras.

No hace falta decir que estaba extasiada con la noticia de que tiene un bisnieto. Horrorizada de que no supiéramos de él durante todos estos años, sin embargo, lo entendió cuando se enteró de las circunstancias que rodearon su concepción. Cuando le dije que me voy a casar con su madre, recibí su bendición, porque significaba que no me casaría con esa zorra —sus palabras, no las mías— de Paloma Salvatore. Soy consciente de que Bianca tendrá que hacer algunas concesiones para ganarse el favor total de mi *nonna*, pero al menos está dentro, lo cual ya es decir algo. Cuento con Enzo para que mi abuela entre en razón.

En cuanto entro en la gran sala que acoge esta reunión que Roberto Bonucci ha convocado en un club discreto y de confianza en el Upper East Side, puedo sentir todas las miradas clavadas en mí.

—Don Pellegrini —exclama Don Salvatore cuando tomo asiento.

Lo reconozco con un gesto de cabeza. No hacerlo podría significar una declaración de guerra. Puede que todos estemos sentados a esta mesa, pero la paz entre nosotros es tenue, en el mejor de los casos. Nos mantenemos civilizados porque lo necesitamos, no porque queramos.

—Mi Paloma se reunirá conmigo para cenar cuando terminemos —añade.

Leo las palabras no pronunciadas: *únete a nosotros*. Y en última instancia, *cásate con ella*.

Sobre mi cadáver me acercaré a Paloma Salvatore. Aunque sea la última mujer en la Tierra. Sin mencionar que Bianca ha vuelto ahora, así que esta cuestión es discutible. Ninguna otra mujer, mucho menos la hija de Don Salvatore, me tendrá jamás como suyo.

Pensar en Bianca me recuerda por qué estamos aquí. Como Dones, todos nos sentamos a la mesa, nuestro *consigliere*, si tenemos uno, o nuestro segundo al mando de pie detrás de nosotros contra la pared. Mattia está aquí conmigo por eso. Ahora estamos esperando que llegue su padre. Los Dones siempre se instalan primero.

Mattia y yo fuimos a su casa anoche para discutir la estrategia para esta reunión. Habíamos acordado que la noticia de la reaparición de Bianca debería ser comunicada por él, como su pariente mayor y más cercano. No importa que Mattia esté ahora al frente de su familia; mientras una persona mayor esté viva, es el patriarca nominal.

Sin embargo, mi mente no estaba en esta reunión. O lo estaba, pero no como la habíamos planeado. La memoria USB que Bianca me había dado estaba en el bolsillo de mi traje. Ya había enviado los archivos a mis hermanos. Sergio y Emilio son genios de la informática; no hay nada que no puedan encontrar en línea. Pero como siempre dicen, se necesita un hilo rojo al que aferrarse cuando se baja a la dark web. En realidad, lo llaman un conejo blanco, y eso es exactamente lo que les proporcioné con la información de esa llave.

Bianca ha hecho bien en mantenerla segura. ¿El hecho de que volviera en parte para poder entregarme esta información? Calentó una parte de mí. Le importo. Quería ayudarme en esta inestable posición en la que me encuentro con los otros Dones. Sabiendo lo que es estar a su merced, no quería que yo experimentara esto. Entiendo que volvió principalmente porque Enzo es mi heredero. Está protegiendo a su hijo. Pero también pensó en mí, y me aferro a esta idea. Tener a nuestro hijo en nuestras vidas ahora ha lanzado una granada sin espoleta en medio de nosotros. Las repercusiones de esa explosión están a punto de llegar.

Todavía no sé cómo protegerla a ella y a mi hijo de ellos. Ella me dio una posible solución: con esta información de los diarios del Contable, tengo algo con lo que trabajar respecto a los Dones. Mis hermanos también descubrirán todo lo que haya que encontrar sobre ellos ahora que saben dónde buscar y qué. Pero, ¿chantaje? Es algo que mi padre nunca hizo, un nivel al que nunca se rebajó.

¿Tendré que hacerlo yo? Espero que no, pero esto, solo el tiempo lo dirá.

Un silencio cae sobre la sala cuando Roberto Bonucci es escoltado dentro. Se intercambian miradas, algunos de los hombres miran a Mattia y en consecuencia a mí. El silencio resuena, hasta que Don Salvatore lanza el guante.

—¿A qué debemos el honor, Roberto?

Cualquiera puede oír el sarcasmo que gotea de sus palabras. Después de todo, es porque la hija de Roberto Bonucci no se casó con un Abrashi que empezó la guerra. Lástima que el hombre que se pavonea como un pavo real arrogante no se dé cuenta de que también tenía los medios para poner fin a dicha guerra, si hubiera casado a su preciosa Paloma con uno de ellos.

Para su crédito, Roberto parece imperturbable. Nunca me gustó el semblante presuntuoso que podía afectar con tanta facilidad, pero hoy, esto está trabajando a su favor.

Asiente suavemente a todos los Dones en la mesa, uno por uno. Cuando su mirada vuelve a Don Salvatore, empieza a hablar.

—Como miembro de este sindicato, mi lealtad es para con él —comienza—. Es la razón por la que sentí necesario informarles a todos de un acontecimiento que acaba de ocurrir. —Hace una pausa, como para enfatizar—. Mi hija, Bianca, ha sido encontrada. Ha vuelto a casa, sana y salva.

Es casi como si pudiera oír un zumbido en el aire, como los restos de una granada aturdidora explotando dentro de la habitación. Todos están atónitos, hasta que de repente se desata el caos. Las preguntas surgen de todos lados.

—¿Qué quieres decir con que ha vuelto?

—¿Entonces estuvo viva todo este tiempo?

—¿Cómo? ¿Quién la escondió?

—¿Por qué huyó?

—¡Tiene que responder por esto!

Esta última, por supuesto, proviene de Don Salvatore, quien parece haberse autoproclamado

nuestro *capo di tutti capi*, nuestro padrino, el que está a la cabeza de lo que se supone que es una mesa redonda.

Sus palabras caen sobre mí como el chasquido de un látigo, y estoy hablando antes de que pueda siquiera pensarlo.

—Ella no les debe nada.

Mi tono tranquilo ha logrado atravesar de alguna manera el furor que envuelve la habitación. Todos los ojos se vuelven hacia mí.

—Tú no tienes voz ni voto —dice uno de los Dones—. Esto es algo por lo que la familia Bonucci tiene que responder. Roberto y Mattia.

—Fue porque ella se fue que comenzó la guerra —lanza Don Salvatore—. Pensamos que estaba muerta. Y todo este tiempo, estaba viva. ¿Es una coincidencia que de repente esté de vuelta cuando la guerra ha terminado? ¿Cuando buenos hombres han muerto por ello, por ella?

Prácticamente escupió esa última palabra, lo que hizo que se me erizaran los pelos.

—Fue por *tu culpa* que comenzó la guerra. Podrías haber casado a tu hija con su familia —respondo sin alzar la voz.

La cara del cabrón se pone roja. —Como si alguna vez fuera a someter a mi hija...

—¿Pero él sí? —señalo con la barbilla a Roberto Bonucci.

—Él la ofreció —escupe el Don.

Puedo sentir cómo mi rostro se transforma en una mueca de desprecio. Cruzo miradas con Roberto, y él se estremece. Nunca le perdonaré por haber vendido a Bianca a esos bastardos albaneses. ¿Y todo para qué? ¿El favor del sindicato? Habría conseguido mucho más si me la hubiera entregado a mí. ¡Yo *me siento* en la maldita mesa!

—Espera —dice alguien. Es Don Vespucci, un buen amigo de Don Salvatore. Vuelve sus ojos penetrantes hacia mí—. Tú mataste al Contable.

Me encojo de hombros. Es cierto, aunque no conocen toda la verdad.

—Tú tienes algo que ver con esto —continúa.

Es el momento de la verdad. Puedo permanecer en silencio ahora, guardar mi parte y seguir con mi vida. Reclamaré a Bianca como mía y seremos una familia con nuestro hijo. Excepto que no podemos. La existencia de Enzo planteará tantas preguntas. Incluso si hubiera nacido a término cuando lo hizo, eso situaría su concepción en mayo, cuando ya se había anunciado el compromiso de Bianca. No hay manera de negar que estuviéramos involucrados en ese momento.

A veces, la mejor defensa es el ataque. No esperan que yo golpee primero. Lo mejor que puedo sacar de esta situación ahora es crear un caos que luego pueda controlar de alguna manera si la narrativa es mía.

—Bianca Bonucci estaba esperando a mi hijo en ese momento —digo.

Es otro manto de silencio durante unos segundos, luego el alboroto se reanuda, los Dones ahora de pie. Yo permanezco sentado, sin embargo. El poder es mío, no de ellos.

—¿Sabías sobre esto? —le lanzan a Roberto, quien niega con la cabeza, su mandíbula tensa.

—Y tú, encubriste a tu hermana —le lanzan a Mattia.

—Mi lealtad es para con mi Don —responde Mattia con calma.

No me giro para mirarlo, pero debe saber que tiene mi agradecimiento por defenderme así. Más que un soldado, es mi mejor amigo, y también será mi cuñado pronto si me salgo con la mía.

Pero la tormenta que acabo de crear en esta habitación no amainará pronto. Lo sé; todos lo sabemos.

—¡Mataste al Contable! —grita Don Vespucci.

—Eso no es noticia —respondo.

—¡No querías la paz! —lanza, con saliva volando de su boca.

—Él estaba tomando lo que es mío —replico.

—¡Por tu culpa! —acusa Don Salvatore—. ¡Tú eres la razón detrás de la guerra!

Todos podemos oír el clic cuando resuena en la habitación. Todas las miradas se vuelven hacia Don Vespucci, quien me ha apuntado con una pistola.

No tengo miedo de morir, pero este viejo cabrón no será quien me acabe. Lo juro por la vida de mi hijo. Clavo mis ojos en él, provocándolo a que siquiera intente apretar ese gatillo. Por dentro, me estoy riendo. Una mirada rápida me mostró que ni siquiera ha quitado el seguro del lateral. Su generación, todos son partidarios de los revólveres. Dales una semiautomática y es como pedirles que manejen un smartphone sin manual de instrucciones.

—Basta de esta locura —dice Mattia con voz fuerte y clara.

—¿Quién eres tú para atreverte a hablar, *cazzo*? —le pregunta Don Vespucci.

Si hubiera escupido después de decir esas palabras, no me habría parecido extraño.

—Soy el segundo de mi Don, eso es lo que soy. Y como todos harían bien en recordar, sus segundos o sus *consiglieres* están destinados a ser su voz de la razón.

Veo al *consigliere* de Don Vespucci, un hombre llamado DiPalto, acercándose al Don envejecido y tocándole el brazo discretamente.

La mano que sostiene el arma tiembla. No sé si es por tensión o humillación. El arma se baja y se guarda, pero no antes de que unos ojos ardientes se encuentren con los míos desde el otro lado de la sala.

—Esto no ha terminado —murmura Don Vespucci.

—Esto es la guerra —sisea Don Salvatore a su lado.

La mano de Mattia está sobre mi hombro. Lo tomo como una señal para levantarme. Me tomo mi tiempo, desplegando mi figura alta que me hace sobresalir por encima de esos hombres aun con la mesa entre nosotros. Mis manos abrochando casualmente los dos botones superiores de mi chaqueta, mis ojos nunca dejando a los hombres.

Sin decir una palabra más, salgo de la habitación, con Mattia a mis espaldas y su padre siguiéndonos. Espero hasta que estamos en el coche, con Pano, mi chófer, poniéndonos en marcha antes de hablar mientras miro por la ventana.

—Necesitamos matar esta guerra antes de que estalle.

Capítulo 25

Bianca

La espera me está matando. Cuando decidí volver, nunca pensé que pasaría tanto tiempo preocupándome. En mi mente, sabía que no podía simplemente entrar aquí y, como por arte de magia, todo saldría bien y sin problemas. No soy idiota. Sin embargo, no consideré el otro extremo del espectro, donde mi regreso significa que estoy protegiendo a mi hijo, sí, pero ¿a qué costo para todos los demás?

Anoche, mi hermano y Leo fueron a ver a mi padre. Leo tenía en su poder la información que le había dado, y no había mucho más que pudiera hacer ahora que había entregado esta carta de triunfo que había guardado durante tanto tiempo. Me pregunto si siquiera ayudará a Leo, pero él me dijo que dejara el resto en sus manos. Eso hice, sin darme cuenta de cuánto control e incluso el dominio sobre todo se deslizaría de mis manos a las suyas, dejándome despojada y a la deriva.

Como mujer en el típico mundo de hombres que es la Mafia, conozco muy bien esta sensación. No importo mucho, en el gran esquema de las cosas. Mira cómo fui entregada a los Abrashi. Al tomar mi vida en mis propias manos y marcharme, había tomado las riendas. Al volver, las renuncié. Y odio esta sensación. Me está poniendo inquieta, como si tuviera un monstruo atrapado dentro, uno que se alimenta de mi impaciencia y de todo el desconocimiento que ahora impregna mi mundo.

No he visto a Leo desde que se fue anoche y, como tal, no tengo ni idea de lo que está pasando. Mattia nos dijo a Hana y a mí que hoy se reunirán con el sindicato, mi padre para anunciar la bomba de la noticia de mi regreso. Eso no caerá bien, no voy a engañarme pensando que va a suceder de otra manera. Pero estoy ansiosa por saber cuáles serán las repercusiones.

Salto de mi asiento en la sala cuando se abre la puerta principal y entran mi hermano y Leo. La mirada tormentosa en sus rostros me dice todo lo que necesito saber, y retrocedo un paso mientras una mano sube a mi cuello. ¿Es una locura imaginar que pronto caerá una guillotina sobre mi garganta? ¿Así es como se sintió María Antonieta durante sus últimos días?

—¿Qué pasó? —pregunto, incapaz de contener las palabras.

Mattia frunce el ceño mientras pasa junto a mí y se dirige a su estudio, que se encuentra en el pasillo detrás de la cocina.

—¡Papá! —grita Enzo cuando ve a Leo.

Ni siquiera puedo dejar que la alegría de ver a nuestro hijo lanzarse a los brazos de su padre y Leo atrapándolo una vez más caliente mi corazón. La inquietud está marcando un ritmo errático en mi caja torácica, y mi respiración es corta y superficial.

Leo besa sonoramente a nuestro niño en las mejillas y luego lo abraza, la mejilla de Enzo aterrizando en su hombro.

—¿Está todo bien? —murmuro.

Leo niega suavemente con la cabeza. —No delante de...

Su mirada se dirige a nuestro hijo, y asiento.

Parece notar que la televisión está encendida en la sala y se dirige hacia ella.

—¿Qué estás viendo? —le pregunta a Enzo.

—Es *Peppa Pig*. Ella es Peppa —dice, señalando la pantalla—. Vive con su mami, su papi y su hermanito George. Yo no tengo un hermanito. ¿Tú tienes un hermanito?

Leo se ríe. —Tengo tres.

Enzo jadea con asombro. —¿Quieres ver *Peppa Pig* conmigo?

Leo lo deposita suavemente en la alfombra frente al televisor. —Ahora no puedo, amigo. Pero te prometo que lo haré en otra ocasión.

Enzo suspira. —Está bien.

El mundo a su alrededor parece olvidado mientras se sumerge de nuevo en su dibujo animado.

Leo le revuelve el pelo y luego se levanta, dirigiéndose al pasillo que lleva al estudio de Mattia.

Lo detengo con una mano en su brazo. —Leo...

Exhala ruidosamente. —Es un desastre, como esperábamos. Necesito ponerme al frente de esto.

Hay una finalidad en sus palabras que me golpea como una ola de choque helada. Mi mano cae de su manga, y él no mira atrás ni una vez mientras se dirige al estudio. Escucho la puerta cerrándose tras él, los dos hombres ahora encerrados en su dominio donde nosotras, las mujeres, no tenemos lugar.

Levanto la mirada y veo a Hana en la escalera. No sé cuánto ha visto o escuchado, pero su rostro es grave. Levanta los hombros como preguntándome cómo fue. Solo puedo negar con la cabeza en respuesta.

Ser una mosca en la pared de ese estudio ahora mismo. Hace todos estos años, me fui porque quedarme aquí habría creado un lío y comenzado una guerra. La guerra vino y se fue, pero mi regreso, de todos modos, hizo un desastre, y parece que ahora es peor, un verdadero desastre. Había visto ira en el rostro de Mattia cuando entró, y en el de Leo, no había sido resolución tanto como determinación ardiente.

Conociendo a Leo, sabiendo que puede matar a alguien y no necesitar que nadie más haga el trabajo sucio —aún no sé cómo se deshizo de Ardian, pero todos saben que está detrás de esa muerte—, no es algo bonito lo que le espera al sindicato. Y esos bastardos, los viejos Dones, contraatacarán, y no dudan en luchar sucio. No hay honor entre ellos cuando su orgullo está herido.

Gimo, llevándome las manos a la cara. —Oh, Dios. ¿Qué he hecho?

Al bajar las manos, veo a Enzo frente al televisor. Está cantando junto con Peppa. Normalmente, los sonidos de este dibujo animado me vuelven loca, después de haberlos escuchado en bucle durante años, pero hoy, trae un suave bálsamo a mi corazón. Enzo, él es todo lo que importa. Lo que no daría por mantenerlo así toda su vida: despreocupado, feliz, seguro. Su única preocupación es si habrá brócoli en su comida esta noche, siendo el problema entonces cómo se las arreglará para evitar tener que comer algo verde.

Es inocente, como todos lo fuimos en algún momento. Pero tendrá que crecer; no puedo evitarlo. Es el heredero de su padre, y algún día, ocupará los mismos zapatos que el padre de Leo dejó vacantes para él. Mi hijo es el próximo Don de la familia Pellegrini, y ninguno de nosotros puede escapar de eso.

Leo sabe lo que hace. Al pedirme que se lo deje todo a él, significa que va a cuidar de nosotros.

Se encargará de todo. No hay nada más que pueda hacer ahora sino confiar en él. Después de todo, eso es lo que quería cuando volví, que Leo reconociera a su hijo, que mantuviera a su hijo a salvo. Yo no importo en este cuadro. Nunca he importado, no desde que vi aparecer esa segunda línea en la prueba de embarazo que me hice en esta misma casa.

Con determinación fluyendo a través de mí, inhalo profundamente y me giro hacia Hana, que se ha unido a mí en la cocina.

—¿Empezamos con la cena? —pregunto.

Los hombres están aquí y necesitarán ser alimentados. Sin decir una palabra más, nos sumergimos en los pasos necesarios para preparar la comida. Hana corta las verduras y hortalizas para una ensalada mientras yo limpio las pechugas de pollo y las unto con salsa chimichurri antes de envolverlas en papel de aluminio y colocar los paquetes en el horno para que se cocinen.

La secadora en el cuarto de lavado emite un pitido indicando que ha terminado un ciclo. Hana llena una cesta y luego asiente hacia las habitaciones de arriba. Los dibujos animados de Enzo han terminado, y antes de que comience otro, lo llevo conmigo escaleras arriba. Está más que feliz de acomodarse en una cama con su colección de dinosaurios de plástico mientras ayudo a Hana a doblar la ropa.

—Leo se encargará de esto —me dice con una sonrisa.

Asiento. No hemos tenido mucha oportunidad de hablar últimamente, y este momento me recuerda a nuestro tiempo en mi apartamento en Tokio.

—¿Cómo van las cosas entre tú y Mattia? —pregunto.

La sonrisa desaparece del rostro de Hana. Extiendo el brazo y la abrazo con un brazo.

—¿Quieres que hable con él? No fue tu culpa que no supiera que yo seguía viva.

Ella sorbe un poco. —No es eso.

—¿Entonces qué es? —pregunto, apretando suavemente su mano.

Hana toma una respiración profunda que de alguna manera se atasca en sus fosas nasales, haciéndola resoplar. —Yo... creo que no puedo tener hijos.

—¿Qué? —parpadeo hacia ella—. ¿Cómo puedes decir eso?

Suspira, sonando exasperada. —Han pasado cuatro años, B. Cuatro años teniendo relaciones sin protección. Ya tendría que haber pasado, ¿no crees?

Me estremezco un poco por dentro: yo tuve relaciones una vez sin protección y quedé embarazada. No soy una autoridad en este tema.

Algo dentro de Hana parece desinflarse mientras exhala.

—¿Qué pasa? —pregunto de nuevo—. Sabes que puedes contarme.

Ella desvía la mirada. —No creo que Mattia quiera hijos.

—Vamos, le encantan los niños.

—Yo también lo pensaba. Hasta que mencioné la adopción ayer.

—¿Está en contra de que adopten un niño? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Dijo que no puede proteger a un niño si no es de su sangre —resopla.

Por mucho que quiera resoplar también, puedo ver el sentido detrás de esto. Mattia y yo crecimos en la Mafia, donde la *sangre* lo es todo. Hana realmente no lo entenderá, y eso no es un defecto suyo. Necesitas estar dentro de este mundo para comprenderlo. Hay un código sobre la sangre: es por eso que traje a Enzo de vuelta, para que su padre lo protegiera, protegiera su linaje. Ese niño está fuera del alcance de todas las otras familias en nuestro mundo por eso.

Pero sin linaje, las personas involucradas son un blanco legítimo. Un niño que no ha nacido de un hombre de la Mafia es un pupilo, nunca un hijo o una hija. No se les concede el mismo nivel de protección que a los de sangre.

—¿Qué hay de la fecundación in vitro? —pregunto, tratando de aportar un poco de esperanza.

—Callejón sin salida.

—¿Por qué?

—Me hice revisar en Tokio. Fui a su mejor clínica, y me dijeron sin rodeos que tengo muy pocos óvulos para extraer para el procedimiento.

Estoy temblando de incredulidad. —Pero aún no tienes treinta.

Se encoge de hombros. —No gané la lotería en ese departamento.

El silencio se instala entre nosotras, hasta que Hana emite un pequeño chillido que suena como un sollozo.

—Mattia no tendrá un hijo que no sea de su sangre, B, y no me veo dejando que algún médico fertilice el óvulo de alguna mujer donante con su espermatozoide para que luego yo lleve a este bebé en mi útero. Quiero *mi* hijo con él —dice, derrumbándose con esas últimas palabras.

Mientras la atraigo hacia mis brazos, mi corazón se compadece de ella. Puedo intentar consolarla. Puedo hablar con mi hermano. Pero en última instancia, ¿de qué servirá todo eso? Hana y yo estamos en situaciones en las que nunca pensamos que nos encontraríamos, y esto nos está rompiendo el corazón.

—No quiero que te vayas —murmura mientras me abraza con fuerza—. No sé qué haré cuando...
—No puede terminar, la frase termina en un hipo.

Cuando nos mudemos. Cuando Enzo ya no esté dentro de estas paredes.

—Siempre hay una solución —le susurro suavemente para calmarla.

Pero mientras la sostengo, reflexiono sobre mis propias palabras. ¿Es cierto? ¿Leo y yo encontraremos una solución a nuestra situación? ¿Se avecina otra guerra entre él y el sindicato ahora que he regresado y se sabe que nunca estuve muerta, que Leo y yo tenemos un hijo, que nunca iba a casarme con Ardian Abrashi?

Si no me había dado cuenta antes, lo hago ahora: al venir a Nueva York desde Tokio, salté de la sartén para caer en las brasas. No habríamos estado a salvo allí, pero tampoco lo estamos aquí. No me siento segura, y es una verdad con la que tendré que vivir ahora, al menos hasta que Leo encuentre una solución para nosotros.

¿La otra alternativa, una guerra? No puedo contemplarla. Ni ahora. Ni nunca.

Con los dedos cruzados, ruego que Leo pueda sacarnos de este desastre.

Capítulo 26

Leo

Han pasado unos días desde aquella fatídica reunión en la que Don Vespucci sacó una pistola y me apuntó con ella.

Mi abuela lo llamó por lo que es: un desastre total. No se puede negar. Y por mucho que no quiera recurrir al chantaje, puede que tenga que caer tan bajo al final. De otro modo, nada funcionará con esos bastardos en la mesa del sindicato.

Mis días y noches están consumidos por el intento de encontrar una solución. Mattia y yo estamos analizando todos los ángulos. Por las noches, estoy con mis hermanos gemelos mientras me ponen al día sobre lo que logran descubrir después de seguir las pistas que les di. De alguna manera, parece que hacen su mejor trabajo en la oscuridad; nunca puedo localizarlos durante el día. Pequeños vampiros, me burlo. Sin embargo, están demostrando su valía ahora mismo. Son grandes fisgones, y me alegro de tenerlos de mi lado y no trabajando en mi contra.

Todo esto, sin embargo, significa que estoy completamente ocupado. Mi cuerpo y mente necesitan dormir para que mi cerebro pueda mantenerse equilibrado y racional, así que todas mis horas libres por la noche las paso en mi cama, solo, mientras deseo que Bianca estuviera en mis brazos, que estuviera debajo de mí con mi polla enterrada en su interior. Quería verla con su cabello esparcido sobre la almohada al otro lado de mi cama. Me imagino el monitor de bebé en mi mesita de noche, nuestro hijo durmiendo en su habitación de al lado.

Pero, por desgracia, esto no puede ser. No he logrado ni siquiera verlos de reojo en los últimos días, y necesito controlar mi impaciencia y frustración.

Estoy haciendo todo esto por Bianca y Enzo, por mi familia. Estar lejos, todo habrá valido la pena cuando haya resuelto este lío.

Mi nuevo ejecutor, Luigi, ha estado en constante comunicación telefónica conmigo. Es su trabajo llevar a cabo las tareas desagradables que pueda necesitar, como deshacerse de alguien, pero también es mi oído en el terreno. Y Luigi es bueno en esto: oye cosas. Tiene una esposa y dos hijas adolescentes que son muy activas y populares en el círculo de la Mafia ítalo-americana de

la zona tri-estatal alrededor de Nueva York, lo que lo convierte en una fuerte vena de información.

Los Dones han estado soltando la lengua sobre mí. Rumores, amenazas, disensión... Luigi lo escucha todo y me informa. Gracias a él, voy un paso por delante de esos astutos zorros viejos, pero no solo quiero estar adelante; quiero poner fin a esto. Se ha convocado una reunión, donde seguro seré el blanco de todas sus recriminaciones. Puede que tenga que sacar algo de mi sombrero figurado para callarlos.

Soy el último Don en entrar en la sala. Hoy no hay extraños, y solo estamos nosotros y nuestros segundos o *consiglieri*. Bien, nada saldrá de este espacio. Todos estamos atados por nuestra propia versión de la *Omertà*, que es como un nivel de autorización ultrasecreto en cuanto a información.

Las acusaciones estallan tan pronto como me siento y se cierra la puerta, insonorizando la sala. Parlotean sobre guerra, paz, hombres que han perdido, cómo todo es mi culpa, etc. La misma letanía que la última vez.

Hasta que Don Salvatore comete el error de decir algo que sella su destino.

—Pagarás por esto —gruñe.

Así que así es como va a jugar. No soy partidario del chantaje, pero tengo un as bajo la manga. Francamente, esta tontería ha durado demasiado. Estos viejos cabrones se han divertido, y ahora es hora de que se callen.

—¿Está de acuerdo con esto, supongo? —pregunto, girándome hacia Don Vespucci.

La cara arrugada hace una mueca como si hubiera mordido un limón agrio. En realidad no escucho lo que dice, concentrándome en observar cómo casi echa espuma por la boca en su vehemencia.

Asiento, luego miro a los otros Dones alrededor de la mesa. —¿Alguien más siente lo mismo?

Algunos fruncen el ceño, pero la mayoría permanece impassible. En el esquema de las cosas, son Dones pero también peces pequeños. Cada uno controla solo un pequeño territorio o una única operación a pequeña escala. Son los likes de Salvatore y Vespucci los que tienen los intereses de control. Yo también, el tercero en esta trinidad de poder.

No voy a ir contra estos hombres menores, al menos no hoy. Serán solo estos dos bocazas, entonces. Han estado pavoneándose y haciendo alarde de su peso durante demasiado tiempo. Es hora de que alguien los baje un escalón o dos... o los ponga completamente de rodillas.

—Les aconsejaría que tuvieran cuidado —declaro con calma, con los ojos fijos en ellos.

Don Vespucci balbucea indignado, llevando la mano a su chaqueta.

—DiPalto, coge el arma —le digo a su *consigliere*, quien asiente hacia mí y pone una mano en el hombro de su Don.

El hombre no responde ante mí, pero incluso él está leyendo la sala correctamente y captando que hablo en serio, a diferencia de esos payasos a los que solo les gusta hablar por hablar.

—¿Te crees muy sabio, no? —sisea Don Vespucci—. No eres más que un crío con la tinta del diploma aún fresca, pensando que puede venir a las discusiones de hombres adultos...

—¿Como tu hijo? —interrumpo en voz baja—. Tu heredero, Lauro.

—¡No metas a mi hijo en esto! —exclama, indignado.

—Tú lo metiste —le digo, asintiendo hacia su secuaz a su lado—, cuando te aliaste con este.

Don Salvatore permanece en silencio cuando su amigo se gira hacia él. Por supuesto, cuando llega el momento de dar la cara, se escabulle entre las sombras como la serpiente que es.

No voy a chantajear a estos hombres, pero necesito que sepan con quién se están metiendo y, en última instancia, hacerles entender que será mejor que no pongan a prueba mi paciencia y respeto por mis mayores otra vez.

—Va a Brasil a menudo, ¿no es así? —pregunto. Don Vespucci palidece al otro lado de la mesa. Si se está preguntando si iré *ahí*

, lo saco de su miseria yendo definitivamente *ahí* con mi revelación—. Hay un tipo particular de mujeres que le gustan... Unas que tienen algo, digamos, más entre las piernas.

Se queda pálido y mudo, con los ojos desorbitados. Es su secreto mejor guardado que su precioso heredero está interesado en transexuales y se entrega plenamente a la comunidad trans que es una gran parte de la población brasileña.

Sé que lo he callado. Ya no es una amenaza para mí, ni para nadie más en esta mesa ahora que su secreto ha sido expuesto. Cualquier cosa menos que un hijo de la Mafia sea cisgénero y heterosexual trae vergüenza a la familia. El hijo de Don Vespucci lo ha deshonrado. Ya no tiene poder, su influencia es casi nula.

Uno menos, queda uno más.

Dirijo mi atención a Don Salvatore. Me duele hacer esto, porque estaré tirando a su hija bajo el autobús a continuación, pero él también se lo buscó al pensar que podía intimidarme por ser el nuevo en la mesa.

—No tengo nada sobre su heredero, Don Salvatore —digo, inclinando un poco la cabeza—. Pero sé que su preciosa hija ha estado entrando y saliendo de cierta instalación médica en los Emiratos Árabes Unidos. Su especialidad es la reconstrucción de cierta parte anatómica que una mujer pierde cuando se acuesta con un hombre...

Don Salvatore no palidece, se pone rojo. ¿Es ira, rabia, vergüenza, humillación? No me importa. Ha estado vendiendo a su preciosa Paloma como una virgen santificada todo este tiempo, y mi abuela tenía razón cuando dijo que la mitad de los hombres de Ibiza habían estado dentro de la vagina de esa chica. Ardian Abrashi anotó la primera visita a esta clínica en sus diarios hace cuatro años, y mis hermanos desenterraron sus registros de viaje y hackearon los registros de la clínica.

Los observo mientras el silencio desciende sobre la habitación, ambos viejos ahora inquietos en sus asientos.

—Esto es absurdo —suelta Don Salvatore.

Sin romper el contacto visual con él, saco mi teléfono, desbloqueo la pantalla y presiono 'Enviar' en un archivo que había estado esperando en el dispositivo. Los teléfonos en la habitación suenan, todos en la misma red Bluetooth.

—Toda la prueba está ahí mismo —añado con un gesto de barbilla.

Algunos de los Dons están desbloqueando sus teléfonos, con los ojos muy abiertos al vislumbrar lo que acabo de compartir, es decir, prueba irrefutable de que Paloma Salvatore se ha estado reconstruyendo artificialmente el himen cada vez que su padre está a punto de exhibirla en el mercado matrimonial de nuestra comunidad.

—Te crees muy listo —escupe Don Salvatore.

Me reclino en mi silla, guardando mi teléfono con calma. Ahora es el momento del golpe de gracia. ¿La víctima? Seré yo mismo.

—Soy un libro abierto —le digo, luego miro a todos los hombres en la habitación uno por uno—. No tengo ningún secreto que ocultar. Es cierto que mis hermanos gemelos están un poco jodidos en el sentido de que ninguno ha tenido una relación con una mujer hasta ahora, pero a estos cabrones les encanta compartir una mujer entre ellos cada dos noches. —Me encojo de hombros—. Supongo que algunas chicas encuentran emocionante ser tomadas por dos hombres idénticos al mismo tiempo. En cuanto a mi otro hermano, Tristan, es solo mi medio hermano, sí. No es sangre de mi padre. Don Eduardo lo sabía, sin embargo, y aunque estar casado con la madre de Tristan hacía al chico legalmente suyo, hizo que se redactaran y firmaran papeles el mismo día que nació mi hermano, adoptándolo como propio. Su padre biológico es el instructor de tenis con el que la esposa de Don Eduardo estaba teniendo una aventura. Gran entrenador, pero no sabía nadar, como se descubrió cuando se ahogó en un estanque en el campo de golf de dieciocho hoyos del club de campo donde trabajaba.

Todos me están escuchando, absortos, aunque los Dons Salvatore y Vespucci se retuercen un poco.

Nadie adivinaría que Tristan no es hijo de mi padre. La niña de sus ojos, era adorado. Don Eduardo Pellegrini amaba a este niño que no era suyo tanto como a su propia sangre, porque ¿quién más iba a amar a este bebé inocente que no pidió ser concebido de una aventura? Tristan es la prueba de cuán grande era el corazón de mi padre.

—En cuanto a mí, mi secreto es que efectivamente estaba teniendo una aventura con Bianca Bonucci cuando estaba prometida a otro hombre. Un hombre al que maté, porque nadie viene tras lo que es mío. —Me encojo de hombros de nuevo—. De tal palo, tal astilla.

Dejo que esto se asimile. Saben que maté a Ardian Abrashi, y nunca se confirmó ni negó que mi padre mantuviera la cabeza del hombre que se había acostado con su esposa y la había dejado embarazada bajo el agua del estanque del club de campo.

He aquí lo que pasa cuando conoces los secretos de la gente y no tienes miedo de airear los tuyos propios: te da poder. Si no tienen nada contra ti, pero tú sí contra ellos, entonces se asustan. El respeto se gana, en cierto modo retorciéndoles el brazo, pero se gana de todos modos. Puedo ver

esto amaneciendo en los ojos de los Dons alrededor de la habitación.

Los dos que me preocupan, veo la derrota en sus miradas. No me había atrevido a esperar que fuera tan fácil derribarlos de las altas ramas en las que se habían estado escondiendo, pero funcionó, sin necesidad de recurrir al chantaje. Me atrevo a decir que mi padre estaría orgulloso de mí hoy.

Con el silencio aún ensordecedor, me levanto y me abrocho los botones superiores de la chaqueta de mi traje. Todos los Dons excepto Salvatore y Vespucci me hacen gestos con la cabeza mientras se ponen de pie también. Esta reunión ha terminado. Claramente he ganado, y a todos se les ha dado ventaja sobre los dos cabrones que pensaban que presidirían este consejo.

Salimos en fila y llegamos al coche. Pano, mi conductor, me abre la puerta. Entro mientras Mattia se desliza por el otro lado del vehículo.

—Eso fue algo —dice entre risas.

Sonrío. No puedo decir que no me gustó la emoción de tener las bolas de estos viejos cabrones en mis manos. Aunque la imagen me hace hacer una mueca, y le doy a mi mente una buena limpieza para borrar este mismo pensamiento. No quiero acercarme a las bolas de nadie, muchas gracias.

Mi victoria de hoy, es todo gracias a Bianca. Ella me trajo la información original que me permitió aplastar a estos viejos carcamales en mi puño. Sin ella, estaría bajo su bota. No puedo esperar para contarle cómo salió todo y también agradecerle apropiadamente.

Estamos de camino a Lenox Hill cuando suena mi teléfono.

—Don Pellegrini —dice Luigi a modo de saludo—. Jefe, alguien se puso en contacto conmigo. Dice que tiene información sobre una redada planeada en la zona de Port Authority y nuestros negocios allí esta noche.

Suspirando, cierro los ojos brevemente y me pellizco el puente de la nariz.

—¿Quién lo dice? —pregunto, mirando por la ventana.

—Es una fuente no verificada, jefe. Dice que tienen información y quieren hacerte un favor. Me han informado que estarán en Lighthouse Park en Roosevelt Island todo el día de hoy, si te interesa escuchar.

Mis oídos se aguzan.

—¿Si *me* interesa? ¿Quieren que yo vaya?

—Suenas muy sospechoso, jefe. Déjame reunir un equipo para ti.

Miro a Mattia.

—¿Vamos armados? —artículo sin emitir sonido.

Me muestra el arma que lleva en una funda de hombro bajo su chaqueta. Adelante, Pano asiente.

—En el maletero —dice el conductor en voz baja.

No hay mejor momento que el presente. Si realmente hay una redada en uno de mis clubes esta noche, es un dolor de cabeza que no necesito. Nada es más valioso para mí que Bianca y mi hijo, pero también tengo que proteger a mi gente, los que cuentan conmigo para cuidarlos en esos lugares.

—Vamos —le digo a Luigi.

—¿Jefe? —pregunta.

—Envía un pequeño equipo a cada uno de los clubes en el área de Port Authority. Asegúrate de que todo esté limpio en caso de que tengamos a la policía o al FBI encima.

—Entendido, jefe.

Pano intercambia una mirada conmigo a través del espejo retrovisor. Asiento, y cruzamos Lenox Hill en dirección al puente de Queensboro.

—Ha sido un día largo —dice Mattia—. Te diré qué. Deja que Hana y yo cuidemos al niño esta noche, y tú puedes llevar a Bianca a cenar. Ustedes dos tienen mucho de qué hablar.

Especialmente ahora, con lo que ha pasado con los Dones. Necesito informarle, y esto será mejor hacerlo a solas, en un ambiente solo para adultos.

—Buena idea —respondo, sacando mi teléfono para enviarle un mensaje a Bianca diciéndole que esté lista a las siete cuando pase a recogerla.

Nos toma un poco menos de media hora llegar a la isla. Tomo un arma del maletero, reviso el cargador y agarro uno de repuesto, luego Mattia y yo nos dirigimos a pie a través del parque hacia la estructura del faro.

Sin embargo, algo se siente extraño. Es una cálida tarde de principios de verano. Debería haber gente por todas partes. En cambio, estamos compartiendo la explanada cerca del faro con un par de patos de cabeza verde.

El paso de Mattia se ralentiza junto al mío. Apuesto a que él también lo ha sentido, este escalofrío en el aire que no tiene nada que ver con la suave brisa que sopla a nuestro alrededor.

Estamos cerca del faro cuando un repentino instinto me hace girar para revisar el lado de la estructura, opuesto a la entrada y frente al agua, convirtiéndolo en un punto ciego total desde donde venimos.

Un destello de metal llama mi atención. Algo me corta la mano abierta al mismo tiempo que mi puño se cierra sobre una muñeca cubierta por el puño de una camisa. Ignorando el dolor punzante, tiro con fuerza y golpeo la masa en movimiento contra la estructura de piedra del faro.

Se escucha un gruñido, y mientras me echo hacia atrás y golpeo la muñeca con fuerza de nuevo, un tintineo metálico resuena en el suelo. A estas alturas, Mattia ha rodeado por detrás de mí, y la culata de su arma golpea la parte trasera de la cabeza de la persona que sostengo por el brazo.

El cuerpo cae como peso muerto. Miro hacia abajo, notando a un joven de piel clara y cabello oscuro. A su lado yace una navaja brillante donde no está cubierta de sangre. De mi sangre. Mi palma está escociendo, con un largo corte en el medio. Maldición. Esto requerirá una inyección antitetánica, y odio las inyecciones.

—Emboscada —dice Mattia en voz baja.

Inhalo bruscamente y asiento.

—Tráelo.

Estamos completamente expuestos mientras corremos de vuelta al coche, con yo vigilando y Mattia arrastrando el cuerpo. La misma falta de gente que habría hecho posible que me apuñalaran funciona a nuestro favor, ya que no hay nadie que sea testigo de nuestra retirada.

Pano es rápido en juzgar la situación. Saca bridas de la guantera para dárselas a Mattia y un

botiquín de primeros auxilios de debajo de su asiento para envolver un vendaje alrededor de mi mano sangrante.

Ya estamos de camino de vuelta a mi casa cuando saco mi teléfono —es incómodo con una sola mano— para llamar a Luigi.

—Fue una trampa —le digo a mi ejecutor cuando contesta.

—Jefe, ¿estás bien?

—Bien. Pero necesito saber quiénes son estos cabrones...

—¡Detén el coche! —grita Mattia.

Pano me mira para confirmación, y asiento. Mattia no es dado a muestras expresivas como esta. Puede que nos hayan seguido, pero confío en mi mejor amigo, aunque quiero saber qué está pasando con él.

—¿Qué pasa? —pregunto, notando solo entonces que él también está en su teléfono.

Su cara está blanca como el papel, y algo en mi estómago se revuelve.

Pone el dispositivo en altavoz, y escucho a Hana al otro lado. Está hablando tan rápido que no puedo entender lo que dice.

—Hana —digo, con voz baja pero dura—. Más despacio. ¿Qué pasa?

Ella toma una larga y profunda bocanada de aire, audible en la línea.

—Dino está muerto. Llegué del gimnasio y encontré su cuerpo en la terraza. Al igual que los otros.

Mi corazón se acelera.

—¿Bianca? ¿Enzo?

—Koji está aquí. Conmocionado y llorando. Lo encontré solo en la sala, sobre la alfombra frente a los dibujos animados.

Esta vez, mi corazón se detiene.

—Estaba preguntando por su *maman*, Leo. Bianca, ella está...

—¿Dónde está? —escupo, sin saber cómo salieron las palabras, cómo pude siquiera pronunciarlas cuando ya no hay sangre bombeando en mi cuerpo.

—Se la han llevado —susurra Hana.

Por eso no ha respondido mi mensaje. Es lo único que puedo pensar ahora... hasta que este pensamiento explota y se funde con otros que me inundan, bombardeándome.

Enviarme a Roosevelt Island fue una distracción. El tipo que metimos en el maletero no llevaba arma. Este hombre era prescindible en su plan. Me apuñalaría, uno de nosotros lo mataría al estar armados, y asunto concluido. Mientras tanto, Bianca estaba sola con nuestro hijo en la casa, y deshacerse de mis hombres de seguridad fue solo un detalle en su radar porque no dudan en matar. Ella era el objetivo desde el principio.

Quienquiera que haya hecho esto, no planeaba que su hombre saliera con vida y ciertamente no que terminara a mi merced. Algunas cosas encajan. Esa piel pálida y cabello oscuro son rasgos de la población balcánica, así como nosotros los italianos tenemos la piel mediterránea bronceada y rasgos más oscuros.

Balcánico, como en albanés.

Los albaneses están detrás de esto, y estoy bastante seguro de que es la familia del Contable la que está detrás de todo. Su consejo no se atrevería a ir contra la Mafia tan pronto después de firmarse el tratado de paz.

Esto es obra de Jasir Abrashi.

Mientras la furia explota en mi sangre que vuelve a correr por mis venas, juro ponerle fin a esto.

¡Ese hijo de puta es hombre muerto!

Capítulo 27

Bianca

¡Me metieron en el maletero de un coche!

No puedo creerlo, aunque ¿por qué me sorprende? Estos hombres no tienen moral ni conciencia. Vi cómo derribaron al guardia que patrullaba la propiedad de Mattia en la terraza fuera de la sala de estar. Los disparos ni siquiera resonaron, simplemente lo vi caer. Por suerte, no cayó en la piscina, lo que habría causado un chapoteo que habría alertado a mi hijo de que algo andaba mal.

Él no vio a un hombre caer muerto frente a sus ojos, pero sí vio cómo se llevaban a su madre.

Mi corazón se encoge mientras las lágrimas queman mis ojos y fluyen libremente por mis mejillas.

Algo en esta tarde no se sentía bien. Podía percibir algo en el aire, como si el viento mismo me susurrara púas insidiosas y maliciosas a pesar de que la brisa era suave y cálida afuera.

Enzo estaba jugando con sus figuras de dinosaurios en la alfombra mientras *La Patrulla Canina* se reproducía en la pantalla grande de fondo. Recuerdo haber pensado que tal vez escaparíamos de la obsesión que tantos niños desarrollan por este programa, y después de haber estado inmersos en la manía de *Peppa Pig* durante años, había suspirado aliviada.

Entonces algo me impulsó a mirar hacia afuera. Siempre vigilaba las patrullas. Dino era un buen hombre, aunque taciturno. Sabía que nos protegería con su vida, y eso era lo que importaba. Se había criado cerca de Leo y fue uno de los primeros soldados en jurar *Omertà* ante él. Normalmente intercambiábamos un gesto con la cabeza antes de que siguiera su camino.

Excepto esta noche, en el segundo en que se giró hacia la terraza, alguien lo atrapó por detrás.

Todo dentro de mí se estremeció al mismo tiempo que supe que tenía que proteger a Enzo. Me vi a mí misma cayendo hacia atrás y agachándome sobre él, atrayéndolo a mis brazos. Él protestó, su pequeño quejido convirtiéndose en un sollozo cuando los gritos de hombres con voces roncadas resonaron a nuestro alrededor y un grupo de matones armados irrumpió en la casa.

Vinieron de todos lados. Era inútil tratar de resistir, pero eso es lo que hice. Pateé y grité, aferré a mi niño contra mí. Alguien apretó mis hombros con fuerza, el dolor se extendió por mi cuerpo mientras intentaba aferrarme. Mis brazos fueron despegados de él. De repente, estaba allí en el suelo entre sus juguetes mientras me arrastraban hacia atrás.

En medio de toda la cacofonía, lo escuché llamándome, cada iteración de "¡Maman!" desgarrando algo dentro de mí. Los hombres hablaban un idioma extraño que no reconocí, con destellos de inglés de vez en cuando.

—Deja al niño —dijo uno de ellos—. Nos dijeron que la trajéramos a ella, no a la basura.

Quería arrancarles las entrañas por hablar así de mi niño, pero sus palabras también me consolaron, de alguna manera. Me querían a mí, no a él. Él estaría a salvo.

Eso no significaba que no lo defendería con todo lo que tenía. Pateé y luché, aunque dejé de gritar; de todos modos, el interior era a prueba de sonido, y no quería que el sonido de mis gritos fuera lo que mi hijo recordara de este momento. Por él, tenía que mantenerme fuerte y luchar.

Ataron mis muñecas, alguien sujetando mis piernas con fuerza para que no pudiera retorcerme. Me arrastraron así hacia afuera. Una vez fuera, dejé escapar un grito, pero fue cortado en seco cuando una capucha negra fue puesta sobre mi rostro, ahogando cualquier sonido que estuviera haciendo. No hay forma de que los vecinos me hubieran escuchado y llamado a mi hermano para decirle que algo andaba mal en su casa y que su hermana estaba gritando. Malditos sean esos grandes lotes y jardines en las casas independientes de esta zona.

Lo siguiente que sé es que me han arrojado al maletero de un coche, la tapa cerrándose de golpe y encerrándome en la oscuridad. Mi ritmo cardíaco se aceleró aún más, la preocupación por mi hijo volviéndome loca con todo tipo de pensamientos corriendo por mi cabeza.

¿Quiénes eran esas personas?

¿Qué querían?

Al menos no habían tocado a mi niño, pero los guardias, estaban muertos. No dudaron en derribar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Si Hana hubiera estado aquí... El horror me hizo jadear. Recé para que no volviera antes de que me hubieran llevado.

Pero salimos del patio bastante rápido. Solo un coche, puedo oír. No puedo soportar imaginar

que han dejado gente atrás. No creo que sean estúpidos; Mattia volverá a su casa esta noche, y Leo probablemente estará con él. Serían patos sentados si acamparan alrededor, ya que Leo y mi hermano los matarían al verlos.

No, es a mí a quien querían, y esto me obliga a preguntarme por qué. ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Quién la tiene tomada conmigo? No puede ser alguien que vaya tras Leo. Cualquiera que intente llegar a un jefe de la Mafia, y menos aún a un Don, a través de su mujer es imprudente en el mejor de los casos y un imbécil en el peor. Leo ya tiene fama de ser alguien con quien no hay que meterse.

No, esto es sobre mí. Y posiblemente, esta persona me quiere muerta.

O peor: que pague.

Jadeo cuando el coche gira bruscamente, lanzándome por el estrecho espacio, el metal duro e implacable contra mi cuerpo. El vehículo se detiene, y puedo oír puertas de coche abriéndose y cerrándose. Luego, la tapa del maletero se levanta, una luz brillante resplandece en mi cara desde una lámpara de mano, cegándome.

Manos ásperas se extienden y se envuelven alrededor de mis brazos, sacándome. Agito mis piernas, tanto para patearlos como para aliviar el hormigueo que ha estallado repentinamente en mis extremidades después de tanto tiempo inmóvil.

Mi resistencia es inútil, sin embargo, pero no dejo que eso me detenga. Me sorprende que nadie me haya abofeteado o pateado aún. Simplemente me forcejean y tiran, dirigiéndome al interior de una estructura; sé que entramos porque la suave brisa en mi piel se ha cortado, el interior quieto y un poco sofocante. Puedo oler polvo, y algo más pesado como aceite de motor.

Me arrojan sin ceremonias a una silla. Mis piernas son separadas bruscamente con una bota, y atan bridas alrededor de mis tobillos y las patas delanteras de la silla. Solo rompen la atadura de mis muñecas para tirar de mis brazos hacia atrás y atarlos, extendidos como mis piernas, al respaldo de la silla. Me dejan indefensa e inmóvil de esta manera, sin importar cuánto luche.

Una risa baja rompe la atmósfera opresiva, y el sonido es tan siniestro que me quedo paralizada. Un escalofrío de pavor recorre mi espalda cuando el aire a mi alrededor se estremece al quitarme la capucha.

La luz dentro de este espacio, que parece un taller de coches abandonado, no es brillante, pero

aun así lastima mis ojos. Parpadeo y me enfoco en el lugar de donde provino la risa ahogada, aunque todo dentro de mí se vuelve pesado por la aprensión.

Mi mirada se posa en un hombre alto y corpulento con un traje de tres piezas color violeta. Su piel clara contrasta fuertemente con el color vívido, y su cuerpo, aunque parece tonificado, también está tensando un poco las costuras. Los rasgos de su rostro son afilados, como si hubieran sido tallados con una hoja delicada en mármol frío. Diabólicamente guapo es lo que viene a la mente... hasta que uno mira sus ojos.

Me recuerdan a los de una serpiente: fríos, calculadores, insidiosos. Sin embargo, en la mirada de una serpiente, se puede ver la vida arremolinándose en las profundidades.

Los ojos de Jasir Abrashi están vacíos, sin alma, desprovistos de cualquier cosa que haga humana a una persona.

Nunca lo había conocido antes. Pero el parecido con Ardian está ahí, sorprendentemente. La nariz, la boca, la barbilla, es como si se hubiera usado el mismo molde para ambos hermanos.

Estoy mirando a *El Carnicero*, y ahora lo entiendo. Es un hombre empeñado en la venganza, y eso es lo que quiere de mí.

Tomo una respiración aguda y me obligo a tragar para poder humedecer mi garganta y mi lengua.

—¿Vas a matarme? —le pregunto.

No quiero que este sea mi destino, no cuando acabo de reunirme con Leo, cuando acabamos de empezar a esbozar los grabados de nuestra familia juntos.

Me contempla con los ojos entrecerrados durante mucho tiempo. Quiero retorcerme bajo su intensa mirada, pero me mantengo quieta. Como una serpiente, olerá la debilidad y el miedo. No le daré eso.

—No lo haré —dice finalmente.

Parpadeo, sin entenderlo.

Vuelve a reír, el mismo sonido siniestro que eriza todos los vellos de mi cuerpo.

—Es un matrimonio que fue prometido, querida —declara, sonriéndome.

—¡No! —jadeo.

No me casaré con él. No puedo.

Se acerca a mí, con pasos largos, suaves y calculados, como una pantera acercándose a su presa. Se detiene y me mira desde su impresionante altura. Cuando me niego a levantar la mirada, una pequeña forma de desafío que me atrevo a oponerle, sus largos dedos se cierran con fuerza sobre mi barbilla y obligan a mi cabeza a inclinarse hacia atrás.

Estoy mirando fijamente esos ojos sin fondo, un pequeño resoplido de miedo escapa de mis labios.

Sonríe, un lado de su boca más torcido que el otro. —Normalmente no eres mi tipo.

Quiero escupirle en la cara, pero no tengo suficiente saliva en la boca para hacerlo. Pase lo que pase, lucharé hasta el final.

—Me gusta ver lo que estoy haciendo, ¿sabes? —continúa—. ¿En tu piel? —Niega suavemente con la cabeza—. Aunque quizás...

El tono inconcluso me alerta de que algo se avecina. Aun así, me sorprendo cuando su mano derecha aterriza en una fuerte bofetada contra mi mejilla. Mi piel arde instantáneamente.

Vuelve a reír, con puro deleite en su tono. —Te marcas fácilmente. Bueno, tendré que ser un poco más contundente, pero eso puede ser divertido.

Mueve las cejas sugestivamente mientras dice la última parte. Me doy cuenta de lo que quiere decir. Ardian Abrashi estaba metido en la pornografía de tortura, algo que todos pensábamos que eran los gustos de su hermano. Pero Jasir, él es el tipo de hombre que haría que tales escenarios sucedieran, y además obtendría un gran placer al hacerlo.

Me estremezco cuando desliza un dedo por mi mejilla, que aún me escuece, y luego por mi cuello hasta donde mi caftán cubre mi clavícula.

—No te preocupes, querida. No te pasará nada. Al menos no ahora. —Me mira casi con ternura a continuación—. Un hombre no toca a una mujer que no vende su cuerpo a menos que sea su esposa. —Hace una pausa—. Pronto —añade en un susurro.

Todo dentro de mí se detiene y se encoge. Dijo que a su familia se le prometió un matrimonio. Su plan no es matarme sino casarse conmigo... todo para poder llevar a cabo sus perversiones retorcidas en mi cuerpo y romper mi espíritu también en el proceso. La bofetada que me dio es solo un preludio de lo que está por venir.

La bilis toca la parte posterior de mi garganta y tengo arcadas.

Jasir Abrashi me tapa la boca con una mano, obligándome a tragar el vómito mientras sus ojos se endurecen sobre mí.

—Aprende a ahogarte, querida, porque te espera mucho de eso después de esta noche.

Es asombroso lo externamente guapo que es este hombre. Puedo imaginar a Lucifer o Satanás tomando su forma al caminar por la Tierra como humano. Y esto es exactamente lo que podría haber sucedido, el diablo ahora es mi manipulador mientras planea hacerme descender al infierno con él.

Trago saliva, devolviendo la bilis ardiente, mi garganta se cierra. Sin embargo, mientras el miedo me hace temblar, otro pensamiento se inserta en mi mente.

Ni siquiera el diablo se libra del ángel de la muerte... Leo vendrá por mí. Solo espero que llegue antes de que me obliguen a casarme con este hombre. Porque entonces, incluso la muerte parecerá un respiro.

Capítulo 28

Leo

Hay un charco de sangre en el garaje. Nuestros dos hombres están caídos. Un solo disparo en el pecho, punto de entrada por la espalda, sin orificio de salida en el frente, lo que me hace pensar que es una bala de punta hueca explosiva que causó estragos en sus entrañas, probablemente explotando sus corazones. Habrían muerto al instante. Es la misma historia en la terraza lateral, con solo un cuerpo allí.

Al menos los que hicieron esto fueron expeditivos. Sin embargo, esto confirma que vinieron aquí con un propósito claro, una misión de entrada y salida rápida. Ver a mi hijo físicamente ileso dentro me confirma que se trata de un montaje al estilo de la Mafia, no de algunos gánsteres o matones baratos. Estos no tienen reparos en lastimar a los niños, mientras que las redes organizadas, si siguen aunque sea un código, es el de nunca tocar a los niños.

Me apresuro hacia Hana en cuanto estoy dentro. No hay necesidad de atraer a Enzo hacia mí porque viene a mis brazos voluntariamente cuando me ve entrar. Su pequeño rostro se hunde en mi cuello, y lo abrazo fuertemente, susurrando palabras en italiano en su oído. No pasa más de un minuto, diría yo, hasta que su cuerpo se vuelve pesado en mis brazos y se ha quedado dormido sobre mi hombro.

Eso es bueno. Necesita descansar. Con suerte, para cuando despierte, esta pesadilla habrá terminado, y se le podrá hacer olvidar esta oscura noche, pensar que todo fue un mal sueño.

No quiero que escuche lo que tenemos que discutir, todas las preguntas que tengo para Hana, que está resguardada en el abrazo de su esposo. Pero cuando intento desenganchar sus brazos de alrededor de mi cuello, me encuentro con una fuerte resistencia en sus extremidades. No me suelta, aunque esté dormido. Soy un espacio seguro para él, y por un breve momento, esto calienta mi corazón.

Demasiado pronto, sin embargo, el frío se abre paso de nuevo. Bianca se ha ido. Ellos, quienesquiera que sean, se la llevaron justo bajo nuestras narices, y nuestro hijo fue testigo de este secuestro.

Hana está llorando e intentando hablar al mismo tiempo. Algo dentro de mí quiere sacudirla para que se calme y nos diga lo que sabe. Pero una parte de mí es consciente de que ella no estaba aquí cuando todo esto sucedió. Si lo hubiera estado, sería su cuerpo el que habríamos encontrado al llegar a casa, su corazón literalmente hecho pedazos como los hombres de afuera.

—¿Han? —dice Mattia—. Vamos. Sé que quieres ayudarnos, pero tienes que respirar primero, ¿de acuerdo?

Afortunadamente, ella asiente, tomando una respiración profunda mientras se recompone cuando él la suelta.

—Os llamé tan pronto como llegué aquí —dice.

Así que unos minutos después de las cinco y media, entonces.

—Continúa —la insto.

—Es como veis. Los hombres... Koji. —Se ahoga con un sollozo ahora, y Mattia la atrae hacia sí nuevamente.

—Estos eran hombres entrenados —dice Roberto Bonucci desde donde ha estado sentado todo este tiempo. Mattia lo llamó en el camino, pidiéndole que viniera a estar con Hana y Enzo. Parece como si tuviera el peso del mundo sobre sus hombros, que será imposible para él volver a ponerse de pie.

—Balas de punta hueca —digo con un asentimiento.

Hay un alboroto en la puerta, luego algunos hombres entran en la casa.

—Don Pellegrini —dice Luigi con la cabeza inclinada—. ¿Está bien?

—Roosevelt Island fue una emboscada —le digo, y él maldice.

—Debería haber verificado la información yo mismo —agrega.

En un mundo ideal, eso es lo que habríamos hecho. Pero no tenía planes de ver a Bianca antes de las siete hoy, lo que significa que no había forma de que pudiera haber estado aquí para protegerla. Si Mattia hubiera estado en casa, probablemente también estaría muerto.

Pensar en el faro me recuerda que tenemos una carga especial en el maletero del coche.

—Encuentra a Pano afuera —le digo a Luigi—. Tenemos al cabrón que intentó sorprenderme.

—Enseguida, jefe. —Está dirigiendo a sus hombres mientras sale, algunos asignados a la limpieza, otros vienen con él para agarrar al prisionero.

—Apuesto a que son esos malditos albaneses —le digo a Mattia—. Ellos tienen a Bianca.

Roberto jadea. —Pero... ¿por qué?

No tengo idea de por qué Jasir Abrashi la querría ahora, y me está volviendo loco, este no saber. Soy como un toro enjaulado sin ningún lugar adonde ir. Lo único que me mantiene con los pies en la tierra es el peso del cuerpo dormido de mi hijo en mis brazos.

—Bianca —susurro, cerrando los ojos mientras imagino lo que debe estar pasando.

—Debería haber estado en casa con ella —dice Hana suavemente.

Abro los ojos y la miro fijamente. —Estarías muerta, en ese caso.

Ella palidece, las lágrimas se acumulan en sus ojos.

Su angustia me conmueve, y me ablando un poco. —Ya ha habido suficiente muerte esta noche.

De nuestro lado, no agrego. Quien sea responsable de llevarse a Bianca no saldrá vivo cuando ponga mis manos sobre ellos. Los arrastraré yo mismo a las entrañas del Infierno.

Luigi aparece de nuevo.

—¿Jefe? No quiere hablar.

—Hazlo hablar —espeto.

Se encoge de hombros. —Ese es el problema. Dice que no sabe nada, que solo le dieron mil dólares para apuñalarte. Ni siquiera sabía quién eres, por lo que parece.

¡Mierda! No hay nada que desee más que sacarle las respuestas a golpes a ese cabroncete. Pero como ocurrió hoy, sé que no es al monstruo en mi sangre al que debo alimentar. Es la racionalidad y la sangre fría del otro las que necesito ahora. Y *él* me recuerda que estoy tratando

con los albaneses, los mismos con los que acabamos de lograr una paz duramente conseguida. No podemos arriesgarnos a otra guerra. Ciertamente, yo no puedo.

Esto tendrá que desarrollarse en el campo de la diplomacia. No hay otra salida. Todo el arduo trabajo que he hecho para que los Dones sepan que no deben cruzarme, no servirá de nada si inicio una disputa con aquellos a quienes aún consideramos con cautela como nuestros enemigos.

—Asegúrate de que se mantenga con vida —le digo a Luigi—. Lo voy a necesitar.

—Jefe —asiente y se va.

Me vuelvo hacia Mattia, intentando desenredar a Enzo de mi cuello. Ahora está profundamente dormido, y logro separarlo, acunándolo en mis brazos mientras se lo entrego a mi mejor amigo. Pero Mattia niega con la cabeza.

—Mantenlo a salvo por mí —digo con el ceño fruncido.

—No vas a salir sin mí. Es mi hermana.

Un eco de aquella vez que fuimos tras un hombre que creíamos había lastimado a Bianca resuena en mi mente. Hoy, estamos en una misión similar, yendo a confrontar a otro hermano Abrashi. ¿Cómo pude pensar que no me acompañaría?

Así que asiento, y mi mirada se posa en Roberto. No me cae nada bien ese hombre, pero Enzo también es su nieto, *sangre*. Estará seguro con él. Llevo al niño hasta él y lo coloco en su regazo.

Levanta sus ojos nublados por las lágrimas hacia mí mientras abraza suavemente al niño. — Tráela a casa, Leo. No puedo perderla de nuevo.

Yo tampoco. En silencio, asiento.

—Haz lo que sea necesario.

Su voz es dura esta vez, y sé lo que quiere decir. La muerte cruzará mi camino muy pronto, pero no tengo planes de que me venza.

Mattia está abrazando fuertemente a Hana, luego la suelta y se acerca a mí. Intercambio un gesto con ella, y luego nos ponemos en marcha. Los hombres de Luigi encargados de la limpieza se quedarán atrás, los demás se unen a nosotros mientras partimos.

—Envía un pequeño grupo a todos los centros albaneses en El Bronx —le digo a mi ejecutor—. Espera mi señal para entrar.

—Jefe —está al teléfono de inmediato, organizando rápidamente a los soldados.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Mattia.

Tomo aire disimuladamente, usándolo para contener la ira que intenta encender mi sangre y tomar el control. Sin embargo, no puedo permitirlo. Necesito mantener la cabeza fría ahora. Bianca importa, al igual que la necesidad de mantener la paz.

—Vamos a ver a Daku —digo.

—¿El jefe del consejo albanés?

—Sí. Vive en el límite entre Scarsdale y El Bronx. El paquete es para él.

El pequeño cabrón que atrapamos está de vuelta en el maletero. Quiero que su gente sepa que lo que estoy a punto de emprender no es un ataque sin provocación.

Me mantengo en silencio y me controlo durante los treinta minutos de viaje que nos toma llegar a una modesta casa en la periferia exterior de Scarsdale.

Mattia está a mi lado cuando me bajo, y el deber y las convenciones dictan que sea yo quien llame a la puerta. Esta es una visita algo social.

El hombre que abre es de baja estatura, con una nariz ganchuda y ojos amables detrás de unas gafas sin montura. Se sorprenden un poco cuando me ve parado allí.

—Don Pellegrini —dice, tanto como una pregunta como con asombro en su tono. ¿O es miedo?

Inclino la cabeza en señal de saludo. —Señor Daku. Mis disculpas por interrumpir su velada.

Traga saliva con dificultad. —¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

—Lamento traer negocios a su puerta.

Él me hace un gesto con una sonrisa tensa.

Señalo hacia el coche, y Luigi lo toma como la señal para abrir el maletero.

—Creo que tengo algo que le pertenece.

Daku frunce el ceño. —¿En serio? ¿Puedo?

—Adelante —digo, indicándole el camino con la mano.

Sus ojos se agrandan cuando se encuentra con el hombre atado en el espacio. Dice algo en albanés, que ninguno de nosotros entiende. La mano de Luigi va hacia su espalda; detengo su movimiento para sacar su arma con un suave movimiento de cabeza.

Mattia quita la mordaza de la cara del joven, y los dos albaneses conversan en su lengua materna. Daku se vuelve entonces hacia mí.

—Es albanés, pero no es uno de los nuestros.

Entrecierro los ojos mirándolo. —Este hombre intentó apuñalarme antes, y eso fue una distracción para que un grupo pudiera secuestrar a la madre de mi hijo mientras tanto. ¿Su consejo no tiene nada que ver con esto?

Su mano va a su corazón. —¿Le aseguro que no! De hecho, les ayudaremos. ¿Cómo podemos ayudar?

Suena genuinamente perplejo y también indignado. Nadie quiere ver destrozada la paz duramente conseguida que hemos negociado, y menos tan pronto.

—Tengo hombres apostados fuera de todos los lugares que frecuenta su grupo. No lastimarán a nadie, pero necesitan buscar —digo.

—Adelante. Tienes mi permiso.

Apenas me he vuelto hacia Luigi cuando ya está con su teléfono, tecleando la orden de entrar pero sin causar alboroto.

—Don Pellegrini, estoy profundamente apenado y avergonzado por lo que le está sucediendo —Daku inclina la cabeza con vergüenza—. ¿Puedo ofrecerle a usted y a sus hombres un café?

—Sería un honor, señor Daku.

No hay nada que pueda hacer ahora más que esperar, y lo último que quiero o necesito es

ofender a nuestro anfitrión. Ya he insinuado que podría estar detrás de un acto atroz, así que lo mejor ahora es suavizar las cosas. También me aferro a la idea de que es Abrashi hasta que tenga pruebas. Mattia y yo lo seguimos adentro hasta la cocina. La señora Daku está allí, con preocupación en sus ojos. Su marido conversa con ella en voz baja, luego ella nos da la bienvenida a su hogar.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, con tazas de fuerte café turco frente a nosotros. Daku lleva una bandeja a los hombres. No hacemos charla trivial, cada uno de nosotros bebiendo silenciosamente su café, hasta que Luigi golpea la puerta trasera.

Niega con la cabeza cuando cruzamos miradas.

Así que los equipos no han encontrado nada en los habituales lugares albaneses. Mi mano me pica por golpear la taza y romperla, pero recuerdo mis modales y me atengo al decoro.

Me levanto, agradeciendo a la señora Daku por su hospitalidad. Daku nos acompaña afuera hasta nuestro coche.

—Ya he pedido a mis hombres que investiguen esto —me dice—. Cualquier cosa que escuchemos, se lo informaré de inmediato.

Asiento en agradecimiento. —¿Puedo sugerir que investiguen a la familia Abrashi?

—¿Crees que...?

—Podría ser venganza lo que buscan.

No dice nada. Ambos sabemos que la guerra fue en represalia por el matrimonio no realizado con esa familia y el posterior asesinato de uno de sus hijos.

La rabia que ha estado hirviendo todo este tiempo ahora amenaza con desbordarse, y cierro mi mano con fuerza sobre la puerta del coche para mantener algo de compostura.

¡No puedo terminar esta noche sin encontrar a Bianca! Esto es inconcebible. Tengo que localizarla y traerla a casa. Ella lo es todo. La necesito, al igual que nuestro hijo y también su familia. Todos acabamos de encontrarla de nuevo, no podemos perderla tan rápido.

Estoy empezando a deslizarme en el asiento trasero cuando un mensaje suena en mi teléfono. Lo saco, la sorpresa y luego la ira estallan en mí haciéndome tensar y congelarme temporalmente.

Desconocido: A mi familia se le prometió un matrimonio. En la Iglesia de Remick esta noche, habrá una boda. O un funeral. ¿O tal vez ambos?

Hay un emoji sonriente de aspecto siniestro al final, y esto más que las palabras mismas me enfurece. Este cabrón está jugando con nosotros, conmigo. ¿Una boda y un funeral? Tiene a Bianca, y planea casarse con ella. Si voy, será mi funeral. No tengo problemas para leer entre líneas.

¿Lo que también deduzco? La primera frase lo dice todo. Solo a una familia se le prometió un matrimonio. Esta es la prueba que necesitaba.

—Jasir Abrashi tiene a Bianca —les digo tanto a Mattia como a Daku.

Daku balbucea. —¡Él *no* está con nosotros!

Le paso la pantalla a Mattia, quien le da una lectura rápida.

—Es una trampa —dice mi mejor amigo.

Lo sé. Me mata reconocerlo, pero lo sé. Y es Bianca quien está involucrada. La vida de Bianca está en juego, sin mencionar la mía. Enzo puede vivir sin el padre que ha conocido por solo unos días, pero no sin la madre que lo ha amado y cuidado y lo ha puesto primero desde que se enteró de su existencia.

—¿Qué otra opción tengo? —le digo.

Su ceño fruncido resignado me lo dice todo. Vamos a detener una boda esta noche. Con suerte, el funeral no será el mío.

Capítulo 29

Bianca

—Le aseguro que nadie mirará.

No puedo creer que este bastardo —el mismo que me secuestró de la casa de Mattia— tenga el descaro de reírse después de decir esto. Ha entrado en el espacio reducido donde me tienen cautiva y me ha arrojado algo. Es un montón de encaje y satén, muy viejo y frágil.

Deduzco que es un vestido de novia vintage mientras lo despliega frente a mí. Un cuchillo corta mis ataduras y luego me obligan a ponerme de pie. Siento hormigueo en brazos y piernas, causándome dolor y haciéndome imposible luchar o intentar obtener alguna ventaja sobre estos hombres.

La sorpresa me hace jadear cuando todos, excepto este, me dan la espalda. El que está conmigo cierra los ojos mientras alcanza y agarra mi caftán. Con un tirón brusco, lo desgarrá. Mis manos saltan a mi pecho, tratando de cubrir mis senos aunque afortunadamente aún llevo el sujetador.

—Es negro —dice la voz suave y fría de Jasir desde algún lugar, haciéndome saltar mientras el tono demasiado meloso y melodioso provoca que un sólido temor se acumule en mi estómago—. Quítaselo. Ninguna mujer viste de negro en su boda.

¡El enfermo pervertido me está observando! No sé dónde está porque no puedo verlo, pero podría tener una cámara o algo en el espacio para supervisar el procedimiento. Por supuesto que no me dejaría sin la supervisión de sus propios ojos. Ahora le pertenezco.

Siento manos que intentan alcanzarme, y esta vez, las aparto de un manotazo.

La voz de Jasir se burla. —¡Por el amor de Dios! Solo por esta vez, Samir.

Entiendo lo que quiso decir con esto mientras un escalofrío de terror se desliza por mi columna. Hasta ahora, nadie me ha golpeado excepto él. Solo por esta vez, al hombre que me maneja — Samir— se le concede permiso para hacerme obedecer. Recibo una fuerte patada en la parte baja de la espalda, el golpe me deja sin aliento y me obliga a caer de rodillas debido al dolor.

—Con cuidado —reprende Jasir desde donde sea que esté.

Una vez más, me recuerda a mí y a los otros hombres que soy su posesión preciada, que debe ser tratada con cuidado. Él es el único al que se le permite maltratarme.

Siento manos ásperas que me quitan el sujetador. Mis bragas también son arrancadas, los costados cediendo como si fueran de velcro y no de tela sólida. Estoy desnuda de rodillas, y un sollozo se atasca en mi garganta. Pero no les daré a estos hijos de puta la satisfacción de verme quebrarme o suplicar. De ninguna manera. Leo vendrá por mí, lo sé. Solo tengo que resistir.

Algo me sofoca el rostro. Jadeo mientras me lo ponen, enganchándose en mis hombros. El vestido —Samir me lo está poniendo. Me está lastimando mientras tira de él. La cintura se siente tan pequeña que me oprime el pecho y los senos. El dolor es todo lo que siento ahora, mi respiración se vuelve entrecortada.

Finalmente, el vestido cubre mi torso. La cintura se siente diminuta, apretando la mía como lo haría un corsé. El ajustado corpiño también hace que mis senos se levanten. Afortunadamente, el escote es alto, manteniendo mis pechos cubiertos. La falda cubre mis piernas, ajustándose con fuerza alrededor de mis caderas y trasero. Este parece ser un vestido hecho para una mujer mucho más delgada. ¿Quién?, me pregunto. Es vintage, sin embargo, tal vez sea una reliquia familiar.

La bilis toca la parte posterior de mi garganta ante este pensamiento. ¿Es este el vestido que habría tenido que usar para casarme con Ardian? Tomé la decisión de dejar Nueva York principalmente porque estaba embarazada de mi hijo, pero ya estaba contemplando cualquier posibilidad de escapar de ese matrimonio. Lo último que quería era ser una novia Abrashi.

No, es la novia de Leo Pellegrini lo que quería ser, y aún quiero. Es la madre de todos sus hijos en lo que aspiro convertirme.

No el juguete sexual de un psicópata pervertido. Ambos hermanos están jodidos en esta familia.

Mientras me doy la vuelta y vomito, recuerdo el comentario de Jasir cuando me tapó la boca antes. *'Aprende a asfixiarte, querida'*. Un escalofrío me recorre. Puedo imaginar algunas formas en las que planea hacer que esto suceda... pero Jasir Abrashi también es un monstruo, y lo que puedo imaginar probablemente sea demasiado suave para sus gustos.

Vuelvo a vomitar.

—¿Por qué está vomitando tanto? —pregunta un hombre.

—Probablemente tenga otro bastardo dentro —se burla alguien más.

Una risa resuena. —Si lo tiene, no durará mucho. El jefe tiene planes para ella.

No sé de dónde mi estómago saca más contenido para que vomite. Si hubiera estado embarazada ahora mismo, Jasir se habría asegurado de que perdiera a mi bebé. Gracias a Dios no lo estoy, pero hace cuatro años, con Enzo, esto es lo que esta familia me habría hecho, a mi hijo, si me hubiera casado con ellos.

Dios mío, esto es una pesadilla. *Leo, por favor...*

—El jefe tiene más planeado —dice uno de ellos—. ¿Sabían que invitó al hombre de ella a la boda?

Mi corazón se detiene cuando registro las palabras. ¿Qué? No, no puede haberse puesto en contacto con Leo. Si Leo viene...

—¡Será su funeral! —dice otro hombre, y estallan las carcajadas.

Un jadeo se funde con un sollozo mientras las lágrimas pican mis ojos. Planean matar a Leo. Si viene a esta boda, acabarán con él.

Tengo que advertirle... pero no puedo. No tengo forma de contactarlo, ni de hacerle llegar un mensaje. Tal vez pueda gritar cuando la boda esté ocurriendo, alertarlo de esa manera. Pero eso significaría que tendría que estar allí para oírme. Ya estaría en el lugar, y los hombres de Jasir estarían esperando para emboscarlo y matarlo.

No hay manera de que pueda ayudarlo. No tengo forma de protegerlo, de salvar su vida.

¡No! Mi corazón se encoge mientras el dolor estalla en cada una de mis células. No puedo soportar un mundo sin Leo. Fingí mi muerte hace años para que los albaneses no buscaran venganza contra los nuestros y lastimaran a Leo si llegaban a saber que estaba embarazada de su hijo en ese momento. Hice todo esto para proteger a dos hombres Pellegrini: Leo y Enzo.

Hoy, tengo que hacer lo mismo. No tengo idea de cómo, pero necesito hacerlo.

Unas manos me agarran de los brazos y me empujan hacia adelante. No sé cómo mis pies

deciden funcionar y seguir adelante cuando mis entrañas se desgarran de pérdida y temor. Me meten en un coche que espera, en el asiento trasero esta vez, gracias a Dios, apretujada entre dos hombres corpulentos que actúan como apretados amortiguadores, impidiéndome siquiera retorcerme tanto que me estrujan con su volumen.

El coche arranca, y mientras miro alrededor, noto algunos puntos de referencia bajo el tenue resplandor acuoso de las farolas. Estamos en algún lugar entre el sur del Bronx y el este de Harlem, un cartel que muestra la dirección al parque St Mary's brilla bajo los faros. Frunzo el ceño. Parece que nos dirigimos más cerca de Manhattan y no lejos de ella.

El temor capta la dirección que han tomado mis pensamientos. Nos acercamos a donde está Leo. Él nos encontrará a mitad de camino, yendo al encuentro de su muerte si el plan de estos matones sale como quieren.

Ahora nos estamos acercando a Point Morris. A través del parabrisas, puedo ver reflejos de luz sobre el agua, desde Randalls Island frente a nosotros, las lámparas del parque son un resplandor distante que hace destellos fantasmales sobre la superficie oscura de este canal que conecta el río Harlem con el East River.

Una parte de mí sabe a dónde vamos antes de que lleguemos. Ahí van, estos hombres, tomando un recuerdo mío y contaminándolo. Puedo ver la iglesia en ruinas desde la ventana tan pronto como giramos por la calle escarpada que conduce a ella. Cuando éramos adolescentes, mis amigos y yo nos escabullíamos aquí y compartíamos una botella de vodka barato y un porro de marihuana si teníamos la suerte de conseguir algo. Los verdaderos fanáticos, los chicos geniales como Leo y Mattia, también hacían esto, excepto que iban al manicomio abandonado en Roosevelt Island. Mis amigos y yo éramos de poca monta comparados con ellos, pero esta iglesia abandonada era nuestro intento de gloria.

Iglesia de Remick, solía llamarse. De hecho, veo un cartel descolorido cuando nos acercamos al edificio.

La misma razón por la que amábamos tanto este lugar lo convierte hoy en una trampa mortal. Solo hay una carretera de acceso, sin vigilancia, sin patrullas policiales. Es tanta tierra de nadie como se puede encontrar en esta área de Nueva York.

Leo no tiene ninguna oportunidad.

El coche se detiene y los hombres me sacan. Las ásperas piedrecillas del suelo se clavan en mis

pies descalzos; no me dieron zapatos para usar, y perdí los míos en algún momento durante mi llegada al lugar donde me tenían. Me arrastran, quejándome y siseando, por los tres escalones hasta la puerta de la iglesia, donde mi "novio" me recibe.

Jasir todavía lleva el traje violeta. Nunca más podré mirar este color sin asociarlo con el mal.

Sonríe mientras sus hombres me entregan a él, la viva imagen de un novio esperanzado y expectante recibiendo a su ruborizada novia en la iglesia. Toma mi mano y la coloca en el hueco de su codo, luego nos dirige por el pasillo.

—No soy un gran fan de la música —dice en el silencio roto solo por los suaves susurros del viento en la piedra erosionada de las paredes—. Hay algo en el sonido del silencio, ¿no crees, querida?

Permanezco en silencio.

Se detiene, y su otra mano se posa sobre la mía y aprieta mis dedos con fuerza. Jadeo por el dolor agudo.

—No lo decía literalmente —dijo—. Me responderás cuando te hable.

—S-sí —balbuceo, con estrellas bailando frente a mis ojos mientras aún no ha soltado mis dedos.

—Bien. —Se ríe, luego suelta mi mano y reanuda nuestra caminata—. Recuerda por qué estás haciendo esto. Hiciste una promesa, y ahora la honrarás. Yo no toco a los niños, pero el tuyo aún puede quedar huérfano. Al igual que mis hombres entraron en la casa de tu hermano antes...

No necesita añadir más. Sé lo que quiere decir. Con una punzada que hunde mi corazón en un abismo sin fondo, sé que me está diciendo que puede matar a cualquiera que me importe con solo chasquear los dedos.

Mi padre hizo esta promesa por mí, de casarme con la familia Abrashi, pero soy yo quien tendría que cumplirla al final.

El pasado me ha alcanzado.

Un anciano se acerca al altar. Parece un sacerdote. Tiene barba y lleva una cofia en la cabeza y una túnica con una larga estola dorada por delante.

—Debo admitir, querida, que estoy muy ansioso por nuestra noche de bodas —susurra Jasir en mi oído—. Y saber que no llevas nada debajo de este vestido... —Se ríe—. Pícara traviesa. Soy un hombre afortunado, ¿no crees?

Siento ganas de vomitar otra vez, pero recuerdo cómo me obligó a tragármelo la última vez que estuvo cerca de mí. Así que me armo de valor y enderezo la espalda.

—¿No crees? —pregunta de nuevo, como si lo hiciera entre dientes apretados.

También recuerdo la presión de su agarre en mis dedos. No hay manera de que dé la bienvenida a ese dolor.

—S-sí —tartamudeo de nuevo.

Se ríe entre dientes, lo que lo hace sonar como un psicópata. Mientras esté de acuerdo con él, está feliz y solo un poco trastornado. Cuando lo contradigo, se vuelve completamente loco. Ninguna opción es agradable, pero este tipo de hombre es impredecible. Lo mejor que puedo hacer es mantenerlo complacido.

Y cuando este pensamiento se me ocurre, sé lo que debo hacer ahora.

Jasir está ansioso por nuestra noche de bodas. Es un hombre posesivo que no permitió que sus soldados me vieran desnuda antes. Querrá privacidad para consumir nuestro matrimonio, lo que significa que nos llevará lejos una vez que termine la ceremonia.

Todo lo que quería hacer antes era ganar tiempo. Leo vendría y me salvaría. Pero hay al menos una docena de hombres armados con nosotros en esta iglesia. Incluso con un equipo, Leo podría morir.

Cuando Jasir se vaya, algunos de estos hombres irán con él, si no todos. Él quiere que esta boda suceda, y matar a Leo será la guinda del pastel si viene aquí durante la ceremonia.

Si ya nos hemos ido, entonces Leo tendrá una oportunidad.

Si hay algo que no puedo permitir, es que Leo muera. Si algo me sucediera, es con él con quien quiero que esté Enzo. Uno de nosotros tendrá que estar ahí para nuestro hijo, y por cómo se ven las cosas ahora, no voy a ser yo. Porque necesito sacrificarme por las dos personas que más amo en el mundo: Leo y Enzo.

Cuanto antes Jasir y yo estemos casados, más pronto saldremos de aquí. Esto al menos le dará algo de tiempo a Leo.

Él me encontrará, incluso después de que me convierta en la esposa de Jasir. Me llevará lejos de este demonio, me llevará de vuelta a casa. Jasir no quiere matarme, solo quiere divertirse enfermizamente con mi cuerpo. Leo necesita tiempo, y yo solo tengo que aguantar, pase lo que pase.

El sacerdote está murmurando en un idioma que no conozco. Jasir está empezando a impacientarse; puedo verlo en la tensión de sus hombros, en las numerosas miradas al elegante reloj en su muñeca. Por una vez, estoy de acuerdo con él. Necesitamos terminar aquí lo antes posible.

Cada minuto que prolonga esto acerca más a Leo a este lugar... y más cerca de la posibilidad de que muera esta noche. No puedo permitir esto.

Cuando finalmente llega el momento de que yo acepte los votos, Jasir vuelve sus ojos oscuros hacia mí. Un brillo impío arde en ellos, y trago todo el miedo y la aprensión que laten en mi corazón y en mis venas.

—Sí, acepto —digo suavemente, aunque la cavernosa iglesia hace eco de las palabras mientras bailan su macabro repique también en mi cabeza. Ya no hay escapatoria para mí, no hay salida. Soy de Jasir.

Se acabó.

Capítulo 30

Leo

Todos sabemos que me dirijo a una trampa, pero ¿qué otra opción tengo?

El ambiente dentro del coche está tenso. Mattia va delante, con el conductor. Daku nos acompaña, mi compañero en el asiento trasero. Vamos a un enfrentamiento con un albanés, y necesito un testigo que vea que no provoqué nada de lo que ya ha ocurrido esta noche y de lo que va a ocurrir cuando lleguemos a nuestro destino. No hubo tiempo de pedir a nadie más que viniera, así que él está con nosotros, aunque ya ha informado a su consejo de lo que está pasando. Se supone que sus hombres aprehenderán a los Abrashi mayores mientras nosotros nos encargamos del hijo descarriado.

No puedo creer que este cabrón de Jasir esté haciendo esto. ¿Qué tiene que ganar? ¿Venganza? Es un cerdo arrogante y santurrón, y no sabe aceptar la derrota. Su honor ya ha sido lavado en la guerra. Mi padre murió por esta misma razón, para cerrar esta brecha entre nuestras mafias.

Este bastardo es un hombre muerto. A la primera oportunidad que tenga esta noche, lo mataré. Y esta vez, mis movimientos están sancionados por los albaneses. No tiene ninguna posibilidad.

Aprieto la mandíbula al pensar en lo que me espera. Yo tampoco tengo muchas posibilidades, pero tengo que hacerlo. Es por Bianca, por Enzo, y también por el bien común, para eliminar a Jasir Abrashi de este mundo.

—Leo, por favor —empieza Mattia mientras se vuelve hacia mí—. No entres solo.

—Sabes que estaremos muertos en cuanto nos vean si entramos como un grupo.

—Pero si nos dispersamos para luego entrar, te deja demasiado expuesto —continúa—. Al menos ponte un chaleco.

Se me escapa un resoplido. —Será obvio que llevo Kevlar. No puedo arriesgarme...

El silencio se extiende hasta que asiente. Soy un hombre grande. Ponerme un chaleco no pasará

desapercibido en mi cuerpo. No, necesito parecer vulnerable cuando entre. De lo contrario, existe el riesgo de que esos imbéciles puedan hacerle daño a Bianca. Eso no puede suceder.

Más adelante está el desvío hacia el camino que nos llevará a la Iglesia de Remick. Conozco este lugar: Mattia y yo solíamos venir aquí cuando éramos estudiantes de primer año de secundaria. Luego nos volvimos más atrevidos cuando pasamos a tercero y último año. Esta iglesia era un juego demasiado pequeño para nosotros y nuestro grupo de amigos. Una vez que descubrimos el hospital abandonado en Roosevelt Island, abandonamos este lugar, y el grupo de Bianca lo ocupó más adelante. Éramos jóvenes y libres, y cerramos los ojos ante estos chicos que pasaban por el mismo rito de iniciación que nosotros cuando crecíamos.

Este lugar solía evocar buenos recuerdos. Esta noche, estos se manchan cuando el horror de lo que se está desarrollando en sus muros se nos revela a todos. Jasir Abrashi se está casando con Bianca. Si hay un vínculo que es sagrado en nuestros dos mundos —italianos y albaneses— es el del matrimonio. Espero poder matar al cabrón antes de que la haya hecho suya por voto. Pero no importa, al final. Bianca es mía, y ningún hombre la tendrá. Mataré a quien se interponga entre nosotros.

El coche se detiene. Luigi y sus hombres nos siguen en otros tres coches, pero les he aconsejado que se detengan a unos cientos de metros de nosotros, para que parezca que somos un solo coche enfrentándose a todos ellos. Si no están anticipando esto, son idiotas, pero una cosa que he aprendido es que, a veces, la gente realmente es idiota y se le da demasiado crédito a la inteligencia.

—Déjame ir contigo —dice Daku mientras nos apeamos.

Niego con la cabeza. —No puedo arriesgarme a eso.

Él asiente, e intercambio una mirada con Mattia. Me entrega una semiautomática que me meto al costado, al alcance de la mano. Es una Glock, así que no tengo que preocuparme por el seguro, ya que todo el mecanismo está en el gatillo mismo: apriétalo lo suficiente y la bala se disparará.

Una quietud escalofriante envuelve los alrededores. El viento susurra suavemente a nuestro alrededor, silbando con delicadeza en las fisuras de la estructura de piedra de la iglesia.

Mis pies están como plomo cuando doy el primer paso. Esto debe ser lo que se siente en el último paseo por el corredor de la muerte. Sin embargo, arrastro las piernas hacia arriba y subo los escalones hasta el umbral. Las puertas están cerradas, y empujo un panel lo suficiente como

para pasar. Espero que de esta manera, quienquiera que esté dentro no vea lo que está pasando aquí afuera, como mis hombres rodeando el edificio.

Es extraño que no haya nadie vigilando. A menos que... sea parte de su plan. Sabían que vendría, y voy a ser un blanco fácil dentro de esta iglesia donde estarán todos los hombres de Jasir. Pero esto es algo que tengo que hacer. Hace cuatro años, no luché por Bianca. Esto no puede volver a suceder. No lo permitiré, aunque tenga que morir para que suceda.

El interior está oscuro, iluminado por el resplandor de unas pocas velas que arden alrededor del perímetro y al final del pasillo donde se encuentra un viejo sacerdote ortodoxo con vestimentas completas, una pareja frente a él. Se me corta la respiración cuando mis ojos se posan en Bianca con un vestido de novia viejo y mal ajustado, de un blanco que se ha vuelto amarillo descolorido.

Esto es una pesadilla. No puede estar pasando, y sin embargo aquí está ella, una novia, casándose con otro hombre.

Jasir Abrashi está frente a ella con un traje de tres piezas que no hace nada por ocultar su corpulencia musculosa. En un combate cuerpo a cuerpo con un hombre de semejante complexión, me enfrentaría a un oponente formidable. Ganaría, ciertamente, pero no sin recibir una paliza durante la pelea. Como tal, sé que no debo subestimarle. Además, tiene una mente retorcida, y necesito pensar fuera de lo común con tipos de psicópatas como él.

—Alto —dice una voz grave en cuanto entro.

Es un hombre a mi lado, apuntándome con una pistola. Echo un vistazo a la sala y veo hombres por todas partes, con armas apuntadas en mi dirección. Solo Jasir y el sacerdote parecen no ir armados esta noche.

No levanto las manos, aunque me quedo quieto en mi sitio.

Jasir se ríe, un sonido que me hiela la sangre.

—Llegas tarde —dice—. Esperaba que fueras testigo, pero... —Se encoge de hombros, como si fuera mi pérdida no haber visto el intercambio de votos con su novia.

Se me cierra la garganta, obligándome a tragar con dificultad. Esto significa que ya han dicho "sí, quiero", lo que los convierte en marido y mujer.

Hasta ahora, no está tocando a Bianca. Tal vez Mattia y Luigi encontrarán una forma de colarse

por la parte de atrás. Una vez que los vea, podré intentar algo. Aunque hay más de quince metros entre donde estoy parado y el altar. Debe ser por eso que Jasir hizo que su hombre me detuviera aquí: cree que estoy lo suficientemente lejos de él como para intentar algo.

Estoy tentado de gruñirle que la suelte, pero no lo hago. No estoy en posición de poder aquí, pero mi silencio sigue siendo un arma en este momento. Debo seguir aparentando indiferencia.

Ni siquiera me permito mirar a Bianca, encontrarme con sus ojos. Perderé el control si lo hago. Así que me mantengo enfocado en el hombre frente a mí, mi enemigo.

—Has perdido, Leo —dice con una risa—. Puedo llamarte Leo, ¿verdad? Y no puedo creer que hayas perdido dos veces, además.

Aprieto la mandíbula, aunque me mantengo quieto.

—Sabes, ella siempre iba a ser mía —continúa.

La curiosidad me pica. ¿Qué quiere decir con esto? Lo dejo hablar; parece que disfruta del sonido de su propia voz.

En efecto, no me decepciona.

—Ardian iba a casarse con ella, sí, pero tenía su pequeña aventura. Para casarse con su zorra, habría tenido que divorciarse de esta.

Mira a Bianca con una mirada tan lasciva y hambrienta que todo dentro de mí está hirviendo. Estoy deseando saltar, pero aún no. Tengo que darles tiempo a mis hombres para que irruman. Jasir y sus hombres no quieren matarme, o ya estaría muerto. No, quieren que lo vea alardear, y eso es lo que haré, ganando tiempo mientras él divaga.

—Como le estaba diciendo a ella antes, no es mi tipo habitual. —Se encoge de hombros—. Pero sería mi esposa, y podría trabajar con eso.

Una iglesia antigua, un sacerdote ortodoxo: me doy cuenta de que Jasir es un hombre religioso, o al menos uno que vive según valores tradicionales. La mujer que sea su esposa será suya para hacer lo que le plazca, y ella no tendría voz en lo que le suceda. Nadie la tendría, realmente, porque un marido está ordenado por Dios para tratar a su esposa como él solo considere apropiado.

—Mi hermano era un poco marica, sin embargo —dice, y esto me hace prestar más atención—. Tanto potencial, tanto que podría hacerle a una esposa, pero no podía ver más allá de su polla, no podía pensar con la cabeza y no con el rabo. Lo intenté, ¿sabes...? —Suspira entonces.

Algo está trabajando en mi cabeza. Pienso en esas fotos de porno de tortura en la computadora de Ardian Abrashi. Extrañamente, el investigador privado encontró tal basura solo una vez en su disco duro; no era un habitual en ninguno de esos sitios, como indicaba el informe completo cuando lo leí después de la desaparición de Bianca.

A Ardian no le iba esta mierda. Es Jasir quien le envió el material.

Jasir le estaba mostrando qué hacer con una esposa.

También le estaba diciendo a su hermano lo que le haría a Bianca una vez que Ardian se divorciara de ella, y él se apresurara a casarse con ella. Después de todo, la alianza significaba que los Abrashi ataban un nudo matrimonial con una familia de la mafia italoamericana, estableciendo así una tregua entre nuestras dos mafias.

Hace cuatro años, Bianca se habría convertido en el juguete de este enfermo pervertido, al final.

Hoy, no voy a dejar que esto suceda.

Jasir se ríe de nuevo, lo que me trae de vuelta al momento, con toda mi atención en él. Cuando alcanza a Bianca, me estremezco. En mi visión periférica, puedo ver que el arma cerca de mí se mueve un poco. *Sin movimientos bruscos*, me recuerdo a mí mismo.

—¿Sabes qué? —continúa—. ¿Yo? No voy a divorciarme de ella. Nunca. Tú pierdes, Leo.

Jasir atrae a Bianca hacia él. Estoy completamente esperando que la bese frente a mí. En cambio, le lame un lado de la cara, desde la línea de la mandíbula hasta la sien. Ella se estremece, y él aprieta la mano alrededor de su brazo.

Ha ido demasiado lejos. Nadie le hace esto a una mujer, mucho menos a la mía.

—No necesitas un divorcio si estás muerto —digo con calma, mi voz resonando sonoramente en la cavernosa iglesia.

Esto es lo que Jasir no sabe. Soy un maldito buen tirador. Incluso desde quince metros de distancia, en el interior tenue iluminado solo por el halo de unas pocas docenas de velas

encendidas, puedo derribar a un hombre con una sola bala.

Todo termina en cuestión de segundos: he sacado mi arma, apuntado, disparado, y Jasir Abrashi está cayendo, desplomándose hacia adelante, con un solo agujero en la frente, la parte posterior de su cabeza una masa sangrienta de materia cerebral explotada, ya que no usé una bala de punta hueca que se quedara dentro de su cráneo.

Bianca grita y salta para apartarse cuando él cae. Ya estoy fuera de mis pies y corriendo en su dirección cuando una lluvia de balas estalla en los alrededores. El sonido es ensordecedor en el espacio sagrado, pero no dejo que me lo impida. Necesito llegar a ella.

Sin embargo, ¿el dolor ardiente en mi costado? Me ralentiza. Aun así, sigo arrastrándome hacia ella, apoyando mi cuerpo contra el lateral de un banco para sostenerme.

—¡Agáchate! —grito—. ¡Quédate abajo!

Pero estoy seguro de que no puede oírme en este alboroto. El fuego ahora está brotando de mi costado, y las llamas arden por mi pecho mientras intento respirar. Cada silbido de aire es como un cuchillo romo de punta roja serrando mi torso.

—¡Leo! —oigo gritar a una mujer.

Es Bianca, y suena tan lejana.

Quédate donde estás, quiero gritarle, pero ningún sonido sale de mis labios. Ni siquiera estoy seguro de que se estén moviendo, para ser honesto.

Un sonido se superpone a la lluvia de balas que ha estado cayendo hasta ahora. Es un rat-tat-tat mecánico. Bien, Mattia y Luigi están aquí. Mis hombres llevan ametralladoras hoy. Llegarán a esos bastardos y sacarán a Bianca de aquí.

—¡Leo! ¡Leo!

Es un esfuerzo abrir los ojos, que ni siquiera me había dado cuenta de que había cerrado. Cuando parpadeo, mi visión está borrosa, pero aún puedo verla, distinguir el contorno de su hermoso rostro. Bianca está inclinada sobre mí, su mano cálida en mi mejilla fría.

—¡Vamos! —parece estar gritando—. ¡Quédate conmigo! ¡No me dejes, Leo!

No quiero hacerlo, anhelo decir, y de nuevo, las palabras no traspasan la barrera entre mi cerebro y mis labios.

Mi lado izquierdo se siente húmedo y cálido, y el dolor comienza a ser debilitante. Cada respiración que intento inhalar es un lastimoso jadeo que, sin embargo, arde como ácido en mi garganta, mi pecho comprimiéndose como si un peso pesado lo presionara. Estrellas negras estallan frente a mis ojos, borrando la imagen borrosa de Bianca. Incluso están ahí cuando cierro los ojos.

Dolor... Todo se convierte en dolor incluso cuando siento que me levantan, luego me balanceo de lado a lado como si estuviera en un vehículo avanzando a toda velocidad. Creo que puedo sentir los brazos de alguien a mi alrededor, mi cabeza acunada en un regazo suave.

Espero que sea el de Bianca.

Entonces me doy cuenta: me estoy muriendo.

No quiero morir. Acabo de encontrar a Bianca de nuevo, y tenemos un hijo. Tenemos toda una vida por delante.

Pero a medida que la oscuridad se acerca, sé que estoy luchando una batalla perdida. Esta, puede que no la gane...

Capítulo 31

Leo

Dos semanas después

¡Si me obligan a mirar estas cuatro paredes beige un día más, voy a matar a alguien!

Malditos sean los médicos que me atienden. Si no fueran los mejores en su campo, les habría dicho que se fueran al infierno hace mucho tiempo. Acto seguido, me habría largado de esta ala privada del hospital que parece el alojamiento de un hotel de cinco estrellas.

Llevo aquí catorce días. De los primeros siete, no recuerdo nada. Todo lo que recuerdo es la iglesia y haber acabado con Jasir Abrashi, luego correr hacia Bianca, un dolor ardiente estallando en mi costado y pecho mientras intentaba llegar a ella.

Al parecer, recibí tres disparos esa noche. Dos en la región abdominal, uno en un pulmón que terminó colapsando. Es un milagro que no muriera por eso mismo, y mucho menos por la pérdida de sangre sumada a la hemorragia interna en mi cavidad abdominal.

No morí porque soy un cabrón terco que no sabe cuándo rendirse. Me aferré por Bianca, por Enzo, por nuestra familia.

Pasé horas en cirugía, me dicen, y se necesitaron bastantes pintas de sangre para devolverme a la normalidad. Como Bianca no es legalmente mi esposa y mi hijo no tiene dieciocho años, mis hermanos gemelos fueron designados como mis parientes más cercanos. Sin embargo, Sergio y Emilio delegaron en Bianca y la *Nonna* Valeria, quienes estuvieron de acuerdo con los médicos en ponerme en coma inducido para que mi pulmón colapsado pudiera sanar.

Así pasé cerca de seis días inconsciente, despertando con un tubo en la garganta y sin poder respirar. En esta lucha mientras volvía en mí, la voz de Bianca fue una constante. Se quedó a mi lado tanto como pudo, pasando por Lenox Hill por la mañana y por la noche para ver a Enzo y pasar un tiempo con él. Tan pronto como me enteré de esto, la mandé de vuelta a casa, aunque todo en mí anhelaba tenerla conmigo. Pero nuestro hijo la necesitaba más, y ella volvía dos veces al día durante las horas de visita.

Aun así, quiero pasar todas mis horas con ella. Bianca no debería tener que dividir su tiempo entre yo y nuestro niño. Deberíamos estar todos juntos, y esto, planeo hacerlo realidad lo antes posible. Ahora mismo, si pudiera. También quiero ver mucho a mi niño, abrazarlo. La última vez que lo abracé fue cuando fui a casa de Mattia después de que se llevaran a Bianca. Quiero que mi niño se ría conmigo, me cuente sobre Godzilla, y yo le presentaré Pokémon, que me encantaba cuando era más joven. Bianca no lo ha traído al hospital para no alterarlo, y estuve de acuerdo con ella. Es demasiado pequeño para entender; verme en un hospital podría traumatizarlo.

Además, había hombres entrando y saliendo todo el día cuando estaba despierto. Mi trabajo como Don no se detuvo porque estuviera fuera de combate, y los niños pequeños no deberían estar expuestos a negocios tan violentos. La familia Abrashi, a pesar de haber sido detenida por su propio consejo, clamaba guerra de nuevo. Pero Daku se mantuvo firme, declarando que yo estaba totalmente en mi derecho de acabar con su hijo esta vez por este ataque injustificado a mi familia.

Así que al menos eso está resuelto. Ya no tenemos la sombra de otra guerra cerniéndose sobre nosotros. Los otros Dones están contentos, y algunos incluso me han visitado durante mi estancia aquí. No hace falta decir que ninguno de estos visitantes fueron los Dones Salvatore y Vespucci. Ahora están manteniendo un perfil bajo, sabiendo que su poder les ha sido prácticamente arrebatado cuando revelé sus secretos.

—Hola, mi amor —canturrea Bianca desde la puerta.

Levanto la cabeza y le sonrío. Es un rayo de sol con un vestido amarillo sin mangas que le llega a las rodillas.

—¿Puedo salir de aquí por fin? —gruño.

Ella se ríe mientras se acerca a mí, como si flotara con sus sandalias de tiras.

—Te conviertes en un oso gruñón cuando estás encerrado —dice, riendo.

Agarro su mano y la atraigo hacia mí, haciéndola caer en mi regazo.

—Me convierto en un animal salvaje cuando no estás conmigo —digo, y luego le doy un largo beso en la boca.

Ella gime contra mis labios y devuelve el beso, su cuerpo se vuelve suave en mis brazos mientras

se acurruca en mi pecho. Hago una mueca por el repentino dolor en mi costado. Puede que me hayan quitado los malditos puntos, pero los sitios de la incisión aún duelen como el infierno.

Bianca rompe el beso y se libera de mis brazos para ponerse de pie. —Es mejor tener cuidado.

—Al diablo con el cuidado —murmuro. Estas heridas no van a convertirme en un cobarde.

—Leo —me reprende, con un tono paciente como si estuviera tratando con un niño pequeño.

Mientras la miro, mi vista se fija en su hombro expuesto. Justo debajo de la curva redondeada hay una fea línea roja. No es un contraste marcado contra su piel morena, pero puedo verla, y la rabia hierve dentro de mí.

Tiro de su mano de nuevo y, con la otra mano, acaricio suavemente la cicatriz elevada. Una bala rozó su brazo en aquella iglesia. Gracias a Dios que solo rozó su piel y no la hirió más, pero no debería haber sucedido en primer lugar.

—Lo siento —digo.

Ella suspira y viene a sentarse a mi lado en el borde de la cama.

—Ya hemos hablado de esto, Leo —dice, pasando su mano libre por mi cabello en una suave caricia.

—Todo fue mi culpa. Si hubiera sido un hombre desde el primer día, nada de esto...

Ella me detiene con sus dedos en mis labios. —Shhh. Todo eso ya pasó.

Beso esos dedos antes de cubrir su mano con la mía y llevarla a mi regazo. —Aun así, te prometo que no dejaré que te pase nada.

Ella suspira de nuevo y baja la cabeza para apoyar su frente contra la mía.

—Sabes que no puedes prometer eso. No en tu línea de trabajo. El peligro es el nombre del mundo en el que vives.

Algo en la forma en que dice esto me provoca. Es un miedo profundamente arraigado en lo más hondo de mi ser, uno que no puedo sacudirme sin importar cuánto lo intente. ¿Acaso cree que no pertenece a mi lado? No puedo estar en este mundo y vivir esta vida sin ella. ¿Me está negando

esta oportunidad? No podré hacer esto sin ella. Ser un Don, un hombre de la Mafia, no significa nada si ella no está aquí conmigo. Ella es mi vida, mi mundo, mi familia, ya que mis hijos vendrán de ella y solo de ella.

Ella tiene un lugar en mi existencia, el lugar principal, incluso.

¿Acaso no lo sabe?

Quizás no lo sabe, susurra una vocecita en mi mente.

¡Maldición!

Cuando separa su frente de la mía, puedo sentir que la distancia entre nosotros crece a medida que se aleja, y no es solo física sino también visceral. No puedo permitir que esto suceda. Bianca necesita saber lo que significa para mí. Había planeado la forma perfecta de transmitirle esta idea, pero el tiempo apremia ahora. Los planes no significan nada si corres el riesgo de perder a la persona que amas por apegarte al cronograma.

Meto la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros, buscando la pequeña bolsita que hay allí. Es bueno que sea un poco paranoico y decidiera mantener esto cerca de mí. No está en una pequeña caja cuadrada de terciopelo como quería que estuviera, pero eso no es lo que importa. El contenido, eso hablará por mí antes de que pronuncie una sola palabra.

Agarro la mano de Bianca con fuerza, instándola a que se quede quieta. Alcanzando la bolsita en mi bolsillo trasero, me deslizo por la cama y caigo al suelo sobre una rodilla, sacando el anillo en el proceso.

Bianca jadea cuando ve lo que estoy sosteniendo. Es una simple banda de oro pálido con suave trabajo de filigrana en dos lados que surge hacia arriba para sostener un diamante de corte redondo que ocupa el centro de la pieza. Perteneció a mi bisabuela, quien se lo otorgó a mi *nonna* cuando se casó con la familia, y se le dio a mi madre cuando se convirtió en una Pellegrini. Cuando se divorció de mi padre, él la hizo devolver el anillo. Había estado esperándome en la caja fuerte familiar, para el día en que le propusiera matrimonio a mi futura esposa.

Le había pedido a mi abuela que me lo trajera ayer cuando me visitó. Mi plan era proponerle matrimonio a Bianca en casa esta noche durante la cena, pero nos estamos adelantando aquí. Ella necesita saber lo que significa para mí, *quién* es para mí.

—Una cosa que puedo prometerte, Bianca Bonucci, es que no quiero pasar ni un minuto más de mi vida sin ti a mi lado. Ese es tu lugar, conmigo. O en realidad, ese es *mi* lugar, *contigo*. Porque de lo contrario, no quiero estar vivo. Ni siquiera existo sin ti. —Cuando hago una pausa, ella jadea, con una mano tapándose la boca—. He sido el idiota más grande del mundo, Bianca, porque debería haber ido a París hace cuatro años y medio para el año nuevo cuando habría tenido la oportunidad de hacerte mía sin ningún obstáculo ni repercusión. Desearía poder retroceder el tiempo, pero no puedo, y esto aquí es lo siguiente mejor. El futuro, mi futuro, quiero que sea contigo. —Me detengo para tomar un respiro profundo—. Bianca Bonucci, ¿me harías el favor de sacarme de mi miseria autoinfligida y aceptar convertirte en mi esposa?

Ella se ríe contra su mano. Al menos, creo que es una risa porque sonó como un resoplido.

—¿Bianca? —pregunto, con una nota de preocupación colándose en mi voz.

Ella baja la mano y me mira con tanta ternura en su rostro que quiero caer y llorar a sus pies. No merezco todo este amor que ella tiene por mí, no después de todo lo que permití que le sucediera. Pero una cosa que juro es que haré que cada día del resto de su vida sea el mejor día al que jamás haya despertado.

—Leo —murmura—. Sí. Por supuesto que es sí. ¡Un millón de veces sí!

Tomo su mano izquierda y deslizo el anillo. Se ajusta perfectamente a su dedo delgado. Su mirada aún está en el diamante que refleja la luz cuando me levanto e inclino su barbilla hacia mí, robándole un beso justo después.

—¿Ahora podemos irnos de aquí, por favor? —le pregunto—. Quiero llevarte a casa.

Bianca se ríe. —¿No es al revés? ¿Yo te estoy llevando a tu casa?

—¿Podemos irnos de una puta vez? —siseo, exasperado.

—Sí, podemos. Venía a decirte que todos tus papeles de alta han sido firmados.

—Gracias a Dios.

Cuando nos levantamos y llegamos a la puerta, un camillero se detiene afuera en el pasillo con una silla de ruedas vacía. Es protocolo del hospital que los pacientes que reciben el alta sean llevados a su auto en una silla de ruedas, pero nunca me voy a subir a una de esas cosas. La mirada fulminante que le lanzo al hombre es suficiente para hacerlo huir.

Bianca y yo salimos del ala tomados de la mano. No me detengo a hablar con nadie. Volveré en un par de días para agradecerles personalmente a todos, trayendo regalos y algo extra en forma de cheque para aquellos que se esforzaron más allá de sus deberes en cuidarme. Pero justo en este instante, no hay nada que desee más que salir de este lugar.

El ascensor nos lleva directamente al estacionamiento. Pano nos divisa en cuanto se abren las puertas y trae el coche.

—Es bueno tenerlo de vuelta, Don Pellegrini —dice con un asentimiento cuando entro.

—Es bueno estar de vuelta, Pano. Ahora vamos a casa.

Me hace un gesto con la gorra y nos ponemos en marcha.

No he estado ocioso en el hospital todo este tiempo. Cuando esos malditos analgésicos —por muy útiles que fueran a veces— no me tenían fuera de combate, conspiraba con mi ejecutor y también con Mattia para dirigir mi negocio. Mis hermanos han asumido un poco más de responsabilidad, pero aún no les estoy imponiendo más carga sobre sus hombros. Que sean jóvenes y disfruten de sus vidas. Cuando llegue el momento de que den el paso definitivo, no habrá vuelta atrás. Mi destino me fue impuesto por las circunstancias; los protegeré de tal suerte con todo lo que tengo, como haré algún día con Enzo y mis futuros hijos.

Otra cosa que he estado haciendo es una sorpresa para Bianca. No puedo esperar a llevarla a mi casa para mostrarle lo que ha estado sucediendo entre bastidores.

Pronto entramos en Yorkville, donde se encuentra la casa familiar en la calle 87. Pano aparca frente a la casa. Salgo del coche y me dirijo al lado de Bianca, pero no soy lo suficientemente rápido. Ella ya ha abierto su puerta y está pisando la acera. Malditas lesiones, necesito recuperar mi velocidad y resistencia al máximo lo antes posible.

Tomo su mano y subimos los escalones hasta la puerta principal. Echo un vistazo rápido al nivel del sótano a un lado. Tristan está viviendo aquí hasta que consiga un trabajo o decida volver a la universidad para hacer un máster. Se le ha dicho que se largue por esta noche, ya que necesito la casa vacía solo para Bianca y para mí. Mi abuela ha vuelto a su dúplex en Park Avenue.

Una revisión del panel de seguridad en la entrada me muestra que el nivel del sótano está cerrado. Bien, mi hermano no está aquí. Incluso al personal se le ha dado la noche libre. Estamos solos.

Me lanzo sobre ella tan pronto como me doy la vuelta. Ella se ríe cuando la empujo contra la pared en el mismo vestíbulo de entrada.

—¿Qué estás haciendo? —jadea mientras bajo la cabeza hacia la curva de su cuello y muerdo la piel allí.

—Hambriento —murmuro.

La he estado deseando desde que desperté en ese hospital y la encontré allí a mi lado. Un beso robado aquí y allá no ha sido suficiente, nunca será suficiente. La quiero, y la voy a tener.

Mi boca recorre su garganta hasta su barbilla y luego llega a sus labios, donde sorbo y tomo y saqueo. Mi lengua está en su boca, y ella está respondiendo a mi pasión, sus manos en mi pelo, su cuerpo presionándose contra el mío, sus gloriosos senos empujando contra mi torso. Mis manos van hacia ellos, mis palmas cerrándose sobre su pesado peso, amasando y acariciando, mis pulgares rozando los pezones tensos que suplican que mi boca venga a lamerlos. ¡Dios, se siente tan bien!

Sin embargo, tengo otro botón en mente, y arranco mi boca de sus labios y beso mi camino hacia abajo por su cuerpo hasta que mis labios están en el ápice de sus muslos sobre su vestido y bragas.

—Leo —me reprende—. El médico dijo que tienes que tomártelo con calma.

La miro hacia arriba. —No, dijo que no demasiado de pie. Mira, estoy de rodillas —digo, encogiéndome de hombros.

Sin romper el contacto visual con ella, paso mis manos por el interior de sus pantorrillas, sus rodillas, luego sus muslos, subiendo la falda de su vestido mientras avanzo. Puedo oír tanto como ver su brusca inhalación de aire cuando le bajo las bragas con una mano, la otra arrugando su falda en mi agarre.

—Dijo que necesito trabajar también en mi resistencia respiratoria —le digo.

Entonces, todavía mirándola hacia arriba, me acerco a su sexo y presiono mis labios contra su monte. Mi lengua sale disparada, encontrando el camino donde sus pliegues se separan para darme acceso a este lugar secreto suyo. Un suave gemido sale de su boca cuando rozo la punta de mi lengua contra su clítoris.

Sin darle tregua, presiono mi boca abierta sobre su coño y comienzo a succionar y lamer. Su botón hinchado está en mi boca, donde lo provocho con mis labios, mis dientes, soltándolo para deslizar mi lengua a lo largo de sus húmedos pliegues y metiéndola dentro de ella, lamiendo su crema mientras avanzo.

Dios, se me ha negado esto durante tanto tiempo. Dejo que el tiempo se detenga mientras me deleito en este momento, comiendo su precioso coño, llevándola al borde de un orgasmo solo para liberar su clítoris justo entonces y lamerla con avidez de atrás hacia adelante unas cuantas veces.

En mi tercera pasada haciendo justamente eso, Bianca agarra un puñado de mi pelo y levanta mi cabeza nada gentilmente.

—Te juro, Leo, que si sigues así, te mataré yo misma —murmura entre dientes apretados, con la voz ronca y áspera por la pasión y la necesidad de correrse bajo mis atenciones.

Me río suavemente. —Como deseas.

Esta vez cuando me sumerjo, voy directamente a su clítoris y lo succiono, lo hago rodar, y lo mordisqueo con mis labios. Cuando siento que está a punto de correrse, su cuerpo poniéndose tan tenso y enroscado sobre mí, lo tiro suavemente entre mis dientes y le doy un pequeño mordisco.

Su orgasmo sale de ella mientras jadea mi nombre, sus muslos temblando contra mis hombros, su cuerpo liberando la tensión que enrollé dentro de ella.

Me pongo de pie para poder sostenerla con mis brazos apoyados a ambos lados de ella, no sea que caiga al suelo en un charco de placer, tanto ha liberado violentamente bajo mi boca.

Bianca me sorprende cuando vuelve a llevar su mano a mi pelo y tira de él con fuerza. Su boca se estrella contra la mía, devorándome. No quería besarla porque tengo sus jugos por todos mis labios y barbilla, pero parece que no le importa saborearse en mi lengua mientras me regala lo que posiblemente sea el beso más ardiente de mi vida.

Ambos jadeamos en busca de aire cuando nos separamos. Pequeñas punzadas de fuego arden en mi pecho, pero las ignoro. La expresión de placer aturdido en su rostro bien vale la pena el dolor.

—Quédate —le digo.

Capítulo 32

Bianca

Parpadeo mirando a Leo.

Algo dentro de mí no está seguro de lo que está pidiendo. Hay una compulsión en la palabra que acaba de pronunciar, pero también escuché algo más. Sonó como necesidad, como anhelo y, me atrevo a decir, vulnerabilidad.

Leo Pellegrini es un hombre tan fuerte y poderoso. Incluso ahora, después de dos semanas en una cama de hospital, se ve y parece más en forma que la mayoría de los hombres que frecuentan el gimnasio tres veces por semana. Estar herido y al borde de la muerte no le quitó nada físicamente, y sé que tiene una mente tan dura como la aleación más resistente. Mi hermano me contó todo sobre cómo derribó a los otros Dones en la mesa del sindicato. Leo usó su astucia para vencer a sus oponentes, sin tener que mover un solo dedo. Un hombre así es realmente formidable.

Pero aquí está conmigo, suplicándome que me quede. ¿Dónde? ¿Con él? Ya he aceptado esto.

Hay gravedad en este momento, pero también sé que necesito aportar algo de ligereza. Soy el contrapeso a la profundidad y oscuridad de Leo. Lo sé en mi interior tanto como sé que lo amo y que nunca amaré a otro hombre como lo amo a él.

—Ya me has propuesto matrimonio, ¿recuerdas? —le reprendo con una pequeña sonrisa.

Cierra los ojos y suspira. —Lo sé, pero me refiero a...

Mi mano se desliza para acariciar su mejilla. Su palma se levanta y cubre la mía, su gran mano cálida y sólida sobre la mía.

—¿Qué pasa? —pregunto suavemente.

—Si fuera por mí, nos fugaríamos. Sabes que podemos solicitar la licencia hoy mismo en Nueva York y casarnos mañana, después de veinticuatro horas. Si vamos a Las Vegas, ni siquiera

necesitamos esperar un día entero.

Entonces, ¿por qué no lo estamos haciendo? Mantengo este pensamiento en mi mente. Una parte de mí huye con temor. De repente, me pregunto por qué me pidió que me casara con él. ¿Fue un movimiento precipitado de su parte para mantenerme con él? ¿Se adelantó?

Entonces, ¿por qué llevaba consigo el anillo de compromiso de su familia? Sé que es una reliquia familiar; está justo ahí en las viejas fotografías de su abuela, en su dedo anular.

—No quiero que te vayas —dice, trayéndome de vuelta a este momento con él.

—No me voy a ninguna parte —le digo suavemente.

Su mano presiona mi palma aún más contra su rostro. —Lo sé, pero... no puedo, Bianca. No puedo...

Mi corazón se acelera en mi pecho. —¿No puedes qué, Leo?

Su mirada encuentra la mía. El fuego arde en ellos, y en sus profundidades, puedo verlo de nuevo, la vulnerabilidad que detecté en su tono.

—No puedo vivir sin ti —termina en un susurro.

Mi pecho se contrae cuando un amor abrumador por este hombre me envuelve. Rompo el espacio entre nosotros y presiono mis labios contra los suyos. Es un beso casto mientras me deja besarle suavemente antes de separarse.

—Yo tampoco, mi amor —le digo, mi frente tocando la suya, mis ojos cerrándose mientras su aliento exhalado acaricia mi nariz y mi rostro.

—Quiero que te mudes —dice—. Ahora mismo. Tú y Enzo.

No puedo evitar la risa que brota de mí. —Leo...

—No, escúchame. Puedes hacerlo. Déjame mostrarte.

Se aleja y toma mi mano. Mientras caminamos más adentro de la casa, saca su teléfono y comienza a escribir algo con una sola mano. Me encojo de hombros. Probablemente sea trabajo, y no seré una de esas mujeres quejumbrosas que necesita controlar cada movimiento de su

hombre.

Me lleva en un recorrido por la casa, mostrándome sin palabras cómo todo el lugar ha sido adaptado para niños. Enzo no tendría ningún problema de seguridad aquí.

Suena el timbre de la puerta, sorprendiéndome. Leo me guiña un ojo mientras va hacia la puerta principal. Lo sigo unos pasos atrás cuando escucho un sonido que no esperaba hoy.

—¡Papá! —exclama Enzo cuando Leo abre la puerta.

Me apresuro para encontrar a nuestro hijo lanzándose de los brazos de Mattia a los de Leo. Leo se ríe y resopla cuando Enzo aterriza en él como un pequeño misil. *Cuidado*, quiero regañar al niño, porque su padre aún se está recuperando de una cirugía extensa y lesiones internas. Pero la alegría en los rostros de ambos Pellegrini es obvia a simple vista, y no interrumpo su reencuentro.

Recuerdo el mensaje que envió. Debe haber estado pidiéndole a Mattia que pasara con nuestro hijo.

Leo retrocede, abrazando a Enzo, hablándole suavemente al niño. No puedo escuchar lo que está diciendo, pero el amor es palpable. Mientras viva, nunca dejaré que nada se interponga entre estos dos de nuevo.

Enzo está completamente cautivado por su padre, ni siquiera me nota hoy. No me importa. Me encanta ver al padre y al hijo vincularse, su relación ya tan fácil y cómoda. Enzo se ve diminuto en los brazos musculosos de su padre y contra su enorme cuerpo, donde sé que siempre estará seguro. Este hombre daría su vida por nosotros. Esto es lo que lo convierte en el hombre que amo. Tampoco hace daño lo sexy que se ve, especialmente cuando es el padre cariñoso. Espero que podamos estar a solas más tarde, para poder continuar lo que él comenzó antes en el vestíbulo.

Llegamos al rellano del segundo piso, y Leo comienza a recorrer un largo pasillo, deteniéndose frente a una puerta que empuja para abrir. Escucho a Enzo jadear, y yo también jadeo cuando entro.

Esta habitación es la réplica exacta del dormitorio de nuestro niño en nuestro apartamento de Tokio. Incluso hasta el último peluche —y Enzo tiene una horda de ellos— nada falta.

—¿Cómo hiciste...? —pregunto, el asombro me impide completar la pregunta.

Leo baja a Enzo, y el niño corre hacia su habitación, parloteando en una serie de frases en japonés mientras se reencuentra con sus juguetes.

Leo se vuelve hacia mí y se encoge de hombros. —Hice que lo trajeran todo.

Me quedo inmóvil mientras sus palabras se hunden. —*¿Hiciste que lo trajeran?*

Él se encoge de hombros otra vez. —Sí.

—¿Cómo...? —Es mi turno de encogerme de hombros—. No importa.

Asiente hacia la siguiente puerta del pasillo. —Tus cosas están ahí.

Parpadeo y sacudo la cabeza, tratando de despejar el estupor. —¿Cuándo lo... Cómo lo lograste?

—Lo arreglé todo desde el hospital —dice con una sonrisa tímida—. Hana ayudó.

Miro hacia las escaleras. —La pequeña astuta.

—Quería que fuera una sorpresa —dice.

—Y ella es muy buena guardando secretos.

Él asiente. —Así que puedes mudarte.

Me recuerda dónde y cómo comenzó esta conversación. Leo ha hecho todo lo posible para preparar esta casa para nosotros, para nuestra familia.

—Tristan todavía está aquí —comienza—. Pero está en el estudio del sótano que tiene su propio acceso privado. No nos molestará mientras esté aquí.

La aprensión con la que dice esto me hace sonreír. Realmente ha pensado en todo con respecto a nuestro futuro. Sonrío y lo beso rápidamente en los labios.

—Es bienvenido a quedarse con nosotros —digo.

Leo hace una mueca. —No. Te quiero solo para mí.

Asiento hacia nuestro hijo que salta felizmente por su habitación. —¿Crees que me tendrás a solas con este pequeño por aquí?

—Él no estará aquí esta noche —responde con voz ronca.

—¿En serio? —La impaciencia me hace anhelar estar con él, mi centro doliendo por que lo llene —. ¿Qué tienes planeado?

Me guiña un ojo. —Mira esto. ¿Enzo? La tía Hana va a traer pizza.

Cuando escucha *pizza*, Enzo corre hacia la puerta. Leo lo atrapa y luego todos bajamos.

—¿Brunch en nuestra casa mañana? —pregunta Mattia.

Intercambio una mirada con Leo, y ambos asentimos.

Cuando la puerta se cierra, Leo y yo estamos solos en este gran lugar, y estoy pensando en la noche que nos espera, donde, pase lo que pase, dormiré en la cama de Leo.

Camina hacia mí con un brillo tan ardiente en sus ojos que me quedo sin aliento. Mientras retrocedo cuando se acerca, mi espalda golpea una pared, y él cubre mi frente con su cuerpo ancho, enjaulándome entre sus brazos tensos. Baja la cabeza y reclama mi boca con la suya, y me derrito en su beso.

Sé que Leo acaba de proponerme matrimonio, pero esta noche se siente como nuestra noche de bodas. Hay algo en el aire y en la energía entre nosotros que está deletreando que es la primera noche del resto de nuestras vidas. Sé que Leo también lo siente, porque la reverencia con la que toca mi mejilla con sus nudillos casi me deshace con la ternura de su toque. Así es como un novio se acerca a su novia virgen en su primera noche, el cuidado que tiene con ella mientras se unen por primera vez como marido y mujer.

Excepto que quiero pasión de mi hombre esta noche. Del mismo tipo que cuando me tomó por primera vez. Sin perder el ritmo, me deslizo en sus brazos y reclamo su boca con la mía, abriendo mis labios para deslizar mi lengua entre los suyos.

Leo tampoco pierde el ritmo ni la señal. Me aplasta contra su cuerpo duro, su boca inclinándose sobre la mía mientras toma el control, su lengua sumergiéndose para explorar mi boca, para acariciar mi lengua.

Mis manos están frenéticas sobre su camisa, los botones saltando mientras separo los dos lados. Estoy tirando furiosamente de la cintura de sus vaqueros cuando él está desabrochando la cremallera de mi vestido y empujándolo fuera de mi cuerpo. Sus manos están frenéticas sobre mi piel, calientes y ligeramente ásperas, su toque despertando fuego a lo largo de todos mis nervios dondequiera que los roce.

Pero tengo otra cosa en mente, y cuando mi mano se cierra alrededor de su grueso y palpitante miembro, suspiro mientras él sisea, arrodillándome para poder tomar su dura virilidad en mi boca.

¡Dios, he soñado con hacer esto durante tanto tiempo! Leo gime mientras lamo la suave cabeza. Su mano se cierra en mi cabello, tirando lo suficientemente fuerte como para provocar un destello de dolor en mi cuero cabelludo que solo resalta el poder que estoy ejerciendo sobre él ahora mismo mientras cierro mis labios completamente sobre la punta de su miembro y lo succiono con mi lengua recorriendo la costura en la parte inferior.

En menos de un minuto, mi mandíbula ya está dolorida. Es un hombre grande y es grande en todas partes. No puedo decir que me importe, sin embargo, porque este miembro va a saquearme muy pronto y sé el placer que puede desencadenar en mí. Recuerdo el orgasmo que me dio durante nuestra primera vez, y no puedo esperar para experimentarlo de nuevo. Hay algo sobre tener un miembro grueso en tu vagina que no se compara con los dedos, los labios o la lengua en el clítoris.

—Bianca —gime.

Puedo sentirlo endurecerse en mi boca, sus piernas tensándose. A pesar del cansancio en mi mandíbula, lo succiono con más fuerza, mi mano cerrándose alrededor del resto que no logré meter en mi boca.

Leo gime y se retira bruscamente de mí. Pero no antes de que su orgasmo lo atraviese. Un chorro de su semen ya ha cubierto mi lengua cuando se retira, el resto salpicando mi barbilla y mis pechos mientras da un par de pasos hacia atrás.

—Joder —maldice mientras abre los ojos y me mira cubierta de su eyaculación.

Lo estoy observando, el placer que ha oscurecido sus ojos y relajado sus facciones al mismo tiempo que me familiarizo con el sabor de su semilla en mi lengua. Tengo que decir que no es desagradable, cálido y salado con un fuerte aroma a almizcle.

—Maldición, estás tan sexy así —dice, con la voz ronca de pasión.

Sonrío mientras la satisfacción estalla en cada una de mis células. Este hombre poderoso y abrumadoramente fuerte, soy yo quien lo ha convertido en plastilina en este momento al arrancarle tanto placer de su cuerpo.

Las manos de Leo sujetan los lados de mi caja torácica, y me levanta, mis piernas arrastrándose por la alfombra mientras me lleva rápidamente a la cama y me empuja sobre ella, con mi trasero en el borde del colchón.

—Tan sexy —murmura de nuevo mientras su mirada recorre mi cuerpo.

Sus pupilas están casi completamente dilatadas cuando vuelve a encontrarse con mis ojos, y puedo sentir la misma pasión ardiente en él saltando hacia mí y encendiendo mi deseo una vez más. Sus manos acarician los lados de mis pechos, sus palmas cerrándose sobre los sensibles globos mientras pellizca mis erguidos pezones con sus pulgares. Un gemido ronronea fuera de mí mientras el impulso de apretar mis muslos para aliviar el dolor entre ellos se apodera de mí.

Pero apenas me he movido cuando Leo se coloca entre mis piernas y las abre ampliamente con sus rodillas. Sus manos ahora están amasando mis pechos, casi como si estuviera trabajando su semen en mi piel. Extrañamente, encuentro esto inmensamente excitante y estimulante, como si me estuviera marcando con su semilla, haciéndome irrevocablemente suya.

Mi sexo está palpitando ahora, e incluso yo puedo oler mi excitación por encima del almizcle de su semen en el aire. Leo no quita sus manos de mis pechos mientras se arrodilla al pie de la cama y coloca su boca hambrienta sobre mi húmedo sexo de nuevo. Sus labios me mordisquean, su lengua lame y acaricia, devorándome mientras su pulgar e índice pellizcan mis pezones con fuerza mientras los hace rodar entre sus dedos.

De repente, su boca desaparece, y está introduciendo su miembro, duro de nuevo, dentro de mí. Un empujón y está hasta el fondo. Jadeo ante su intrusión. Es tan brusco, cada embestida me empuja hacia arriba en la cama. En algún momento, sin perder el ritmo, sube a la cama. Mi cabeza está golpeando las almohadas poco después.

—Agárrate al cabecero —me murmura con una voz ronca y cargada de pasión.

Deslizo un brazo hacia arriba y hago lo que me dice. Con la resistencia que mi agarre ahora proporciona, lo siento embistiéndome aún más fuerte, como si en lugar de deslizarme hacia atrás,

estuviera empujando hacia adelante y encontrándome con él embestida tras embestida ahora.

No pasa mucho tiempo antes de que el orgasmo más fuerte que he tenido en mi vida me esté destrozando mientras Leo se hunde dentro de mí con un fuerte empujón y me corro, haciéndome pedazos a su alrededor y a su vez desencadenando su propia liberación. Él gime mi nombre mientras nuestras frentes se tocan, mezclando nuestras respiraciones agitadas.

—Necesitamos una ducha —digo con una risita cuando hemos bajado de nuestro clímax para encontrar nuestros cuerpos pegados por el sudor y el semen.

Leo está de acuerdo, y es así como nos encontramos poco después en el gigantesco recinto de su cabina de ducha con el agua cayendo sobre nosotros desde la alcachofa de lluvia cerca del techo. No sé cómo me encuentro agarrándome a la pared de mármol bajo el chorro mientras Leo me toma por detrás con una fuerza que no habría acreditado a un hombre que había estado en cirugía hace solo dos semanas y una resistencia que desmiente el hecho de que uno de sus pulmones se había colapsado recientemente. No puedo decir que me importe, sin embargo, porque el placer que me brinda es de otro mundo, y no puedo tener suficiente de él.

Finalmente parece un poco cansado cuando llega a la cama. Me acurruca en sus brazos, y después de un suave beso en la parte superior de mi cabeza, puedo escuchar su respiración estabilizándose y haciéndose más larga entre inhalaciones. Se duerme antes que yo, y tomo su ejemplo para cerrar los ojos y dejarme llevar también.

Sin embargo, él se despierta antes que yo. Me despierto al sentir un suave cabello haciéndome cosquillas en la mejilla y un roce más áspero contra la piel sensible de mi clavícula. Al primer sonido que hago, Leo me empuja sobre mi espalda y me besa. Todavía estoy medio adormilada, pero sé que no hay mejor manera de despertar. Bueno, quizás haya algo más...

Es como si Leo hubiera leído mi mente. Cuando me giro completamente sobre mi espalda y separo mis piernas, él se posiciona sobre mí y desliza sus piernas entre las mías, con nuestras caderas alineadas, mi cuerpo inferior elevándose para encontrarse con el suyo mientras busca mi hendidura con su duro miembro, hundiéndose en mí sin problemas dado lo mojada que ya estoy. Todo esto sin romper nuestro beso. Es como si nuestros cuerpos lo hubieran hecho tantas veces que ya es memoria muscular, algo que hacemos inconscientemente.

Tengo que romper el beso cuando el calor crece dentro de mí mientras él mueve sus caderas contra mí, empujando y tirando en mi interior. Mi respiración viene en pequeños jadeos mientras

que él no parece afectado en absoluto. De nuevo, no puedo creer que este hombre estuviera en coma inducido hace solo una semana.

Estoy al borde cuando desliza una mano entre nuestros cuerpos y frota la yema de su pulgar contra mi clítoris.

—Córrete para mí, nena —murmura.

No necesito más estímulo. Exploto a su alrededor. Leo todavía me está poseyendo cuando bajo de mi éxtasis. Me doy cuenta ahora de que estuvo manteniendo el ritmo lento y prolongado todo este tiempo. Conmigo habiendo llegado al clímax, aumenta el ritmo, sus embestidas más duras y profundas ahora mientras su orgasmo se construye. A este ritmo, está rozando algún punto dentro de mí, y se siente como una deliciosa quemazón que nunca antes había experimentado.

Me corro de nuevo, esta vez a un nivel completamente diferente de sensación, mientras siento su miembro creciendo aún más grande dentro de mí y luego él se corre con un rugido ahogado.

Y así es como transcurre nuestra primera noche. En algún momento, cenamos, luego volvemos a la cama, en los brazos del otro. Una luna de miel antes de la boda real.

A la mañana siguiente, cuando llegamos a la casa de mi hermano, encontramos la terraza ya rebosante de gente. Los tres hermanos de Leo y su abuela están aquí, al igual que mi padre. Enzo está saltando entre los adultos, pareciendo particularmente fascinado con sus tíos Sergio y Emilio; nunca antes había conocido a dos personas idénticas.

Corre a nuestros brazos cuando nos ve. Sus pequeños brazos se cierran alrededor de mis piernas mientras me mira adorablemente, luego se mueve y está trepando a su padre como una pequeña araña. Leo se ríe y lo levanta, aunque noto una suave mueca de dolor mientras el niño tiraba. Ciertamente, se sometió a una cirugía hace solo dos semanas.

—Ese es el anillo de mamá —exclama Tristan felizmente. Todos los ojos se vuelven hacia nosotros.

—Sí —confirma Leo—. Le pedí a Bianca que se casara conmigo, y ella dijo que sí.

Las felicitaciones se funden alrededor mientras todos vienen a abrazarnos con alegría.

Por el rabillo del ojo, veo a Leo escribiendo algo en su teléfono.

—Acabo de hacerlo público —me dice al oído mientras se acerca—. Luigi informará a los otros ejecutores.

En nuestro mundo, los ejecutores también llevan a cabo el trabajo de pregoneros. Son las verdaderas redes de los Dones. Antes de que pase una hora, la noticia de nuestro compromiso habrá recorrido todo el circuito de la Mafia italoamericana del área tri-estatal de Nueva York.

Todos nos sentamos a la gran mesa en el interior para el brunch. Se pasan platos, se vacían jarras de café y jugo, un pequeño dando vueltas por la mesa siendo alimentado por cada persona aquí que ahora tiene envuelta alrededor de su pequeño dedo.

La mayoría de los adultos estamos tomando Mimosas. Hana no, sin embargo. Algo me dice que ha dejado el alcohol, ya que una mujer necesita pasar un mes entero sin alcohol y restringiendo la cafeína y el azúcar refinado antes de someterse a la extracción de óvulos. Parece que ella y Mattia le darán una oportunidad a la FIV.

A mitad de nuestra comida, Leo recibe un mensaje de texto. Frunce el ceño mientras lo lee, y mi pecho se contrae. Estoy segura de que son malas noticias.

Sin decir palabra, me muestra la pantalla. Lo examino, mi preocupación dando paso a la confusión y luego a la claridad.

Es una invitación para almorzar este domingo, en la casa del Sr. Daku. Él y su esposa quieren felicitarnos por nuestro compromiso.

Sé lo que Leo hizo en la mesa del sindicato, cómo luchó por su legítimo lugar allí. Pero esto significa que nadie se atreverá a ir contra él ahora. Es un Don compartiendo el pan con el jefe del consejo de la mafia albanesa. Frente a este tipo de relación cercana, un tratado de paz no significa nada. ¿Leo Pellegrini? Ahora es intocable, tanto del lado italiano como del albanés, porque al ir a buscar al Sr. Daku antes de ir tras Jasir Abrashi, construyó un puente que nadie puede quemar ahora. La paz ha sido ganada por su mano, y esto es invaluable.

Lo miro de nuevo, y en su mirada, leo la misma conclusión a la que acabo de llegar. Estamos a salvo de ahora en adelante. Podemos ser una familia con toda tranquilidad ahora.

Alguien hace tintinear una cuchara contra una copa. Todos nos giramos hacia mi padre, que se ha

puesto de pie.

—Un brindis —propone. Todos levantamos nuestras copas—. Por Leo y Bianca, por su compromiso. Por la familia, y estoy seguro de que no hay hombre más afortunado que yo aquí en esta mesa. Mi hija me ha sido devuelta, y al hacerlo, se me concedió un nieto y también gané otro hijo en el proceso. ¡Bebamos por esto!

Todos coreamos nuestros vítores.

Leo me mira y luego inclina la cabeza hacia mi oído.

—Se equivoca. Yo soy el hombre más afortunado aquí.

Sonrío. Dejaremos que mi padre tenga su momento, pero lo que Leo acaba de decir, es cierto. *Nosotros* somos los más afortunados aquí: él, yo y nuestro hijo.

Fin.